LAURA M. NAVARRO



LAS VERDADES DEL AMOR







LAS VERDADES DEL AMOR

LAURA M. NAVARRO

Para todos los que, aun desesperanzados,

creen en el amor verdadero.

El destino es el que baraja las cartas,

pero nosotros somos los que jugamos.

MACBETH

WILLIAM SHAKESPEARE

TABLA DE CONTENIDOS



EL AMOR

Objeto de inspiración de artistas y escritores de todos los tiempos.

Sentimiento imperfecto y volátil que llega sin avisar y que nos engaña, haciéndonos creer que somos parte del juego, que tenemos el control.

Nada más lejos de la realidad.

El amor es una fuerza inexplicable que se activa de forma inesperada, que nos rodea como una bruma ligera, casi imperceptible, y que selecciona a las dos personas destinadas a enamorarse sin que puedan mediar en el proceso.

El amor es la única verdad que existe. Su energía universal lo cubre todo sin dejar espacio para nada más. ¿Tiene reglas que lo rijan o hay que dejarlo libre para que fluya?

Dicen que debemos confiar en que cuando aparece es para hacernos felices. O no.

Al menos eso es lo que sentí cuando, una vez más, volví a darme de bruces con la realidad.

PRIMERA PARTE

¿De Madrid al cielo?

1

—Esther, ¿puedes oírme?

Intenté abrir los ojos en cuanto sentí el tacto de una mano cálida en la mejilla, pero los párpados me pesaban demasiado y era incapaz de mantenerlos abiertos. Tenía frío y empezaba a notar una fuerte sensación de náusea en el estómago. Para intentar mitigarla tragué un poco de saliva; sentía la garganta tan seca que un fuerte escozor me hizo toser.

—Esther, ¿me escuchas?

De nuevo aquella voz. ¿Dónde estaba? Aún notaba los ojos pesados como el plomo; sin embargo, poco a poco iba percibiendo más cosas a mi alrededor: otras voces, un fuerte olor a antiséptico… ¿Dónde estoy?, me pregunté. El corazón comenzó a latirme a mil revoluciones e impulsó tanta sangre a todos los rincones de mi cuerpo que abrí los ojos de golpe. Frente a mí me encontré a un hombre alto concentrado mientras leía unos papeles.

—Hola, Esther. Me alegro de ver que estás mejor —dijo al levantar la vista por encima de las gafas para mirarme.

—Ho… —carraspeé.

—Toma, bebe un poco de agua. Es normal que sientas la garganta seca.

Le obedecí y, tras dar un par de tragos, pestañeé varias veces y volví a mirarle. Seguía inmerso en los documentos que tenía delante. Cogí aire e intenté moverme, pero la vía que tenía puesta en la mano me provocó una punzada de dolor.

—¡Ay!

—Tranquila. —Me ayudó a acomodarme de nuevo en la cama—. Enseguida podrás irte a casa. Antes debo hacerte unas preguntas —afirmó con una cálida y perfecta sonrisa.

Mis ojos recorrieron su rostro vagamente. Tenía el pelo canoso de un blanco brillante, la piel clara y unas gafas de pasta marrones le enmarcaban la cara dándole un aire muy profesional. Aún notaba mis sentidos algo embotados y no me atreví a decir nada. Después moví la cabeza y miré en todas las direcciones. ¡Estaba en un hospital!

—Soy el doctor Rodríguez, psiquiatra. Estás en el hospital porque hace unas horas entraste con un cuadro agudo de ansiedad.

Me agité nerviosa al escuchar aquella información que no me esperaba. ¿Por qué no recordaba nada?

—No te angusties, no es nada grave, aunque nos diste un pequeño susto.

Al ver que intentaba moverme de nuevo se giró para llamar a una enfermera y con su ayuda conseguí sentarme en la cama. Me dolía la cabeza horrores y aún seguía sin entender qué hacía allí. Lo único que recordaba era que hacía un rato estaba en mi casa con Beatriz.

—¿Por qué me duele tanto la cabeza? Parece como si me hubiese golpeado contra algo.

—Contra el suelo, exactamente —comentó como si nada mientas anotaba algo en los documentos que tenía entre las manos.

—¿Cómo…? —dejé la pregunta en el aire sin saber qué más añadir mientras trataba de recordar qué había podido ocasionar todo eso.

—Te caíste redonda al suelo sin avisar —comentó como adivinando mis pensamientos—. No te angusties, no es más que el golpe. Viniste con tu amiga Beatriz hace unas horas porque empezaste a encontrarte mal en casa tras una discusión con…

De repente, como si de un relámpago se tratase, recordé lo que me había llevado hasta allí.

—Sergio…

—Sí, te pusiste nerviosa y empezaste a sentir mucha ansiedad.

—Quiero ver a mi amiga… Estará preocupada —dije con angustia.

—No te preocupes por ella. Está con tus padres. Los informé hace un rato sobre tu estado. En nada podrás reunirte con ellos. Están fuera esperando.

Suspiré aliviada.

—¿Puedo irme ya? —De nuevo quise levantarme. Todo me daba vueltas.

—No tengas tanta prisa. —Me miró con seriedad y en ese instante me percaté del extraño color de sus ojos en un tono azul muy claro—. Tuviste un síncope y tuvimos que suministrarte un calmante. —Esa frase me sacó de mis pensamientos—. Por eso estás tan mareada.

Mi cara debió ser un poema, porque esbozó una tierna sonrisa que le dibujó unas graciosas arrugas alrededor de los ojos.

—Sí, sé que suena muy grave, pero no es más que un desvanecimiento acompañado de vómitos y algún que otro síntoma.

Menos mal, pensé con cierta ironía. Mi cerebro recreó en ese momento la imagen de mí misma entrando en el hospital atacada de los nervios y desplomándome en el suelo. No sabía dónde meterme.

—Yo… siento haber perdido de esa forma los nervios. No es propio de mí —comenté con las mejillas a punto de salir ardiendo.

—No te preocupes. Lo que te ha pasado es normal cuando los acontecimientos nos superan. —Sonrió de nuevo—. Te voy a recetar unas pastillas que te van a ayudar a dormir. Tu familia dice que últimamente lo haces muy poco…

—Sí, yo… no sé por qué. Simplemente no soy capaz de quedarme dormida.

—Tus familiares se han mostrado muy preocupados por ti. Dicen que en las últimas semanas te han pasado muchas cosas: que en el trabajo te exigen demasiado, que estás muy estresada por los plazos, que eres demasiado responsable… y que has roto una relación de varios años con tu novio Sergio.

Asentí con la cabeza mientras le escuchaba, sintiéndome como una niña pequeña a la que el director del colegio le estaba echando una bronca por mal

comportamiento.

—Sí, discutimos como nunca y… —dije con angustia— y me superó.

—Bueno, es lógico. A veces nuestro cerebro decide que no le apetece tanto dramatismo y desconecta un poco —murmuró con una ligera risita.

Me sorprendía el trato tan amable del médico. Le sonreí a modo de agradecimiento.

—Te recomiendo que te tomes unas semanas de descanso. ¿Tienes algún día de vacaciones que puedas pedir en el trabajo? —me preguntó al tiempo que volvía a anotar cosas en el informe médico.

—Imagino que sí. No lo sé… No entiendo cómo ha podido pasar esto, la verdad. Soy una persona muy cabal y responsable…

El doctor Rodríguez se detuvo a mirarme, hizo una mueca con los labios y me dijo:

—Por eso. A veces hay que serlo un poco menos, ¿no te parece? —señaló con un énfasis especial en aquella pregunta retórica.

—Está claro que sí —le respondí sintiéndome responsable por haber forzado tanto mi cuerpo y mi mente.

—Bueno, te dejo aquí una copia del informe de urgencias con el tratamiento que te recomiendo seguir, al menos durante quince días. Intenta descansar todo lo que puedas. —Asentí—. Esta vez ha sido solo un susto, pero tu corazón mostraba hasta hace un rato una arritmia importante. Debes tomarte las cosas con más calma. Intenta buscar momentos para relajarte y desconectar. A no ser que se trate de una cuestión de vida o muerte… nada es más importante que nosotros mismos.

—Lo sé. —Era incapaz de contener las lágrimas. ¿Qué iba a pensar ese hombre de mí?

—Quédate tumbada el tiempo que necesites. Luego avisa a una de las enfermeras. Ella te ayudará a vestirte y podrás marcharte a casa.

—Muchas gracias —le dije con apuro y con verdadero agradecimiento.

—No hay de qué.

—Ha sido muy amable.

—Es mi trabajo. —Me cogió la mano con una mezcla de fuerza y delicadeza—. Esther, prométeme que descansarás y que vas a cuidarte o me temo que volveremos a vernos y créeme, hay mejores sitios que este para un viernes por la tarde. —Sonrió de nuevo—. Que te mejores.

Le vi marcharse con lentitud mientras le observaba extrañada. ¿Me había muerto y ese hombre era un ángel? Miré a mi alrededor y fui consciente del frenético trabajo de médicos y enfermeras. Pues qué bien. Estaba en el hospital. A mi padre sí que debió darle un síncope al enterarse.

Una hora después estaba lista para marcharme. Caminé despacio por el pasillo hacia la salida junto a Inés, la enfermera que me había ayudado a vestirme, y vi a mis padres y a Beatriz. Vinieron corriendo hacia mí y nos fundimos en un fuerte abrazo.

—Oh, ¡gracias a Dios, hija! Qué susto nos has dado. —Miré a mi madre

con cariño y con un fuerte beso le agradecí su preocupación.

—Venga, agárrate a mí y vayámonos de este lugar, que aquí se coge uno lo que no tiene —me suplicó mi padre de forma un poco apresurada mientras me ofrecía con cariño el brazo intentando salir de allí cuanto antes. Odiaba los hospitales. Yo también, pero ahí estábamos.

—Siento el susto que te he dado, Bea. —Me giré para mirarla.

—No pasa nada. Lo importante es que estás bien. Ya hablaremos tú y yo —afirmó a la vez que me guiñaba un ojo.

Con lentitud nos encaminamos hacia el coche y llegamos a casa. Sin darme opción a réplica, me acompañaron hasta la cama y me obligaron a acostarme. La verdad es que no me quejé. No solía quedarme dormida de forma rápida, más bien tardaba varias horas en lograrlo cuando había suerte. Sin embargo, el ansiolítico que me habían suministrado en urgencias era tan potente que hubiese dormido a una manada de hienas. Nada más acomodarme en la calidez de mi cama, me sumí en un sueño reparador y profundo. Mi mente me lo agradeció transportándome a una bonita playa de aguas cristalinas en la que sentí que el aire que respiraba me servía para algo más que para rellenar mis pulmones.

2

—Buenos días, bella durmiente.

Entré en la cocina en busca de un café de dos litros y vi a Bea preparando algo de comer. La miré y me dejé caer en una de las sillas.

—¿Cuántas horas he dormido?

—Ni un cuarto de las que necesitas —dijo sin mirarme mientras batía huevos de forma enérgica.

—¡Qué animada te has levantado esta mañana! —le dije abrumada por el ruido que provocaba el tenedor contra el bol.

—Es casi mediodía —señaló—. ¿Qué tal estás? —Puso una taza de café en la mesa.

—Me sigue doliendo la cabeza… ¿qué clase de ansiolítico me dio ese hombre?

—El necesario… perdiste los nervios. —La miré con arrepentimiento. Parecía como si estuviese enfadada conmigo y no la culpaba, la verdad. El susto que le di tuvo que ser tremendo.

—Lo siento —dije con un mohín de disgusto.

Bea me miró y unos segundos después se lanzó hacia mí para abrazarme.

—Es que menudo disgusto me diste, nena. No podías respirar y yo no sabía qué hacer… Pensaba que te morías… literalmente. —Sonreí ante el dramatismo con el que relataba lo acontecido.

—Ya… dímelo a mí…

Nos fundimos en un fuerte abrazo que esa vez no sé cuánto duró, pero que fue suficientemente largo y cálido como para hacer que hasta el dolor de cabeza disminuyese un poco.

Cuando éramos pequeñas nos encantaba hacernos todos los test de psicología de las revistas que les quitábamos a nuestras madres. Un día leímos que para que un abrazo tenga el efecto deseado no debía durar menos de ocho segundos, y desde ese momento lo establecimos como una norma que ninguna se podía saltar. Cada vez que alguna tenía un mal día y necesitaba un abrazo de ánimo, contábamos mentalmente los segundos y nos sorprendíamos de la verdad que escondía aquel hecho científico, pues según pasaban los segundos sentíamos que nuestro cuerpo se relajaba más y más y que la angustia desaparecía de golpe.

—Siento de verdad haberte…

—No hace falta que me pidas disculpas más veces, Esther.

—Ya, pero…

—Ni pero ni pera —dijo poniéndome un plato de fruta delante—. Come un poco.

—¿Sabes que aún no has cumplido los cuarenta y ya hablas como tu

madre?

Me miró muy seria y alzó una ceja.

—Te recuerdo que eres seis meses mayor que yo… —Me sacó la lengua a modo de burla.

—Sí… Niégalo, pero es una evidencia. Hablas como una madre sin serlo.

Nos miramos con los ojos entrecerrados y a continuación estallamos en una sonora carcajada.

—No, en serio, cariño. Nos diste un buen susto. Menos mal que no fue nada grave. —Me volvió a abrazar.

—Lo sé. Es que la discusión con Sergio me superó…

—La discusión con Sergio, la llamada de tu jefe una hora antes, el procesador de Word decidiendo que ese día no te lo iba a poner fácil…

—Ya —dije consciente de que últimamente mi vida había sido un poco caótica.

—No puedes seguir así, Esther. Te lo llevo advirtiendo un tiempo, que al final ibas a caer enferma… pues mira, tu cerebro se me adelantó y colapsó sin avisar.

—Ya lo sé. Pero, aunque creas lo contrario, no puedo hacer nada…

—¿Cómo que no? Algo se podrá hacer… Mira, para empezar, puedes hablar con tu jefe y hacerle entender que, aunque eres una mujer de diez, guapa, responsable, inteligente y profesional, también eres persona. —Me reí ante su comentario—. No me mires así, sabes que tengo razón. Si quiere que las cosas se hagan más rápido, que se encargue él mismo de las traducciones.

—No es tan fácil y lo sabes.

—Sí lo es, pero no quieres que piense que no puedes con ese proyecto infernal que te ha adjudicado.

—Es que por fin he conseguido una traducción que merece la pena…

—Y que va a matarte en menos tiempo que lo haría un vaso de cicuta —me interrumpió.

—¡Qué exagerada eres! —afirmé tras beber un sorbo de café.

—¿Exagerada? Te caíste redonda al suelo, te golpeaste la cabeza y el corazón te empezó a latir tan rápido que casi estalla.

Chasqueé la lengua y me levanté de la silla molesta por su insistencia en mantener el dramatismo.

—Me puse nerviosa… eso es todo.

—¿Que eso es todo? —Bea alzó las cejas aún más y me miró de hito en hito.

—A ver… quiero decir que estas cosas pasan cuando a una le entra ansiedad…

—No, estas cosas pasan cuando hemos perdido en control de nuestra vida y dejamos que sean los demás los que marquen el ritmo.

Me giré para mirarla.

—¿Y qué quieres que haga? —Me senté de nuevo a su lado derrotada. El efecto calmante de las pastillas me hacía sentir débil y, aunque pareciese

extraño, dormir tantas horas no me había aliviado la sensación de cansancio que llevaba arrastrando desde hacía meses.

—Pues que pienses en ti de una vez. Tienes treinta y dos años, pero desde hace meses te sientes como una señora de, al menos, veinte años más. Estás agotada.

—Tienes razón. Intentaré tomarme un par de días de descanso…

—¿Un par de días? Con eso no tienes ni para empezar. Vas a decirle a tu jefe que o lo haces a tu ritmo o que lo haga él mismo. —Fruncí el ceño—. Ah, y luego, vas a mandar a paseo a Sergio de una vez por todas. —Ese comentario me provocó una fuerte sensación de náusea en el estómago.

—Sergio y yo tenemos que hablar…

—¿Hablar de qué? ¿Todavía no te das cuenta de que vuestras conversaciones no llegan a ningún sitio y que Sergio es un egoísta? No lograste que él cambiase de opinión y se fue a Santander sin ti.

—Fue por trabajo… No sé… Quizás tenía razón… —murmuré casi sin voz.

—¿Eso crees? ¿Es necesario que te recuerde tu experiencia con Miquel? ¿Estás dispuesta a dejarlo todo por otro tío y volver a ser tú de nuevo la que sale perdiendo después de renunciar a todo? De verdad, Esther, a veces no te entiendo… —replicó y se levantó para lavar las dos tazas.

—No lo sé… —Me levanté de la silla de mala gana y fui hacia el salón para recostarme en el sofá.

Los recuerdos de Miquel me deprimían aún más. Encendí la televisión para intentar vaciar mi mente. Aquel error era lo que menos necesitaba recordar en ese momento.

Durante mis años universitarios encadené una relación con otra. No fueron relaciones largas, más bien aventuras que se alargaban un poco más de lo habitual con compañeros de clase que me parecían monos y que a la vez se distanciaban de los típicos estudiantes fiesteros que llenaban la Facultad de Traducción e Interpretación. Tengo que reconocer que los chicos con cierto aire intelectual eran mi perdición. No me enamoré de ninguno, por lo que en cuanto nos conocíamos un poco y comprobaba que aquel estilo bohemio era, en algunos casos, una simple fachada, me desencantaba y ponía la vista en otro.

Cuando llegué a tercero me di cuenta de que estaba harta de todo aquello, así que decidí no volver a salir con nadie en una buena temporada. Me fui a Italia de Erasmus, me lo pasé bien, conocí a mucha gente, aprendí italiano, uno de los idiomas que más me gustan en el mundo, y viajé por toda Europa aprendiendo y adquiriendo otro tipo de experiencia más vital y menos académica.

Cuando acabé la carrera me fui con Bea y dos amigas más a Menorca durante el verano y allí conocí a Miquel, dueño del pequeño hostal ecológico en el que nos alojábamos. Tenía cinco años más que nosotras, una mochila

llena de anécdotas de viajes por todo el mundo y una sonrisa de infarto. Bueno, también tengo que reconocer que su potente anatomía fue un aliciente para que cayese rendida a sus pies y quince días después de llegar me enrollase con él. Cuando el verano llegó a su fin, mantuvimos una relación a distancia durante unos meses, hasta que un día me propuso mudarme con él y ayudarle con la gestión del hostal. Mi alto nivel de inglés y mis conocimientos de italiano le parecían la mejor ayuda que podría recibir en las temporadas altas de turismo y yo tenía muchas ganas de estar con él y de seguir viviendo en la isla, por lo que, a pesar de los consejos de mis padres y de Bea para que no lo hiciese, lo dejé todo, me mudé a Menorca y comenzamos a trabajar juntos.

El problema era que aquel trabajo en el hostal no me llenaba lo suficiente, y el recuerdo del empleo que podía tener en Madrid y al que había renunciado por aquella relación comenzaba a atormentarme más de lo esperado tras apenas unos meses en la isla. No podía considerarlo como el trabajo de mi vida, pero que una pequeña editorial hubiese contactado conmigo para ofrecerme un puesto me llenó de entusiasmo. Quizás no sería gran cosa a ojos de otros compañeros de carrera que ya habían conseguido un puesto de traductor en alguna editorial importante del país. No obstante, para mí era suficiente porque me permitiría realizar mi gran sueño: publicar mi propia novela. Ricardo, el director de la editorial, me prometió leer el manuscrito cuando lo tuviese terminado y se lo haría llegar a uno de sus editores para que le echase un vistazo y, si consideraban que era aceptable, me lo publicaría. ¿Qué más podía pedir? Estaba feliz e ilusionada. Sin embargo, cuando se lo comenté a Miquel, noté la decepción en su voz y, angustiada por si aquella decisión de permanecer en Madrid suponía un problema entre nosotros, decidí rechazar la oferta y cogí un vuelo hacia Menorca animada por sus promesas de ayudarme a encontrar una editorial y convencida por la posibilidad de poder terminar mi novela desde allí.

Todas aquellas promesas se desvanecieron pronto: el hostal daba más trabajo del que había imaginado y cada día tenía menos tiempo para escribir. Y, por si aquella decepción no fuese suficiente para hacer que me arrepintiese de la estúpida decisión que había tomado, unos meses después descubrí que yo no era suficiente para Miquel y que llevaba una temporada compaginando nuestra relación con un rollo sexual con una alemana que vivía en la misma calle del hostal.

Con el corazón y el alma rotos regresé a Madrid y me prometí que mi prioridad absoluta iba a ser yo misma. Entregué mil currículos en casi todas las editoriales de la ciudad y, por fin, dos meses después, recibí una llamada de una de las mejores del país para incorporarme a su equipo de traducción. Aquel día fue el más feliz de mi vida. Por desgracia, tan solo unas semanas después supe lo que implicaba trabajar a ese nivel: varios proyectos al año, fechas de entrega casi imposibles, reuniones e infinidad de tareas que me obligaban a trabajar hasta bien entrada la noche casi cada día, incluidos, en

muchas ocasiones, los fines de semana, si quería llegar a tiempo a todo y cumplir los plazos.

—No puedes dejarte la salud por un trabajo, Esther. —Bea entró en el salón y se sentó a mi lado con el plato de fruta—. Come un poco, por favor.

Cogí un trozo de manzana y me la llevé a la boca con desgana. En las últimas semanas había adelgazado bastante, pese a alimentarme a base de sándwiches, zumos y barritas energéticas. Era obvio que los nervios quemaban todo lo que ingería en cuestión de minutos.

—Entiendo tu preocupación, pero… ¿qué puedo hacer? Espero que no estés pensando en la posibilidad de que…

—De que dejes ese maldito trabajo, sí, estoy pensando exactamente en eso.

—No puedo hacerlo. ¡Estás loca! —Me incorporé en el sofá para mirarla de frente.

—¿Prefieres sacarte un bono semanal para el Gregorio Marañón? —Su tono me avisó de que a pesar de la ironía lo decía en serio.

—Es que eso es una auténtica locura. ¿Cómo voy a renunciar a un trabajo como este?

—Tienes toda la razón. Un trabajo que está acabando con tu salud, que no te permite desconectar ni descansar los fines de semana y que te obliga a estar horas y horas delante de un ordenador es una oportunidad que no se puede rechazar…

—Bea, que esté un poco cansada no quiere decir que vaya a enfermar gravemente.

Bea bufó, dejó el plato sobre la mesita que había delante de nosotras y se giró hacia mí con cara de pocos amigos.

—Esther, ¿puedo hacerte una pregunta y esperar que seas sincera? Sincera de verdad… no a medias.

—Sí, claro.

—¿Puedes decirme, con el corazón en la mano, que eres una mujer feliz que se siente plena con su vida y su profesión?

—La felicidad es un concepto abstracto que…

—¡Esther! —me interpeló elevando la voz.

Resoplé con fuerza y admití que no en voz baja.

—¿Perdona? ¿Qué has dicho? No he podido oírte… —comentó con la clara intención de que repitiese mis palabras.

—Vale, vale, lo admito. No puedo decir que sea totalmente feliz, pero ¿quién lo es?

Me miró de nuevo con el ceño fruncido y supe que estaba a punto de soltar algún improperio.

—¡Este trabajo no te hace feliz! Y de Sergio ya ni hablamos. ¿Cuándo vas a tomar las riendas de tu vida y eliminar todo aquello que solo te supone una fuente de infelicidad y de mal rollo?

—Mi relación con Sergio no ha sido tan mala. Llevamos casi tres años y bueno… ha habido de todo, aunque en general podría decirse que…

—…que siempre has hecho lo que él ha querido para evitar que se mosquease. Te recuerdo que prometiste no volver a dejarte manejar por ningún hombre. Pues con Sergio no lo has cumplido —sentenció mientras subía el volumen de la televisión.

—Porque no me apetecía tener problemas. ¿Qué más da ir de vacaciones a un sitio u otro o comer aquí o allá? —Me miró con incredulidad.

—Sí que importa: si no tienes voz en decisiones tan simples como esas, la relación se convierte en un juego a uno.

—Siempre que he cedido ha sido porque he querido, Bea. Sergio no me ha obligado a nada.

—¡Faltaría más! —Se dio una palmada con fuerza en el muslo—. Eso no implica que no sea una relación tóxica.

—¡No es tóxica! No digas bobadas —protesté.

—Por supuesto que sí lo es, porque permites que te anule. Las pocas veces que has intentado decidir algo te ha puesto mala cara. Es un imbécil egoísta que ha dado con la más tonta de Madrid.

—Gracias. —Me crucé de brazos, molesta.

—Esther, es que de verdad no entiendo por qué lo justificas todo. —Me cogió la mano—. Eres una mujer increíble y te mereces ser feliz, pero te empeñas en no serlo. Has estado demasiado inmersa en ese trabajo y te has olvidado de ti.

—Lo sé —admití con un puchero.

—Pues se acabó. Tienes que poner fin a esto para poder tener una vida más calmada y satisfactoria. El trabajo es solo eso, trabajo. No nos hace levantarnos cada día con una sonrisa en el rostro, ni hace que nos dé un vuelco el estómago cuando oímos una canción en la radio que nos recuerda a un momento bonito con alguien, ni…

—Eres una romántica empedernida.

—¡Y una leche! —protestó y me tiró un cojín a la cara—. Soy una mujer que antepone su propia felicidad a todo lo demás. Estamos de paso en esta vida, cariño, y, si no disfrutamos de las pequeñas cosas que nos ofrece cada nuevo día, nos marcharemos sin haber vivido nada.

—Es muy fácil decirlo… ¿Qué harías tú en mi situación?

—Lo tengo clarísimo… Lo mandaría todo al carajo y me alejaría.

—No te creo.

—¿Por qué? —Levantó las cejas con incredulidad.

—Porque tú también tienes un trabajo que te roba bastante tiempo y no te quejas.

—Esther, no me quejo porque no es lo mismo estar delante de un ordenador todo el día mientras atiendes llamadas inoportunas de tu jefe que estar dentro de un aula con niños de cuatro y cinco años. Por supuesto que le dedico parte de mi tiempo libre a preparar actividades y juegos, pero… nada

comparado con lo que a ti te exigen. Además, a mí me hace feliz; a ti no.

—Eso no es cierto. Sabes que llevaba años deseando conseguir un puesto como este. Me siento muy orgullosa de mi trabajo.

—Por supuesto, porque eres muy buena en lo tuyo y por ese motivo deberías exigir más respeto. Sabes perfectamente hacer tu trabajo sin que estén todo el día detrás de ti molestando.

—Ya sabía que mi jefe sería muy exigente antes de aceptar el puesto y eso no me frenó.

—Porque creías que confiaría en ti en unos meses y que podrías trabajar tranquila. Ese tío es como un dolor de regla… Siempre inoportuno y molesto.

No pude evitar reírme. Solté una fuerte carcajada que enseguida se le contagió.

—Todo esto es muy complicado, amiga. —Me abracé a ella.

—No lo es tanto. Solo tienes que ser valiente y tomar decisiones.

—Esta noche llamaré a Sergio y quizás viaje a Santander para verle y hablar de lo nuestro.

Bea chascó la lengua y se metió un trozo de plátano en la boca.

—Tiempo perdido. No te va a servir de nada…

—¡Joder, Bea! Quieres que haga cosas y cuando las hago no te parecen bien.

—Porque no es eso lo que tienes que hacer.

—Ah, ¿no? Entonces, ¿qué?

—Irte de viaje, pero no a Santander.

La miré extrañada sin entender.

—Deberías tomarte un tiempo para alejarte de todo.

—Tú tienes trabajo en el colegio hasta junio… ¿con quién me voy a ir yo de viaje? —resoplé ante la tontería que acababa de sugerir.

—Con nadie. Tú solita. Eres perfectamente capaz de viajar sola y sobrevivir en un país extranjero por ti misma. —Me observó mientras masticaba otro trozo de fruta.

—¡Vaya bobada! Estamos a mediados de marzo… ¿quién viaja solo en esta época? Si fuese verano…

—Los viajes de verano no te salen bien… —comentó de forma irónica y yo la fulminé con la mirada—. ¿Qué? Es la verdad. Quizás el turismo fuera de temporada alta te funcione mejor…

—Eres imposible —dije y le quité el plato en el que ya solo quedaban unos pocos trozos.

—Piénsalo. Te lo digo en serio. Te haría mucho bien. Podrías descansar y trabajar *online*. Tu jefe no puede negarse a eso. Al fin y al cabo, es la forma en la que mandas tus traducciones.

—Estás loca... —Me levanté y fui a la cocina a dejar el plato. Bea me siguió.

—¿Por qué? ¿No te gustaría volver a Italia, por ejemplo? No tiene por qué ser un destino de larga distancia. Amas ese país, a su gente y controlas el

idioma… ¿Qué hay de malo? Serían unos meses.

La miré sin poder creer que lo estuviese diciendo en serio.

—¿Lo dices de verdad?

—Absolutamente. Yo lo haría sin pensarlo. Además, en cuanto terminase las clases me uniría a ti. —Se acercó a mí y se situó a mi lado—. Imagina un verano juntas, sin responsabilidades, en… no sé… por ejemplo… ¿la Toscana? O mejor, ¿Roma?

—No, en Roma no, que me puedo encontrar con Flavio o sus amigos y no me apetece. —Sacudí la cabeza al escucharme porque no podía creer que estuviese planteándome la posibilidad.

—Joder, nena, es que eres una rompecorazones y no te lo crees. ¡Deja a Sergio de una vez y disfruta de la vida!

Sonreí.

—No lo sé… lo veo muy complicado. El lunes hablaré con mi jefe y depende de lo que me diga, pensaré en algo.

—Piénsalo bien… las buenas oportunidades llegan una vez en la vida: Italia, italianos guapos y simpáticos, pizza…

—Italia es mucho más que todos esos tópicos —la corregí mientras me alejaba de camino hacia mi habitación.

—Sí, sí, lo sé, pero… tú y sabemos que a ti todo eso te llena el alma de dicha y el cuerpo de…

—¡Cállate, loca! —Le tiré una camiseta que encontré en el suelo a la cara. Ella la cogió al vuelo antes de que llegase a rozarla.

—Esther, ¡eres la única persona que conozco que lleva de tono de móvil el *O sole mio*! ¿Qué mejor destino para recuperarte y desconectar?

—Ya, pero eso no implica que vaya a dejarlo todo y…

—Disfruta de la vida, nena. Y si en el camino te encuentras con un italiano pasional y guapo que te lo alegre… pues ¡bienvenido sea!

La idea me tentó, aunque en ese momento lo que menos me interesaba era enredarme en un nuevo lío sentimental.

—*Ma n'atu sole cchiù bello oi ne'*… —Bea comenzó a tararear el estribillo de *O sole mio* como si se tratase del mismísimo Luciano Pavarotti y yo no pude evitar echarme a reír.

—Estás fatal. Voy a echarme un rato a ver si se me pasa un poco este dolor de cabeza.

Me lanzó un beso al aire y yo cerré la puerta con una sonrisa en el rostro. Su idea de viajar sola era una auténtica locura. No obstante, debía reconocer que había despertado en mí la añoranza de aquel país, y la mera idea de cambiar el escenario gris del asfalto de Madrid por las animadas y alegres calles de cualquier ciudad de Italia me tentaba mucho. Sin embargo, mi vida era la que era. Me dejé caer en la cama y me refugié en lo único que en ese instante me podía transportar hasta allí. Cogí el móvil, activé mi lista de reproducción favorita de cantantes italianos y me dejé llevar hasta que me quedé dormida de nuevo.

3

—Lo siento. No puedo hacer eso, Esther.

Como sospechaba, la reunión matutina de los lunes no concluyó de forma agradable. Decidí esperar a que mi jefe acabase con la agenda del día para plantearle un cambio en mis condiciones de trabajo, pero, aun así, nada más pedirle aumentar un poco más el plazo para la entrega del manuscrito en el que estaba trabajando desde hacía más de medio año, desconectó de lo que le decía y se limitó a negar con la cabeza y a repetir una y otra vez: «No puedo, no puedo».

—Solo te estoy pidiendo un mes más… el editor no va a ponerse con ello hasta comienzos de junio, hay tiempo de sobra, Alberto.

—Esther, creo que dejé muy claro cuando nos entrevistamos antes de darte el puesto que los plazos de entrega son inamovibles.

—Lo sé y he trabajado muy duro desde entonces, pero te digo que es por un tema de salud. Deja que te enseñe el informe médico de urgencias…

—No hace falta. Te creo. No me alegro de que te encuentres mal, Esther, ni te estoy obligando a que trabajes por encima de tus posibilidades. —Me mordí el labio, molesta por el comentario y, sin poder controlar el impulso, me levanté de la butaca en la que llevaba sentada desde hacía más de dos horas, me puse frente a él y le dirigí una mirada hostil.

—¿Mis posibilidades? —repetí y ahogué una sonrisa irónica.

—Quiero decir que no quiero que parezca que te estoy forzando a trabajar si no te sientes bien —se corrigió a sí mismo, consciente de que había sonado un poco injusto.

—Llevo meses trabajando casi día y noche en ese proyecto que mis compañeros rechazaron, ahora sé por qué… y cuando te pido un mes más… cuatro semanas… ¿me lo niegas?

No podía creerlo.

—No es solo una cuestión de tiempo. Me comprometí con los de arriba a que estuviese traducida a finales de este mes y tengo que ajustarme a eso. No puedo cambiarlo. Lo siento.

Alcé las cejas con incredulidad y fui consciente de que Bea tenía razón. Bueno, en general, solía estar acertada con sus consejos, pero la pasión que sentía por mi trabajo me impedía ver las cosas con perspectiva.

—Entonces… ¿qué propones?

Alberto me observó en silencio unos segundos, después suspiró hondo y se levantó nervioso de su butaca.

—Lo siento. Si no puedes terminarlo en plazo, debo dárselo a otro compañero traductor. —Asentí con la cabeza y apreté los labios.

—Está bien. —Me giré para recoger el abrigo y mi maletín—. No voy a

suplicarte. Creo que estás siendo muy injusto conmigo. Si esto tiene que ser así, esta misma tarde te enviaré el manuscrito. Espero que el nuevo traductor logre lo que yo no he sido capaz de…

—Esther, por favor… —Salió de detrás de su escritorio y se acercó a mí con actitud conciliadora, aunque yo ya estaba abriendo la puerta y salí tras desearle buena suerte y un escueto «Que tengas un buen día».

Recorrí a buen paso el pasillo de la tercera planta hasta llegar al ascensor. En mi mente resonaban las palabras del doctor Rodríguez: «Si no es nada de vida o muerte… nada es más importante que nosotros mismos». Me martilleaban con fuerza en la cabeza porque de nuevo había vuelto a sentir que el corazón me latía de forma acelerada, y una fuerte náusea me obligó a apoyarme en la pared mientras esperaba la llegada del ascensor.

No sé cómo había podido reaccionar así. Quizás me había equivocado al dejar a mi jefe con la palabra en la boca. Si hay algo que tenía claro es que jamás se debe perder el buen talante en el trabajo si no quieres cerrarte puertas en el futuro. Sin embargo, su actitud conmigo me había ofendido profundamente. ¿Cómo había podido insinuar que no estaba a la altura del proyecto cuando había trabajado, con casi toda probabilidad, más que él mismo en toda su carrera profesional? Sé que quizás fui un poco intrépida al pensar algo así, pero pasé tantas horas delante del ordenador, no solo traduciendo, sino esforzándome por conseguir una traducción bonita, ajustada al original y conservando la belleza de nuestro idioma para… ¿qué? Estaba claro que nadie es imprescindible y eso me entristeció.

La vida es como una rueda que gira y gira sin cesar y nosotros desconocemos el mecanismo que la hace parar, de modo que es mejor guardarse las espaldas por si acaso. Cuando nos marchamos la vida sigue igual, quizás un poco más revuelta, pero enseguida todo se reajusta y la rueda sigue girando.

El pitido que indicó que el ascensor había llegado hizo que alejase todos esos pensamientos contradictorios. Miré al suelo y fui consciente de que quizás sería la última vez que caminase por los pasillos de aquel lugar. O quizás no, pensé con orgullo. La próxima vez sería como autora, me dije en un intento de calmar mi ansiedad.

Me adentré en el ascensor y, sin más compañía que la de una mosca que se había colado conmigo, llegué a la primera planta y antes de marcharme me despedí de María, la secretaria. Era un encanto y siempre nos habíamos llevado bien. Le expliqué un poco por encima que necesitaba tomarme un tiempo y le dije que ya nos veríamos. No entré en pormenores porque ya la había fastidiado bastante. Tras darle dos besos, salí a la calle y, como no, en sintonía con mi vida en los últimos días, estaba lloviendo a cántaros y no tenía paraguas. No obstante, y por primera vez, intenté no ser tan quisquillosa y comencé a caminar bajo la lluvia hasta la parada de metro más cercana. Y tuve que reconocer que la sensación pasó de ser molesta a agradable.

Cuando por fin llegué a casa, me sorprendí al encontrar a Bea allí.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —Dejé las llaves y el bolso en el recibidor y me senté a su lado en el sofá.

—Los grupos de las dos últimas horas se han ido de excursión, así que, aunque pensaba quedarme en el cole para adelantar trabajo, he preferido venirme a casa y hacerlo desde aquí. Hace un día de perros y quería verte. ¿Estás bien?

—Cierto... Sí, bueno…

—¿Por qué estás tan mojada? —me preguntó percatándose de que tenía el pantalón empapado.

—Está diluviando —la informé mientras echaba un ojo a su móvil—. ¿Qué lees tan interesada?

Bea se apartó de inmediato.

—No seas cotilla.

—No soy cotilla… es solo que no te he visto apartar la mirada de la pantalla ni un segundo… ¿Estás hablando con algún tío por Tinder?

Puso los ojos en blanco.

—¡Qué anticuada eres, hija!

—¿Por qué?

—Tinder apenas se usa ya para ligar… además, ¿me ves tan desesperada como para ligar por una aplicación? —Frunció el ceño.

—¡Qué va! No lo decía por eso… sino por la sonrisita que he visto que ponías al leer algo.

—Ah, eso… era un meme que he leído… Oye, ¿qué tal la reunión? Estamos aquí perdiendo el tiempo con bobadas y no me has contado lo más importante. ¿Has podido hablar con tu jefe?

Me recosté en el sofá y me puse un cojín en el regazo.

—Sí, he podido…

—¿Y?

—Lo que imaginaba. Le va a adjudicar el proyecto a otro…

—¿Te ha despedido? —Se incorporó de golpe y apoyó los brazos en la cintura, claramente enfadada.

—Técnicamente, no… Esperaré la llamada de Recursos Humanos y veré por dónde salen…

—No puede despedirte… ¡es injusto!

—Es lo que hay…

Y por supuesto que era injusto. A las seis de la tarde recibí esa llamada en la que me comunicaron que los proyectos en los que había estado trabajando pasaban a otro traductor y que quedaba a la espera de nuevas adjudicaciones, lo que literalmente significaba que me darían traducciones de obras menores, acompañadas de una importante bajada de salario, que por supuesto no estaba dispuesta a aceptar.

—Es que no me lo puedo creer. Te lo dije, te dije que no te fiases mucho de ese tal Alberto. Lo supe cuando le conocí en la fiesta navideña a la que fui contigo el primer año. Es un tipo extraño que da una cara, pero que por

detrás…

—Por detrás es un jefe de departamento que tiene que obedecer órdenes también —dije para intentar ser un poco justa.

—¡Y una mierda, Esther!

—¡Habla bien, por favor! —Me levanté y fui a la cocina a por un poco de helado.

—No quiero. Es un borde y un ingrato —continuó en voz alta—. Con todo lo que has trabajado en ese maldito libro lo mínimo que te merecías es respeto.

—No quiero darle más vueltas al asunto. —Me senté de nuevo en el sofá y cogí el cuenco de helado que me había preparado y del que iba a dar buena cuenta mientras veía mi serie favorita.

—Pues que le den, entonces… Ya tienes lo que necesitas: descanso. Cuando te sientas mejor ya buscaremos otras opciones. —Me abrazó fuerte y luego metió un dedo en el cuenco, tras lo cual se llevó un manotazo—. Eres muy buena como traductora y dentro de muy poco también serás una de las escritoras más famosas del país.

Me reí ante su optimismo.

—No te rías… va a ser así porque vas a tener todo el tiempo que necesites para escribir. Y no me refiero a ese proyecto que intentaste terminar con Miquel… sino al otro, al de verdad. El libro con el que llevas años soñando.

—No creo que pueda estar muy inspirada con el ánimo que tengo…

—Vaya que no… En cuanto llegues…

Me metí otra cucharada de helado de vainilla en la boca, lo paladeé con gusto y a continuación me giré hacia Bea.

—¿En cuanto llegue a dónde? —Fruncí el ceño.

Ella me miró sin decir nada, se mordió el labio inferior y puso esa cara de niña traviesa que siempre mostraba cuando había hecho algo sin que yo lo supiese.

—Verás… Resulta que…

—Beatriz García… ¿qué has hecho? —Dejé el cuenco en la mesa.

—Es que estoy muy preocupada por ti.

—¿Te lo repito otra vez?

—Ayer domingo, por la mañana… hablé con una compañera de trabajo que tiene un hermano viviendo en Cerdeña. Y resulta que Miguel, que así se llama su hermano… pues deja su piso hoy mismo y lo he alquilado para ti durante ocho meses y…

—¿Qué dices? —Me levanté de golpe.

—Sí, lo he hecho, y punto.

—¡Estás loca! Llama y dile que ya no estás interesada.

—No puedo.

—¿Por qué? —resoplé mientras me frotaba la frente.

—Porque ya lo he pagado…

—¿Qué? ¿Has perdido la cabeza? ¿Has pagado ocho meses de alquiler? ¿Con qué dinero?

—Esther, si no eres capaz de pensar en ti, lo haré yo. No puedes seguir así. Tienes que descansar y alejarte de aquí un tiempo.

—No me has respondido…

—Que no… Solo tres meses a modo de fianza. El resto lo iremos pagando entre las dos mensualmente.

—Eso debe ser mucho dinero.

—Me han hecho un precio especial por ser española y por ser amiga de Miguel. Al parecer ha sido un inquilino intachable…

La fulminé con la mirada.

—¿Qué? Vale, Miguel y yo no somos amigos, aunque sí le conozco, lo que nos convierte en conocidos y punto.

Comencé a caminar por el salón sin poder creer lo que estaba escuchando.

—No puedo… Ni siquiera sé con certeza si me van a despedir…

Bea soltó el aire que estaba conteniendo de golpe y se acercó a mí.

—Cielo, si no lo han hecho da igual. No puedes quedarte ahí con las condiciones que te van a poner. Tú vales mucho más que todo eso. No te mereces este trato.

—No pienso ir… No voy a viajar sola ni a vivir en una ciudad que no conozco.

—¿En qué se diferencia esto de cuando te fuiste de Erasmus?

—Allí tenía amigos estudiando…

—Y en Cagliari harás amigos muy pronto, ya lo verás.

—¿Cagliari? Nunca he estado allí. Bea, por favor, no me obligues a hacer esto. Mañana hablamos con el arrendador y, si no te devuelve lo que hayas pagado, lo haré yo misma.

—Sí puedes y lo vas a hacer, por ti, por mí… por las dos. En cuanto acabe el curso me iré allí contigo. Nos merecemos unas vacaciones de verdad, sin preocupaciones ni movidas extrañas.

—Pues nos vamos las dos en junio, entonces.

—Que no, porque cuando yo llegue haremos muchas cosas. He visto que Cerdeña es un paraíso que pienso recorrer de norte a sur y tú necesitas tiempo para ponerte a escribir de una vez.

Fui a la cocina a por un vaso de agua y me lo bebí entero. No podía ser real. ¿Qué pasaba con mi vida últimamente? Era una persona metódica, intentaba llevar una vida ordenada y tranquila. Sin embargo, en las últimas semanas todo estaba patas arriba y parecía como si el universo hubiese querido sacudirme por alguna razón que aún desconocía.

Me senté en una silla y apoyé los codos en la mesa.

—Esther, es una oportunidad maravillosa para conectar contigo, para relajarte, centrarte en ti y en tus sueños. Además, Cagliari en una ciudad preciosa y estoy segura de que…

—¿Tú qué sabes? Nunca has estado allí.

—No hace falta. He estado mirando fotos y vídeos y ya siento ganas de visitar mil lugares. Las playas son de ensueño.

—Sí, claro… en esta época —gruñí.

—Por supuesto, todo el año. Por algo la llaman la isla bonita, ¿no?

—Joder, Bea. No puedo creer que me hagas esto… —Fui hacia el baño.

—Me lo agradecerás muy pronto, estoy segura.

—Sí, claro… Voy a darme una ducha.

—Vale, prepararé la cena y así nos acostamos temprano. Mañana tengo que llegar al cole un poco antes, así que madrugaré más. Como esta semana no me toca cuidar el patio durante el recreo, tengo algo de tiempo libre al mediodía. Quedamos y hacemos unas compras.

—Podemos hacerlas el fin de semana. ¿A qué vienen las prisas? —le pregunté mientras me desvestía.

—Es que… no te lo he dicho… la condición para poder alquilar ese piso al mismo precio que lo alquiló el hermano de mi compañera es llegar como muy tarde el sábado… —Se llevó un dedo a la boca, se lo mordió y esperó mi reacción con miedo. Una reacción que no tardó más de tres segundos en llegar cuando le arrojé una de mis deportivas. Por fortuna, el enfado que sentía en esos momentos me nubló los sentidos y solo conseguí golpear el marco de la puerta.

—¿Te has dado cuenta de que estás muy agresiva desde hace unos días? No tengo ninguna duda de que necesitas esas vacaciones…

Le dirigí una mirada llena de furia y cerré la puerta de un portazo mientras la oía alejarse por el pasillo tarareando de nuevo el *O sole mio*. Abrí el grifo y me metí bajo la ducha esperando que el agua se llevase consigo la energía caótica que se había instalado en mi aura desde hacía unos días.

4

Llegamos al aeropuerto con bastante tiempo. Nos sentamos a tomar algo mientras repasábamos juntas, por enésima vez, la lista que llevaba conmigo y donde tenía apuntado todo lo necesario para el viaje.

—Que lo llevas todo, no te angusties más.

Me froté las manos, nerviosa. No me gustaba viajar sola y mucho menos volar. De hecho, odiaba volar, así que no podía controlar los nervios agarrados en la boca del estómago.

—No te voy a perdonar esto nunca, que lo sepas —le dije con los ojos llenos de lágrimas.

—Ya me lo dirás en unas semanas, cuando hayas conocido a algún italiano guapo que alegre tus días…

—¡Qué pesada eres con lo del italiano! Ni que todos fuesen guapos —protesté, aunque pude comprobar durante mi estancia en Roma que el porcentaje de hombres atractivos era superior a la media en otras ciudades. Me callé y no comenté nada.

—¿A quién pretendes engañar? En cuanto te dicen dos palabras en italiano caes rendida… —me dijo para chincharme y hacer que me relajase.

Puse los ojos en blanco y di un sorbito a la tila que me había pedido que, por cierto, aún estaba muy caliente y me quemó el labio. ¡Qué bien!

—Tranquilízate, por favor. Es un vuelo corto. En cuanto despegue te pones a leer y ya está, cuando quieras darte cuenta habrás llegado. Te he metido el nuevo de Meghan Maxwell. —Me guiñó un ojo—. Estoy segura de que vas a estar muy entretenida…

—No estoy de humor para tonterías. —Desvié la mirada hacia la ventana.

Bea alargó la mano y comenzó a hacerme cosquillas en la cintura. Yo intenté apartarme. No lo conseguí.

—Venga, Esther, por favor. He intentado organizarlo para que no tengas que preocuparte por nada. He pensado en todo.

—Tengo que hacer una pequeña escala y luego volver a coger otro avión… —me quejé con voz infantil.

—Bueno, desde Barcelona es apenas una hora y media… En cuanto bajes del avión y recojas el equipaje, una persona te llevará directa al edificio. No tienes ni que buscarte la vida para llegar allí.

Agradecí la información. Sin embargo, me sentía inquieta como cada verano, cuando mis padres decidían visitar alguna isla en barco y me aseguraban que con la pastilla que iban a darme no me iba a marear. Al final siempre me ponía malísima y me pasaba todo el trayecto vomitando en una bolsa.

—Miguel me dijo ayer en un mensaje que la familia que lo regenta es

muy maja. Ha vivido allí casi seis años. También que son superserviciales y que el barrio es muy tranquilo y bonito. Está junto al puerto y muy cerca de la playa del Poetto, una maravilla según me ha dicho. Yo estaría deseando llegar.

Y en el fondo yo también. Siempre he amado el mar y el clima mediterráneo, a diferencia de mi novio, ¿o debería decir mi exnovio? Aún no tenía muy claro si seguíamos siendo algo o no, pero en ese momento no me apetecía añadir más preocupaciones a mi ajetreada mente. A él nunca le apetecía ir a la playa de vacaciones. Es una de esas personas que odia tumbarse al sol y mancharse de arena, al contrario que yo, que me pasaría el día entero frente al mar, leyendo un buen libro y dejando fluir los pensamientos al ritmo que marcan las olas. Sergio prefería el bosque y la montaña, donde decía que encontraba la mayor inspiración para su trabajo. Es arquitecto y está obsesionado con crear edificios sostenibles capaces de mimetizarse con la naturaleza con el mínimo impacto ecológico. A mí me encanta pasar tiempo en la naturaleza y también me gusta ir a la montaña. Sin embargo, el mar tiene algo especial para mí que no solemos encontrar en ningún otro lugar, porque tiene la capacidad de hacer que no te sientas solo. Si te sientas frente a él o si tan solo paseas a su lado, notas su presencia, como lo haría un compañero silencioso que se sienta junto a ti sin juzgarte mientras permanece observante y de vez en cuando te da un ligero toquecito en el pie para asegurarse de que estás bien. Estaba claro que Sergio y yo nunca estábamos de acuerdo en nada y yo prefería mirar para otro lado y ceder para evitar una discusión.

Cuando oímos la llamada para embarcar noté que el corazón se me aceleraba. Bea me cogió del brazo y me acompañó hacia la puerta de embarque. Me dio un fuerte abrazo y luego me entregó el colgante que siempre llevaba puesto y que tenía un precioso corazón de amatista engarzado en un par de alas de ángel.

—Toma, cuando rompí con Carlos me lo regalaste para que me animase… pues ahora te lo presto una temporadita para que siempre me lleves contigo. Cuando te pongas tontorrona, lo coges, me llamas y nos echamos unas risas. En nada estaré allí. Por favor, prométeme que vas a descansar.

—Te lo prometo. —Sentí un nudo enorme en la garganta, que apenas me dejaba articular palabra. Seguía un poco enfadada con ella por haberme metido en ese embrollo, aunque sabía que lo había hecho con la mejor de las intenciones y solo buscando mi felicidad—. Gracias.

—De nada, venga, a ver si al final te vas a quedar en tierra y a ver qué hago yo con el alquiler. Ojalá me pudiese largar contigo en este mismo instante, pero no puedo. Mis niños no se merecen que su profe los abandone en medio del curso.

Sonreí al ver el amor infinito que sentía por su trabajo y por sus alumnos.

—Prométeme que estarás disponible siempre que te llame… Quizás me agobie un poco allí y necesite que me ayudes con algo…

—Que sííííí… Venga, buen viaje. Llámame en cuanto llegues… Ah, y a tu madre, que ya bastante mosqueada se ha quedado cuando le has dicho que preferías venir solo conmigo al aeropuerto. Una vez que estés en el piso me haces una videollamada, ¿vale? Quiero comprobar con mis propios ojos que lo que me ha vendido el arrendador es cierto: interior totalmente reformado, moderno, elegante, bien comunicado…

—Vale, vale… —Le di un último achuchón, me separé de ella y caminé hacia el mostrador de embarque. Antes de que las puertas se cerrasen detrás de mí, me giré, volví a darle las gracias y le lancé un beso, sin sospechar que el paso que estaba a punto de dar iba a marcar un antes y un después en mi vida.

SEGUNDA PARTE

Cuando la esperanza se tiñe de verde esmeralda

5

ESTHER

Como Bea me había prometido, una vez que recogí mi equipaje y salí de la zona de llegadas vi a un chaval portando un cartelito con mi nombre. Me acerqué cautelosa; no me parecía tener la edad suficiente para conducir un coche y poder llevarme a ningún sitio.

—*Ciao, sono* Esther Rubio.

—*Ciao, signorina. Come va?*

—*Bene, bene…* —Le miré esperando que me dijese qué hacer.

—*Vieni con me*. —Me hizo un gesto para que le siguiese.

—Oye… una pregunta. —No me pude resistir a averiguar su edad—. *Quanti anni hai? Sai guidare?*

—Sí, sí, sé conducir… *forza, andiamo*. —Me sonrió mientras cogía mi maleta para ayudarme y me guio hacia el coche.

—Va a quedarse mucho tiempo, ¿no? —dijo en un decente español intentando arrastrar el pesado equipaje.

—Un poco, sí —le contesté mientras me ajustaba el bolso que llevaba al hombro y cargaba con un neceser en el que había metido más productos de los que se pueden encontrar en un pequeño supermercado de barrio.

Cuando tuvimos todo el equipaje dentro del coche, emprendimos el viaje hacia un destino que aún desconocía.

—¿Dónde vamos, exactamente? —le pregunté y bajé la ventanilla para inspirar el olor a mar que ya se percibía en el ambiente. Mucha gente solía decirme que estaba loca y que no era posible que pudiese ser capaz de olerlo a una larga distancia. Sin embargo, era algo que me pasaba desde pequeña. En cuanto me aproximaba a él mis sentidos se agudizaban y podía olerlo y sentirlo en la caricia que su brisa dejaba en mi piel.

—¿No sabe dónde va? —Alzó las cejas, extrañado.

—Bueno, es un poco complicado… Mi amiga hizo la reserva. —Me miró divertido—. ¿Hablas español?

—Sí, un poco. Lo estudio en la escuela y lo practico de vez en cuando con un amigo que viene en verano desde Barcelona.

Asentí con la cabeza mientras observaba el paisaje. Sin mirarle le pregunté:

—¿Qué edad tienes? No me has contestado antes… —Giré la cabeza y le vi mirarme desde el espejo retrovisor.

—*Ventuno*. —Respiré un poco más aliviada.

—Pues pareces más joven…

—*È per i capelli biondi* —afirmó señalando su pelo rubio.

—Puede ser…

Me recosté en el asiento y cerré los ojos. Definitivamente nos estábamos acercando al mar. Sonreí.

—Entonces, ¿no es una turista?

Le miré sin entender la pregunta.

—Lo digo porque como no va a un hotel…

—No, no soy turista… o eso creo. Vengo a trabajar.

—¿En alguna compañía importante?

—No.

Asintió con la cabeza y guardó silencio. Mi escueta respuesta pareció darle a entender que no quería hablar del tema, pero no era así. Suspiré y le conté por encima mis planes en la ciudad.

—*È fantástico… una scrittrice famosa…*

—No soy escritora aún y mucho menos famosa… Ni tan siquiera he publicado un solo libro… Digamos que vengo aquí para inspirarme e intentarlo en serio.

—Ah… Cagliari es un sitio *perfetto* para ello. Hay muchos lugares románticos, *sai*?

Me extrañó su comentario. ¿Qué le había llevado a pensar que lo que iba a escribir era una novela romántica?

—¿Por qué crees que necesito visitar lugares románticos? —Me miró apurado.

—No sé… pensé que usted… *Una donna così bella…* —dejó el comentario inacabado y yo me rendí a la evidencia. Al parecer no tenía aspecto de escribir trilogías de fantasía.

—Bueno, aún no sé sobre lo que voy a escribir. Necesito pensar…

—Claro, claro…

Nos mantuvimos callados durante un rato. Él subió el volumen de la radio y canturreó por lo bajo el tema *Bones* de los Imagine Dragons. Mientras recorríamos la autovía hacia la costa, fui consciente de dónde estaba y de cómo era posible que me hubiese dejado convencer para viajar hasta allí en apenas unos días y, aunque me agobió un poco no saber a dónde me dirigía o cómo iba a adaptarme al lugar, inspiré hondo e intenté relajarme; era inevitable sentirse atraído por el encanto del lugar. El muchacho me miraba de vez en cuando por el espejo retrovisor y sonreía con calidez. Le devolví la sonrisa en varias ocasiones y saqué el móvil para tomar alguna foto.

—Mire, ya estamos llegando.

Apenas unos cinco minutos después se detuvo frente a un moderno edificio de cinco plantas en lo que parecía una calle residencial. No podía dejar de mirar a mi alrededor.

—*Bello, eh?* —Asentí con la cabeza.

—¿Dónde estamos?

—*In viale Poetto, nel quartiere del Sole…* El barrio del Sol —repitió en

español como si no le hubiese entendido.

—Sí, sí…

—Este es su edificio —dijo señalando el que tenía a mi espalda—. Al final de la calle encontrará *un piccolo supermercato, una farmacia… e un ristorante* que pertenece a los dueños del edificio.

Me miró esperando una respuesta.

—¿Estás seguro de que es este edificio? ¿No hay otro viale Poetto?

—No, es aquí. Mi primo Davide me mandó a buscarla. La están esperando.

—Está bien —acepté sin más. Cogí el equipaje y le seguí hacia el interior. Sorprendida, dejé las maletas en el suelo y giré sobre mí misma para observarlo todo. Era cierto lo que le prometieron a Bea cuando hizo la reserva. El edificio parecía de reciente construcción y tenía una decoración muy bonita y moderna. ¿De verdad que nos podíamos permitir eso? Suspiré y el miedo a que las prisas con las que lo organizó todo le hubiesen jugado una mala pasada me asaltó. ¿Y si al final era más caro de lo que creía? Aunque dijo que ya lo había pagado… Todo era muy extraño.

Me volví hacia el muchacho y él me hizo un gesto para que le siguiese hacia el ascensor.

—Es el último piso. La segunda puerta a la derecha. Que tenga una feliz estancia en Cagliari, *signorina*.

—Gracias. Oye… ¿cómo te llamas?

—Paolo Miscali.

—*Grazie*, Paolo, por todo. —Hice el amago de coger el monedero para darle una propina. Me indicó que no con la mano.

—*Benvenuta, ciao*. —Se marchó con una simpática sonrisa en el rostro.

Entré en el ascensor y subí hasta la quinta planta. Saqué como pude todo el equipaje, lo dejé apoyado en la pared y busqué la puerta correcta. En cuanto lo hice fui consciente de que no me había dado las llaves. Genial, ¿ahora qué hago yo si no hay nadie ahí abajo?, me dije. Miré el equipaje y resoplé. No podía volver a bajar de nuevo cargada con todo. Miré a mi alrededor. No había nadie. Dejé las maletas allí y fui hacia el ascensor para volver a bajar y conseguir hablar con alguien.

Mientras esperaba a que llegase, me entretuve buscando una pequeña botella de agua que llevaba en el bolso, pero estaba tan lleno que apenas podía mover nada. En cuanto oí el pitido del ascensor, presioné el botón para abrir la puerta y entré sin mirar, mientras seguía peleándome con un pequeño neceser que se había quedado atascado junto a la cremallera del bolso. En ese mismo instante me choqué de bruces contra alguien.

—Ay, perdón —dije tambaleándome. Un hombre alto y corpulento me sujetó del brazo y me empujó con suavidad hacia atrás.

—*Tutto bene?* —me preguntó un poco aturdido por el fuerte embiste.

—Sí, sí, disculpe. Estaba distraída.

Me miró en silencio.

—¿Es usted Esther Rubio?

—Sí, soy yo.

—Buenos días. —Me tendió la mano con formalidad—. Soy Davide Miscali, el dueño del apartamento. Bienvenida a Cagliari.

—Gracias. —Bajé la mirada avergonzada y enseguida recordé lo de las llaves—. Iba de camino al primer piso… necesito las llaves para poder entrar.

—*Vero*. —Las agitó en el aire—. Las tengo yo. Estaba esperando su llegada. Acompáñeme, por favor.

—¿Habla español? Lo digo porque si quiere podemos hablar en italiano…

—Sí. Hablo español. No se preocupe.

Le seguí sin rechistar. Abrió la puerta y se apartó para que entrase yo primero. Qué caballeroso. Le sonreí al pasar.

Me adentré en el piso y me quedé sin palabras.

—¿De verdad que este piso está a mi nombre? —Me giré hacia él estupefacta al tiempo que lo observaba todo con la boca entreabierta.

—¿Es usted la señorita Esther Rubio? —Arqueó una ceja.

—Sí, soy yo…

—Entonces… —Me miró contrariado—. ¿Hay algún problema?

—No, no… Es solo que me esperaba… otra cosa —murmuré mientras deambulaba absorta por el salón.

Durante los meses que pasé en Roma me acostumbré a los edificios que por su fachada exterior parecían estar a punto de derrumbarse, aunque por dentro estaban reformados y bien equipados. Sin embargo, no eran demasiado grandes. Aquel piso era distinto. El salón tenía casi el tamaño del piso en el que vivíamos Bea y yo en Madrid. Fui al balcón y abrí las puertas. Nada más salir me inundó un intenso olor a mar. De forma instantánea me hizo cerrar los ojos e inspirar hondo.

—Si tiene algún problema con el piso podemos mirar…

—No. Qué va. No se preocupe. Es que la reserva la hizo mi amiga Beatriz, pero no me dijo dónde era ni me enseñó ninguna fotografía ni nada, ¿sabe? Entonces… pues… todo es una sorpresa porque no sabía… —Cerré la boca de golpe cuando fui consciente de que le estaba abrumando con tanta palabrería.

—¿Su amiga se llama Beatriz García?

—Sí.

—Vale, es la persona con la que hablé. Sí, este es el piso que ella ha alquilado por ocho meses. —Se adentró unos pasos y dejó las llaves sobre el recibidor—. Insisto, si hay algo que quiere que cambiemos…

—Que no, estoy fenomenal —dije con voz cantarina. Más tarde hablaría con Bea sobre el asunto. Me pareció que la ubicación y el piso merecían mucho la pena. Tenía dinero ahorrado, así que, en caso de resultar un poco más caro de lo esperado, esperaba pagar la diferencia yo misma.

—*Perfetto*. La cocina está aquí a la derecha, y al fondo encontrará las dos

habitaciones y el baño.

Dejé abiertas las puertas del balcón y regresé junto a él para echar un vistazo al interior de la cocina: espaciosa y moderna aunque a la vez cálida. Me reafirmé en mi opinión. Aquel piso tenía otro nivel que estaba dispuesta a disfrutar al máximo.

—Ahí —señaló un moderno armario empotrado de color blanco— encontrará una carpeta con información útil sobre la isla, teléfonos de emergencia y recomendaciones sobre lugares que le puedan interesar y allí, en la mesa del fondo, tiene un pequeño almuerzo que le hemos preparado por si tiene hambre.

Me giré y al ver la comida abrí los ojos como platos. No había comido nada en todo el día por los nervios y al ver toda esa fruta, zumos y una bandeja llena de crujientes *croissants* el estómago me rugió de golpe.

—Oh, muchas gracias. Son ustedes muy amables —comenté llevándome las manos al estómago.

—De nada. ¿Necesita algo más?

Nos miramos en silencio. Sin ser consciente le recorrí de arriba abajo con la mirada: vaqueros negros, cazadora de cuero en marrón oscuro, una camiseta blanca y unas botas negras relucientes. Era alto, bastante, pensé, pero no desgarbado. La chaqueta se le ajustaba a los hombros dejando claro que debajo de ella había unos músculos marcados y fuertes. Cuando subí la vista, me fijé en su pelo rubio ondulado que llevaba recogido en un moño informal y en un mechón suelto que le caía encima de la ceja izquierda. Cuando mis ojos vagaron un poco más por su rostro me encontré con su mirada escrutiñadora y fui consciente de lo mal que estaba quedando en ese momento con el repaso que le estaba haciendo.

—Perdón —conseguí decir—. No, no, todo está bien. Gracias.

—De acuerdo. Si necesita alguna cosa, no dude en llamar al número de teléfono que está en rojo en la carpeta que le he indicado antes. Me he tomado la molestia de comprar algo de comida por si está cansada del viaje. La encontrará en la nevera.

Asentí.

—Bienvenida de nuevo. Que tenga un buen día.

—Gracias. —Se dio media vuelta y salió del piso.

Había sido muy amable, pero ¿dónde estaba el resto de la familia de la que me habló Bea? ¿Sería alguno de los hijos? Quizás. Sinceramente, me esperaba a un matrimonio de mediana edad recibiéndome con una sonrisa en el rostro y con la típica amabilidad y hospitalidad de los italianos. Sin embargo, ese hombre… ¿cómo había dicho que se llamaba? Parecía un poco menos hablador de lo que acostumbraban a ser los italianos, siempre dispuestos a entablar una conversación agradable.

Entré en la cocina y me dirigí a una enorme cesta llena de fruta que había en un rincón de la encimera. Solté una risita nerviosa. Bueno, al parecer, el universo había decidido darme una pequeña tregua y todo marchaba bien.

No me pude resistir y le mandé un mensaje a Bea con las fotos del desayuno y la cesta.

Yo:
Mira el regalito de bienvenida.

Bea:
Halaaaa. ¿Y eso?

Yo:
Los dueños… Un detalle, la verdad.

Bea:
Suertudaaaaa

Yo:
No he visto por ningún lado a la familia que se supone iba a recibirme.

Bea:
¿Quién lo ha hecho?

Yo:
Un tipo amable, aunque un poco serio.

Bea:
Un tipo serio que te regala frutas y te prepara el desayuno…

Sonreí al leer el comentario. Tenía razón. Había sido todo un detalle.

Yo:
Es verdad… Esta noche hablamos.

Bea:
¿Estaba bueno?

Yo:
Cállate. Bssss

Bea:
Callas, luego otorgas. Has llegado al sitio ideal. Disfruta. O sole mio…

Me di una ducha caliente, ya que, aunque estábamos a finales de marzo, aún hacía un poco de fresco y notaba la humedad del ambiente pegada en la piel. Decidí que más tarde saldría a conocer un poco el barrio y a comprar alguna cosa. Quizás, por una vez, pensar en mí estaba teniendo recompensa.

6

ESTHER

Dispuesta a saber dónde estaba todo o al menos lo más imprescindible para poder moverme con soltura por el barrio, me calcé unas deportivas y salí a inspeccionar el lugar. Nada más salir me sorprendió la buena tarde que se había quedado. Cuando llegué por la mañana hacía bastante fresco. Sin embargo, el sol lucía con fuerza y me invitó a quitarme el abrigo, algo que agradecí. Me sentía un poco cansada del intenso frío que se había instalado en Madrid desde mediados de febrero.

Me detuve en la puerta del portal y miré a ambos lados dudando hacia dónde dirigirme. Recordé las indicaciones de Paolo sobre los establecimientos que había al final de la calle. Giré a la derecha y comencé a caminar despacio observando todo a mi alrededor para hacerme un mapa mental del barrio.

Era una zona agradable y silenciosa llena de edificios de apartamentos, aunque varios parecían cerrados, quizás porque eran pisos para turistas más orientados al alquiler durante el verano. Los pequeños jardines que rodeaban algunos de los edificios estaban repletos de árboles y flores, sobre todo de mi planta favorita, la buganvilla, otorgándoles un toque mediterráneo que me encantaba.

Seguí caminando hasta que vi la farmacia. El barrio parecía una zona principalmente residencial, así que sospeché que, quizás, iba a costarme un poco poder moverme por allí sin coche. El pensamiento me hizo sonreír porque, como buena madrileña que estaba acostumbrada a tener todo a mano, tendía a agobiarme un poco cuando no estaba rodeada de tiendas, bares y todo tipo de servicios y establecimientos. Pero ¡qué más da!, me dije. No había ido hasta allí para ir de compras, sino para descansar y escribir. Proseguí con mi paseo hasta que encontré una cafetería de aspecto agradable. De repente, la tentación de tomarme un *cappuccino* se hizo irresistible.

Miré el letrero del local y dibujé una sonrisa: The Coffee Library. Me gustó comprobar que se trataba de una mezcla de cafetería y librería. Desde ese momento supe que se iba a convertir en uno de mis lugares favoritos en la ciudad.

—*Buon pomeriggio* —me saludó un chico moreno con gafas de pasta negras.

—*Ciao*.

—*Posso portarle qualcosa?*

—Sí, disculpa —respondí distraída en español.

—¿Española?

Le miré y sonreí.

—Sí.

—Yo también. Me llamo Pablo. —Salió de detrás de la barra y me dio dos besos de forma efusiva.

—Encantada.

—Igualmente.

—¿De dónde?

—De Madrid.

—Anda, yo también. Qué bien. ¿De dónde exactamente?

—De Arganzuela.

—Yo de la zona de Moncloa. ¿Y qué te ha traído hasta aquí?

—Trabajo. Acabo de llegar.

—Genial.

—Si necesitas ir al centro al trabajo, ahí al final de la calle hay varias paradas de autobús.

—No, no. Voy a trabajar en casa —le informé.

—Entonces, estupendo, aunque te advierto que este barrio no tiene demasiada vida entre semana. Es una zona residencial y la mayoría de la gente va a trabajar o a estudiar al centro y regresa por la noche a su casa.

—Bueno, no importa. Necesito un poco de paz.

—Ah, entonces has venido al sitio correcto. Eso sí, los fines de semana y en verano está bastante más lleno. La gente alquila los apartamentos por días o semanas… imagínate.

—Imagino.

—¿Qué quieres tomar?

—Un *cappuccino*. Me muero por uno de los de verdad.

Me dedicó una amplia sonrisa.

—De acuerdo. Hoy estás de suerte. Espera un segundo.

Regresó unos minutos más tarde con otro chico.

—Lucca, ella es…

—Ay, perdona, que no me he presentado. —Suspiré con apuro—. Me llamo Esther.

—Pues eso —rio—, ella es Esther y acaba de llegar. También es de Madrid.

—*Piacere*. —Me dio dos besos.

—Es mi novio, Lucca, y es experto en preparar café. —Le miré sonriente.

—*Certo. Va bene. Ti porterò il miglior cappuccino del quartiere.*

—El mejor del barrio, no, cielo —protestó Pablo—. No seas tan modesto. Tu *cappuccino* es el mejor de toda la isla. —Se dieron un beso y a mí me parecieron adorables—. Siéntate donde quieras. Enseguida te lo traigo.

Al ver que me traía un *croissant* con el café se me hizo la boca agua. Iba a tener que esforzarme por controlar mi gusto por lo dulce o iba a acabar hecha una bola en esos ocho meses.

—*Grazie*.

—*Prego*.

Al cabo de un rato y mientras disfrutaba de esta improvisada merienda, un grupo de estudiantes entraron en tropel. Todos portaban mochilas y reían y hablaban a voces al tiempo que varios de ellos se acercaban a un pequeño apartado donde había distintas estanterías llenas de libros y le enseñaban un papel a Pablo. Él asintió y unos minutos después salió de una habitación que había al fondo del local cargando varios libros. Se percató de que le estaba mirando y se acercó.

—Esos libros de la estantería al lado de la ventana son gratuitos. Puedes coger el que quieras, leerlo aquí o si lo prefieres llevártelo a casa. Son de préstamo.

—Ah, qué bien. —Miré a los estudiantes pedir café y refrescos mientras se distribuían varios de los libros que Pablo había dejado encima del mostrador.

—Tenemos una colección enorme ahí dentro. No los podemos exponer todos.

Libros y café. No podía imaginarme ningún otro sitio mejor para pasar un rato agradable.

—Los prestamos por la módica cantidad de un euro, sobre todo a estudiantes. Cuando los entregan se les devuelve el dinero. Es una manera de poder mantenerlos en buen estado.

—Me parece una idea estupenda.

—Sí. Los libros pertenecieron al abuelo de Lucca. A su muerte, tenía centenares de libros que había adquirido a lo largo de toda su vida y no sabía qué hacer con ellos, así que se le ocurrió esta idea tan original cuando montó el café y… aquí estamos.

—Es genial. En cuanto termine el que estoy leyendo vendré a por alguno.

—Estupendo. Eso sí, están todos en italiano…

—Estuve de Erasmus en Roma… me defiendo.

—Entonces… sin problema. ¿Estás sola o vives con más gente?

—Sola. He alquilado un piso cerca de la farmacia durante ocho meses. —Me miró sorprendido y entendí el pensamiento que cruzó su mente—. Sí, lo sé… debe ser muy caro. Se ha encargado mi amiga y créeme si te digo que ando a ciegas con todo esto. No tengo ni idea de cómo lo ha hecho. El piso es enorme y está superbién amueblado. ¿Vosotros vivís también por aquí?

—No, no. Nosotros vivimos en otro barrio un poco más económico. —Sonrió.

—Ya… —respondí con cierto temor—. Espero no arrepentirme. Mi amiga me dijo que se lo habían alquilado por un buen precio.

—Has tenido suerte. A veces, si los alquilas fuera de la temporada de verano y por un largo tiempo, te hacen una buena oferta. —Sonrió—. Voy a servir más café.

—Debe ser… —Le sonreí y seguí con mi *cappuccino* hasta que lo apuré

y decidí que era hora de hacer el camino inverso.

Necesitaba comprar unas cuantas cosas de regreso a casa. Como aún no conocía la zona y me daba miedo que, en cuanto anocheciese, el lugar estuviese demasiado solitario, me apresuré en despedirme.

—*A domani* —les dije a los dos de camino hacia la puerta.

—*A domani, bella* —me respondió Lucca levantando la mano y con una cálida sonrisa.

Suspiré con cierto alivio. Sí, aquella cafetería sería un lugar al que acudiría a diario.

7

ESTHER

Durante la primera semana me dediqué a poner en orden mis cosas y a descansar. Como el tiempo cambió un poco a la mañana siguiente de llegar y estuvo lluvioso y más frío, permanecí en casa saliendo tan solo para comprar comida.

Por suerte, ese día lucía el sol. Me asomé al balcón, desde el que se podía ver el mar, y pude comprobar que a primera hora de la mañana había personas caminando por la orilla y otras haciendo surf, a pesar de que las olas no parecían muy altas, pero sí constantes. Cuando acabé de desayunar decidí ir a la playa. Me puse unos vaqueros y mis deportivas más cómodas porque aún no tenía muy claro cuánto había que caminar para llegar. Cogí las gafas de sol y una gorra para ser precavida. Mi experiencia viviendo en Menorca me enseñó que vivir en una isla te expone más de lo que parece a la luz solar y mi piel lo acusaba. También un chubasquero y un pequeño paraguas por si acaso el tiempo cambiaba de repente.

Ya en la calle me crucé con una señora paseando a su perro y tras darle los buenos días le pregunté por el trayecto más corto para llegar a la playa del Poetto. Tras asimilar las indicaciones de la mujer, me puse los auriculares y comencé a caminar disfrutando del barrio. Cuando llegué me quedé de nuevo sin palabras porque, aunque se trataba de una playa urbana, la arena era muy clara y fina y el agua de un tono azul precioso. La playa era muy extensa y estaba repleta de locales que, obviamente, estaban cerrados por tratarse de la época del año en la que estábamos o por ser aún temprano.

Sin pensarlo más, accedí a la arena y me acerqué a la orilla feliz de poder pasear y respirar aire puro. No me resistí y le mandé un mensaje a Bea con una foto. Ella tardó apenas un segundo en contestar.

Yo:
Graciasssss por esto.

Bea:
Yo te preparo un viajazo y tú me torturas con fotos para darme envidia. Siempre ha habido amigas y AMIGAS…

Yo:
Venteee

Me crucé con algunas personas que también habían decidido pasear por allí

esa misma mañana y, tras caminar un rato, decidí sentarme en la arena para descansar y disfrutar del paisaje. Cerré los ojos y respiré profundamente dejando que la brisa marina llenase mis pulmones de vida y salud. Cuando los abrí, la figura de una persona intentando remontar algunas olas con una tabla de surf llamó mi atención y me hizo sonreír. ¡Qué felicidad debía sentirse sabiendo que tienes tan cerca de ti tal fuente de vida y que puedes visitarla siempre que lo desees! Vivir en Madrid a veces resultaba agobiante y echaba mucho de menos poder refugiarme en un espacio natural y respirar.

El hombre de la tabla de surf comenzó a nadar hacia la orilla. Cuando tocó la arena se bajó de la tabla, se puso de pie, se sacudió el pelo y después me miró. Levanté la mano con timidez para saludarlo. A continuación, cogió la tabla y se acercó a mí. No supe muy bien si permanecer sentada o levantarme. No me dio tiempo a decidir porque en cuanto estuvo a mi altura se dejó caer en la arena y se sentó a mi lado.

La sorpresa llegó cuando me giré a mirarlo.

—Ay, hola —dije intentando sonar amable. Él me miró y me sonrió.

—*Ciao, bella. Come va?*

—*Bene, bene, e tú?*

—*Bene*. —Me observó unos instantes con los ojos entrecerrados. Me dio la sensación de que estaba pensando en algo, aunque no podía saber el qué. No pareció reconocerme. Bajé la mirada con timidez. Tampoco me sorprendió: no me caracterizaba por ser una persona llamativa.

—*Sei nuova qui?* —preguntó. Su mirada fija en mí estaba empezando a ponerme nerviosa. El día que nos conocimos me pareció un poco más tímido.

—Soy Esther, Esther Rubio. Nos conocimos cuando llegué… —Pensé que quizás era la ropa informal que llevaba y que normalmente solía darme un aspecto más aniñado. Me quité la gorra y las gafas de sol—. Me diste las llaves del apartamento en viale Poetto. Nos chocamos en el ascensor… Perdona por el golpe… Con lo amable que fuiste y yo…

—*Ah…* —murmuró y dejó la vista perdida en el mar unos segundos.

—Soy vuestra nueva inquilina. He llegado al piso en el que antes vivía Miguel —le aclaré.

—*Certo, certo.* Perdona. La chica de Madrid. —Me miró con curiosidad.

—Sí —respondí con media sonrisa y el ceño ligeramente fruncido.

—Disculpa. Es que conozco a mucha gente y soy muy despistado y malísimo con los nombres. Nunca recuerdo uno a la primera. No me lo tengas en cuenta si te llamo de otra forma…

—Ah, no, no, está bien. No pasa nada.

Los dos asentimos con la cabeza y nos miramos sonrientes.

—Y… ¿qué tal por aquí? —preguntó.

—Bien, poco a poco intento acostumbrarme…

—¿Necesitas acostumbrarte a esto? —Señaló el paisaje que nos rodeaba.

—No, a esto no, quiero decir a vivir aquí, sola, en un sitio nuevo…

—Ya, comprendo… Es un sitio pequeño. Enseguida conocerás a gente.

—Eso espero. De hecho, ya he conocido a un chico español que trabaja en el The Coffee Library. No sé si sabrás qué cafetería es…

—Sí, claro… Pablo, ¿no?

—Exacto. ¿Sois amigos?

—No, aunque le conozco del barrio y de venir a la playa los fines de semana.

—Es muy majo… y su novio, Lucca, también.

—Sí.

—Quería agradecerte lo del desayuno y la cesta de frutas. Ha sido todo un detalle por vuestra parte. —Las comisuras de sus labios se elevaron para mostrarme una sonrisa tan perfecta que hizo que me recorriese un pequeño escalofrío por la espalda.

—Ah, eso… no es nada. Es un detalle de bienvenida. Qué menos…

—¿Por qué hablas tan bien español? —Me intrigaba su buen acento.

—Mi madre es española.

—Ah, ¿sí? ¿De dónde?

—Ibiza. —Los dos sonreímos.

—Yo viví en Menorca una temporada.

—Me encanta Menorca. Tiene unas cuevas increíbles para hacer buceo —dijo con entusiasmo.

—Sí. Es una isla preciosa. Como esta…

—Exacto. Son muy parecidas. Y tú ¿qué haces en Cerdeña? ¿Has venido en busca de emociones intensas? —Sonrió con picardía.

—Qué va. He venido a trabajar… Voy a intentar escribir un libro y necesitaba un lugar donde inspirarme. —Dirigí la mirada al mar.

—Este es tu lugar, sin dudas.

—Eso espero.

—Si te interesan los deportes de agua, tengo una pequeña escuela allí más adelante. —Señaló con el dedo hacia la izquierda—. Puedes venir cuando quieras. Ahora está un poco parada por eso de la temporada baja.

—Ya…

—Aunque es la mejor época para surfear… Ahora el oleaje es más fuerte. Si te interesa, los fines de semana hay más gente y mejor ambiente. Ven y lo pruebas… si es que no lo has probado antes, claro…

—No, no… yo soy de nadar y poco más.

Se rio a carcajadas y, aunque se estaba riendo de mí en mi cara, me pareció muy simpático.

—No tengas miedo, no hay peligro. Te lo pasarás bien. Confía en mí. —Me miró fijamente a los ojos y vi que los tenía de un color azul muy bonito. Su pelo me pareció más claro a la luz del sol. Cogí aire.

—Gracias de nuevo por la comida y todo eso… La lasaña que había en la nevera era de diez.

—De nada. Cuando quieras comer comida típicamente sarda o buenos platos caseros de comida italiana, ve al restaurante que está en la misma calle.

Es de mi familia. Te puedo asegurar que los productos son de la mejor calidad.

—Ah, pues sí, lo haré. Me gusta cocinar, pero me da un poco de pereza…

—Y si por la mañana te gusta pasear y te apetece beber algo caliente, en mi escuela también tenemos cafés muy ricos para que te sientes frente al mar y los disfrutes como Dios manda.

—Muchas gracias. Lo haré sin duda.

—Bueno, tengo que irme. Encantado de volver a verte... —Se detuvo tratando de recordar mi nombre.

—Esther… —dije.

—Eso, Esther. *Scusa, eh?* —Me miró con apuro. Nos levantamos para despedirnos y él se acercó a darme dos besos.

—Igualmente… ¿Te llamabas… Davide? —Me miró fijamente. A continuación, bajó la mirada al suelo, se mordió un lateral del labio y cuando me miró de nuevo me mostró no sé si su mejor sonrisa, aunque lo parecía.

—Sí, Davide. *Ciao*.

—*Ciao*.

Joder, joder, joder. No podía ser que Bea tuviese razón sobre mi debilidad con los italianos. Acababa de llegar y a la mínima ocasión ya me estaba derritiendo cual helado al sol delante de ese hombre. Aunque había que reconocer que era atractivo, mucho, con su pelo rubio rizado, esos ojos del color del mar…

¡Esther! Basta. Levántate ahora mismo y vete a casa, me dijo mi cerebro a gritos y yo le obedecí, porque, como no pusiese un poco de cordura al asunto, iba a arruinar mi estancia en Cagliari y Bea me mataría, literalmente, en cuanto llegase.

Antes de cenar me pasé por la cafetería de Pablo y Lucca para comprar mi desayuno del día siguiente. Nada más llegar a casa volví a escribir a Bea:

Yo:
El dueño del piso al final parece majo…
Y tiene unos ojazos azules…

Bea:
O sole mio…

8

ESTHER

Quince días después ya estaba plenamente instalada; había llegado el momento de intentar arrancar el libro que llevaba años pretendiendo escribir. Para encontrar un poco de inspiración iba cada tarde a tomar un *cappuccino* y a charlar un poco con Pablo, que resultó ser muy cariñoso y atento, pero no había vuelto a ver a Davide por ningún sitio y eso que había bajado a la playa en tres ocasiones después del desayuno para pasear e intentar que las musas hiciesen acto de presencia.

Me senté frente al ordenador y comencé el primer capítulo de la novela con una reflexión sobre el amor que me hizo pensar en Sergio. Me sentía mal porque me había marchado con un escueto: «Me mudo a Cerdeña. Ya hablaremos» y sin tan siquiera haber hablado con él por teléfono. Sabía que ese mensaje le habría enfadado y mucho, porque él se fue solo a trabajar a Santander después de que yo me hubiese negado a acompañarle. Sin embargo, en ese momento lo único que sabía era que me había mudado a otro país y que ni siquiera se lo había comentado con anterioridad.

Como me sentía relajada y con ánimo, escribí el primer párrafo en apenas unos minutos. Trataba de una verdad universal sobre el amor que siempre debemos cumplir: *el amor empieza por amarte* a ti mismo. Suspiré. La leí varias veces, la asimilé, la rumié y la intenté aplicar a mi desastrosa vida sentimental. Quizás, más que una novela, debía escribir un tratado sobre las banderas rojas que no debemos permitir en nuestras relaciones, pero que nos empeñamos en ignorar.

Volví a leer el párrafo. Empecé una nueva frase, pero estaba de nuevo atascada. ¡Qué bien!, pensé. Fui a por un café para distraer la mente. Cuando me lo terminé, me senté frente al ordenador, pero no era capaz de seguir escribiendo. Mi cerebro había decidido que no le apetecía trabajar más aquel día y me saboteaba con ideas absurdas, recuerdos amargos con Sergio o incluso con la incesante preocupación sobre el dinero que nos iba a costar mi estancia allí. A ese paso, no iba a ser capaz de escribir un capítulo completo antes de que Bea llegase y todo el tiempo de descanso en la isla iba a ser inútil. El remordimiento por el dinero que aquel tiempo sin trabajar iba a suponernos a las dos me agobió. Me levanté y salí al balcón a coger un poco de aire.

La visión del mar me llenó de paz y me reconfortó tanto que pensé que, quizás, la forma de desbloquear la mente pasaba por acercar la mesa a la ventana. Estaba a punto de ejecutar mi plan cuando vi a alguien en el edificio

de enfrente asomarse al balcón para regar unas macetas. Como no llevaba puestas las gafas, agudicé la vista y en ese momento comprobé que era Davide. ¿Así que vivía ahí? Le saludé con la mano y la mejor de mis sonrisas:

—*Buon giorno.*

—*Buon giorno,* Esther. *Come va?*

Me hizo un gesto con la mano, dibujó una sonrisa amable y siguió a lo suyo sin decir nada más. Me planteé preguntarle algo más, pero no quería molestarlo. Parecía muy ocupado en su tarea. Cuando acabó de regar, cerró la ventana y desapareció. Más tarde volví a asomarme con discreción para comprobar si el balcón seguía abierto y en ese instante escuché una música que provenía de ese piso. ¿Eran los Maroon 5? Sonreí. Tenía buen gusto. Me lancé a por el móvil.

Yo:
Davide, el dueño del piso, vive en el edificio de enfrente y escucha a Maroon 5.

Bea:
Oooh. Chico listo.

Yo:

Espero poder hablar un poco más con él.

Bea:
Ese maravilloso gusto musical merece un café.

De mejor talante, trasladé la mesa junto a la ventana y me senté a escribir de nuevo. Y escribí y escribí sin parar hasta que por fin conseguí terminar el primer capítulo. Suspiré satisfecha y pensé que me había ganado un *croissant* por eficiente… y una buena caminata por la orilla aquella tarde para quemarlo.

9

ESTHER

Me gustaba pensar que la energía en la que vibramos se refleja de algún modo en los acontecimientos que vivimos cada día y que, si nos mantenemos positivos y optimistas, solo atraemos momentos felices. Por desgracia, acababa de refutar esa teoría tras cometer un error que me arruinó la mañana.

Me levanté temprano porque la noche anterior, por primera vez, había conseguido dormir casi ocho horas del tirón, algo impensable hacía unas semanas, cuando estaba en Madrid. Como si se tratase de un cuento infantil, me había despertado con el canto de unos pajaritos en mi ventana y, al abrirla, el olor del mar me llenó los pulmones de vida. Me di una ducha reconfortante, me preparé un desayuno un poco más saludable con fruta, cereales y un trocito de chocolate y decidí bajar a la playa con una libreta para cambiar de escenario y ver si, junto al mar, las ideas fluían un poco más rápido y así poder escribir un nuevo capítulo esa misma tarde.

Sin embargo, mientras hurgaba en el bolso en busca de la libreta, encontré un bolígrafo que me regaló Sergio en mi último cumpleaños. Era negro y tenía mis iniciales grabadas en plata. Fue un detalle bonito porque lo acompañó de una nota en la que me aseguraba que con él firmaría los ejemplares de mi primera novela. Me hizo pensar en él de forma automática y sentí como el remordimiento me quemaba en la piel. Cogí el móvil, dispuesta a darle una explicación. Presioné el botón de llamada con el temor agarrado al dedo índice y, cuando estaba a punto de colgar, oí su voz al otro lado de la línea.

—Buenos días… —dijo—. O quizás debería decir *buongiorno*. —Resoplé.

—Buenos días… Perdona que te moleste… Imagino que estarás trabajando…

—¿Qué quieres, Esther? Estoy ocupado.

—Vale, disculpa. Mejor hablamos en otro momento. —Me separé el móvil de la oreja para colgar. En ese momento volvió a hablar.

—Esther… —Le oí suspirar—. Dime.

—Solo quería saber cómo estás y… pedirte disculpas por marcharme sin avisarte. —Me sorprendí al oírme decir aquellas palabras. Se suponía que lo habíamos dejado cuando se fue a Santander. Entonces, ¿por qué sentía que debía justificarme? Inhalé hondo.

—¿Desde Cerdeña? ¿No has tenido tiempo antes?

¡Qué borde!, pensé.

—Pues no. Han pasado muchas cosas —repliqué molesta—. No tengo por qué darte explicaciones de lo que hago en mi vida… Ya no —me corregí —, pero me parecía lo más correcto.

—No me interesan los motivos por los que sí has decidido mudarte a otro país y no a Santander conmigo.

—Ya hablamos de eso en su día, Sergio. Tuve mis motivos para no hacerlo.

—¿Cerdeña te motiva más? —Entendía que estuviese enfadado. Aun así, no pensaba tolerar más que me hablase así.

—Mira, Sergio. Ya veo que llamarte ha sido un error. Mejor lo dejamos…

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que me alegro de que no hayas querido compartir conmigo una nueva etapa en mi vida profesional o de que te hayas cargado tres años de relación por tu egoísmo y falta de compromiso?

La mandíbula se me descolgó de golpe.

—¿Perdona? ¿Yo he sido la que me he cargado la relación? Tu decisión de marcharte a Santander fue unilateral, ni tan siquiera me diste la opción de hablarlo.

—Eso no es cierto. Te pedí que me acompañases.

—¡Ese mismo día estabas haciendo las maletas!

—Porque debía incorporarme de forma inmediata y no podía estar esperando a que quisieses tomar una decisión.

—¿Y qué pasa conmigo? Yo tenía una vida, un trabajo, familia, amigos…

—Por favor, no seas dramática que se trata de Santander, no de Tokio.

—Me pediste que lo dejase todo para irme contigo… No nos diste la oportunidad de intentar hallar otra forma de hacerlo.

—Tú trabajas casi todo el tiempo desde casa, Esther… ¿Tanto esfuerzo te suponía hacerlo desde otra?

—Sí —afirmé tajante.

—Vale, pues ya está. ¿Por qué estamos teniendo esta conversación de nuevo?

—Porque soy tonta y creí que debía… al menos… contarte por qué estoy aquí y… —Se me humedecieron los ojos y le oí suspirar con fuerza.

—Esther, esto no tiene ningún sentido. Te deseo todo lo mejor en tu nueva aventura italiana. —Noté la ironía en su voz.

—Esto no es ninguna aventura… he venido para cumplir mi sueño y… —No pude seguir, ya que sentía las palabras atascadas en la garganta.

—Espero que lo logres y compense todo lo que te has dejado en el camino…

—Eres un imbécil… —Colgué.

Bea tenía razón… siempre la tenía. Sergio era un maldito egocéntrico que no veía más allá de sí mismo y un egoísta recalcitrante sin intención de desviarse en lo más mínimo del camino que se había trazado en la vida.

Me levanté del sofá y fui a la cocina a beber un vaso de agua mientras me esforzaba por aguantar las lágrimas. No fui capaz y al final rompí a llorar como una tonta. Regresé al salón, me dejé caer en el sofá. Entretanto, hacía un recorrido por los buenos y los malos momentos vividos a su lado y llegué a la triste conclusión de que solo recordaba haber sido feliz al principio de la relación, cuando todo parecía perfecto entre los dos. Sin embargo, en cuanto surgieron las primeras decisiones, supe que para que nos llevásemos bien era mejor no llevarle mucho la contraria. Sergio era muy cuadriculado y metódico, como buen arquitecto. «Es así por su profesión», le decía a todo el mundo y a mí misma intentando justificar lo injustificable.

No sé cuánto tiempo pasé llorando en el sofá. Al final me quedé dormida durante un tiempo, hasta que un pitido en el móvil me despabiló.

Bea:
¿Cómo van las aventuras de
Esther, la exploradora?

Yo:
He discutido con Sergio.

Bea:
¿Por qué has hablado con él?

Yo:
Sentí el impulso de explicarle
por qué estoy aquí…

Bea:
¿Qué? Borra su número yaaaaa

Yo:
Soy imbécil…

Bea:
Un poco... ¿Estás bien?

Yo:
Sí…

Bea:
¿Seguro?

Yo:
Sí, esta noche hablamos.

Bea:
Vale, estoy en clase. No se te
ocurra volver a llamarlo. Bórralo
y vete a pasear. ¡Que le den! O
mejor, ve a pedirle un vinilo al
vecino…

Yo:
Ja, ja, ja… Venga, hablamos.
Bsss

Bea:
Te quieroooo

Hablar con Bea me tranquilizó un poco, pero seguía sintiéndome inquieta y molesta conmigo misma por haber sido tan boba. Echarme a mí la culpa por la ruptura me parecía demasiado, cuando lo único que había hecho esos tres años era intentar contentarlo y ponerle las cosas fáciles. Si pretendía hacerme sentir responsable para que le suplicase un perdón, era mejor que me esperase sentado, porque no pensaba hacerlo. Estaba harta de ceder ante todo. Ya era hora de pensar en mí.

Todas esas afirmaciones de poder se vinieron abajo en cuando varias horas más tarde recibí un mensaje suyo en el que se disculpaba por haber sido tan borde y me hacía saber que necesitaba un poco de tiempo. De nuevo, había conseguido hacerme sentir mal. Arrojé el móvil al sofá y fui al baño en busca de una aspirina para el intenso dolor de cabeza que me había provocado. Después me tumbé en el sofá, encendí la televisión y comencé a hacer un recorrido por los canales de pago en busca de algo que me entretuviese, pero era incapaz de entender el funcionamiento del moderno televisor. Me rendí y frustrada lo apagué. Las esperanzas que había puesto en aquel día murieron a casusa de mi estupidez.

Cuando empecé a notar que la ansiedad se me agarraba con fuerza al estómago y que el corazón volvía a acelerarse, me agobié y decidí salir a la calle a tomar el aire. No era demasiado tarde y aún quedaba un buen rato para que anocheciese. Quizás un paseo hasta The Coffee Library y un ratito de conversación con Pablo me ayudasen a relajarme. Para mi desgracia, nada más llegar vi que estaba cerrado por descanso. Vaya, no había forma de que el día fluyese sin complicaciones.

Deshice mis pasos de regreso a casa y, cuando estaba justo enfrente del portal, pensé en Davide y en la posibilidad de que estuviese en la escuela de surf. Pasear hasta allí no me vendría mal y, en el caso de que no estuviese abierto, siempre podía pararme en alguno de los bares de la zona y tomarme un refresco.

Caminé por toda la viale Poetto en dirección a la playa con calma. Necesitaba descargar toda la tensión que se me había acumulado en los hombros y en el cuello. Nada más llegar me quité las deportivas. Sentí un alivio enorme al notar el frescor de la arena en los pies. Continué hasta la orilla para mojarlos en el agua y durante unos minutos dancé con las olas, dando pequeños saltitos, acercándome y alejándome como si estuviese dando los primeros pasos de un baile clásico. Cuando mis pies se acostumbraron a la fría temperatura del agua, seguí caminando con lentitud hacia la zona en la que se encontraba la escuela de Davide. Me daba un poco de apuro presentarme sin avisar después del escueto saludo de la otra mañana en el balcón. Hubo incluso un momento en el que detuve mis pasos con la intención de dar media vuelta. Al final resolví que no perdía nada por intentarlo. Al fin y al cabo, me había invitado a visitar la escuela cuando quisiese.

Le concentrado limpiando y puliendo una de las tablas de surf cuando llegué. Dudé entre acercarme o no, pero ya que estaba allí…

—*Ciao*. —Levantó la vista al escuchar mi voz.

—*Ciao, bella. Come va?* —Sonrió al verme y siguió con su tarea.

—Hola, estaba caminando por la orilla y me ha apetecido venir a ver tu escuela. —Volvió a alzar la mirada y esa vez la dirigió a su alrededor.

—Bueno, hoy está todo muy parado. No sé si esperabas algo más grande… Al fin y al cabo, lo importante pasa en el agua, ¿no?

—Sí, sí, claro… Está genial. —Y lo dije con honestidad porque, a pesar de que no era muy grande, el lugar rebosaba encanto: varias hamacas blancas descansaban sobre una plataforma de madera rectangular, cubierta por una lona también blanca a modo de toldo que en ese momento estaba recogida. En un lateral había una caseta de buen tamaño, también de madera, en cuya pared descansaban algunas tablas de surf.

—Es una escuela pequeña, pero te puedo asegurar que es la mejor de toda la zona. —Dibujó una sonrisa traviesa.

Reí ante su comentario.

—Perdón… ha sonado un poco… *come si dice…?*

—¿Presuntuoso? —Alzó las cejas.

—Sí, eso, presuntuoso —repitió sílaba por sílaba. Después, rompió a reír.

—Bueno, no tengo por qué dudar de tu palabra.

—Tienes que probarlo. También hacemos excursiones a otras playas, submarinismo y demás…

—¿Tu familia y tú sois los dueños de la isla? —comenté divertida—. Alquiláis pisos, tenéis un restaurante, también una escuela de surf…

—Bueno… hay que buscar cosas que hacer… Esta isla es muy tranquila. Tampoco hay muchas emociones. No es como vivir en Madrid…

—¿Has estado allí?

—Sí, hace muchos años. Nada que ver con esto…

—No, la verdad. —Miré a mi alrededor y me fijé en una hamaca que había a mi derecha. El paseo me había agotado más que otros días. Debía ser que mi energía andaba bajo mínimos—. ¿Puedo? —La señalé.

—Sí, claro.

Me senté.

—¿Quieres un café?

—No quiero molestarte…

—No es molestia. Ahora vuelvo.

Le vi perderse entre las tablas y unos minutos más tarde regresó con una taza y una chocolatina.

—*Ecco*.

—Oh, muchas gracias. —Aquel gesto de amabilidad me removió por dentro y sin poder evitarlo noté que los ojos se me humedecían. Inspiré profundamente, aunque no pude impedir que una lágrima se deslizase por mi mejilla.

Me sequé la lágrima con rabia. Odiaba sentirme así por culpa de Sergio y su capacidad para hundirme. Al verme, se acercó y se sentó en la hamaca de

al lado. Posó una mano en mi rodilla y me levantó la barbilla con ternura.

—*Tutto bene?*

—Sí, sí. Perdona, de verdad. Es solo que llevo un mal día y no sé…

—Dame un segundo.

Cogió la tabla que había estado limpiado y la llevó dentro de la caseta. A continuación, regresó a mi lado y se sentó de nuevo frente a mí.

—¿Te ha ocurrido algo? ¿Algún problema con el piso o algún vecino?

—No, no… no tiene nada que ver con eso… Es… Sergio, mi novio, exnovio —me corregí al instante.

—Ah… vaya.

—Sí, bueno… Discutimos antes de marcharme y rompimos. Hoy hemos vuelto a discutir porque soy una tonta… —Me miró sin entender del todo lo que le estaba contando, por lo que, sin entrar en pormenores, le expliqué con un poco más de detalle la situación en la que Sergio y yo nos encontrábamos.

—Bueno… hiciste lo correcto —me dijo encogiendo los hombros.

—¿Tú crees? —Suspiré con un poco de alivio.

—*Ovvio*. Si él no tiene en cuenta tus opiniones y se marchó a otra ciudad sin importarle que tú no quisieses ir, se merece que le hayas dado una patada en el culo y hayas venido aquí. —Dibujó una ligera sonrisa y yo me sorprendí al ver que había dejado a un lado la corrección de la que había hecho alarde hasta ahora y se mostraba más relajado y cercano.

—Ya…

—¿Sabes qué pienso? *Il tuo ragazzo è un bastardo* —afirmó con un fuerte acento italiano y haciendo un énfasis especial en la última palabra.

—Eso parece…

—Perdón por hablarte en italiano. Me sale solo… Sobre todo cuando me enfado... —Sonrió de forma encantadora.

—No pasa nada. Me encanta. Lo estudié varios años cuando estuve de Erasmus en Roma. Soy una enamorada de tu cultura.

—Hablo español con mi madre y mi hermano… pero al final termino mezclando los dos idiomas —rio.

—Normal… —Me vi a mí misma sonreír como una boba. Si no andaba con cuidado le iba a dejar demasiado claro que me atraía.

—Mira, no debes sentirte mal por él —añadió—. Has pensado en ti como él pensó en sí mismo.

—Tienes razón. Soy una idiota y al final siempre consigue dar la vuelta a todas las situaciones y hacerme sentir mal. Me hace responsable y eso me mortifica más de lo que debería. —Parpadeé con fuerza para evitar llorar.

En ese momento se puso serio y me observó en silencio. Unos segundos más tarde, se levantó y dijo:

—Dame un minuto, que cierro esto y nos vamos. —Le miré sin entender.

—De verdad que no quiero ser una molestia.

—¡Que no eres una molestia! Hoy no hay nadie apuntado. Espérame aquí, ¿vale? Te voy a llevar a un lugar que te va a encantar.

—¿A dónde?

—A un sitio que te va a ayudar a cambiar el ánimo. ¿Me esperas? —De nuevo aquella sonrisa de infarto.

—Sí, claro.

Buf, madre mía. Aquella sonrisa y ese color de ojos estaban empezando a nublarme la razón. Me encantaba esa versión suya más relajada, aunque me agobiaba pensar en que quizás estuviese a punto de cometer un nuevo error como terminase colada por ese tío. Porque sí, de nuevo Bea estaba en lo cierto. Era como una polilla hacia la luz con los italianos, como una mosca al dulce, como el hierro y un imán…

No me dio tiempo a decidir cuál era el nivel de magnetismo que más me definía en ese momento cuando salió de la caseta poniéndose una cazadora de cuero marrón. Se había cambiado de ropa y ya no llevaba un pantalón de chándal, sino un vaquero desgastado, una camiseta negra con el logotipo de la escuela y unas deportivas blancas. Estaba guapo, muy guapo y yo me levanté de la hamaca para acercarme a él como un oso pardo a la miel… Sí, quizás aquella era la comparación más acertada, porque la visión que tenía delante de mis ojos me atraía con ansia y gula.

—*Andiamo?*

Le seguí y salimos de la playa en dirección a un aparcamiento cercano. Una vez allí me señaló una moto. Le miré con angustia.

—¿Te da miedo? —La miré y no supe muy bien qué decir porque, aunque pareciese extraño, nunca me había montado en una.

—Yo nunca…

—¿No? —Alzó las cejas—. Bueno, siempre hay una primera vez para todo. —Me guiñó un ojo—. Venga…

Me invitó a subirme y después, tras recolocarse la cazadora, lo hizo él. Arrancó el motor y yo sentí que la adrenalina se apoderaba de mí y de mi corazón, que comenzó a latir desbocado.

—Oye, ¿y el casco? —le pregunté.

—Lo sé, lo sé. Lo siento. Es que se me ha estropeado y hasta mañana no recojo el nuevo. No te preocupes, iré despacio por una carretera con poco tráfico.

No me hizo demasiada gracia ir sin él, pero qué podía hacer. Negarme a ir hubiese resultado un poco borde, así que con disimulo me sujeté a los laterales de su cazadora y recé para que el lugar al que nos dirigíamos estuviese cerca. Me cogió las manos, se las llevó hacia delante y las cruzó sobre su cintura.

—Así mejor —comentó con su sonrisa habitual—. *Pronti?*

—Sí —contesté sin poder contener una risita nerviosa.

Se puso en movimiento y la verdad es que cumplió su promesa. El recorrido fue muy agradable. No iba a mucha velocidad, lo que contribuía a que pudiese disfrutar del entorno y de la agradable brisa que se había levantado. Hubo un momento en el que, llevada por la sensación de libertad

que sentía, apoyé la mejilla en su espalda y me dejé llevar. Respiré y cerré los ojos mientras sentía la firmeza de la musculatura contra mi piel. Un ligero olor a perfume terminó de embriagar mis sentidos.

Se detuvo frente a un aparcamiento público y me ayudó a bajar. Estábamos en lo que parecía el centro antiguo de la ciudad. Me alegré porque aún no había tenido tiempo de visitarlo. Me ofreció la mano y yo le miré sin saber qué hacer. ¿Quería que caminásemos agarrados? Las mejillas se me encendieron, arrastrada por el romántico gesto, pero en ese instante me di cuenta de que solo me estaba indicando, de forma caballerosa, que me adelantase a él para salir del aparcamiento. ¡Qué ilusa! Ahogué una risita tonta.

Mientras caminábamos Davide me comentaba aspectos culturales e históricos de los lugares por los que pasábamos. Debía reconocer que la ciudad era una maravilla; una fusión perfecta de edificios antiguos de piedra con otros más modernos y vanguardistas. Todas las calles rezumaban historia y encanto mediterráneo, así que era incapaz de borrar la sonrisa de mi rostro. Él me miraba de vez en cuando mientras hablaba. Me di cuenta de que se alegraba de ver que estaba consiguiendo que me olvidase de todo y que me centrase en aquel momento único, recorriendo una ciudad tan llena de historia de la mano de uno de sus habitantes.

Al cabo de un rato, nos detuvimos delante de una construcción majestuosa de piedra caliza y granito y cuya belleza me dejó sin palabras.

—*Eccoci qui*. Ya hemos llegado. *Il bastione di Saint Remy*.

—Guau, ¡qué bonito! —Fue lo único que atiné a decir.

—Ven, subamos. Hay unas vistas preciosas de la ciudad.

Esta vez sí me ofreció la mano. Sin dudar la cogí y juntos subimos hacia la torre. Mientras, me explicaba que se trataba de una de las fortificaciones más importantes de la ciudad, construida a finales del siglo XIX y que, gracias a su gran altura, unos veinte metros, ofrecía una panorámica de la ciudad inigualable. Nos detuvimos unos minutos en la zona cubierta para admirar el lugar y después seguimos nuestro paseo hacia el mirador. Una vez allí, me maravillé de la vista de trescientos sesenta grados que ofrecía de la ciudad. Por una parte el puerto y el mar y por la otra los tejados del bonito barrio de Villanova.

—Fue construido sobre las antiguas murallas de la ciudad, que datan del siglo XIV.

—Es impresionante —afirmé, asomada para tener mejor vista.

—¿Te das cuenta de que hay cosas mucho más importantes en la vida que una simple discusión con ese novio tuyo egoísta?

—Exnovio —le corregí.

—Quien sea. Nadie se merece nuestras lágrimas.

Asentí con la cabeza.

—No quiero decir que tu relación no sea importante para ti… me refiero a esto… —Se colocó detrás de mí y me señaló el horizonte—. La felicidad y

la belleza se encuentran en las pequeñas cosas —me susurró cerca del oído—. Si no eres capaz de apreciarlas, nunca serás feliz.

Las rodillas me temblaron ligeramente cuando sentí la caricia de su voz en mi cuello. Nerviosa, me moví un poco hacia delante. Él pareció darse cuenta y se apartó para colocarse a mi lado. Se apoyó en la pared con los brazos cruzados y sonrió.

—¿Te gusta?

—Sí, claro. ¡Cómo no! Es precioso... Además, la luz del atardecer es… —Me miró fijamente y yo no pude terminar la frase.

—Tú también lo eres… —Fijó la mirada en mi boca—. No le regales tu belleza y tu luz a ese capullo. —Se echó a reír e hizo que yo también lo hiciese.

—Eso es. A la porra, ¡que le den a Sergio! —exclamé. Me miró divertido.

—¿A la porra? ¿Eso no es algo que se come? —Sonreí—. No sé si tengo muy claro lo que quieres decir… pero por tu cara creo que es algo parecido a... *al diavolo?*

—Más o menos, sí. —Preferí dejarlo ahí porque no tenía intención de permitir que el más mínimo recuerdo de Sergio me amargase el momento.

Permanecimos allí un tiempo más hasta que me guio de la mano hacia la salida.

Cuando ya estábamos fuera, fuimos hacia el aparcamiento y se disculpó por tener que marcharnos de allí.

—Lo siento, tengo que comprar unas cosas para la escuela antes de que cierren los comercios.

—Nada, no te preocupes. Te agradezco mucho que hayas intentado animarme.

—¿Lo he conseguido?

—Sí, mucho.

—*Perfetto*. —Me guiñó un ojo—. Venga, sube. Te llevo a casa. Me pilla de camino.

Le agradecí el ofrecimiento y volví a subirme a la moto. En esa ocasión ya no me mostré tan tímida como al principio y me agarré fuerte a su cintura. Llevaba la cazadora abierta y con el movimiento una de mis manos se coló por debajo del borde y se posó en la camiseta que llevaba. Él encogió el vientre de forma automática. El contacto con su cuerpo musculado me ruborizó. Me separé unos centímetros e intenté disfrutar del paisaje hasta que llegamos al portal.

—*Grazie*.

Hizo un gesto con la mano para mostrar que no era necesario que le agradeciese nada.

—Espero que descanses bien. *Arrivederci e buona notte*.

—*Arrivederci,* Davide —dije con la voz cargada de intenciones.

¿Pero qué me estaba pasando?

Me miró y esbozó de nuevo su sonrisa. A continuación, se acercó, me cogió la mano y me la besó.

—*Buona notte,* Esther.

Su voz fue apenas un susurro; sin embargo, tuvo la suficiente intensidad para erizarme la piel.

Se subió a la moto y yo entré en el portal con las mejillas tan encendidas que habrían sido capaces de prender fuego a cualquier cosa con la que entrasen en contacto. Abrí la puerta de casa y en ese instante oí que me sonaba el móvil. Era mi madre, y de fondo el *O sole mio* a todo volumen. ¿Sería aquello una premonición?

10

ESTHER

—Que sí, mamá. Que estoy durmiendo un montón y comiendo mucho. De hecho, creo que me estoy excediendo un poco… Prometo que te llamaré más a menudo… es que he estado un poco liada organizando todo. Yo también te quiero. *Ciao*.

Entendía la preocupación de mis padres, sobre todo teniendo en cuenta el susto que les había dado, pero la verdad es que me encontraba mucho más animada de lo que había estado desde hacía bastante tiempo. El clima de Cagliari me alentaba a salir más a la calle y los días se sucedían sin apenas darme cuenta.

Fui directamente al salón y abrí las ventanas para respirar de nuevo la brisa marina. El paseo con Davide me había cambiado el humor. Fue muy amable al tratar de animarme y le estaba muy agradecida por haberme llevado a un sitio tan mágico. La visita turística me despertó las ganas de conocer más: al día siguiente cogería un autobús e iría a conocer otras partes de la ciudad.

Sin poder evitarlo eché un vistazo hacia el balcón de enfrente. No había nadie, obviamente. El recuerdo de su sonrisa me hizo suspirar y, como si se hubiese tratado de una comunicación telepática, mi móvil vibró. Era Bea.

—*Ciao, bella signorina. Come sta?* —Me reí inevitablemente al oír su voz.

—*Ciao, bella*. Muy bien. ¿Y tú?

—Sospecho que no tan bien…

—¿Por qué?

—No disimules… ese tono de voz te delata…

—¿Qué dices? Estoy contenta, eso es todo. Es imposible no estarlo aquí. Tienes que ver esto, es precioso.

—¿Y no tiene nada que ver con ese vecino de gustos musicales extraordinarios, que te prepara el desayuno y te regala frutas?

—¡Qué boba eres! Claro que no…

—Bueno…

—No empieces… No nos hemos visto más que en unas cuantas ocasiones… —dije ocultando que acababa de despedirme de él—. Es más majo de lo que aparenta, eso es todo.

—Ah, ¿sí? Y… ¿cómo es? No me has contado nada…

—Pues… —Intenté buscar las palabras adecuadas, porque la conocía y sabía que se iba a hacer una idea equivocada—. A veces se muestra más

tímido, otras más abierto. Imagino que le pasa un poco como a mí y cuando está cerca del mar se siente más relajado.

—¿Qué más? —Sabía perfectamente que estaba esperando una descripción física, pero me hice de rogar un poco.

—Tiene buen gusto musical… eso ya lo sabes… Tiene una moto… Ah, y una escuela de surf…

—¡Esther! —protestó.

—Vale, vale… —Me reí—. Es alto, tiene el pelo rubio y rizado, pero no demasiado, ondulado más bien, ojos azules, labios carnosos y una sonrisa… muy bonita.

—¿Está cachas? —Resoplé.

—Ya estamos, Bea…

—¡Solo estoy preguntando! Necesito hacerme un retrato robot en mi cabeza para…

—¿Para qué?

—Para saber si es tu tipo o no…

—Es atractivo, no te lo voy a negar. En realidad es bastante guapo. Tiene un cuerpo muy atlético y una mandíbula muy sexy… —Me mordí el labio de forma inconsciente—. Aunque tiene un problema…

—¿Cuál?

—Que apenas le conozco…

—Siempre empieza así, nena. ¿Necesitas que te explique cómo se liga a estas alturas?

—Nooo.

—En una escala de uno a diez… ¿cuánto?

Medité muy bien mi respuesta.

—Un nueve…

—¿Qué? —Me sonrojé—. ¿Y qué necesita para alcanzar el pleno sobresaliente?

—Tan solo sé que se llama Davide, que vive en Cagliari, que es mi casero, que tiene un restaurante familiar y una escuela de surf…

—Joder, Esther. No sé dónde le ves el problema… Yo me he acostado con tíos de los que sabía mucho menos.

—El problema es que estoy saliendo de una relación que tú misma has denominado como *tóxica* y que he venido a trabajar, no a… ya sabes…

—No es incompatible…

—Es mi casero, Bea. Apenas sé nada de él.

—¡Qué pesadita estás! Eso tiene fácil remedio…Ve a pedirle un vinilo y luego… quizás te invite a un *cappuccino*.

—Eres imposible…

—No quiero ser ave de mal agüero, pero con esa descripción… estás fastidiada, amiga. Antes de que vaya para allá has caído en las redes del vecino.

—¡No puedo enrollarme con él! ¿Estás loca? Es el dueño del piso…

¿Qué va a pensar de mí? ¿Y si tengo algún problema con él? Podría echarme y…

—Esther, deja el drama que ya nos conocemos… Tiempo al tiempo. ¿Lo demás todo bien?

—Sí, he podido escribir un poco, he hecho un par de amigos, Pablo y Lucca, son encantadores, te van a caer genial. Poco más… Salgo a pasear cada día, duermo mejor, como bien…

—Estás como en el paraíso, ¿no?

—Sí, la verdad.

—De nada, ¿eh?

—Gracias, cariño. No sé cómo agradecerte esto…

—Ya me cobraré la deuda cuando llegue. Ve haciendo planes porque me debes como mínimo un recorrido por la isla… ah, y varias comidas y cenas gratis en algún restaurante de los buenos.

La imagen de Davide y su sonrisa apareció en mi mente como si se tratase de una visión fantasma. Permanecí unos segundos en silencio, pensativa. Después dije:

—¿Te he dicho que el vecino tiene un restaurante al final de la calle? Bueno, en realidad es de su familia. Aún no he podido ir… pero lo haré pronto y te contaré.

—Madre mía, Esther… ¡Me lo acabas de decir! ¿Ya estamos en esa fase de acordarte de él por cualquier cosa?

—Que noooo…

—Vaya que no… Bueno, ya hablaremos. Te dejo, que tengo que preparar las clases de mañana. Cuídate, *amore*.

—Tú también.

—Y ten cuidado con las sonrisas del italiano… Me temo que las carga el mismísimo *diavolo*. Te quiero.

—Yo también.

Colgué el teléfono riendo. Con Bea era imposible no hacerlo: siempre tenía el comentario adecuado para cada ocasión y una forma muy peculiar de hablar. Me asomé una vez más al balcón, respiré hondo y después me di una ducha calentita y cené.

Al final había conseguido enderezar el día, lo que me recordó la segunda verdad sobre el amor que desarrollaría al día siguiente en un nuevo capítulo de mi novela: *quien bien te quiere no te hará llorar*. Y con esa maravillosa reflexión me sumergí en los brazos de Morfeo sintiéndome distinta.

Más viva.

Más optimista.

Más yo.

11

ESTHER

Tras comprar un café para llevar y unos sándwiches de la cafetería de Pablo y Lucca fui hacia la parada del autobús. Hacía algo más de un mes de mi llegada a Cagliari y aún no conocía muchas partes de la ciudad, por lo que esa mañana decidí visitar la Marina, un antiguo barrio de pescadores, situado cerca del puerto y que todo el mundo recomendaba por su bonito paseo marítimo y agradables vistas.

Llegué después de unos veinte minutos y cuando me bajé del autobús di fe del encanto del lugar. Caminar por sus calles era como retroceder en el tiempo. La Marina era un barrio muy colorido y un tanto pintoresco con casas de distintos colores, calles estrechas, edificios históricos, tiendas de artesanía local e iglesias que, según decían en varias webs, merecía la pena visitar.

Lorenzo, el conductor del autobús, me recomendó muy amablemente que no me marchase sin tomarme al menos un café en alguna de las distintas cafeterías que llenaban la via de Roma. Le hice caso y me senté a tomar un *cappuccino* y un pastelito de chocolate mientras observaba a la gente ir y venir a mi alrededor. Muchos eran turistas que, como yo, se deleitaban con la belleza que ofrecía la ciudad y que trataban de inmortalizar con sus cámaras de fotos; otros, sin embargo, parecían personas absortas en sus quehaceres diarios, pero con un gesto relajado en el rostro. Aquello me recordó a cómo era mi vida en Madrid y el ritmo frenético en el que había estado inmersa. Salir a dar un paseo sin prisas me parecía entonces el mayor de los placeres.

Pasé la mañana disfrutando de sus encantos y cuando empecé a sentirme hambrienta entré a comer en un pequeño restaurante. Como imaginaba, la comida sarda era deliciosa y me dejé aconsejar por Lucia, la dueña del local, cuando me sugirió terminar con unas *seadas*, un postre típico de Cerdeña hecho de hojaldre relleno de queso de oveja y ralladura de limón, que eran una auténtica delicia. Estaba tan rico que le pedí por favor si me podía preparar unas pocas más para llevármelas a casa. A final iba a tener que apuntarme a un gimnasio. Quizás Davide supiese de alguno cerca de casa…

Oh, Davide, de nuevo pensé en él y en cómo me hubiese gustado poder disfrutar de un recorrido turístico con él de guía. Me sonrojé.

Después de comer, visité un par de galerías de arte y el Museo del Tesoro e Area Archeologica en el barrio de Sant'Eulalia y, para finalizar la tarde, me dirigí a via Manno, la calle comercial por excelencia del barrio, para realizar unas compras. Cuando me di cuenta eran casi las nueve de la noche, di por finalizado el día turístico y cogí el autobús de regreso.

Al llegar vi que no había sacado la basura. Dejé las bolsas con las compras encima de una mesa y volví a salir a la calle. Sin embargo, antes de regresar me asaltó la duda de si Davide estaría en el restaurante de su familia. Encaminé mis pasos calle abajo hacia allí. El interior estaba lleno de gente y, aunque había mesas fuera, estaban vacías. Miré al cielo y vi que amenazaba lluvia pronto. Me acerqué un poco más y pude ver a varios camareros moviéndose con prestancia por la sala. Davide no parecía estar, así que emprendí el recorrido de regreso a casa.

Apenas había dado unos pasos cuando vi a una señora mayor caminando despacio y con algo de dificultad en dirección al restaurante. Iba directa hacia una de las mesas en el exterior. Me acerqué a ella, le ofrecí mi brazo y ella me regaló una sonrisa cálida.

—*Grazie, tesoro mio*. —La ayudé a sentarse.

Le sonreí y me giré para proseguir mi camino. Me detuve al oír que me preguntaba si tenía prisa.

—*No, no*.

Me pareció una mujer encantadora. Le pregunté si necesitaba algo más antes de irme.

—*No, solo un po' di compagnia*. —Me hizo un gesto para que me sentase a su lado. Dudé durante un instante pero… ¿qué más tenía que hacer? Accedí y me acomodé en la silla que había junto a la suya.

Me dio unas palmaditas en la rodilla y volvió a sonreír. Después me preguntó si era nueva en el barrio y yo le informé de que había llegado recientemente.

Se interesó en saber si conocía a alguien en la zona y afirmé que así era.

El quartiere del Sole era un barrio que, a pesar de estar ubicado en una zona más moderna y residencial de la ciudad, mantenía cierto encanto y una vida vecinal que me hacía sentir menos sola. Cuando le mencioné a Pablo y Lucca me dijo que ella también los conocía y que eran muy buenos muchachos. Después nombré a Davide y su rostro se iluminó.

—*Oh,* Davide*, il mio bambino*.

—*Lo conosci?* —Me alegró saber que lo conocía. Quizás ella podría contarme un poco más sobre él.

—*Sí, Davide è un ragazzo adorabile e molto bravo*.

Según aquella mujer era adorable y muy bueno. Sonreí.

—*Ma soprattutto* —añadió— *è molto responsabile.*

Me alegraba saber que era una persona de fiar.

—*Dove siete?*

—*Di* Madrid.

—*Ah… la Spagna*. —Me dio otra palmadita en la pierna y me aseguró que, entonces, me sentiría como en casa. Y así es como me sentía desde que llegué. Cagliari estaba empezando a calar en mis huesos y sabía que me iba a costar marcharme de allí cuando llegase el momento.

Sorprendida por la familiaridad con la que me trataba no me pude resistir

a preguntarle si venía a menudo al restaurante. Me confesó que acudía cada noche y esa información me hizo sospechar que Davide pudiese ser su nieto. Se lo pregunté.

—*Davide è suo nipote?* —La mujer dibujó una cálida y a la vez nostálgica sonrisa en el rostro y me miró con ternura.

—*No… Non è la mia familia*.

No les unía vínculo consanguíneo, pero al parecer tenían un trato familiar. Qué bonito, pensé.

Siempre me había emocionado pensar en la maravillosa capacidad que tenemos las personas de establecer relaciones de amistad que pueden llegar a ser incluso más fuertes que las que mantenemos con nuestra propia familia. Por ejemplo, entre Bea y yo. Nos conocimos en preescolar, y desde entonces viajamos juntas de la mano como dos hermanas, llegando a tener más relación y cercanía que con nuestros propios hermanos.

Mi único hermano era más mayor que yo y vivía en Ourense con su mujer y sus hijos desde hacía varios años, por lo que solo nos veíamos algunos días en verano y durante las fiestas navideñas. Con Bea era distinto. Creo que el mayor tiempo que habíamos estado separadas fue cuando me mudé con Miquel a Menorca y, claro está, no me fue bien estando tan lejos de ella.

Mientras estaba perdida en mis pensamientos, la mujer me cogió las manos, me las acarició y me dijo que yo también parecía una buena chica. Sus dulces palabras me emocionaron y me humedecieron los ojos. Me hubiese gustado decirle que ser una buena chica me había traído más disgustos que alegrías, sobre todo en los últimos meses, pero preferí no darle una mala impresión y me limité a darle las gracias.

—*Mi chiamo* Alda*. E tù?*

—Esther.

—*Benvenuta a Cagliari, tesoro mio.*

—*Grazie. Piacere di conoscerla.* —Estaba a punto de marcharme cuando de pronto vi aparecer a Davide. Se acercó a nosotras. Yo cogí aire con discreción. Iba vestido con un pantalón vaquero negro y una camiseta granate con las mangas subidas por los codos que se le ajustaba de una forma muy tentadora a los hombros y a los brazos.

—*Salve, nonna.* —Se acercó a ella y le dio un fuerte abrazo y un beso.

—*Salve, tesoro.* —Davide se giró para mirarme.

—*Ciao*, Esther. ¿Cómo estás?

—Bien, bien… estaba sacando la basura y dando un pequeño paseo…

Se giró de nuevo hacia la mujer y le aseguró que en unos minutos le traería la cena. Mientras mantenían una pequeña conversación sobre si prefería tomarla allí o en el interior, yo los observaba maravillada con la ternura con la que se hablaban, a pesar de que no les unía ningún lazo familiar.

Davide se rindió al no ser capaz de convencerla de que dentro hacía

mejor temperatura y extendió un mantel sobre la mesa. Antes de regresar al interior se detuvo para mirarme.

—¿Has cenado?

—No. Acabo de llegar. He estado en el centro haciendo un poco de turismo y comprando unas cuantas cosas…

—*Perfetto*… Toma asiento. En cinco minutos os traigo la cena. —Le miré sorprendida.

—No quiero ser una molestia. Quizás debería haber hecho una reserva o haber avisado de…

Me miró y se rio.

—Esther, relájate. Esto no es Madrid. Aquí tenemos sitio para todo el mundo, aunque sea en la cocina. *Vero, nonna?* —Le guiñó un ojo.

Ella pareció entenderle y soltó una risita cómplice.

—Vuelvo en cinco minutos.

Entró en el restaurante y en menos tiempo del que prometió apareció con una bandeja llena de comida. Estuve a punto de gritar cuando puso sobre la mesa dos platos de lasaña que olía de maravilla, pan recién tostado y una enorme ensalada.

—*Buon appetito.*

No pude evitarlo y comencé a comer con tantas ganas que Alda me miró divertida.

—*Hai fame, eh?*

Le expliqué que no había comido nada desde el mediodía y que desde mi llegada a la isla me sentía hambrienta a todas horas. Aquella adorable mujer me recordaba a mi abuela, así que me relajé y, mientras disfrutábamos de la cena, le conté mi historia y lo que me había llevado hasta allí. Ella me escuchó con atención cuando le hablé de Sergio y puso un gesto divertido con el que me mostró que había hecho bien en dejarlo con él, aunque también me llevé una pequeña regañina cuando le confesé las horas de trabajo y la mala dieta que había llevado hasta que decidí seguir el consejo de Bea y alejarme del foco de estrés que casi acaba con mi salud.

Por su parte, ella me contó que era viuda desde hacía diez años y que, aunque tenía dos hijos, vivían muy lejos en Italia, por lo que su nueva familia eran sus vecinos. Me confirmó que vivía en el mismo edificio que Davide y que él era como un nieto para ella porque la cuidaba y la ayudaba cada día. Vi cómo se le iluminaba la mirada cuando hablaba de él y eso me emocionó, pues siempre he creído que aquellos que no se olvidan de sus ancianos y que los cuidan y respetan como se merecen son personas en las que se puede confiar.

Davide era al parecer un buen tipo y yo me alegré mucho de escucharlo porque me hacía sentir un poco más segura. También me confesó que podría cocinar ella misma y que Davide no se lo permitía y cada día le llevaba la comida a su casa y le hacía la compra. También que, aunque podía cenar en casa, prefería ir al restaurante y socializar un poco con la gente cuando hacía

buen tiempo porque eso la ayudaba a sentirse menos sola.

La soledad. Ese concepto abstracto que a veces ansiamos a lo largo de nuestra vida cuando nos sentimos superados por los problemas y las obligaciones, pero que se torna increíblemente cruel cuando nos hacemos mayores. Es como una bruma que te envuelve y que consigue que te vayas aislando más y más, haciéndote casi invisible para todos los demás y que por desgracia conduce, en muchos casos, a una muerte triste y prematura.

Cuando dimos buena cuenta de toda la comida, sobre todo yo porque Alda comía poco y despacio, Davide apareció de nuevo con una amplia sonrisa en el rostro.

—*Tutto bene?*

Asentí con la cabeza y me llevé las manos al estómago para indicarle que estaba llena. Él alzó las cejas y volvió a sonreír.

—Pues mucho me temo que aún queda el postre.

—Ah, no, no. Gracias. No puedo comer más —afirmé recostándome en el respaldo de la silla.

—*Nonna*, esta mujer se atreve a rechazar uno de mis postres, ¿puedes creerlo? —le dijo en italiano.

—*Ma, come è possibile?* —Alda alzó las cejas con estupefacción e hizo un gesto con las manos.

—No dudo de que serán deliciosos, pero…

Alda me miró con seriedad y me instó a probar lo que Davide iba a servirme a modo de regañina. Él inclinó la cabeza hacia un lado y sonrió.

—Haz caso a Alda y prueba uno. No te arrepentirás. —Me guiñó un ojo y yo sentí un tirón en el vientre.

La mujer se levantó y le dio un beso a Davide en la mejilla. Luego vino hacia mí e hizo lo mismo.

—*Ora devo andare. Ci vediamo domani.*

—*Ci vediamo, nonna. Buona notte.* —Le oí decir con verdadero cariño.

Alda caminaba despacio en dirección a su edificio mientras yo no sabía qué decir. El detalle de la cena había sido de agradecer, pero no sabía si era correcto seguir abusando de su amabilidad. Además, aquella noche me sentía un poco más tímida frente a él y no sabía por qué.

—Dame unos minutos. Voy a prepararte algo especial que te va a encantar.

—No hace falta, de verdad. No quiero molestarte más. Quizás estés ocupado…

—O quizás no… —Me regaló una sonrisa de infarto y entró en el restaurante dejándome allí mientras yo sentía que el corazón se me salía del pecho. Me bebí de golpe toda el agua que me quedaba en el vaso para serenarme.

Puf, Esther. Puf.

—Espero que te guste —me dijo cuando puso delante de mí un bonito plato dorado con una porción generosa de lo que parecía una tarta de manzana

adornada con una hoja de menta y unas frambuesas.

Me quedé embobada mirando el plato. Cogí la cuchara para dar el primer bocado a la vez que él ponía dos tazas de café en la mesa. Mientras degustaba aquella delicia, se sentó enfrente y clavó su mirada en mí. No pude evitar cerrar los ojos ante la exquisitez que sentí deshacerse en mi boca e incluso emití un ligero gemido de placer. Abrí los ojos un poco avergonzada y comprobé que seguía observándome.

—¿Y…? —Agité la mano derecha indicándole que estaba buenísimo.

—¡Qué rica está!

—Es una receta de mi padre, *la torta di mele di* Pietro —dijo con una mezcla de nostalgia y orgullo.

—Es maravillosa.

—Gracias. Sí, está muy buena, la verdad.

Seguí dando bocado tras bocado al tiempo que él cogía una cuchara.

—¿Te importa si la pruebo?

Negué con la cabeza mientras masticaba.

—¿No quieres saber qué lleva? —preguntó, curioso.

—¿No es secreto de familia? —Sonrió.

—Bueno… puedo hacer una excepción contigo. No creo que tengas la intención de montar un restaurante y robarme la receta…

—Nunca se sabe… —le respondí con voz melosa. Él entrecerró los ojos y los clavó en mí.

—Si la veo en algún sitio sabré que has sido tú. Nadie más, a excepción de mí, sabe lo que realmente lleva.

—¿Ni tan siquiera Alda? Me cuesta creerlo.

—No. Ella no suele comer postres hace ya muchos años. Prefiere los sabores salados.

—¿Y qué te lleva a confiar en mí? —Lamí la cuchara de forma sensual y a continuación oí en mi mente una advertencia para que dejase de hacerlo. Cerré la boca de inmediato y mastiqué despacio.

—Pareces buena persona…

—¿Más que cualquier otra persona en el barrio?

—Te sorprendería conocer a más de un vecino…

—Es la mejor tarta de manzana que he comido nunca. De verdad.

—Gracias. El secreto reside en el tipo de manzana que se usa. Las hacemos con una variedad que cultivamos desde hace muchos años en mi familia y que mezclamos con mucho amor con una crema de vainilla.

—Mmmm, ¡por eso me gusta tanto! Adoro la vainilla —dije lamiendo de nuevo la cuchara con gusto.

—Anotado. —Volvió a guiñarme un ojo y yo me derretí ante su encanto.

—No sabía que cocinases tan bien.

—Es algo de familia. Mi padre era cocinero y abrió este restaurante hace años, aunque tuvo varios a lo largo de su vida… —Su gesto relajado cambió, por lo que intuí que quizás hubiese fallecido. Tal vez aquella era la

explicación por la que era él quien llevaba todo lo relacionado con el apartamento—. Él me enseñó a cocinar y luego hice algunos cursos para perfeccionar la técnica.

—¿La lasaña también la has hecho tú?

—Sí. Cada día elijo un plato que me apetezca cocinar y lo hago yo mismo.

—Menuda chica afortunada soy entonces por llegar a la isla en el día de la lasaña —dije riendo.

—Puede ser… —Me miró fijamente—. Aunque la comida sarda es muy variada. Ven otro día a la hora del almuerzo y podrás probar otros platos igual de ricos.

—Lo haré.

Volvimos a mirarnos en silencio.

—Gracias de verdad por todo. Eres muy amable y siempre consigues que dibuje una sonrisa en el rostro.

Davide frunció ligeramente el ceño y luego me preguntó:

—¿No te sientes sola? Me extraña que no hayas viajado con alguna amiga…

Me sorprendí ante su pregunta y levanté una ceja.

—Quiero decir… La persona con la que estuve en contacto me comentó que necesitabas acceder al piso lo antes posible porque te estabas recuperando de un problema de salud… Por eso pensé que vendrías acompañada.

Bea y su forma de exagerar las cosas.

—La verdad es que no. Tampoco es que se tratase de un tema de salud grave —dije para restarle importancia al asunto—, aunque sí es cierto que necesitaba descansar y relajarme. Además, la gente que estoy conociendo es muy maja. Lucca y Pablo de The Coffee Library, hoy a la *nonna*, tú…

—Los sardos somos muy buena gente… —afirmó con algo de timidez.

—No tengo ninguna duda. Necesitaba tiempo para mí, lejos del estrés de Madrid, del agobio de mi jefe… Sobre todo, necesitaba sentir que puedo empezar de nuevo sin Sergio.

—No te estoy criticando… no quiero que pienses que te juzgo por tu decisión… Es solo que, cuando supe que ibas a alquilar el apartamento por ocho meses y que no venías a trabajar, me intrigó.

—Sí estoy trabajando… a mi ritmo. He venido a hacer mi sueño realidad.

—Me alegro. Me gusta mucho la gente que lucha por sus sueños.

—¿Y tú a qué te dedicas exactamente? ¿Llevas los negocios de tu familia? Me refiero a que con lo del alquiler de los pisos, el restaurante, la escuela de surf… Debes tener poco tiempo libre.

—Ah, eso… bueno… No me ocupo solo de todo. Hay gente que me ayuda. Intento sacar tiempo, aunque siempre le dediquemos más horas a unas cosas que a otras.

En ese momento uno de los camareros salió para decirle algo. Al parecer le necesitaban dentro. Me despedí para no seguir importunándolo más.

—Me voy ya. Muchas gracias por todo.

—No hay de qué. Las gracias te las doy yo a ti por cómo has tratado a la *nonna*. Ella sí que siente el peso de la soledad cada día. Es muy importante para mí. Te agradezco mucho el cariño que le has mostrado.

Nos levantamos, me miró fijamente y, cuando me cogió la mano para besármela, sentí que estaba a punto de sufrir un colapso. Puede que sonase cursi e incluso absurdo, pero nunca nadie había sido tan caballeroso conmigo.

—*Buona notte,* Esther.

—*Buona notte,* Davide.

Y regresé a mi casa con paso ligero, tan ligero que sentía que flotaba, para huir de allí y evitar que se percatase del sofoco que me había provocado sentir la calidez de sus labios sobre mi piel. Si ese hombre provocaba en mí tantas sensaciones con tan solo sonrisas, guiños y besos en la mano… apañada estaba.

12

ESTHER

Aquel día era sábado, pero, como si se tratase de un día más, me levanté temprano y me di un paseo hasta la cafetería de Lucca y Pablo para tomar un café y charlar un rato con ellos. Al llegar me enteré de que ese día era el cumpleaños de Lucca y habían organizado una cata de tartas y cafés. Sonreí: la buena suerte parecía haberse instalado en mi vida.

—*Ciao,* Lucca*.* *Tanti auguri*.

—*Grazie, bella*. Entra y come lo que quieras.

Sonreí feliz y me serví un café junto con un trozo de pastel de zanahoria y la promesa de caminar durante un buen rato después para quemar el extra de calorías.

Mientras disfrutaba del desayuno, varias personas llegaron para felicitar a Lucca con afecto. Me gustaba ver que eran parte de la vida del barrio y de la de sus vecinos.

Un poco después, Pablo se sentó a mi lado.

—¿Te ha gustado la tarta?

—Sí, estaba muy buena. A este paso voy a tener que apuntarme a un gimnasio. ¿No conocerás uno que pille cerca?

—Sí, claro. Te lo apunto. —Cogió un papel y anotó una dirección—. Está a un par de calles de aquí. No tiene pérdida. Es el único que hay.

—Vale, gracias. —Me lo guardé en el bolsillo del pantalón.

—¿Haces algo esta noche?

Me quedé pensando unos segundos y después negué con la cabeza y reí.

—Vale… Pues ya tienes un plan. Celebramos el cumpleaños de Lucca en un club que hay cerca de la playa. ¿Te apetece venir?

—No sé si sabré ir… Aún no conozco bien la ciudad.

—No te preocupes. Puedo hablar con Ana, otra chica española que vive cerca de aquí para que pase a recogerte. Es muy maja. Trabaja de enfermera en el hospital.

—¿Y no le importará recogerme?

—Qué va. Aquí está todo cerca. De hecho, hay un autobús que te deja allí al lado en apenas quince minutos, aunque prefiero que no vayas sola. Te recogería yo mismo, pero tengo que estar allí organizando todo desde muy temprano.

—No, tranquilo. Perfecto.

—Le doy tu número luego para que te escriba, ¿vale?

—De acuerdo.

—Que tengas buen día, cariño. Tengo que volver dentro. Hay un montón de trabajo que hacer hoy, pero Lucca se ha empeñado en que abriésemos con el horario habitual. Es muy humilde y, aunque no le gustan demasiado las sorpresas, le he preparado una muy bonita. *Ciao.*

—*Ciao.*

A la salida, decidí buscar el gimnasio y respiré aliviada al ver que, efectivamente, estaba cerca de casa. Entré a preguntar y un rato más tarde salí de allí con el carné de socia. Mi intención al apuntarme no era otra que poder seguir disfrutando de todas las delicias que ofrecía la gastronomía sarda, más que una mera cuestión física, pero me convencí de que no me vendría mal mover un poco más el cuerpo en alguna de las clases de zumba que ofrecían.

El resto del día lo pasé en casa tranquila, leyendo y tomando notas para mi novela. Y tras hacer una cena ligera, me di una ducha y me puse con la tarea de elegir el vestuario para la fiesta de Lucca. Me sentía un poco nerviosa al no saber cuál era el estilo que solía llevar la gente a ese tipo de eventos, así que agradecí la llamada de Ana, quien resultó ser una chica de lo más agradable y que me sacó de dudas enseguida: vaqueros, una camiseta o algún top mono y botas. Me aseguró que la mayoría de los amigos de Pablo y Lucca llevarían un atuendo informal y que el lugar tampoco era demasiado elegante, aunque sí tenía muy buen ambiente y música en directo.

Revolví el armario y encontré las botas de tacón negras que solía ponerme cuando salía a tomar algo con Bea y no me apetecía llevar zapatos de tacón. Me puse mi mejor vaquero y una camiseta negra de tirantes. Después, saqué una cazadora de cuero del mismo color y un pañuelo para el cuello, porque por las noches se levantaba bastante aire y temía coger frío y enfermar.

Me recogí el pelo en una coleta alta que me daba un aire roquero muy favorecedor, me maquillé, me perfumé y cuando estuve lista me miré en el espejo.

«Guau, Esther, no estás nada mal cuando te arreglas un poco… Ojalá me viese Davide así», dije en voz alta. Aquel pensamiento me sofocó y se me pasaron por la cabeza mil escenas que podría vivir con él en una noche como esa. Fui a la cocina y di un trago de agua para enfriar la mente.

Unos minutos más tarde, Ana me avisó de que ya estaba abajo. Cogí mi bolso y bajé dispuesta a pasarlo bien, a pesar de sentirme un poco angustiada por no conocer a casi nadie. Las primeras veces nunca habían sido mi fuerte y normalmente me solía costar un poco relacionarme con la gente. Ana me hizo sentir cómoda desde el primer minuto y, mientras conducía hasta allí, me puso al corriente de su trabajo en el hospital y del tiempo que llevaba en la isla. Me habló de sitios que debería visitar y me pidió que no dudase en llamarla siempre que necesitase algo.

La verdad es que me sentía muy afortunada porque, al menos de momento, todo el mundo que había conocido era agradable y servicial, lo que me ayudaba a sentirme menos sola y más protegida.

Cuando llegamos, comprobé que debía ser un sitio de moda, porque

estaba a reventar. Ana aparcó el coche en una plaza reservada para los amigos del cumpleañero y juntas nos adentramos en el local. Era las diez y media y ya había gente en la pista de baile entregándose a la música. A la izquierda vi un pequeño escenario con diversos instrumentos. Ana me informó de que solían actuar bandas locales a partir de las doce, y me confesó que habían preparado una sorpresa para Lucca que estaban seguros le iba a encantar, aunque no me contó en qué consistía. No me quedó más remedio que esperar.

Caminamos entre la gente hacia un reservado donde otros amigos nos estaban esperando. Me alegró conocer a otros dos chicos de España y Ana me presentó también al hermano de Lucca y a su mejor amiga, Paulina. Me ofrecieron tomar algo y me senté a observar todo a mi alrededor. Pocos minutos después Lucca y Pablo hicieron aparición cogidos de la mano. Sonreí al verlos. Hacían una pareja muy bonita.

Entablé una agradable conversación con Luis, uno de los chicos españoles, y, mientras me contaba en qué consistía su trabajo en una de las galerías de arte, me pareció ver a Davide. Extrañada, le seguí con la mirada hasta que se perdió entre la gente, por lo que continué con la conversación. Un poco más tarde, varios de los amigos de Lucca y Pablo fueron a la pista de baile. Rechacé la invitación de unirme a ellos. Como bailar con desconocidos siempre me había dado un poco de vergüenza, decidí ir al baño a refrescarme y aliviar el sudor que sentía pegado en la nuca. En el interior hacía un calor asfixiante.

Mientras hacía cola para entrar, noté que alguien me ponía una mano en la cintura. Me agobié al pensar que podría tratarse de algún pesado. Sin embargo, me giré y me encontré con Davide.

—*Ciao* —me dijo con su sonrisa habitual.

—*Ciao*. ¡Qué sorpresa!

Le hice un repaso rápido de arriba abajo y el calor que ya sentía se incrementó. Llevaba unos vaqueros desgastados y una camiseta de manga corta blanca que se ajustaba *demasiado* bien a la musculatura de sus brazos y de su abdomen.

—¿Qué haces aquí? No sabía que conocieses este lugar —me preguntó sonriente.

—Me han invitado a un cumpleaños… El de Lucca, el dueño de la cafetería que te comenté.

—Ah, sí, sí. No sabía que era su cumpleaños. ¿Qué tal estás?

—Bien, bien. Un poco cortada porque no conozco a nadie, pero son muy majos. Hay dos chicos y una chica que también son de España.

—Genial, entonces.

—Y tú… ¿qué haces aquí?

—He quedado con unos amigos, aunque no voy a quedarme demasiado…

—Ah… —Nos miramos sin saber qué más decir. Y es extraño, porque ya habíamos mantenido varias conversaciones desde que nos conocimos, pero

encontrarnos en un lugar externo al piso, el restaurante o la playa nos hacía sentirnos un poco más cohibidos. Fui consciente de que él también me miró de arriba abajo y, por su gesto, de que le gustó lo que vio.

—Estás muy guapa esta noche. —Me miró directamente a los labios.

—Tú también. —Me los humedecí.

—No te imaginaba con este estilo…

—Ah, ¿no? ¿Cómo me imaginabas? —Esbocé una sonrisita y esta vez fui yo quien clavó los ojos en su boca.

—No sé, más…

—Más… —Me mordí instintivamente el labio.

Dios, Esther, para. De nuevo mi mente advirtiéndome.

—No me hagas caso —sonrió—. Es que hasta ahora solo te había visto en vaqueros y deportivas…

Tenía razón. Solté una carcajada y me relajé.

De nuevo el silencio.

Y de nuevo las miradas cargadas de intenciones.

—Bueno, tengo que irme —dijo al fin—. Voy a despedirme de unos amigos. Me esperan en otro sitio.

—Encantada de haberte visto.

—Igualmente.

Se acercó a darme dos besos y en ese instante me dijo al oído:

—Te espero en la escuela mañana.

—¿Qué? —Me aparté acalorada—. Disculpa, es que con este ruido no he podido oírte bien. —Mentí porque necesitaba coger un poco de aire para procesar la información.

—Digo que mañana domingo viene gente a la escuela. Ven a probar. Te lo pasarás muy bien.

¿Por qué la caricia de su voz me provocaba un cosquilleo tan intenso por todo el cuerpo?

—Es que todavía no tengo claro si quiero probarlo —confesé con cierto apuro.

—La vida sin riesgos no tiene emoción. Confía en mí —me susurró al oído.

¿Por qué tenía que irse y por qué olía tan bien? Se apartó y se me quedó mirando, a la espera de una respuesta.

—De acuerdo. Iré.

—Te espero. A las doce. No me falles, ¿eh? —Me señaló con el dedo índice—. *Ciao*.

Y con su ya habitual guiño de ojo se marchó y yo no sabía ni qué hacer ni dónde ir porque me había dejado tan de plastilina que me sentía inestable y sabía que, si regresaba junto a los demás, iban a pensar que me habían echado algo en la bebida. Entré al baño para refrescarme y después salí a respirar aire fresco antes de volver con el resto.

Por fortuna, la sorpresa de cumpleaños de Lucca consiguió distraerme.

Pablo cantó una canción que había compuesto junto con dos de sus amigos y su hermano en honor a él. Me emocioné al ver el amor que se profesaban y al final terminé bailando con todos sin importarme nada. El encuentro con Davide y los chupitos de más me subieron el ánimo, de modo que aparté la timidez y me sumé a la diversión.

Eran casi las tres de la mañana cuando Ana me dejó en casa. La pobre tenía turno a las seis y necesitaba al menos dormir un par de horas si quería estar lo suficientemente despierta para atender a los pacientes que llegasen a urgencias.

Era consciente de que era muy tarde y de que Bea estaría durmiendo, pero no me pude resistir a mandarle un mensaje.

Yo:
He ido a mi primera fiesta, he conocido a mucha gente y he visto al vecino muy guapo y musculoso.

Era obvio que aún me quedaban restos en el cuerpo de los chupitos que nos tomamos a última hora. Me sorprendió recibir su respuesta en tan solo un minuto.

Bea:
Madre mía. Estás peor de lo que pensaba.

Yo:
Qué va. Oye, ¿qué haces despierta a estas horas?

Bea:
Las hay que somos menos afortunadas y que pasamos el sábado viendo series…

Yo:
¿No has salido hoy?

Bea:
No, estoy con algo de fiebre. Aquí hace un frío de la leche.

Yo:
Pues aquí hace calor.

Bea:
Deja de martirizarme, mala amiga.

Yo:
Te echo de menos…

Bea:
Por eso te vas de fiesta sin mí.

Yo:
¿Y cómo quieres que fuese

contigo?

Bea:
Existen las videollamadas,
¿sabes?

Yo:
¿Estás enfadada conmigo?

Bea:
No, solo torturándote un poco.
No todo va a ser perfecto en el paraíso.
Quiero irme yaaaa.

Yo:
Vente. Te quiero. Que descanses.

Bea:
Y yo. Cuidado con el vecino de buen gusto musical y que ahora es musculoso.

Y, como siempre, consiguió dibujar una enorme sonrisa en mis labios.

Ay, Bea, ¡qué ganas tenía de que llegase para enseñarle todo y que conociese a Davide!

Ay, Davide… ¡qué guapo estaba esa noche!

Me acosté, y esa vez no hizo falta que fuese mi amiga la que me canturrease el *O sole mio* para advertirme de nada porque fui consciente de que ese chico estaba empezando a gustarme mucho. Suspiré con cierta angustia; sabía que podría suponerme problemas y perder la serenidad necesaria para llevar a cabo el cometido de haber ido hasta allí: escribir mi libro.

Me di media vuelta en la cama y me obligué a dormir, aunque por mucho que lo intentaba no era capaz de quitarme de la cabeza su sonrisa. Encendí la radio y sonó la canción *Escucha tu corazón* de Laura Pausini:

> *Mira en ti, escucha el silencio. Tu corazón te soplará las palabras. Mira dentro de ti misma y entonces, prueba si alcanzas donde te lleva tu alma.*

Suspiré, apagué la radio y no pude evitar pensar en una nueva verdad sobre el amor sobre la que escribiría al día siguiente: *el amor es un impulso*.

Y yo, al parecer, estaba aplicando toda la fuerza necesaria para hacer que mi corazón se propulsase de golpe hacia lo que menos necesitaba en ese momento, pero al mismo tiempo hacía lo que me estaba haciendo sentir más viva que nunca.

13

ESTHER

Mientras desayunaba me planteé la posibilidad de no acudir a la cita con Davide en la escuela de surf. ¿Qué iba a hacer yo allí si era de esas personas que se mareaban cuando iban de pie en el autobús? Era una locura. Además, me asustaba subirme a una tabla. Si hubiese tenido su teléfono, podría haberle puesto una excusa para no ir, pero no lo tenía. De forma instantánea recordé que el primer día que nos conocimos comentó que había un teléfono apuntado en rojo que podía usar en caso de necesidad. Quizás era el suyo.

Abrí el armario en busca de la carpeta y ahí estaba, así que me lo añadí a contactos y, cuando abrí la aplicación de mensajería para ver la foto de perfil, me encontré con una imagen de él de espaldas sentado frente al mar. Me debatí durante unos minutos entre mandarle o no un mensaje excusándome. Al final no me atreví porque en el fondo me apetecía verlo. Me preparé para bajar a la playa y allí ya me inventaría algo. Al menos así quizás podría verle practicando algún deporte acuático.

Apenas media hora después ya iba de camino. La playa estaba llena de gente tomando el sol y paseando. Caminé por la orilla en dirección a la escuela y al llegar vi a un grupo de personas de distintas edades preparándose para meterse al agua. Me acerqué un poco más. No vi a Davide por ningún lado, de modo que me quedé discretamente en un lateral mientras observaba cómo los demás se ajustaban los trajes de neopreno e iban adentrándose poco a poco en el mar. Me sorprendió ver a un par de niños de unos diez o doce años dispuestos a subirse a las tablas sin ningún miedo. Ver su entusiasmo me hizo sentir mal. Si ellos podían, yo también, pensé… O no. El miedo me asaltó. Siempre había tenido mucho sentido del ridículo y me angustiaba quedar como una patosa delante de todos. No tuve tiempo de seguir dudando.

—Has venido… —Di un respingo al oír su voz pegada a mi cuello. Me giré hacia él.

—Eh… sí, he dudado mucho, no creas. —Se rio.

—No hay ningún peligro, todo es seguro… ya lo verás. Espera…

Un momento después apareció con un traje de neopreno en la mano y me lo entregó.

—Creo que será tu talla más o menos… —dijo mientras me miraba de arriba abajo.

—Ay, no sé si eso a mí…

—Venga, no hay más quejas. Te esperamos dentro de cinco minutos. *Andiamo presto.*

Mientras lo sujetaba sin muchas ganas, miré a mi alrededor en busca de un lugar para poder cambiarme, pero el único sitio adecuado era la caseta. Entré y busqué una esquina en la que poder quitarme la ropa y que no me viese nadie. Estuve a punto de caerme y llevarme conmigo un par de tablas de surf que estaban apoyadas en la pared por estar pendiente de la puerta en vez de en ponerme ese dichoso traje que se me resistía. Cuando por fin logré tirar de la cuerda de la cremallera para cerrarlo, salí con timidez y me acerqué a él a paso lento.

La mayoría ya estaban en el agua practicando *paddle surf*. Mi cara debió ser un poema porque, cuando se giró para mirarme, no pudo evitar partirse de la risa en mi presencia.

—Vale, vale, estoy ridícula. Mejor me cambio…

—Espera… —Me cogió del brazo con suavidad y terminó de ajustarme el traje—. Estás perfecta. El *paddle surf* es muy seguro. Yo te ayudaré a subir, *d'accordo?*

Me puse los escarpines que me había entregado, dirigí la mirada hacia los niños y pensé que tampoco parecía tan difícil. Le seguí hacia la orilla y, una vez allí, me cogió de la mano y se adentró conmigo un poco más en el agua hasta que más o menos nos cubrió por las caderas. El mar estaba tranquilo, por lo que inspiré con fuerza e intenté relajarme. Me ayudó a sentarme en la tabla con bastante maestría y me pasó el remo.

—Si quieres puedes hacerlo de rodillas, es más cómodo y fácil.

—Ahora mismo todo me parece complicado…

—Esther, no pensaba que eras tan…

—¿Cobarde, gallina, miedosa? Pues sí, lo soy —dije mientras me sujetaba a su brazo cuando una pequeña ola golpeó contra la tabla.

Agitó la cabeza mientras se reía y después me soltó y se alejó.

—¿Qué haces? Nooo, ven. No me dejes sola o me caeré —le grité sin vergüenza alguna. No me hizo caso y siguió caminado hacia la orilla.

—Si no te enfrentas sola al miedo no lo superarás. Si necesitas algo… grita —Soltó una sonora carcajada.

—Eres un…

Lo dejé ahí porque sabía que en el fondo tenía razón y con toda probabilidad estaba quedando como una histérica sin motivos. Me puse de rodillas y empecé a remar. Para mi sorpresa comencé a moverme hacia dentro en dirección a los dos niños que parecían tener ya mucha experiencia con la tabla. Cuando por fin cogí inercia, llegué a su altura y los dos me saludaron con una sonrisa. Me puse tan contenta de ver que estaba siendo capaz de hacerlo que conseguí ponerme de pie en la tabla y avanzar un par de metros más. La emoción hizo que me girase para ver si Davide lo estaba viendo y, sin pensarlo, alcé la mano en la que tenía sujeto el remo para saludarle y en ese instante… perdí el equilibrio y me caí al agua.

Genial, Esther, genial.

Davide se metió al agua con rapidez y llegó a mí en apenas unos

segundos.

—*Tutto bene?*

—Sí, sí —dije con la poca dignidad que me quedaba y quitándome el agua de la cara.

—No te has golpeado con la tabla, ¿verdad?

—No, no… El único golpe que he sentido es el de la vergüenza. —Reprimió la risa—. Puedes reírte… no te preocupes. Tengo asumido que soy una patosa integral…

—Que noooo… Lo has hecho muy bien, pero ¿a quién se le ocurre agitarse así?

—A mí, Davide, a mí… —Me miró.

—Ven, te ayudo a subir de nuevo.

Me puse de frente a él y, cuando noté sus manos agarradas fuertes a la cintura, sentí un escalofrío recorriéndome la espalda. Me sentó en la tabla y me ordenó que me pusiese delante. A continuación, cogió el remo, se subió con cuidado y apenas unos segundos después se puso de pie en el otro extremo. Le miré sin saber qué pretendía.

—Venga, disfruta un poco del mar. Yo te llevo… —Sonrió y comenzó a remar.

No sabía que ese deporte se podía hacer en pareja. La experiencia me pareció de lo más romántica. Me acomodé en la tabla con cuidado mientras él nos hacía avanzar despacio a lo largo de la costa. Me asombró la pericia que demostraba. Ladeé el rostro hacia él y sonreí.

—Cuidado, no te muevas mucho o iremos los dos al agua… —me advirtió, aunque en ese momento lo único que cruzó mi mente fue que no estaría mal si pasase… El pelo suelto y húmedo le favorecía mucho. Y qué decir del traje de neopreno ajustado…

—¿Te gusta el paisaje? —me preguntó sacándome de la fantasía que estaba empezando a cobrar vida en mi mente.

—Sí, es precioso. —Cerré los ojos e inspiré para llenar los pulmones de aire. Luego lo solté muy lentamente disfrutando del momento de paz.

—Me alegro… pero ahora me tienes que llevar tú de vuelta…

Y como no podía ser de otra forma, me giré de golpe al oír lo que acababa de decir y acabamos los dos en el agua. Aquella vez la profundidad era mayor y nada más emerger me agarré con fuerza a sus brazos.

—Lo siento…

Agitó la cabeza para sacudirse el agua y me miró fijamente. Después me puso las manos en la cintura haciendo que la respiración se me agitase tanto que creí que iba a hiperventilar allí mismo. Maldije el grueso material del neopreno.

—Eres un poco malvada… —Se acercó a escasos centímetros de mí.

—No ha sido intencionado…

—O quizás sí… —Giró la cabeza hacia un lado, acortó un poco más la distancia entre los dos y yo sentí que me hundía por momentos. Me sujeté con

más fuerza a sus brazos.

—De verdad que… —dejé la frase a medias cuando noté que me rozaba la mejilla para apartarme un mechón de pelo que se me había pegado a la piel.

Juntó su cuerpo al mío y me alzó para que le rodease las caderas con las piernas. Cuando creí que iba a besarme, oímos que alguien le llamaba por su apellido desde la orilla mientras agitaba un brazo enérgicamente. Se volvió para ver de quién se trataba y, al identificar a uno de los alumnos de la escuela, frunció el ceño y se apartó con prisa.

—Creo que ha pasado algo. Nademos hasta la orilla y regresemos caminando. Apóyate en la tabla. Yo te acercaré hasta que hagamos pie.

Seguí sus indicaciones, se subió a la tabla y remó con rapidez hasta que hice pie. Después me preguntó si podía seguir yo sola. En ese momento no recordaba ni cómo comenzar a nadar. Su cercanía y el contacto de su cuerpo contra el mío me habían dejado tan agitada que no me reaccionaban las piernas. Le dije que sí y permanecí de pie en el agua viendo cómo llegaba a la orilla. Dejó la tabla en el suelo y se giró para ver si le había seguido. Me di cuenta de que estaba quedando fatal y empecé a nadar todo lo rápido que pude.

Cuando llegué oí que el hombre le estaba contando algo acerca de un accidente. Me miró, cogió la tabla y comenzó a caminar de regreso a la escuela. Al parecer, uno de los alumnos acababa de golpearse la cabeza contra la tabla al caer al agua y necesitaban llamar a una ambulancia.

El médico que acudió les aconsejó trasladarlo a un hospital para hacerle unas pruebas. Sin pensarlo, Davide corrió a vestirse y se ofreció a ir con ellos. No solo era un buen profesor, sino que se preocupaba de verdad por la seguridad de sus alumnos. Me sentí mal por él, ya que, antes de comenzar con las actividades acuáticas, nos repitió uno a uno que por favor siguiésemos sus indicaciones al pie de la letra. Por lo visto, uno de los alumnos las había ignorado.

Regresé a casa con pena; la mañana había acabado mal. Esperaba que, al menos, no fuese nada grave.

Por la noche, antes de acostarme, valoré la idea de mandarle un mensaje preguntándole por el herido, pero lo descarté de inmediato porque aún no nos habíamos dado los números de teléfono de forma oficial y no quería que pensase que estaba intentando aprovecharme de la confianza que me había ofrecido.

No pude con la incertidumbre y a la mañana siguiente fui a la playa. Por fortuna, lo encontré charlando con dos de los alumnos con los que coincidí el día anterior. Al verme sonrió y me saludó con un gesto.

—Hola, no quiero molestarte. Solo saber cómo se encuentra el chico de ayer...

—Está bien. Ya en casa. Fue solo un golpe menor —dijo con cierto alivio.

—Me alegro…

Uno de los chicos me preguntó si volvía para probar de nuevo la experiencia, pero le aseguré que con una había tenido bastante. Davide tenía la vista clavada en el suelo. No supe qué decirle, pues parecía más serio de lo habitual. Me aproximé a él un poco más y mientras le apoyaba la mano en el brazo le pregunté si se encontraba bien.

—Sí… —dejó ahí la respuesta y yo empecé a inquietarme y a pensar que quizás se mostraba así de escueto porque le incomodaba verme después de lo sucedido ayer entre los dos.

—Me alegro…

—Es que hay gente que no quiere seguir las instrucciones y son necesarias —bramó.

Ah, vale, no era por mí. Respiré aliviada.

—Ya, bueno… ya sabes… Lo importante es que no haya sido nada grave y…

—Podría haberlo sido —me interrumpió— y yo podría tener problemas por la irresponsabilidad de ese tipo… —Frunció el ceño.

Sí, estaba de muy mal humor: decidí no molestarlo más.

—No te preocupes. No fue responsabilidad tuya. Tú diste las instrucciones de forma muy clara y concisa.

—Ya, pero…

—Solo quería saber si todo estaba bien y darte las gracias por la clase de ayer. Fue muy divertido. —Le regalé una sonrisa amable.

Me miró y dibujó una pequeña sonrisa.

—Vuelve cuando quieras.

—Que tengas un buen día.

—*Ciao. Buona giornata.*

Volvió a la conversación que mantenía con aquel chico y yo me alejé a buen paso. Era mejor dejar las cosas así. Ese hombre era todo un misterio a veces. Quizás malinterpreté sus gestos y no tenía intención de besarme, aunque yo lo hubiese hecho con gusto.

Ay, Esther, ya estamos de nuevo con tus fantasías, volvió a recordarme mi conciencia.

Salí de la playa, caminé hasta la parada del autobús y me fui a hacer unas compras porque, cuando el cerebro se empeñaba en inundarme con ideas extrañas, lo mejor que podía hacer era darle algo con lo que entretenerse. Un recorrido por las librerías de la ciudad sería un aliciente efectivo para dejar de pensar en su pelo ondulado al aire, en sus ojos color del mar, en sus hombros bien definidos, en sus labios…

Pufff, Esther… no tienes remedio. En aquella ocasión no fue mi cerebro el que me habló, sino la voz de Bea resonando en mi cabeza a mil decibelios.

14

ESTHER

A pesar de que cuando me desperté aún no había amanecido, me sentía muy enérgica y animada. Tras una ducha rápida y un par de tazas de café, me senté frente al ordenador dispuesta a terminar la primera parte del libro. Y lo conseguí. Aquel logro convirtió el día en uno especial, aunque un rato después me enteré de que era realmente especial por varias razones. Era dos de junio, festivo en toda Italia. Ese hecho lo elevó a uno de los mejores días en Cerdeña hasta el momento: hice mi primera excursión en grupo por la isla y me lo pasé genial.

Pablo y Lucca organizaron una jornada de playa en Villasimius, una localidad al sureste de la isla llena de playas de agua turquesa y acantilados espectaculares. También se unieron Ana y su novio Flavio.

Pasamos el día en la playa, disfrutando de la buena temperatura, bañándonos en el mar y comiendo platos típicos de la isla en uno de los numerosos restaurantes que recorrían toda la costa. El maravilloso entorno natural y la agradable compañía hicieron que recordase aquel día como uno de mis favoritos desde que llegué a Cerdeña.

De regreso a casa en el coche de Lucca repasaba las fotos que había tomado del lugar y le envié varias a Bea. Ella me respondió al instante.

Bea:
Yo también quieroooo

Yo:
Ya queda menos. Bss

Estaba deseando que llegase y recorrer la isla junto con ella. Aunque la amistad de Pablo, Lucca, Ana e incluso Davide me ayudaba a no sentirme sola, era cierto que la echaba mucho de menos, ya que siempre habíamos estado juntas en los buenos y malos momentos. Acababa de empezar el mes de junio y Bea me prometió que nada más terminar el curso escolar cogería el primer vuelo hacia Cagliari, así que sonreí ante la proximidad de nuestro reencuentro.

Les agradecí con un abrazo que me dejasen en casa y subí al piso deseando darme una ducha. El día había sido caluroso y sentía la sal del mar pegada con fuerza a la piel. Mis planes se fueron al traste cuando al meter la llave la cerradura no giró. Probé una y otra vez sin resultado hasta que de un fuerte empujón logré que girase. Sin embargo, y para mi desgracia, solo conseguí que la llave se partiese y se quedase atascada dentro de la cerradura.

¡Lo que me faltaba! Me llevé las manos a la cabeza con apuro.

¿Qué iba a hacer? Recordé el teléfono que me dejó Davide para las emergencias. Miré el reloj. Eran las diez de la noche. Temía que fuese demasiado tarde, pero estaba en un verdadero apuro. Marqué el número y, tras esperar varios tonos, por fin descolgó.

—*Pronto?*

—*Ciao,* Davide*, sono* Esther.

—*Ciao,* Esther*, tutto a posto?* Perdón… ¿todo bien? —repitió en español.

—Hola, disculpa que te moleste. Es que acabo de llegar de una excursión y, al intentar abrir la puerta, la llave se ha roto y se ha quedado dentro… —Le oí resoplar.

—¿Has probado a empujar la puerta? Hay veces que se atasca. La humedad hace que la madera se engrose.

Lo comprobé en ese mismo momento, pero no, la puerta no cedía ni un centímetro.

—Nada. No he podido girar la llave del todo, así que imagino que la cerradura sigue echada… —Volvió a resoplar.

—Es muy tarde… —dijo. Yo me mordí una uña, apurada.

—Ya lo sé… bueno, no te preocupes, pareces ocupado. Ya intento yo solucionarlo. —Parecía molesto. Quizás le había pillado en un mal momento.

—Dame unos minutos, ¿vale? Veré qué puedo hacer.

Colgó el teléfono y allí me quedé sin saber si iba a ayudarme realmente o no.

Metí el móvil en el bolso y probé distintas maniobras, pero nada. La llave estaba tan atascada que no podía ni tan siquiera acceder a ella para intentar sacarla. Me senté derrotada en el suelo a esperar con el estómago revuelto; me daba rabia tener que recurrir a otras personas para solucionar el problema. Mientras esperaba su llamada, volví a coger el móvil y busqué servicios de cerrajería que pudiesen estar abiertos. No di con ninguno que me ofreciese suficiente confianza. Esa era la parte negativa de ser nueva en un lugar, que no contaba aún con los contactos suficientes a los que recurrir en ese tipo de casos. Cuando creí que había encontrado algo que pudiese servirme, oí el pitido del ascensor y vi salir a Davide con gesto de agobio.

—¿Sigue sin abrir?

—Sí… Siento si te he molestado… Es que no sé a quién recurrir.

—No te preocupes. He llamado a varias personas. No pueden arreglarlo hasta mañana.

—¿Qué? No puede ser…

—Hoy es festivo, Esther.

—Ya… Pero alguien habrá, ¿no?

—Es el Día de la República, la fiesta más importante de Italia… No, hoy no trabaja nadie y quien lo hace se aprovechará de la circunstancia y nos cobrará una fortuna para algo que se puede solucionar fácilmente mañana a

primera hora.

—¿Y yo qué hago? ¿Dónde quieres que pase la noche? —Me miró y resopló. Este hombre no sabía hacer otra cosa aquel día, al parecer.

—No lo sé… Déjame pensar un momento… —Se giró y comenzó a caminar por el pasillo mientras yo le observaba sin saber qué hacer o decir. No tenía claro la razón de su extraño comportamiento, pero estaba empezando a sentirme incómoda por haberle llamado. Cogí el móvil y dije un poco molesta:

—Oye, no te preocupes. Llamaré a Pablo a ver si él me puede ayudar.

Se giró de inmediato.

—No, no, por favor. Esto es algo que debo solucionar yo… es solo que estoy un poco liado con varias cosas a la vez. Dame un minuto.

Otro minuto, pensé.

Se apartó un poco hacia el ascensor para llamar a alguien por teléfono, aunque no alcancé a escuchar lo que decía. Al momento se acercó a mí y se agachó para coger mi mochila.

—Ven, sígueme.

—¿Qué haces? ¿Dónde vamos? —Le seguí al ascensor intentando quitarle la mochila de las manos.

—Dormirás en mi casa. Mañana a primera hora yo mismo llamaré al *fabbro*… no sé cómo se dice en español —comentó visiblemente nervioso.

—El cerrajero…

—Pues eso.

—Oye, que no quiero ser una molestia, de verdad. Puedo llamar a Pablo y Lucca.

—Que no —respondió alzando un poco la voz.

Alcé las cejas, sorprendida por su tono. Se dio cuenta y rectificó su actitud.

—Lo siento, es que… —Se frotó la nuca—. Bueno, vamos.

Entramos en el ascensor. El trayecto hacia el primer piso fue algo incómodo. La situación me parecía un poco tensa y no me atrevía a decir nada. Cuando salimos a la calle me detuve. Unos metros más adelante él se paró y se giró hacia mí.

—¿Qué pasa? Vamos…

Permanecí callada unos segundos mientras le observaba hasta que por fin volví a recordarle que no tenía por qué hacer eso y que yo misma podía buscarme un hotel para pasar la noche.

—Esther… no te voy dejar que vayas a un hotel. ¿Puedes venir conmigo y no protestar más?

Arrugué los labios y suspiré.

—Es que me da la sensación de que estoy siendo una carga para ti y no me apetece.

Apoyó las manos sobre las caderas y volvió a resoplar, esa vez con más fuerza.

—*Per favore*. —Juntó las manos a modo de súplica.

Le seguí no del todo convencida y llegamos a su portal, que daba al otro lado de la calle. Subimos a la última planta y, nada más abrir, se apartó para dejarme entrar. Me adentré en el piso y comprobé que, aunque se parecía en la distribución al mío, era aún más espacioso. Cuando cerró la puerta se dirigió al salón y me invitó a sentarme.

—Siéntete como en casa. Necesito hacer unas llamadas.

Le vi caminar por el pasillo, imaginé que hacia una de las habitaciones, mientras me sentaba y observaba todo a mi alrededor. La decoración era sencilla, con mobiliario moderno y funcional, muy al estilo noruego. Presté atención a los cuadros que tenía colgados en la pared. Me levanté y al acercarme un poco más comprobé que eran fotografías de monumentos famosos tomadas en distintos países y también paisajes de lugares para mí desconocidos. ¿Serían fotos suyas?

Me llamó la atención que no hubiese fotos familiares, a excepción de un pequeño retrato en uno de los muebles donde se veía a un hombre y un niño haciendo un castillo de arena en la playa. Imaginé que serían él y su padre, pero no había ninguna foto más de cualquier otro familiar. ¡Qué extraño! Bea me aseguró que el edificio lo regentaba una familia…

Dejé el pensamiento a medias al verle entrar en el salón de nuevo. Su gesto serio me preocupaba, ya que quizás tenía algún tipo de contratiempo y yo estaba complicando más su noche.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Suspiró con fuerza.

—Sí, sí… no es nada…

Yo no hubiese definido como nada lo que le estaba provocando el evidente agobio que sentía. No deseaba inmiscuirme en temas que no eran de mi interés. Aguardé sentada a que me dijese algo.

—¿Has cenado? —me preguntó de repente.

—No te preocupes. Puedo bajar a la tienda de la esquina a comprar unos sándwiches. Ahora vuelvo. —Cogí el bolso y caminé en dirección a la salida, pero me cortó el paso y me miró fijamente.

—Esther, tengo comida en casa…

—No quiero incordiarte más.

—Que no me molestas. No tiene que ver contigo… Es solo que…

—Vale, vale, pero déjame que te ayude a preparar algo rápido —le dije para que dejase el tema y no se sintiese obligado a tener que darme una explicación—. No me siento bien invadiendo tu espacio.

Me miró y dibujó una de sus cálidas sonrisas.

—Yo cocinaré, no te preocupes. Deja que me cambie de ropa. —Se alejó y a medio camino se detuvo, se giró y me miró de arriba abajo—. ¿Quieres que te deje algo cómodo?

—No, no —me apresuré a decir—. Estoy bien así…

No mentía, aunque era cierto que al tratarse de un vestido playero me

sentía un poco expuesta y la piel un poco irritada a causa de la sal.

—¿Llevas el bikini debajo?

—Sí…

Se me quedó mirando unos instantes y a continuación entró en una habitación. Regresó con una toalla grande, una camiseta blanca de tirantes y un pantalón corto de algodón.

—Toma, creo que esto te valdrá. No es muy femenino, pero… seguro que es más cómodo para dormir.

Lo dejó encima del sofá.

—Si no te importa me ducho yo primero y así luego ya puedes tú tomarte el tiempo que necesites.

Nos miramos.

—De acuerdo. *Grazie mille* —murmuré.

Y sin más, desapareció por el pasillo y yo necesité beber un poco de agua. Solo de pensar en meterme en su ducha después de que él lo hiciese y en ponerme su ropa me entró un sofoco que esperaba poder mitigar antes de que apareciese de nuevo.

Me acerqué a coger las prendas y no pude evitar olerlas. El corazón se me aceleró y supe que la noche no iba a ser fácil, ya que, aunque la ropa olía a limpio, aún conservaba el olor de su perfume, más intenso que el que había percibido cuando nos habíamos visto en la playa.

Sergio era muy aficionado a los perfumes masculinos. Sin embargo, no tenía uno en concreto que usase de forma habitual, sino que cambiaba de olor según le parecía o según la estación del año, de modo que me convertí en una experta en encontrar perfumes originales que pudiese regalarle en su cumpleaños o en Navidad. Si no estaba equivocada, Davide Miscali olía a uno de los más selectos de Tom Ford y eso me gustó, decía mucho de su personalidad, ya que solía definir a un hombre sensual, elegante y con estilo propio.

Apenas cinco minutos más tarde salió del baño en camiseta gris, pantalón de chándal azul marino y con el pelo húmedo… y yo sentí que las rodillas me flojeaban aun estando sentada.

—Todo tuyo. —Me hizo un gesto para indicarme dónde estaba el baño —. En la estantería hay más toallas, por si las necesitas.

—Gracias.

Me levanté y caminé con ligereza tratando de ocultar la flama que había incendiado mis mejillas.

Cuando entré en el baño me sorprendió lo recogido que había dejado todo, aunque aún podía sentir el vapor que había generado el agua caliente y el olor al gel de ducha. No solía ser especialmente cotilla, aunque en ese momento no pude evitar echar un vistazo rápido a todo: un solo cepillo de dientes eléctrico. Buen dato, me dije. Varias lociones de afeitado perfectamente colocadas en una repisa que había en la pared, crema solar… Recordé las palabras de Alda sobre que era un muchacho muy responsable.

Tenía razón, ya que las horas de sol en la isla eran muy abundantes y la protección solar se hacía vital para no irritar la piel en exceso.

Me di cuenta de que me estaba retrasando demasiado en abrir el grifo. Me desvestí con rapidez para evitar que pensase que estaba haciendo justo lo que estaba haciendo. Me metí bajo la ducha y disfruté de la calidez del agua más que cualquier otro día, no solo porque se tratase de su ducha, sino porque el salitre del mar estaba haciendo que me picase la piel de forma muy molesta.

Busqué un gel con el que lavarme y comprobé que tenía dos: uno con un olor neutro a algodón y otro de una conocida marca para hombres. Lo más adecuado era optar por el neutro, a pesar de que me moría por oler el otro en mi piel. Me embadurné bien y dejé que el aroma me relajase. Me lavé el pelo con el mismo y me lo aclaré con rapidez. Una vez fuera me cubrí con la toalla que me dio al principio y cogí una más para el pelo. Mientras dejaba que la toalla absorbiese el exceso de humedad, me dispuse a ponerme las prendas que me había prestado. Justo entonces me di cuenta de que el otro bikini que había llevado conmigo a la playa estaba en la mochila que me había dejado en el salón. Abrí la puerta con cuidado, me asomé y, al no verlo por allí, salí corriendo en toalla para cogerla. Como no podía ser de otra forma y con mi suerte habitual, nada más hacerme con ella apareció por el salón con unos platos en la mano y se detuvo a mirarme.

Sin saber qué decir le indiqué la mochila y enseguida pareció entender lo que hacía.

—Si necesitas algo, dímelo —afirmó mientras colocaba lo que llevaba encima de la mesa del salón.

—No… lo todo tengo aquí. —Levanté la mochila y me di media vuelta.

Estuve a punto de resbalar por el agua que yo misma iba soltando. Entré en el baño lo más rápido que pude, saqué el bikini y me lo puse bajo la ropa prestada. No era tan cómodo como llevar ropa interior, pero al menos ese no tenía cordones ni rellenos incómodos. A continuación, me quité la toalla del pelo, me lo sequé un poco haciendo fricción con ayuda de las manos y, cuando ya no goteaba, estiré la toalla sobre un moderno toallero que mostraba un panel digital. Imaginé que era para elegir la temperatura con la que se deseaba secar las toallas. Sin embargo, decidí extenderla y no tocar nada para no complicar más las cosas.

Una vez ataviada con su camiseta y pantalón, me peiné, lo dejé suelto para que se secase al aire y me miré en el espejo. Me preocupó ver que tenía marcadas las ojeras. Me di unos golpecitos en las mejillas para activar la circulación y ver si así se disimulaban un poco.

Suspiré y salí del baño. Cuando llegué al salón me sorprendió ver que la mesa ya estaba puesta y, lo que era mejor, ¡llena de comida! Me acerqué con curiosidad. Panecillos, quesos, aceitunas, frutos secos…

—¿Tienes hambre? —me preguntó nada más aparecer por la puerta del salón.

—Un poco… —La verdad es que, aunque estaba hambrienta, no quería

abusar más de su hospitalidad.

—Hazme hueco en el medio, por favor —me ordenó y regresó a la cocina.

Una vez que aparté varios de los platos para dejar espacio, llegó con una fuente de espaguetis. El delicioso olor hizo que me rugiesen las tripas.

—Con que solo un poco, ¿eh? —Se rio y me invitó a sentarme.

—Es que con ese olor…

Se acomodó en uno de los extremos y movió la silla que estaba a su izquierda para mí.

—Sírvete lo que quieras… sin timidez —añadió.

Encogí los hombros mientras reprimía una risita y me serví un buen plato de pasta. Eran casi las once de la noche y la última comida que había hecho era la del mediodía. Él hizo lo mismo y después nos sirvió un poco de vino.

—¿Siempre cenas con vino? —le pregunté por forzar un poco la conversación. Aunque parecía más relajado, seguía aún un poco serio.

—No… pero hoy es especial.

—¿Porque es festivo?

—No, porque estás tú. —Dio un bocado y me miró.

Me dejó literalmente sin palabras.

—Ah, pues gracias por el honor… —Honestamente, no supe qué decir.

—Cuando comes con otras personas no solo se comparte la comida, sino también la compañía. Es una forma de disfrutar más de ese momento en común.

—Me parece un buen concepto…

Asintió con la cabeza mientras seguía comiendo. Yo intenté hacer lo mismo, aunque a mí me estaba costando un poco más digerir la cena: los sabores se me mezclaban con su olor personal. Se había perfumado...

—¿Dónde has estado? Dijiste que habías ido de excusión.

Agradecí el cambio de tercio.

—Sí, en Villasimius.

—¿Y te ha gustado?

—¡Cómo no! —Agité las manos al estilo italiano y el gesto le hizo reír.

—Es una zona muy bonita. Las playas son una maravilla.

—Y tanto… todo es precioso aquí. Nada que ver con Madrid… Esto me recuerda más a Baleares… me dijiste que tu madre era de Ibiza, ¿no?

Frunció el ceño. Estaba claro que había pinchado en hueso y que no le gustaba demasiado hablar de su familia.

—Sí. ¿Quieres un poco de agua? —Se levantó directamente de la mesa sin darme opción a responder.

Regresó con una jarra y dos vasos. Después se sentó y siguió comiendo. Por primera vez, no sabía muy bien de qué hablar, así que me dediqué a comer en silencio hasta que unos minutos más tarde fue él quien rompió el silencio.

—¿Cómo era tu trabajo en Madrid?

Un tema neutral. Se lo agradecí con una sonrisa.

—Pues digamos que muy estresante. Soy traductora profesional y amo mi profesión, pero mi último trabajo en una gran editorial me exigía demasiado… hasta el punto de ponerme enferma. —Me miró extrañado—. La rigidez de los plazos hizo que durmiese cada vez menos y al final tuve un ataque de ansiedad y necesité ir al hospital.

—Lo siento…

—No, no lo sientas, porque gracias a eso estoy hoy aquí. —Sonreí—. Beatriz, mi mejor amiga, y mis padres me obligaron a desconectar unos días y a hablar con mi jefe para pedirle un poco más de tiempo para entregar los proyectos. No accedió, me despidió y aquí estoy…

Se sirvió un vaso de agua y se lo bebió de golpe.

—*Stronzo*.

—Sí, fue un poco cabrón, pero él también sigue órdenes de arriba… Ah —añadí—, y a eso le sumé lo de la ruptura con mi novio… exnovio —me corregí.

Dejó salir de golpe el aire que estaba conteniendo mientras me escuchaba.

—Demasiadas cosas juntas, ¿no? ¿Y ahora estás bien?

—Ahora estoy genial. Soy la Esther de siempre…

—¿Y cómo es esa Esther? —Su mirada vagó por mi rostro y luego la bajó al plato.

—Alegre, divertida, más tranquila…

—En oposición a…

—… a estar todo el día de mal humor, apática, agotada…

—Has tomado una buena decisión al venir. Aquí la vida es más tranquila y sencilla.

—Sí, no sé cómo agradecerle a mi amiga Bea que preparase todo esto a mis espaldas…

—Los buenos amigos están para eso… Para cuidarnos.

—Aun así, esto es demasiado. Ocho meses en Cerdeña es algo impensable. Creo que estaré en deuda con ella para toda la vida… ¿Te puedo hacer una pregunta? —dije sin apenas meditarlo.

—Sí, claro.

—¿Me puedes decir por cuánto nos has alquilado el piso? Es que Bea no me ha querido informar al respecto y cuando llegué vi que era mucho más moderno y nuevo de lo que imaginaba.

—No lo recuerdo ahora mismo, la verdad…

Le miré extrañada.

—Tu amiga Bea me advirtió de que no te lo dijese por miedo a que te negases a quedarte, así que yo sigo órdenes.

Vaya, vaya, con Bea. Lo tenía todo planeado.

—Solo puedo decirte, si es el tema económico el que te preocupa, que os lo alquilé por el mismo precio que al anterior inquilino y que tiene un precio

especial por venir de su parte y por ser españolas.

—¿Y qué tenemos las españolas que nos hace merecedoras de tan honorable trato?

Bajó la mirada de nuevo al plato, se pasó la mano por la nuca y carraspeó.

—Soy medio español… —No añadió más y yo no pregunté.

—Gracias por lo que me toca —le sonreí.

—De nada —susurró.

Volvimos a mantenernos en silencio unos minutos. A continuación, se levantó y me preguntó:

—¿Te apetece un postre?

—Estoy muy llena…

—¿Ni tan solo un poquito? —Hizo un gesto con los dedos—. Anoche traje tiramisú del restaurante.

Resoplé de gusto con tan solo imaginar el postre deshaciéndose en mi boca.

—Vale, no mucho. Al final esta isla va a conseguir que regrese con varios kilos de más. Voy a tener que practicar más *paddle surf*.

Saqué el tema a colación para ver si me decía algo. Hacía ya más de una semana desde aquel día y no nos habíamos visto hasta esa noche. Tampoco parecía tener intención de hacerlo. Desapareció durante un rato y cuando volvió al salón me indicó que fuese al sofá.

—Es más cómodo comerlo allí.

Nada más sentarnos me entregó un vasito que no me demoré en degustar.

—¿Lo has hecho tú? Está buenísimo.

—Sé hacerlo, pero no es mío, sino de Antonio, uno de nuestros reposteros.

—Felicítale de mi parte…

Cuando terminamos de comernos el postre, se levantó para recoger la mesa. Le ayudé a llevar las cosas a la cocina y enseguida me pidió que le esperase en el salón. A pesar de que intenté convencerlo para que me dejase ayudarle, insistió en que lo haría él. Era consciente de que estaba invadiendo su espacio. Preferí no incomodarlo más y me senté a esperarlo.

Apareció un poco después con dos tazas.

—Me he tomado la libertad de prepararte una infusión.

—Muchas gracias —le dije cogiendo la taza.

—Es de jengibre y canela. A mí me gusta mucho tomarla templada. Ayuda con la digestión.

Le imité cuando dejó la taza en la mesa. Después se recostó en el sofá, cerró los ojos y suspiró dejando salir el aire de sus pulmones lentamente en un claro intento de relajar la tensión que sentía. Era evidente que algo le preocupaba. Sin embargo, no me atreví a preguntarle, por lo que opté por indagar por su faceta de cocinero que tanto me fascinaba.

—¿Hace muchos años que te dedicas a cocinar? —Esbocé una sonrisa.

—No, apenas unos cinco años, más o menos. De forma profesional, quiero decir… Antes de que muriese mi padre… —tragó saliva— ya cocinaba con él, pero solo para la familia…

—Se te da muy bien…

—Gracias.

—¿Dónde estudiaste cocina?

—En una escuela culinaria que hay en Roma, aunque te aseguro que aprendí mucho más con él —dijo con nostalgia.

—¿El restaurante pertenecía a tu padre?

—Sí. Fue el último que abrió en la ciudad. Cuando éramos pequeños tenía otro en el barrio de Castello. Por unos problemas con el arrendamiento, decidió comprar este local y abrió Casa di Petro, más pequeño y con mayor encanto. Tienes que venir a comer un día.

—Lo haré. Estoy deseando probar platos nuevos… Oye, ¿esas fotos que hay en las paredes son tuyas?

Se giró para mirar algunas de ellas.

—Sí, son de viajes que hice hace años.

—¡Qué maravilla! ¿De dónde son?

—Grecia, Egipto, Jordania, Turquía… —Fue señalando mientras nombraba los países.

—¿Has viajado tanto?

—Sí, me encanta viajar, aunque desde que murió mi padre apenas tengo tiempo…

Le miré con pena.

—Me apasiona visitar sitios llenos de historia y recoger lo que me inspiran en un cuaderno.

—¿En serio?

Se levantó del sofá y me señaló una colección de cuadernos apilados en una estantería. Así, a bote pronto, me pareció contar más de diez.

—Recojo pensamientos, fotografías, dibujos… todo lo que me inspira el lugar y su historia. Tengo uno por cada ciudad a la que he viajado.

—Me parece una idea maravillosa…

—Lo es… Cada viaje es especial y de esa forma dejas plasmados todos los recuerdos, ya que muchas veces van más allá de una fotografía. Muchos de esos lugares inspiran cambios existenciales en tu vida…

—Y tanto…

—Me gusta pasar tiempo en lugares cargados de historia, contemplarlo todo con detalle, imaginando cómo sería la vida de la gente que tocó aquel lugar por primera vez, y a veces lo escribo.

Esa confesión me emocionó. Me sentía plenamente identificada con aquel sentimiento.

—Esos cuadernos deben ser una auténtica joya.

—Para mí lo son. ¿Quieres ver uno?

—¡Claro! —dije con el rostro encendido de la emoción.

Se acercó a la estantería y, tras sopesar cuál escoger, volvió con uno de color negro.

—Este es de Grecia, uno de mis países favoritos. ¿Has estado?

—Sí, cuando era pequeña, con mi familia. Es un país precioso.

—No es solo su belleza, sino también su historia lo que lo convierte en un lugar al que hay que viajar una vez en la vida. Es la cuna de nuestra civilización.

—¿No existe una pequeña rivalidad entre italianos y griegos por reclamar esa parte de la historia?

—No. Cada pueblo tuvo su espacio y su tiempo.

Mientras iba pasando páginas del cuaderno, me fijé en que estaba lleno de fotografías, dibujos de columnas griegas, algún paisaje… y muchas anotaciones que, obviamente, no me dio tiempo a leer. Me sorprendió esa parte de él y hubiese dado lo que fuera por poder echar un vistazo con más detenimiento. En cuanto llegó al final lo cerró y lo colocó de nuevo en la estantería con cuidado. Se notaba que eran importantes para él.

—¿Y por qué te gusta tanto viajar? Quiero decir… ¿es algo que hacías con tu familia? —Me arrepentí al instante al sacar el tema de nuevo.

Negó con un gesto.

—No, es algo que me viene de la infancia… pero no de ellos. Mi abuelo era un auténtico explorador. Amaba perderse por lugares desconocidos. Viajar siempre fue mi sueño y luego en la universidad pude visitar muchos sitios.

Le miré con curiosidad.

—Estudié Arqueología —me aclaró.

Le miré de hito en hito.

—¿Eres arqueólogo? ¿Como Tadeo Jones? —Me ruboricé al instante tras haber dicho tal idiotez en alto.

Me miró con extrañeza y frunció el ceño sin entender.

—¿Como quién?

Al final no pude evitar soltar una carcajada. Bea y sus influencias.

—Tadeo Jones es un personaje de dibujos famoso en España. Mi amiga Bea y yo somos muy aficionadas a las películas para niños. Ella es profesora y me arrastra al cine cada vez que hay un estreno… es por eso… —Me sentí tan ridícula en ese momento que lo dejé ahí. Menos mal que había conseguido sacarle una sonrisa.

—Pues sí, debo ser como ese Tadeo Jones, entonces…

—Tú eres más guapo…

Pum. Esther. La acababa de liar con mi incontinencia verbal.

Se lamió los labios con timidez y desvió la mirada.

—Gracias…

—Me refiero a que Tadeo es un señor bajito… un poco narizón… y tú…

Esther, déjalo, por favor, me decía a gritos el poco sentido común que me quedaba.

Me observó divertido.

—Me alegro de no parecerme a él… —consiguió decir justo antes de que rompiésemos a reír a carcajadas.

—No me hagas mucho caso. A veces digo cosas raras por culpa de Bea…

Cogió su taza, dio un pequeño sorbo y, tras dejarla en la mesita que teníamos enfrente, se cruzó de brazos y fijó su mirada en mí.

—Y tú… ¿aparte de con escribir tu libro, con qué más sueñas, Esther Rubio?

Mi nombre sonó a música celestial en sus labios.

—Con nada más que con poder vivir de la escritura. Me apasionan los libros y las historias que se esconden entre sus páginas.

—¿No hay nada más?

Suspiré. Desde hacía meses había dejado de imaginar cómo sería mi vida o desear cosas nuevas. La monotonía y la desesperanza se apoderaron de mí como una enredadera que lo cubre todo y deja poco espacio para respirar.

—Es un sueño muy bonito… —afirmó al notar mi silencio.

—Y un poco complicado de cumplir…

—No hay nada imposible si se lucha por conseguirlo.

—Lo sé… espero lograrlo.

—¿Y sobre qué va tu libro?

—Trata de las verdades que esconde la palabra *amor*…

—¿Como cuáles?

Cogí aire.

—Por desgracia, mi ruptura con Sergio me hizo darme cuenta de una de las más importantes… que *el amor empieza por uno mismo*.

—Cierto. Esa es parecida a otra… —dijo pensativo y yo le miré con expectación—. *Si duele, no es amor*… ¿no crees?

Uy, pensé. Ahí había un dolor enquistado.

—Totalmente cierto. Y de nuevo esa nos lleva a otra… —añadí—: *quien bien te quiere no te hará llorar*. —Vi que se le erizaba el vello de los brazos. Carraspeó incómodo.

De nuevo el silencio. Se llevó la mano al cuello y después lo movió hacia los lados. Era obvio que estaba tenso, aunque no podía saber si se debía a las circunstancias o a ese tema que parecía seguir dando vueltas en su mente. Bebió un poco más de la infusión y yo le imité. Estaba muy rica, aunque picaba un poco.

—En Madrid era incapaz de concentrarme, pero aquí me sorprende la facilidad con la que estoy escribiendo. La verdad es que Cerdeña me está sentando fenomenal —dije para intentar romper el silencio.

—Me alegro mucho.

Se terminó la infusión, dejó la taza en la mesa y me miró unos instantes. Estuvo a punto de decir algo. Luego sacudió ligeramente la cabeza y se levantó del sofá.

—Creo que deberíamos acostarnos —me dijo con gesto serio.

—Sí, claro.

—Ven, coge tus cosas.

Le seguí por el pasillo. Cuando llegamos a la habitación me abrió la puerta.

—Puedes dormir aquí. No es demasiado grande pero es cómoda.

—Está perfecta. Muchas gracias.

Entré para dejar la mochila encima de la cama.

—Si necesitas algo estaré ahí. —Señaló la habitación de enfrente.

—Muchas gracias, de nuevo. De verdad…

—No hay de qué… Que descanses.

Cerró la puerta tras de sí con cuidado.

Un par de minutos después de acostarme me acordé de que no me había lavado los dientes. Menos mal que llevaba un cepillo en la mochila, pensé. Esperé prudentemente para dar tiempo a que él mismo hubiese hecho lo propio y, cuando oí el ruido de una puerta al cerrarse, abrí la mía, llamé por precaución a la del baño y entré. En cuanto acabé de lavarlos, regresé al cuarto y me metí en la cama con la esperanza de dormirme pronto, aunque sabía de sobra que me iba a costar. La situación había sido algo incómoda y agradable a la vez, a pesar de que Davide estaba un poco más distante y menos hablador que de costumbre. Verle en un entorno más íntimo, en su mundo, me hizo darme cuenta de que tenía algo, más allá de su atractivo físico, que me atraía irremediablemente, aunque aún no sabía qué era con exactitud.

No era capaz de dormirme. Cogí el móvil, que aún tenía batería suficiente, me puse los auriculares, ajusté el volumen y me sumergí en una melodía relajante, sintiéndome tan ligera y feliz como si tuviese una nube de preciosas mariposas de colores revoloteando a mi alrededor. Aquella imagen idílica me recordó una nueva certeza sobre el amor que podría aplicar con Davide: *siempre nos atrae el misterio del otro*.

Y era verdad porque, desde tiempos inmemorables, los hombres siempre se han sentido atraídos por seres que a veces no existían más que en leyendas o en la mitología, como los marineros y las sirenas. Los mecanismos de la atracción son complejos y distintos en cada persona. A veces lo que nos atrae es una personalidad, otras un físico, e incluso a algunas personas lo que las enamora es la imposibilidad de conseguir a esa persona a la que idealizan. Quizás el misterio tenga que ver con eso, con la incertidumbre de no saber cómo es la otra persona, con la aventura que supone ir descubriendo poco a poco lo que oculta y con no saber con certeza hacia dónde nos dirigimos. Caminar hacia lo desconocido nos asusta y a la vez nos cautiva y Davide se había convertido en un enigma que me apetecía mucho descifrar, a pesar de no tener ni tan siquiera un mapa que me indicase cuál era el mejor camino para no dejarme de nuevo el corazón en el trayecto.

15

ESTHER

Nada más abrir los ojos y recordar dónde estaba, me di media vuelta y sonreí. Para mi sorpresa, había dormido a pierna suelta e inevitablemente había soñado con Davide y una playa de ensueño al atardecer. Con una enorme sonrisa en los labios cogí el móvil para mirar la hora. Di un bote en la cama cuando vi que eran las diez y media de la mañana.

Me asomé por la puerta y fui al baño. La imagen que me devolvió el espejo no estaba del todo mal. Tenía el pelo algo revuelto y un pequeño granito en la frente; nada del otro mundo. Con avidez me lavé la cara y los dientes, me recogí el pelo en un moño informal y regresé a la habitación para ponerme el vestido del día anterior. Cuando estaba más o menos decente fui al salón. Davide estaba sentado frente al ordenador con un café en la mano. Llevaba unas bonitas gafas negras de pasta fina que le conferían un aire intelectual muy atractivo.

—*Buongiorno*. —Le miré cohibida.

—*Buongiorno*. —Levantó la vista hacia mí.

—Perdón por levantarme tan tarde. Es que me costó un poco dormirme…

—No pasa nada. —Tecleó algo en el ordenador.

—¿Has llamado ya al cerrajero? ¿Vendrá pronto?

—Ya está arreglado —comentó sin levantar la vista de la pantalla.

—¿Ya? Ay… lo siento. ¿Por qué no me has despertado?

Me sentí fatal. Seguro que pensaba que era una aprovechada. Acerqué una silla y me senté a su lado.

—No te preocupes. Era muy temprano.

—Muchas gracias, de verdad. ¿Necesitas que pague algo?

—No. Me corresponde a mí hacerlo —dijo mientras escribía en una libreta.

Parecía que estaba ocupado. Capté el mensaje, me levanté y dije:

—No quiero importunarte más. Me gustaría agradecerte tu amabilidad de alguna forma, pero veo que tienes trabajo…

Se quitó las gafas y levantó la vista con lentitud. Cuando nuestras miradas se encontraron alzó una ceja con gesto divertido. A continuación, sonrió de medio lado y yo me di cuenta de lo mal que había sonado lo que le acababa de decir.

—Oye… —Le di un suave golpecito en el brazo.

Se encogió de hombros.

—Lo has dicho tú…

—¿Por qué todos los tíos tenéis la mente tan sucia?

—No hay nada de sucio en imaginar… —Carraspeó y dio un sorbo al café—. ¿Quieres uno? —Me mostró su taza.

—Sí, por favor. Si no es molestia…

Puso morritos y negó con la cabeza. En su camino a la cocina me fijé en que llevaba unos vaqueros que le sentaban de maravilla, al menos por detrás, que era la parte con la que me estaba deleitando en ese momento.

Regresó con un *espresso* y unas tostadas.

—Toma, come algo, anda… —Se rio y le vi alejarse hacia el baño.

Necesité carraspear varias veces para deshacerme del nudo que se me había formado en la garganta. La visión que me ofreció de frente mientras caminaba hacia mí con el café fue igual de placentera, ya que la camiseta azul marino de manga corta que llevaba se le ceñía al pecho y…

Esther, basta, por Dios, me imploró mi mente racional. Has dormido en su casa y tu imaginación va a volar hasta el infinito y más allá.

Sí, esa frase también era de Bea y su maravillosa influencia en mi cerebro. Cuando llegase a la isla íbamos a tener una conversación, porque con esa retahíla de frases ridículas de películas infantiles, Davide iba a llevarme a jugar al parque en vez de a...

Ay, madre… Aparté el picante pensamiento de mi mente y me centré en la tostada que estaba comiendo.

—¿Qué planes tienes para hoy? —Me sobresalté al oír su voz.

—Eh… pues ir a casa… ducharme y cambiarme de ropa… quizás escribir algo.

—¿Te apetece venir conmigo a un sitio?

Me sorprendió su propuesta.

—¿A dónde?

—A Oristano.

—¿Y qué hay allí?

—Un sitio que me apetece enseñarte.

Nos miramos fijamente.

Un segundo. Dos. Tres… Sus ojos, su nariz, sus labios…

Se llevó la mano al cuello y se lo frotó esperando mi respuesta.

—Debería cambiarme, entonces —dije al fin.

—Sí, creo que sería lo mejor. Ponte algo fresco. Hoy parece que va a hacer calor. Te recojo en una hora en tu casa, ¿vale?

—Vale.

Me apresuré a terminarme el café, cogí la mochila y me despedí. Fui corriendo, literalmente, hasta casa; necesitaba tiempo suficiente para arreglarme un poco. Me apetecía ponerme guapa, a pesar de no saber dónde tenía pensado llevarme.

Me duché en cinco minutos, me arreglé el pelo y me maquillé un poco para tener buena cara. Luego elegí un bonito vestido de florecitas naranja y verde oliva que me había comprado hacía unas semanas y que me llegaba

justo por encima de la rodilla. Perfecto y sin resultar insinuante. Me puse unas sandalias de cuña y, como el vestido era de tirantes y no estaba segura de la temperatura que haría exactamente, cogí un pañuelo a juego y lo guardé en el bolso bandolera que me colgué cruzado. Por último, me perfumé con una colonia fresquita de olor a melocotón, me puse un poco de brillo de color en los labios, otro pequeño toquecito en las mejillas, me miré al espejo y… me gustó lo que vi. Mucho. Tenía que reconocer que estaba muy mona.

Nerviosa, me asomé al balcón y le vi enfrente hablando por teléfono. Me apresuré y bajé a toda prisa para no hacerle esperar más.

—Hola otra vez —le dije sonriente.

—Vamos al coche —comentó después de mirarme de arriba abajo con disimulo.

Nos montamos en un elegante Audi gris y, tras mirarme de nuevo, sonrió y arrancó el motor.

—¿Puedo ya saber adónde vamos?

—A Solarussa. Mi familia tiene una casa allí y quiero mostrarte algo. Es muy bonita.

¿Me llevaba a una casa?, me pregunté intentando que no se me notasen los pensamientos que acababan de cruzar mi mente. Recoloqué mi postura en el coche y bajé un poco la ventanilla.

—¿Y qué hay allí?

—Tendrás que esperar a verlo.

—Vaya, te has levantado misterioso hoy…

Negó con un gesto.

—Es que si te lo digo pierde la magia.

Ay, la magia del amor, pensé. Eso que muy pocos afortunados saben atraer y que otros como yo no teníamos ni idea de cómo funcionaba. Ya fuese una cuestión de energía o de actitud, mi intuición con los hombres no parecía funcionar… al menos de momento. Me giré ligeramente hacia él y le vi relajado mientras conducía, concentrado en la carretera. Estaba guapo, muy guapo esa mañana. Llevaba unas gafas de sol distintas que le favorecían mucho. El pelo suelto, de un precioso color dorado, brillaba más que nunca por el reflejo del sol y el aire que se colaba por la ventanilla se lo agitaba haciendo que un mechón más corto le acariciase la frente. Inspiré hondo. Me moría por tocárselo. Ahogué las ganas acariciándome la nuca. Bajé la vista y la fijé en el perfil de su mandíbula, en la incipiente barba de apenas un día.

—¿Te gusta conducir? —le pregunté sacándole de sus pensamientos.

—Sí, me relaja. ¿A ti no?

—No suelo conducir por Madrid. Me resulta muy estresante.

—Creo que a tu biorritmo le gusta más Cerdeña que Madrid. —Esbozó una amplia sonrisa y mi piel se erizó de golpe. ¿Por qué era tan guapo?

—Yo creo que sí… —murmuré.

No añadí más, aunque lo que me hubiese gustado decirle es que quien me gustaba era él. Suspiré, bajé un poco más mi ventanilla y cerré los ojos,

mientras llenaba los pulmones de aire fresco. Unos minutos después, los abrí, saqué la mano hacia fuera y la agité en el aire, notando la caricia del viento en la piel. Sonreí. Sentí su mirada clavada en mí unos segundos y a continuación cambió de canción y subió el volumen.

En cuanto identifiqué que se trataba de *Harder we fall*, de Somma, una de mis canciones favoritas, di un pequeño saltito de alegría.

—¡Me encanta esta canción! —dije mientras comenzaba a cantarla—. *The harder we go, the harder we fall, the more that we try we lose control, the lower we go…*

Cerré los ojos y, sin poderlo evitar, me dejé llevar por la canción mientras cantaba y bailaba al ritmo de la música. Estaba segura de que, probablemente, me estaría observando y quizás pensase que era una loca. Me daba igual. Cuando abrí los ojos de nuevo le vi sonriendo. Le devolví la sonrisa y seguí cantando, esa vez la parte del estribillo. Y lo hice con intención, pues la letra me inspiraba a hacerlo de forma juguetona.

—*Darling, let me know if you've fallen… hold me like you do in the morning…*

Cuando acabó la canción solté un sonoro suspiro y ambos nos echamos a reír.

—Lo siento… no te imaginas lo que me gusta esta canción. Me eleva cada vez que la oigo…

—A mí también me gusta... —Se pasó la lengua por los labios y volvió a mirar al frente, mientras yo me acomodaba en el asiento, después del número musical que había montado.

—¿Sabes…? —comenté con voz cantarina—, la música es esencial para mí. Sin ella siento que me falta algo. La uso para leer, para cocinar, hacer deporte, relajarme… cuando hago cualquier cosa… Hacía tiempo que no cantaba de esta forma… a voz en grito. Creo que esta isla no solo está sanando mi cuerpo, sino también mi alma…

—Hay lugares que nos conectan con nuestro verdadero ser. Esa es la clave de la felicidad: encontrar tu sitio y vivir en armonía siendo tú mismo.

—Y… ¿este es tu sitio, Davide?

—Lo es.

—¿Cómo puedes saberlo con tanta certeza? Has viajado por muchos países…

—Por eso mismo. Dicen que encuentras tu hogar donde está tu corazón, aunque yo creo que está donde te apetece amanecer. Allí donde te imagines amaneciendo cada día, ahí está tu lugar en el mundo.

Sus palabras me provocaron un escalofrío y me hicieron pensar.

—Nunca me lo había planteado, pero creo que tienes razón. Antes de venir aquí, cuando me despertaba por la mañana me sentía incompleta y apática… Sin embargo, aquí lo primero que hago es ir al balcón, asomarme y respirar hondo y, de forma automática, sonrío.

Guardó silencio unos segundos. Luego lo rompió con una reflexión que me hizo reír.

—Yo suelo estar contento y activo por las mañanas. Mi padre decía que esa felicidad matinal se debía a que había dormido en una buena cama.

—Eso también influye…

—Y tanto. Como la compañía…

Clavé los ojos en el perfil de su mandíbula otra vez, en su boca… y al instante sentí unas ganas irrefrenables de besarle, pero, como no podía hacerlo, mi cuerpo reaccionó erizando el vello de los brazos. Me los froté con disimulo.

—Hueles muy bien. —A eso no me había podido resistir.

Le sorprendió mi afirmación. Se giró para mirarme.

—Gracias. Tú también. —Cambió de marcha y al hacerlo rozó ligeramente mi rodilla con la yema del dedo meñique. Fijé la mirada en su mano y le acaricié con suavidad un anillo de plata que llevaba. Movió los dedos y los frotó con los míos. A continuación, posó la mano en mi rodilla unos instantes y la acarició con suavidad.

—¿Cómo es Oristano? —le pregunté para rebajar la intensidad del momento—. Mi amiga Bea está a punto de llegar y quiero enseñarle la isla.

—Es una zona menos turística, pero con mucho encanto. Fue un enclave comercial fenicio, después pasó a los romanos, luego a los bizantinos… y tiene un carnaval muy famoso y un festival ecuestre medieval que es espectacular. Si te quedas en la isla te llevaré el próximo año… —dijo con timidez—, es en abril.

—Ojalá pudiese quedarme tanto… —respondí con voz triste—. No puedo vivir sin trabajar tanto tiempo. Necesitaría un empleo… y eso complica las cosas.

—Puedo ayudarte a buscar uno aquí… O puedes teletrabajar.

—Ya…

Bueno, ya veremos, me dije. Ahora lo que me interesaba era compartir aquel momento con él. No quería que nada me distrajese, ya que era consciente de que lo que estaba viviendo era temporal. Debía centrarme en el momento presente porque, como pasa con un helado en un día de intenso calor en verano, si me distraía corría el riesgo de que se derritiese antes de que hubiese tenido tiempo de saborearlo con gusto, y yo deseaba disfrutar de ese inesperado plan que me había propuesto Davide con todas mis ganas.

Apenas una media hora más tarde, Davide se desvió de la carretera principal, accedió a una secundaria y justo después a un camino estrecho que nos llevó directos a la entrada de una finca. Se bajó del coche, abrió la valla y volvió a conducir unos metros hasta que se detuvo frente a la fachada de una bonita casa de campo.

Los pocos metros de camino a la entrada de la casa estaban rodeados de decenas de árboles frutales y arbustos florales. La casa era de piedra y tenía un encanto especial porque una parte de la fachada estaba cubierta por enredaderas y florecitas pequeñas de varios colores.

Nada más aparcar el coche nos bajamos, me tendió la mano y con cierta

timidez me acerqué y se la di. Caminamos de la mano hasta la parte de atrás de la casa, donde había un impresionante jardín repleto de macetas con numerosas plantas y más árboles.

—¡Qué maravilla! —dije girando sobre mí misma para ver todo a mi alrededor.

Olía a algo delicioso, a una mezcla de frutas y flores que me hizo inspirar hondo y sonreír.

—¿Esta casa es tuya?

—Sí. Bueno… era de mi padre y ahora…

—¡Qué bonita! ¿La mantienes tú?

—Sí. Vengo todas las semanas. Es muy tranquila y me ayuda a desconectar un poco de la rutina. También vengo a encargarme de varios asuntos. Aunque no lo creas, mantenerla da mucho trabajo.

Me quité el bolso y lo dejé en una mesa que había en el centro del jardín. Al hacerlo, me llamó la atención que la superficie tenía un bonito mosaico que formaba las iniciales PM.

Se acercó a mí y deslizó los dedos por la superficie.

—Son las iniciales de mi padre: Pietro Miscali. Y las de otras cosas… —dijo con tono misterioso y yo le miré intrigada.

—Sígueme.

Rodeamos la casa hacia el otro lado y anduvimos unos metros, hasta que llegamos a una valla de piedra que estaba oculta tras una gran arboleda. Abrió la puerta que separaba el enorme jardín de la casa con otros terrenos y cruzamos hacia una gran extensión de campo. Caminamos unos cuantos metros más entre decenas de olivos, hasta que llegamos a un campo de viñedos.

El paisaje era espectacular, lleno de contrastes de colores y olores. Mientras me deleitaba observando todo, Davide arrancó una uva, la aplastó y me la acercó para que la oliese. Aunque aún estaba verde, tenía un olor maravilloso, distinto al habitual.

—Todavía le faltan varios meses de maduración, pero ya se aprecia el olor característico de este tipo de uva.

—Es un olor dulce…

—Exacto —sonrió—. Las letras PM son las de nuestro vino y aceite de oliva.

—¿En serio? —Abrí los ojos sorprendida.

—Sí. Nací en Ibiza y viví allí hasta los nueve años. Luego regresamos a Cerdeña y al año mis padres se divorciaron.

—Vaya…

—Mi padre tuvo que reconstruir su vida y edificó esta casa en unos terrenos que había adquirido previamente. Unos años más tarde, decidió hacer su sueño realidad y creó el viñedo. Los olivos ya estaban en la finca, así que solo tuvo que procesar el fruto.

—¿Y vuestros productos están a la venta o es algo que hacéis como

tradición familiar?

—Sí, se venden, pero no los vas a encontrar en supermercados —rio—. Solo los proveemos a restaurantes y hoteles. ¿Quieres ver la bodega?

—Por supuesto —respondí con entusiasmo.

Guardando la estética de la casa, la bodega también tenía una bonita fachada de piedra y una vez más me quedé sin palabras al acceder; era más grande de lo que imaginaba. Decenas y decenas de barricas de gran tamaño se distribuían por toda la superficie en varios pasillos.

—A esto te referías cuando has dicho que mantener esta casa da mucho trabajo, ¿no?

—Sí. Antes lo hacía mi padre, pero desde que falleció me encargo yo… De todas formas, no estoy solo. Clara y Vicenzo, un matrimonio amigo de mi padre desde su juventud, y sus hijos, que viven en la finca de al lado, me ayudan. De otra forma no podría hacerlo con el restaurante, los pisos…

Y la escuela de surf, pensé.

—¿Cómo eres capaz de sacar tiempo para todo?

—Es cuestión de organización y de contar con gente en la que poder confiar y delegar.

Asentí con la cabeza.

—Aquí suelo venir una vez a la semana, casi siempre por la mañana, como hoy, y algún fin de semana.

Deambulamos bastante tiempo entre las barricas mientras me explicaba que la uva era una variedad típica de Cerdeña, la uva *cannonau*, y que tenía una delicadeza especial de sabor y aroma debido a las características peculiares del terreno. Después, salimos por otra puerta en la parte trasera de la bodega. Allí había un bonito cenador, con varias sillas y una gran mesa y a la izquierda un barril grande, con la superficie brillante, muy pulida y de nuevo las iniciales PM. Me acerqué para observarlo de cerca y en ese momento le noté a mi espalda.

—Este es el barril que usaban hace muchos años para pisar la uva…

Me giré hacia él y sonreí.

—Imagino que todo debía ser mucho más complicado en el pasado.

—Y más divertido… —Me miró con picardía.

—La verdad es que desde pequeña siempre he pensado que el antiguo proceso para elaborar el vino era muy gracioso.

—¿Quieres probarlo?

Alcé las cejas.

—¿Ahora?

—Sí… —Las comisuras de sus labios se elevaron.

Cogí aire.

—Dame un minuto.

Se alejó con rapidez y regresó junto con otro hombre unos minutos más tarde, cargando una gran cesta llena de uvas.

—*Salve, sono* Vicenzo. —Me saludó su acompañante.

—*Salve. Piacere.*

—Estas uvas no son nuestras. La uva se recoge normalmente en octubre. Estas las traemos importadas desde Argentina para comparar matices. —Sonrió.

—¿Y qué pretendes hacer con ellas? —Le miré con un poco de aprensión.

—Como ya no nos sirven… —miró a Vicenzo y le guiñó un ojo—, vas a aprender a realizar la pisada.

—¿Yo?

—Sí. Es muy divertido.

—No lo he hecho nunca…

—Por eso.

Entre los dos vertieron el contenido de la cesta en el barril. A continuación, Davide se sentó para quitarse las deportivas y los calcetines que llevaba y se subió el vaquero hasta la rodilla.

—Tú lo tienes más fácil. Quítate las sandalias. —Me indicó mientras terminaba de prepararse.

Le hice caso sin rechistar. Aunque me daba un poco de vergüenza, el plan me parecía divertidísimo.

Una vez listo, me ayudó a meterme dentro del barril, que me llegaba más o menos a la altura de las caderas, después entró él y comenzó a pisar las uvas despacio.

—¿Ves? Es muy fácil. —Me miró divertido—. Venga, prueba a pisar con ganas.

Me llevé las manos a la cara y sonreí, ansiosa.

—No sé si voy a saber hacerlo. Con mi suerte, pisaré mal y me caeré…

Se acercó a mí y me cogió de la mano.

A pesar de que en el barril había espacio para dos o tres personas, la distancia entre nosotros se hizo pequeña en cuanto nos acercamos. Volví a coger aire y solté una risita nerviosa. Davide me cogió de la cintura y comenzó a pisar de nuevo. Yo le imité y no pude evitar hacer ruiditos cada vez que sentía cómo las uvas se aplastaban bajo mis pies. Me daba un poco de repelús al principio, pero enseguida le cogí el gusto y empecé a pisar con más ganas. Davide tenía razón: era muy divertido.

Puse las manos en sus hombros y pisé y pisé. Sentía su mirada clavada en mí. Le oí reírse cuando me resbalé un poquito hacia los lados. Con las manos bien apoyadas en mi cintura, sincronizamos nuestras pisadas y, mientras lo hacíamos, no podíamos dejar de reír. No sé cómo lo hice, pero me resbalé de nuevo. Me agarré con fuerza a sus brazos y él se aferró con más fuerza a mi cintura. Le miré con timidez y sonriendo bajé la vista a los pies y seguí con la tarea.

Cuando apenas quedaban uvas intactas y el zumo nos cubría los pies hasta más allá de los tobillos, se detuvo y me miró fijamente a los ojos. Tenía una mirada distinta, más profunda y brillante. Hubiese podido incluso

asegurar que el color de sus ojos era más intenso y que se asemejaba en ese momento más a un azul índigo que al celeste que siempre percibía cuando le veía en la playa.

Si, como dicen, los ojos revelan lo que sentimos en cada momento, estaba segura de que los suyos querían transmitirme algo que aún desconocía, aunque lo que sí fui capaz de percibir en ellos fue interés.

Se inclinó hacia mí, se pegó a mi oído y me susurró que lo había hecho muy bien. No pude controlar la reacción de mi cuerpo y solté el aire que tenía en los pulmones de golpe.

—Será mejor que salgamos antes de que se nos empiecen a pegar los pies. Estas uvas tienen mucho azúcar —dijo separándose de mí y saliendo con cuidado del barril.

A continuación, se giró para ayudarme y, una vez en el suelo, me guio hasta la mesa y me alzó de las caderas para que me sentase en ella. Sentir de nuevo su tacto me sobresaltó e hizo que el corazón me bombease con fuerza.

—Espera un momento aquí.

Se alejó y enseguida regresó con una toalla que dejó a mi lado. Luego cogió una manguera que estaba sujeta a la pared, se agachó y comenzó a lavarme los pies.

—No te preocupes. Yo puedo hacerlo —le dije nada más sentir el agua. Él no parecía escucharme y siguió echando agua. Era obvio que le gustaba hacerlo. Guardé silencio y le dejé hacer.

Con cuidado fue retirando los restos pegados en mis pies, rozándome con delicadeza la piel en alguna ocasión, y después comenzó a subir por las pantorrillas hacia las rodillas. Sentir cómo iba ascendiendo por mis piernas me erizaba cada centímetro de la piel y me aceleró la respiración. Me pregunté en ese instante cómo algo tan sencillo podía ser tan excitante y tener tanto efecto en mi cuerpo.

De nuevo el roce de sus dedos en la parte interna de la pantorrilla me hizo estremecer. A pesar de que la temperatura del agua era fría, la piel me ardía por dentro. La sensación era extraña porque sentía frío y calor a la vez. El efecto de sus dedos en mi piel era como el de esas pomadas para el dolor muscular que provocan una confusa impresión con la mezcla de las dos sensaciones.

Absorto en lo que hacía deslizó la yema de su dedo índice por la cara interior de mi pierna izquierda y yo me moví de forma instintiva. En ese instante creo que fue consciente de mi piel erizada y de lo que estaba haciendo. Apartó la manguera, cerró el grifo y la dejó apoyada en el suelo.

Yo estaba aún en ese estado de excitación extraño y no me di cuenta de que acababa de coger la toalla y de cómo comenzaba a secarme los pies. Aquella vez lo hizo con más rapidez aunque de forma delicada; sin embargo, cuando ejerció un poco de fuerza en uno de mis pies para secarlo bien me arrancó un gemido que esperaba no hubiese logrado escuchar. ¿Desde cuándo tenía yo tal fetiche con los pies?, me pregunté acalorada.

Le quité la toalla con delicadeza y le di las gracias.

—De nada. Voy a lavarme. Ahora vuelvo.

No dijo más y entró en la casa. Habría jurado que tenía las mejillas acaloradas. Se había levantado tan rápido que no me dio tiempo a fijarme con detenimiento.

Terminé de secarme y me puse las sandalias. Aunque la verdad era que necesitaba ir al baño para refrescarme la nuca, opté por no moverme de allí hasta que regresase. Cuando lo hizo, se sentó para ponerse las deportivas y casi sin mirarme me pidió que regresásemos a la casa.

Caminamos en silencio hasta que llegamos al jardín. Allí, me informó de que iba a preparar algo de picar para que probase sus productos. De inmediato me ofrecí a ayudarlo. Se negó y me aconsejó que me diese una vuelta por la finca y disfrutase del entorno. Sospeché que lo decía porque se sentía incómodo. No podía asegurarlo del todo, pero lo notaba, lo percibí en su voz, en cómo se movía y en la forma que tenía de evitarme la mirada. No quería incomodarlo más. Le hice caso y me distraje dando una vuelta. Al fin y al cabo, a mí tampoco me venía mal rebajar un poco la tensión que había acumulado si quería poder volver a mirarle a los ojos sin morirme de la vergüenza o, lo que era peor, sin lanzarme a su cuello para besarle.

16

DAVIDE

Pensé que sentiría cierto alivio cuando me alejase de ella y entrase en la casa, pero no fue así porque aún sentía los efectos de lo que acababa de pasar entre nosotros. Era cierto que yo lo había propiciado porque no podía soportar más no tocarla. Lo que no imaginaba era la sensación que provocaría en mí. Rozar su piel fue como tocar brasas de fuego y, de inmediato, mi cuerpo reaccionó aumentando la temperatura.

Me bebí un vaso de agua de un trago para rebajarla e intenté concentrar mi atención en otra cosa. Saqué de la despensa varias verduras, queso y pan y traté preparar algo rápido y sencillo con nuestro mejor aceite, pero era incapaz de hacer que me bajase la erección que me había provocado.

Joder, Davide, ya te vale, me dije, muerto de la vergüenza. ¿Qué iba a pensar de mí? Seguro que malinterpretaba todo y creía que la había llevado allí para eso. ¡Nada más lejos de mi intención! Tan solo me apetecía enseñarle el lugar y pasar un rato relajado con ella.

Mientras cortaba las verduras recordé su sonrisa, su suavidad, su olor, la forma en la que se aferraba a mí mientras pisaba y cómo se le erizaba la piel cuando la rozaba con la yema de mis dedos.

Mamma mia, me repetí. Así me iba a calmar yo…

Volví a centrar la atención en la acción monótona de cortar y trocear y creí que lo había conseguido cuando oí su voz, y del sobresalto me corté en un dedo.

—*Cazzo!* —mascullé.

Se acercó a mí de inmediato.

—¿Estás bien? Siento haberte asustado…

—*Tutto bene, tutto bene*. Es solo un corte superficial —dije mientras me taponaba el dedo con una servilleta.

Puso cara de preocupación e intentó cogerme la mano. Me aparté.

—No te angusties. Es culpa del cuchillo, que estaba mal afilado —mentí y empecé a buscar una tirita en alguno de los cajones.

Cuando encontré un paquete, lo dejé en la encimera y me lavé el dedo. El corte no era demasiado grande, aunque sí un poco profundo, y no dejaba de sangrar. Tras un par de minutos en los que Esther no paró de moverse nerviosa a mi lado intentando ayudar, por fin dejó de salir sangre. Me sequé el dedo y me dispuse a coger el paquete de tiritas. Ella se me adelantó.

—Deja que te ayude, por favor.

Me tomó la mano, observó el dedo de cerca y luego hizo algo que

terminó de activar todas las terminaciones de mi cuerpo: sopló con delicadeza encima de la herida. Sentir su aliento sobre mi dedo volvió a provocarme una erección, aquella vez más potente que la anterior y yo me quería morir allí mismo. La forma en la que me colocó la tirita tampoco ayudó. Me aparté un poco de ella para intentar disimular el bulto que había crecido dentro de mis pantalones y que en ese momento era más que evidente.

Joder. Al final las mujeres iban a tener razón y todo nos lo llevamos al mismo sitio porque, por mucho que lo había intentado, la analogía que había hecho mi cerebro entre mi dedo y mi pene fue directa e inequívoca; había sentido como si me hubiese acariciado ambos miembros…

Joder, Davide. No podía dejar de maldecir en mi cabeza por tener tan poco autocontrol.

—Gracias —le dije y me escondí detrás de la encimera que había en el medio de la cocina y proseguí con lo que estaba haciendo.

—Por favor, deja que te ayude con esto también. No me gusta estar parada sin hacer nada.

Esta vez accedí porque necesitaba tenerla ocupada en algo para poder concentrarme en lo que hacía.

—Vale, toma. Corta estos tomates. Ten cuidado, por favor.

Durante unos minutos permanecimos en silencio enfocados en lo que estábamos haciendo, hasta que me preguntó sobre la casa.

—Sí, viví aquí con mi padre desde el divorcio hasta que me fui a la universidad.

Me miró extrañada, así que le expliqué que, cuando mis padres se divorciaron, mi madre decidió regresar a Ibiza con mi hermano y yo me quedé aquí con mi padre. La información la inquietó y preguntó de nuevo.

—¿Tienes un hermano? No lo recordaba…

—En realidad tengo dos. Uno vive en Ibiza y otro va y viene según le apetece. —Suspiré.

—¿Tu madre sigue viviendo en Ibiza?

—Sí.

—¿No viene por aquí?

—Solo cuando quiere algo…

Como era de esperar, mi respuesta la dejó sin palabras. No quería dar más explicaciones sobre ese tema, así que le pedí que fuese a la vinoteca y sacase una botella de vino.

—El que tú quieras… Ah, y coge dos copas del mueble de arriba. —Le indiqué intentando desviar la conversación.

No sé lo que me pasaba aquel día, pero todo en ella me parecía sensual. Su forma de caminar, el movimiento de sus caderas al hacerlo, la forma en la que cogió la botella de vino y cómo lo vertía en las copas. Me agradó ver que cerró los ojos para olerlo.

—¿Este está bien? —me preguntó con duda.

—Ese es perfecto.

Sonrió, satisfecha, y a mí se me aceleró el corazón.

—Llevas tan solo unas horas aquí y ya pareces una experta en vino. —Se rio y en ese momento pensé que estaba preciosa cuando lo hacía.

—¡Qué va! Solo imitaba lo que mi padre siempre hace cuando abre una botella.

—Pues hace bien. El vino hay que olerlo antes de probarlo. Es la forma perfecta de aunar sabor y aroma.

—¿Este vino es de los vuestros?

La miré fingiéndome ofendido. Vi que se le encendieron las mejillas y me pareció adorable.

Charlamos de forma relajada sobre distintos temas y por fin sentí que mi cuerpo se iba relajando. La conversación era muy amena y Esther tenía una forma muy graciosa de hablar que me hacía reír.

Cuando terminé de elaborar unos palitos de berenjena y miel, una *bruschetta*, a la que por supuesto no le había añadido ajo, y unos espárragos a la parrilla que eran todo un éxito esa temporada en el restaurante, lo llevé todo a la mesa. Esther también había terminado de preparar la ensalada de tomate y me ayudó con las copas, los cubiertos y las servilletas.

Sonrió satisfecha cuando vio toda la comida que habíamos preparado. Nos sentamos.

—Todavía no sé cómo fui capaz de alimentarme tan mal durante los últimos meses en Madrid… Cerdeña me ha hecho darme cuenta de que me encanta comer. —Se rio.

—Comer es uno de los grandes placeres de la vida, así que hay que hacerlo bien.

Nos sentamos a la mesa, uno frente al otro, y rellené su copa para brindar.

—Por este fantástico día. —La miré fijamente.

—Por este día tan maravilloso en el que he aprendido cosas muy interesantes… —Lo dejó ahí.

Bebimos sin apartar la mirada el uno del otro, después me sonrió y yo me derretí de nuevo porque me reafirmé en mi pensamiento anterior: era preciosa. Yo también había descubierto cosas interesantes ese día. Por ejemplo, que me gustaba más de lo que pensaba y que me encantaba cómo sonreía porque, al hacerlo, no podía evitar morderse el labio inferior un instante y eso era algo que me resultaba tremendamente sensual. También descubrí que tenía un lunar en el cuello muy sugerente y que cuando hablaba, lo hacía con un entusiasmo que me cautivaba. Se movía y gesticulaba con elegancia, aunque creo que no era consciente del encanto que desprendía.

La escuché embelesado mientras me hablaba sobre las cosas que más le gustaban de Cerdeña y de cómo su vida había cambiado para mejor. Captó especialmente mi atención cuando me habló de su exnovio Sergio.

—Sergio es arquitecto y está obsesionado con la sostenibilidad.

—Es muy importante… —respondí.

—Lo sé, lo sé. Sin embargo, muchos de sus diseños carecen de vida. Esta cocina, por ejemplo, es de madera, pero tiene calor de hogar. Las que él diseña son muy ecológicas, que no digo yo que no… —Sonreí al escucharla —. Son muy frías… como él.

Aquel comentario me gustó menos. ¿Cómo podía ser un hombre frío al lado de una mujer tan cálida como ella?

—Imagino que quiere crear casas funcionales, que respeten el medio ambiente y para personas que no pasen demasiado tiempo en ellas.

—Exacto… yo no viviría en una de ellas. A mí me gustan las casas cálidas, cómodas, donde se perciba la felicidad de la gente que las habita… incluso el amor entre ellas… Esas cosas se notan, ¿sabes?

La miré con ternura y volví a sonreír. Me maravillaba comprobar que no había parado de hacerlo desde que la había recogido esa mañana.

—Esta casa me parece un sueño.

Me emocionó oírle decir aquello.

—Así la describía mi padre…

—¿De verdad?

—Sí. Para él lo era. Siempre quiso tener una casa así, grande y espaciosa y llena de vida para disfrutarla con su gente. Aunque…

—Aunque…

Había captado la melancolía en mi voz. Me sorprendí.

—Mi madre no compartía la misma visión de la vida. El pobre solo pudo compartirla con… bueno, conmigo y amigos en general… No con su mujer e hijos como él soñó tantas veces.

—¿Tus otros hermanos no han vivido aquí?

—Aless sí, una temporada, aunque se independizó muy joven… Y mi otro hermano, Jaume, no es hijo de mi padre, sino de otra relación posterior de mi madre y nació allí en Ibiza.

—Ah…

Cambié de tema porque no me apetecía seguir hablando de mi familia.

—Oye, ¿sabes que esta conversación me está recordando otra verdad del amor que puedes usar en tu libro?

—Ah, ¿sí? ¿Cuál? —me dijo intrigada.

—Que el amor eterno no existe…

—No lo sé… hay gente que dice que sí… pero yo lo veo difícil aunque no imposible. Creo que es cuestión de suerte encontrar a esa persona especial con la que compartir tu vida.

Yo también lo creía aunque, en ese momento, la única verdad que sentía golpeándome con fuerza era la de que el amor a primera vista era real.

17

ESTHER

El móvil de Davide vibró y, tras echarle un vistazo a la pantalla, me hizo un gesto y se levantó para responder mientras yo terminaba de degustar las exquisitas berenjenas que había preparado. Tenía una mano increíble en la cocina y pensé que debía plantearse en serio dedicarse a cocinar, porque me daba la impresión de que lo hacía más por afición que como profesión. Luego recordé la cantidad de cosas de las que se ocupaba y entendí que se viese obligado a priorizar tareas.

—¿Algo importante? —le pregunté cuando regresó a la mesa.

—Hay un problema con la recepción de la mercancía de hoy y no sé si vamos a poder ofrecer esta noche alguno de los platos de la carta.

—Si quieres nos vamos.

—No. Ya he hablado con el jefe de cocina y él se encarga. Cuando llegue veré cómo puedo ayudarle. Terminemos de comer.

—De acuerdo. Pero, por favor, no lo hagas por mí. Si necesitas que nos marchemos…

—No es tan importante como para que no podamos culminar esta fantástica comida con un *cappuccino*.

Suspiré.

—¡Me encanta el *cappuccino*! —Sonrió y qué guapo estaba cuando lo hacía—. Pareces una persona muy tranquila… y eso me gusta —le confesé—, aunque la otra noche cuando te llamé por lo de la llave parecías un poco estresado.

Me miró y resopló.

—Disculpa si fui un poco tosco. Es que tuve un mal día. Cuando me llamaste acababa de discutir con mi hermano por un tema relacionado con esta casa…

Le miré con cierta pena intuyendo que era algo que le preocupaba de verdad. No comenté nada. Él continuó hablando.

—Está construida sobre el terreno que compró mi padre con anterioridad a su divorcio, pero unos años después de su construcción hubo un pequeño incendio que quemó parte de la casa, en concreto un pequeño cobertizo donde mi padre guardaba las herramientas para la vendimia y la recogida de la oliva. Por desgracia, también los documentos que acreditaban que era suya.

—Vaya, qué faena.

—Sí, porque ahora mi madre me reclama la parte que le corresponde del terreno. Afirma que compró estos terrenos junto con mi padre. Sin embargo,

él siempre me aseguró que ella no invirtió ningún dinero y que la finca y la casa eran de su única propiedad.

—¿Crees que miente?

—Sí, siempre lo ha hecho. —Sopló—. Desde hace un par de años no para de insistir y quiere forzarme a que venda la casa y le dé su parte… —Soltó una risita mordaz—. No pienso hacerlo. Esto lo levantó mi padre con su esfuerzo y todo su amor y no voy a dejar que ella dilapide su sueño…

—¿Y tus hermanos qué piensan?

—Jaume no tiene nada que ver en esto, no se mete. Tampoco es que tengamos demasiada relación. Aless siempre se pone de parte de mi madre… son iguales —afirmó con cierto rencor en la voz—. Le encanta fastidiarme y llevarme la contraria en todo.

—Me da la impresión de que no tienes buena relación con tu madre… Perdona si crees que me meto donde no me importa…

—No te preocupes. Es así. Mi madre y yo nunca nos hemos llevado bien. Su forma de ser me desespera. Respeto que sea una mujer independiente y que reclame su libertad, pero no tanto como para no prestarles atención a sus hijos…

¡Vaya!… Como sospechaba, Davide escondía un dolor enquistado en su infancia y en ese instante comprendí que provenía de su madre.

Cubrí su mano con la mía y, para mi sorpresa, no solo agradeció el gesto, sino que hizo lo mismo con su otra mano y la posó sobre la mía.

—Es un tema muy complejo —soltó el aire que estaba conteniendo de forma sonora— que se resume en que siempre ha pasado de nosotros. Cuando se separó de mi padre yo me crie con él aquí con la ayuda de mis abuelos, mientras que mi hermano se marchó con ella a Ibiza durante cuatro años. Luego debió hartarse de su alocada vida *hippie* y regresó con nosotros. La convivencia con él tampoco fue fácil. Por mucho que lo niegue es igual que ella: egoísta, inconstante, pasota, inmaduro…

—Vaya, lo siento.

—No lo sientas. Es lo que hay. ¿Preparamos ese café?

—Claro.

—Te voy a enseñar a preparar un verdadero *cappuccino* casero. —Di unas palmaditas de entusiasmo.

Mientras preparaba el café, saqué dos tazas de un armario y me deleité escuchando sus explicaciones.

—Lo primero y más importante es tener el café hecho para que luego no se nos baje la espuma, *va bene?*

Asentí, divertida.

—Después, calentamos la leche, media taza por cada persona porque luego si no… se sale. —Hizo un gesto muy gracioso con las manos, sonrió de medio lado y yo sentí que me derretía por momentos—. Cuando está caliente, la batimos bien hasta que haga mucha espuma. Toma, prueba.

Cogí la varilla que me ofreció y comencé a batir con ganas hasta que me

informó de que ya era suficiente.

A continuación, se puso a mi lado y nuestras caderas y brazos se rozaron. Vertió un poco de café en la taza, a la vez que yo añadía la leche muy despacio porque me temblaba el pulso. Por mucho que intentaba controlarlo, no era capaz. Pareció darse cuenta y se colocó a mi espalda mientras me sujetaba la mano y vertíamos más leche.

—Así… —me susurró al oído—. Solo la leche, no podemos dejar que caiga crema aún…

El corazón comenzó a latirme descontrolado dentro del pecho y necesité coger aire.

—Ahora sí… —Se apartó un segundo para coger una cucharilla y volvió a ponerse a mi lado sin dejar distancia entre nuestros cuerpos—. Añadimos poco a poco la espuma hasta llenar la taza, le ponemos un poco de azúcar y ya está, listo para beber.

Levantó una de las tazas y me la ofreció. Di un pequeño sorbo, aunque apenas era capaz de tragar al sentir sus ojos clavados en mis labios.

—Está… está muy bueno —dije con voz trémula.

Estaba a punto de que me explotase el corazón cuando acortó más la distancia entre nosotros y me pasó el dedo por los labios.

—El *cappuccino* es un café muy travieso y siempre nos deja un beso en los labios…

Me lamí los míos y, sin poder evitarlo, me mordí el inferior. Él hizo lo mismo.

Bésame, bésame, bésame, le gritaba en silencio. Él se limitó a sonreír de medio lado y se separó.

—Venga, bebámoslo antes de que se enfríe. Te prometo otro con más calma otro día.

Dio varios sorbos al suyo y comenzó a lavar su taza. Después se giró hacia mí. Tuve que hacer un esfuerzo titánico por tragar porque, a pesar de que estaba delicioso, el nudo que tenía en la garganta era tan grande como una pelota de tenis.

—*Andiamo?*

Asentí y le seguí hasta el coche.

Durante el trayecto de vuelta estuvimos más silenciosos. Me sorprendió comprobar que no era una sensación incómoda, al contrario; los dos nos sentíamos cómodos en la presencia del otro y estaba segura de que no podíamos evitar recordar los momentos que habíamos vivido ese día mientras disfrutábamos de la música y del paisaje.

Cuando llegamos a Cagliari me dejó en la puerta de casa. Había llegado el momento de la despedida.

—Gracias por este día… El paisaje, la comida, la compañía… Ha sido fantástico —afirmé con una sonrisa.

—Gracias a ti. Lo he pasado muy bien. Si quieres, la próxima vez que vaya te aviso… —Me miró fijamente y supe que lo decía en serio.

—Imagino que normalmente tienes muchas cosas de las que ocuparte. No querría ser…

—Sé sacar tiempo para lo que verdaderamente me importa…

Abrí la boca para decir algo, pero la volví a cerrar porque no sabía ni qué decir.

—De acuerdo entonces. Quizás deba aprender también a elaborar aceite…

Bajó la vista a sus piernas y sonrió de forma pícara.

—Quizás… Buenas noches, Esther.

Se acercó y me besó tan cerca de los labios que me rozó la comisura.

Mi cerebro se debatió entre besarle o no durante unos instantes. Al final, me ordenó que no lo hiciese.

—Buenas noches, Davide Miscali —murmuré y, antes de moverme, paseé la mano por su mejilla, se la acaricié en dirección a los labios y se los rocé con la yema del dedo índice.

Me bajé del coche con la sonrisa más amplia que había dibujado en mi vida y sintiendo como si flotase.

Nada más entrar por la puerta me tiré en el sofá y suspiré hondo.

«Ay, Esther», me dije en voz alta.

Cogí el móvil y le dejé un mensaje a Bea.

Yo:
O sole mioooo.

Al momento escuché el tono de respuesta.

Bea:
Lo sabía… Mamma mía.

18

ESTHER

Al día siguiente me desperté con el sonido de alguien llamando a la puerta. Me levanté de mala gana. La noche anterior me había costado mucho conciliar el sueño. Era lógico, por otra parte, porque no fui capaz de quitarme de la cabeza todo lo vivido con Davide el día anterior. Salí de la habitación y, nada más llegar al salón, el sol que entraba por las ventanas me deslumbró.

De camino a la puerta vi la hora en el reloj del pasillo. Era casi la una de la tarde. «¡Pues sí que se te han pegado las sábanas hoy, Esther!», me dije parafraseando las palabras que solía decirme mi madre en mi época de estudiante universitaria. Los domingos no solía levantarme antes del mediodía. Aquello la desesperaba porque, según ella, nunca podíamos hacer planes de familia juntos. En parte tenía razón. Acostarse casi de madrugada después de haber asistido a alguna de las fiestas organizadas por los alumnos de otras facultades no ayudaba. Como tampoco lo hacía pensar en pasar todo el día fuera de casa visitando alguna localidad cercana con mis padres y el pesado de mi hermano.

Cuando abrí la puerta encontré a un chico con cara de pocos amigos cargado con dos cajas. Desde que avisé que ya iba a abrir hasta que lo hice debieron pasar un par de minutos, así que imaginaba que tener que esperar no le gustó demasiado.

—*Mi dispiace* —me disculpé.

Me entregó las dos cajas, me hizo firmar un documento y se marchó murmurando algo que no comprendí.

Fui directamente a la cocina para prepararme un té rápido y despabilarme. Dejé las cajas en la mesa y, mientras calentaba el agua, pensé en qué podía ser. No recordaba haber pedido nada *online* ni que mis padres o Bea me hubiesen enviado algo. Llena de impaciencia rompí la tira adhesiva y nada más abrir la primera caja y ver lo que contenía no pude evitar sonreír. Saqué dos botellas de vino y un par de copas, todo con el logotipo PM impreso. Sin embargo, lo que dibujó la sonrisa más amplia en mi rostro fue la tarjeta que contenía. Por un lado, explicaba las características de los productos, pero por detrás había un mensaje escrito por el propio Davide: «Espero que lo bebas despacio, deleitándote en cada matiz y reviviendo los instantes que ayer te hicieron sonreír».

Cogí aire y lo solté de forma sonora mientras me mordía el labio recordando el casi beso que nos dimos al despedirnos. Me sumergí en aquella imagen que me dejó sin aliento, hasta que recordé que aún había una caja más,

un poco más pequeña, sin abrir. Me peleé con ella durante unos minutos en los que intenté encontrar, sin éxito, la forma de abrirla sin romperla, hasta que me di cuenta de que se abría por un lateral.

Si el vino y las copas habían conseguido alegrarme el día, lo que encontré en ella fue incluso más allá: la deliciosa tarta de manzana que contenía me hizo salivar nada más olerla y, como no podía ser de otra forma, también llevaba un mensaje escrito por él: «Recién horneada para ti. Disfruta de cada bocado».

¿Qué había hecho yo para merecerme todos aquellos regalos?, me pregunté mientras daba buena cuenta de una porción del pastel. Cogí el móvil al instante y le mandé una foto a Bea con los dos regalos. Un par de minutos más tarde me contestó.

Bea:
¿Qué has hecho para recibir esos manjares? ¿Algo que debas contarme?

Yo:
Nada… AÚN… Ja, ja, ja.

Bea:
Te odio.

Yo:
Mentira.

Lo último que recibí de ella fue un emoji sacándome la lengua y me hizo soltar una carcajada.

Cuando terminé de comer el último pedazo de la porción que me serví, decidí que había llegado el momento de enviar mi primer mensaje a Davide para agradecerle los regalos. Cuando abrí la aplicación de mensajería comprobé que había cambiado la foto de perfil por una en la que aparecía de pie en su bodega mientras observaba una copa de vino. Sonreí. Quizás era un guiño a nuestro viaje a Oristano.

Con cara de boba abrí una conversación y le escribí.

Yo:
Muchas gracias por los regalos. Me has alegrado el día.

Tardó unos cinco minutos en responder y, cuando lo hizo, me envió un emoji guiñando un ojo y varios besos. Yo le respondí de forma un poco más directa usando un *gif* que mostraba una chica lanzando besos al aire a la vez que sujetaba un corazón entre las manos. Sí, lo sé. Quizás fue demasiado directo, pero no quería seguir ocultando lo que me hacía sentir.

Si había algo que mataba mi emotividad era la forma contenida en la que Sergio me demostraba su amor… o quizás debería decir su cariño, porque ya dudaba de que realmente hubiese estado enamorado de mí en algún momento.

Al menos no como yo lo estuve de él. Yo siempre me mostraba mucho más efusiva cuando nos veíamos o cuando recibía algún regalo suyo. Él tendía a ser más distante. Creo que solo le vi verdaderamente emocionado con un regalo mío cuando le regalé el último modelo de reloj que había sacado su marca favorita. En otras ocasiones se limitaba a darme un casto beso y un escueto «gracias». Creo que al final consiguió contagiarme y dejé de mostrar entusiasmo con sus detalles. Por fortuna o por desgracia, tenía que reconocer que ninguno me hizo tanta ilusión como los que acababa de recibir esa mañana de parte de Davide.

Para mi sorpresa el *gif* pareció gustarle.

Davide:

¿Eso es para mí? Si me
mandas una foto tuya así te
hago otra tarta.

Su respuesta me provocó una sonora carcajada.

Yo:
Prefiero dártelos en persona…

Y de esa forma se iniciaba el simple juego de la seducción; un juego que tenía abandonado desde hacía muchos años, pero que descubrí que me divertía más de lo que imaginaba.

Esa vez tardó un poco más en contestar, lo que me hizo arrepentirme de haber sido tan directa. Temí que hubiese pensado que iba demasiado deprisa o, peor aún, que había malinterpretado su amabilidad y solo era una muestra de cariño. La angustia se apoderó de mi cuerpo, de pies a cabeza, y deseé poder dar marcha atrás. Sin embargo, mis temores se disiparon en cuando el móvil vibró de nuevo.

Davide:
Anotado en agenda. La
sugerencia sobre hacerte otra
tarta sigue en pie… tú decides.
Feliz día.

Definitivamente estaba a punto de caer rendida a sus brazos.

Me pasé la tarde tumbada en el sofá, a pesar de que había planificado escribir un poco. No era capaz de concentrarme. Me sentía relajada, de buen humor y lo que menos me apetecía era pasarme horas frente al ordenador, así que me entretuve viendo una película hasta la hora de la cena.

Poco después me llegó un nuevo mensaje. Creí que sería Bea, ya que al mediodía le prometí que la llamaría. Estaba equivocada; tenía dos mensajes de Davide.

Davide:

Ya veo que no te apetece recibir
otra tarta.

Davide:
Sigo esperando tu foto…

Me mordí las uñas sin saber qué hacer. Mientras decidía, salí de la aplicación para que no pensase que estaba dándole vueltas a la idea y me dirigí al baño. Me miré en el espejo desde todos los ángulos y vi que no estaba del todo mal. Tenía el pelo decente… quizás un poco de color en las mejillas, un toque de rímel y brillo de labios eran suficiente. ¡No me podía creer que estuviese planteándome enviarle la foto!

Regresé al salón, nerviosa. A lo mejor, si lo hacía, él me enviaría una de vuelta. Sí, haría eso. Le pediría una foto a cambio.

Me coloqué el pelo una vez más y posé para la foto. Hice varios intentos y estaba a punto de dejarlo cuando al final logré una captura en la que salía favorecida. La tarea no fue sencilla: había tenido que apoyar el móvil en la mesa para poder enviarle un beso y a la vez hacer el símbolo de un corazón con las manos. Imitar a la chica del *gif* no era tan fácil como pensaba, pero al menos había quedado decente.

Con los dedos temblorosos presioné el botón de envío y dejé el móvil en el sofá. Davide parecía estar disfrutando también del juego de seducción porque no respondió al instante, aumentando así mi incertidumbre sobre si le había gustado o no.

Seis minutos exactos después me envió una foto en la que aparecían distintos ingredientes junto con un mensaje.

Davide:
¿Te apetece algún sabor en
concreto o prefieres que te
sorprenda?

Yo:
Me encantan las sorpresas…
Pero quiero mi foto a cambio…

No añadió nada más. Cuando me cansé de esperar, me preparé la cena e intenté dejarlo estar mientras leía un libro. Mi concentración dejaba mucho que desear, ya que no hacía más que mirar el móvil deseando que sonase e incluso hubo algún momento en el que traté de meditar para atraer el momento. El misticismo me duró apenas unos minutos. Me di cuenta de que estaba siendo absurda y que era mejor que me olvidase de ello. A veces cruzar la delgada línea que divide el amor de la obsesión es fácil y no quería caer en ese peligroso juego.

Incapaz de seguir leyendo, encendí la televisión y tras pasar diversos canales dejé un programa musical. Eran más de las once de la noche cuando por fin oí la notificación de un mensaje nuevo.

Davide:

Perdón por el retraso, pero creo
que merece la pena. Esto te
está esperando… Yo también.
A cambio recibí una foto con
una tarta que tenía un aspecto
increíble.

Yo:
¡Qué buena pinta! ¿Qué es?

Davide:
Una tarta…

Yo:
Ja, ja, ja. Qué gracioso. Eso es
obvio.

Davide:
Es una tarta con cremoso al
pistacchio. Si no vienes en
menos de diez minutos me la
como entera…

Yo:
¿A dónde?

Davide:
Al restaurante. Tic, Tac…

¡Dios! Con este hombre todo era apresurado. Fui a mi habitación y me asaltaron las dudas sobre qué ponerme. No tenía nada a mano más que unos simples vaqueros y una camiseta de tirantes blanca. No disponía de tiempo para ponerme a escoger otro atuendo. Me puse el vaquero y la camiseta, a la que añadí un colgante de madera que había encima del escritorio. Me calcé unas sandalias y, cuando llegué a la puerta, me acordé de que no me había perfumado. Corrí de nuevo hacia la habitación, me embadurné de perfume y salí de casa con el estómago lleno de mariposas.

Una vez en el portal, inspiré hondo e intenté serenarme. No quería llegar con las mejillas arrebatadas y que pensase que estaba a punto de que me diese algo. Ya en la puerta, carraspeé, inspiré hondo y entré. Dentro me recibió una chica que me preguntó si tenía reserva. Negué con la cabeza sin saber muy bien qué motivo dar.

—Busco al señor Miscali, ¿está aquí?

La muchacha me sonrió y me pidió que esperase un momento. Apenas un minuto más tarde regresó.

—Venga conmigo.

Era la primera vez que entraba en el restaurante y me gustó ver que, aunque ya no quedaban demasiados comensales, el ambiente era agradable, con gente riendo y disfrutando de la cena.

Se detuvo frente a una puerta y me invitó a entrar.

Con un poco de apuro, empujé la puerta oscilante y entré. Era la cocina. Me sorprendió ver que no había más que un chico guardando cosas en una gran nevera. Todo estaba recogido y limpio, pero no había ni rastro de él ni de

la tarta. Sin embargo, unos instantes después le vi aparecer por otra puerta ubicada a la derecha y, como siempre, mostrando su habitual amplia sonrisa.

—Has estado a punto de quedarte sin ella —me dijo acercándose.

Miré el reloj y protesté.

—He tardado ocho minutos exactos. —Le mostré el reloj.

—Te queda solo uno… —Me enseñó el suyo y dibujó una sonrisa traviesa.

Reí y le miré impaciente.

—Vamos entonces…

Se giró y caminó hacia la puerta por la que había salido. Le seguí.

Cuando entramos, me fijé en que era otra cocina más pequeña. Le miré extrañada.

—¿Cuántas cocinas tiene este restaurante? ¿Es esta la cocina secreta donde preparas los platos con los que intentas impresionar a las mujeres?

Frunció el ceño.

—¿Qué mujeres? Yo solo veo una aquí…

Me acerqué y por fin vi la tarta en una encimera a mi izquierda. Me relamí los labios y me llevé las manos a la boca.

—¿La has hecho tú solo? —dije cuando estuve frente a ella. Davide arqueó una ceja y se llevó una mano al pecho simulando sentirse ofendido.

—No sería muy honesto si no lo hubiese hecho. ¿No crees?

Reí con cierta timidez y dirigí la mirada de nuevo a la tarta deseando catarla.

—No me has enviado una foto tuya a cambio de la mía —le recordé.

—Prefiero que te deleites con mi trabajo…

Clavé la mirada en la tarta, unos segundos después me giré hacia él y cuando nuestras miradas se encontraron… Dios, la sensación que se instaló en mi pecho me hizo contener el aliento.

Se aproximó a mí con lentitud y, a continuación, desvió su trayectoria hacia la tarta. Apreté los labios para intentar disimular el enorme deseo que sentía de besarle.

Con sumo cuidado partió dos porciones de la tarta y las colocó en dos platos. Dejó el suyo en la encimera y cogió el que supuse iba a ser para mí. Partió una pequeña porción, sacó un tenedor y lo hundió en el pastel. Después me lo acercó a la boca y yo acogí el trozo con gusto. Cerré los ojos para poder degustarlo con los cinco sentidos. Cuando se deshizo en mi boca, sentí un hormigueo que me recorrió la piel de todo el cuerpo. De repente me invadió una intensa sensación de felicidad que no pude reprimir y que hizo que soltase un ruidito de placer. Me asombró la rapidez con la que mi cerebro activó todos los mecanismos para hacerme disfrutar del momento con una intensidad hasta ahora desconocida para mí.

Cuando abrí los ojos, Davide me estaba mirando fijamente. A continuación, me ofreció el plato para que siguiese comiendo y él hizo lo mismo, aunque él no cerró los ojos, sino que los mantenía fijos en mí mientras

comía.

Había leído algún artículo con anterioridad acerca de la sensación de placer que nos produce la comida y el vínculo que esta tiene con las emociones más primarias del ser humano y, sin lugar a dudas, había podido comprobar que era del todo cierto. Antes de conocer a Davide nunca había sentido tantas emociones comiendo. Aunque quizás no era la comida la que me provocaba esa sensación, sino la persona con la que la estaba compartiendo… La mirada de Davide activó todas las terminaciones de mi cuerpo y las que estaban ubicadas en mi boca no fueron una excepción.

Comimos durante unos minutos en silencio hasta que nos terminamos la porción. Luego me ofreció una copa de cava rosé.

—¿Todo esto por una foto? —comenté tras dar un trago al cava.

—La foto ha sido una excusa para verte —dijo con voz ronca y se acercó a mí. Se me erizó el vello de los brazos.

—Podrías haberme pedido que viniese…

—Puede… pero me apetecía ver ese gesto en tu rostro…

—¿Y cuál ha sido ese gesto exactamente?

—El que pretendía conseguir… puro placer. —Se lamió los labios y acortó aún más la distancia entre los dos.

Pufff, Esther. Ya sí que estaba perdida del todo.

Dejando la cordura y la incipiente timidez que me hacía sentir tenerle tan cerca le miré a los ojos y elevé la cabeza esperando el beso que tanto llevaba anhelando desde hacía días. Necesitaba acabar de una vez con el deseo que crepitaba entre los dos o me volvería loca.

Davide enmarcó mi rostro con las manos y posó sus labios en los míos en un beso tan suave que me pareció más una caricia. Sentí que me faltaba la respiración. No me dio tiempo más que a exhalar un ligero jadeo cuando sentí sus labios de nuevo, esa vez con más firmeza moviéndose con soltura sobre los míos. Percibí que los suyos conservaban aún un ligero sabor a la *ricotta* que se entremezclaba con el olor de su perfume, y eso me provocó un escalofrío que me recorrió de arriba abajo. Su lengua encontró la mía y se movieron juntas y acompasadas mientras me acariciaba el cuello con la yema de los dedos. No pude evitar dejarme arrastrar por el deseo cuando su boca dibujó un camino tortuoso por mi cuello hasta la clavícula. Me presioné contra él y le atraje hacia mí de la cintura. Él arqueó la espalda y soltó un susurro de placer en mis labios.

Cuando nos separamos teníamos los labios hinchados, enrojecidos y Davide no pudo evitar morderse el inferior. Volví a besarle con ansia, pero, para mi sorpresa, él me obligó a rebajar la intensidad con un beso más tierno.

—Será mejor que lo dejemos aquí —dijo. Le miré confundida.

—Lo siento… —Di un paso atrás para apartarme de él, pero me sujetó por la cintura.

—Créeme, el que lo siente soy yo. —Resopló—. Si no paramos ahora no seré capaz de hacerlo y cojo un vuelo en apenas tres horas.

Me besó de nuevo. Esta vez de una forma más contenida y dulce.

—Tengo un curso en Milán mañana a primera hora. Estaré fuera solo un par de días.

Asentí con la cabeza.

—Tú me resultas más deliciosa y adictiva que esta tarta… —Volvió a besarme—. Te prometo que en cuanto regrese te llamo y nos vemos. Te debo un *cappuccino* sin prisas…

No pude más que aceptarlo e intentar serenar mi impulso de seguir besándole. Posé una mano en su mejilla, le acaricié la mandíbula y le di un pequeño beso en los labios sin mayor implicación que la de agradecerle el detalle.

—Muchas gracias por la tarta. No hacía falta…

—Ah, ¿no? —Me miró juguetón.

—No… te dije que prefería darte los besos en persona. Hubiese venido igual.

Cerró los ojos unos instantes y se lamió los labios mientras mi mente le pedía a gritos que dejase de hacer eso.

—Me alegro, aunque no puedes negar que los besos con sabor a *ricotta* son mucho más placenteros…

Sonreí y me acaricié la nuca. ¿De verdad que tenía que irse?

—Mucho más… Ha sido un placer —afirmé.

—El placer ha sido mío… —Clavó la mirada en mis labios.

—La próxima vez me toca a mí deleitarte con algo…

—Estoy deseando experimentarlo…

Me acompañó a la salida y allí nos dijimos adiós con un escueto «hasta mañana», porque coincidimos con varios clientes que estaban abandonando el local en ese momento y también querían despedirse de él.

En cuanto entré por la puerta de casa fui directa a mi habitación y me dejé caer en la cama. Por fin había experimentado lo que deseaba más que nada y la sensación no solo había sido de lo más placentera, sino a su vez explosiva, maravillosa, adictiva.

Sin pretenderlo, el recuerdo de los primeros besos con Miquel y Sergio golpeó mi mente y fui consciente de que jamás me habían besado con tal deleite ni había sentido tantas emociones juntas durante el beso. Davide con un solo beso había despertado en mí un abanico enorme de emociones y activado mis sentidos de forma exponencial, dejando en mi cuerpo un efecto abrumador y adictivo que estaba deseando volver a experimentar.

Cogí el móvil y, como no podía ser de otra forma, le envié un mensaje a Bea. La necesitaba tanto en ese momento que su ausencia me dolía.

Yo:
He besado al vecino y Diosss…

Bea:
¿Quééé? Mañana quiero todos
los detalles. Agárrate bien

porque vas cuesta abajo y sin
frenos.

Y tenía toda la razón porque a lo único que deseaba aferrarme en ese momento era a sus caderas.

19

DAVIDE

Me dejé caer en el asiento del avión y concentré la mirada en las imágenes que veía a través de la ventanilla. Estábamos a punto de despegar, pero yo me sentía flotando en el aire desde hacía ya unas horas. El beso con Esther me había calado hondo, dejando un poso que sospechaba sería difícil de eliminar.

Era la primera vez que sentía el impulso y la necesidad de no separarme de una persona. Si hubiese podido, me habría bajado del avión en ese momento y hubiese ido sin pensarlo a su casa para seguir besándola. No podía ni debía hacerlo, ya que notaba que mi cuerpo y mi mente habían tomado caminos separados y no tenía ni idea de cómo iba a hacerlos confluir.

Era una sensación que me hacía sentir vulnerable, aunque a la vez había algo en ella que me impulsaba a conocerla más y más, a pesar de que aún no me había atrevido a dejarme llevar del todo. Pero con ese beso… ese beso había despertado un anhelo que creía dormido y me hacía preguntarme si habría hecho bien dando el paso. Sabía que su estancia en Cagliari era meramente temporal y que llegaría el día en el que se marchase…

De inmediato la imagen de mi padre, triste y melancólico escuchando su canción favorita cada noche me estremeció y me asustó, aunque mucho me temía que ya no había marcha atrás y que el mundo ya no giraría igual a mi alrededor cuando Esther decidiese regresar a España.

Estaba tan concentrado en mis pensamientos que me sobresalté cuando un señor se sentó a mi lado. Le saludé y resoplé con fuerza. Me hundí en el asiento, me calé la gorra que llevaba y cerré los ojos. Sería mejor que dejase de mortificarme e intentase dormir un poco si quería ser capaz de seguir el curso de cocina sin perder un dedo en el intento.

20

ESTHER

Casi no me lo podía creer: por fin había completado la segunda parte de mi novela. Durante los dos días siguientes al beso con Davide me refugié en casa y dejé volar mi imaginación a favor de Alberto y Leyre, los dos protagonistas del libro. Sentir que su historia iba creciendo me ilusionaba y me permitía soñar con la posibilidad real de que por fin lograse realizar mi sueño y publicarlo.

Al releer los últimos capítulos me di cuenta de que los personajes tenían mucho de Davide y yo; el beso entre Ana y Alberto me había sabido a Davide y me había hecho desear volver a verle pronto.

Miré el reloj y vi que eran las tres de la tarde. Me preparé algo rápido de comer y me vestí para ir a hacer unas compras. El verano ya había llegado y me apetecía llenar el armario con ropa bonita y colorida; sobre todo, de tejidos ligeros y vaporosos, porque el calor aumentaba día tras día. Además, Pablo y Lucca me habían invitado a ir con ellos a la inauguración de un local en la playa, así que quería encontrar algo adecuado y favorecedor para la noche.

Tras las compras por el centro, me senté a tomar un refresco en una cafetería y en ese momento me llegó un mensaje al móvil. Una sonrisita asomó en mis labios. ¿Sería Davide? Dijo que tan solo estaría fuera un par de días. Ya debería estar de vuelta o a punto de hacerlo.

Mi intuición no me engañó.

Davide:
¿Qué haces esta noche?

Sentí un cosquilleo en la tripa.

Yo:
Voy con Pablo y su novio a la inauguración de un local en la playa.

Davide:
¿Al Dark Blue Sunset?

Yo:
Creo que sí.

Davide:
¿Quieres que nos veamos allí?

«Sííí», murmuré bajito, aunque acompañé el entusiasmo con unas palmitas que hicieron sonreír al señor que estaba sentado en la mesa de al lado.

Yo:
Claro

Davide:
Perfetto. Estaré por allí hacia las doce. Antes tengo que ir a otro sitio con unos amigos.

Yo:
Okay. Nos vemos.

Davide:
Ciao, bella.

El cosquilleo habitual en la tripa era en ese momento más notorio en otras partes de mi cuerpo. Suspiré. Me puse en marcha de camino a casa. Esa noche debía ser especial y la Esther planificadora no pudo evitar aparecer, aunque era cierto que la notaba mucho más taimada y relajada, algo que me gustó, pues estaba dispuesta a dejarme llevar y a fluir con la vida.

21

ESTHER

A las diez en punto Pablo y Lucca me recogieron en el portal. Llegamos al Dark Blue Sunset en apenas diez minutos. El local era un hervidero de gente y nos costó un poco encontrar a las personas con las que habían quedado.

Los vimos al fondo del local charlando de forma animada. Tras las presentaciones y los saludos iniciales, me dediqué a observar todo a mi alrededor. Era un sitio muy bonito con una decoración en blanco y azul oscuro muy cuidada y elegante. Las paredes eran de cristal, por lo que desde el interior se podía ver el mar en todo momento y eso me encantó. La música era muy agradable y me fijé en el DJ, un chico en apariencia bastante joven, que se mostraba muy concentrado en la sesión de música *chill out* con la que nos amenizaba la velada.

Más tarde Ana y yo nos dirigimos al exterior y lo que vi me gustó aún más. Decenas de tumbonas blancas perfectamente alineadas se fundían con el resto del decorado: lámparas con una luz tenue, velas doradas y un maravilloso olor a jazmín que lo impregnaba todo. Definitivamente, Pablo y Lucca me habían hecho un favor invitándome a unirme a ellos. No podía imaginar mejor sitio para encontrarme de nuevo con Davide.

—Estás muy guapa esta noche —me dijo Ana con una sonrisa.

—He ido de compras y me he comprado este vestido, ¿te gusta?

—Mucho.

La verdad es que nada más verlo me enamoré de él. El escote *bardot* dejaba al aire mis hombros ya un poco bronceados por el sol y hacía resaltar mis clavículas de forma muy sugerente. La tela era suave y agradable y se ajustaba a mis curvas como si hubiese sido confeccionado para mí.

—¿Has quedado con alguien?

Dudé en si responder con honestidad o no.

—Sí. Espero que aparezca… —comenté con cierto temor.

—Pues más le vale, porque si no… Estás levantando mucha expectación a tu paso, nena.

Miré hacia atrás y me percaté de la mirada fija de dos hombres en mí. Me giré hacia Ana para darles la espalda. Lo que menos necesitaba era jaleos esa noche. El único hombre en el que me apetecía centrarme era Davide.

Pablo, Lucca y sus amigos se nos unieron en el exterior con varios cócteles que estaban deliciosos. Su compañía me hizo no estar pendiente de la hora. Cuando acabamos de beber regresamos al interior para bailar algunas canciones. Lucca adoraba bailar y siempre que podía nos arrastraba a todos a

la pista de baile, que en aquel local no era muy grande pero suficiente para él. Yo me dejé llevar por la música mientras charlaba con mi amiga hasta que, varias canciones más tarde, se me acercó al oído y me dijo:

—Detrás de ti, en la barra del fondo, hay un tío que no te quita ojo.

Me giré de golpe y el corazón me dio un vuelco. Era Davide. Estaba charlando con otras personas y era cierto, tenía la mirada fija en mí al tiempo que hablaba y gesticulaba. Nos miramos, le sonreí ligeramente y me volví de nuevo hacia Ana para seguir bailando.

—¿Le conoces? —me gritó.

Asentí con la cabeza.

—¿Es con quien has quedado?

—Sí.

—Ufff, entonces yo sobro aquí…

—No seas boba. Está con otras personas. Espera a que venga.

—No sabes cómo te mira y ahora viene hacia aquí… Nena, mejor me voy alejando. —Se rio con picardía—. Pásalo bien. Está tremendo.

Me lanzó un beso al aire y desapareció entre la gente. No me había dado cuenta de que Pablo y Lucca también lo habían hecho. Estaba sola en la pista de baile, pero la soledad duró apenas unos segundos, porque enseguida le noté a mi espalda y cómo posaba la mano en mi cintura. Se aproximó a mi cuello.

—*Buona sera*.

Reconocí su olor al instante. Podía haberme dado la vuelta hacia él, pero preferí seguir sintiéndole detrás de mí. Deslizó las dos manos desde mi cintura hasta las caderas y me aferré suavemente a él mientras nos movíamos muy despacio al ritmo de la música hasta que hubo un cambio de canción. En ese momento me giré y le sonreí.

—*Buona sera*.

Me sonrió de vuelta y a continuación nos apartamos un poco para mirarnos mutuamente de arriba abajo.

—*Wow, sei bellissima…*

—Tú tampoco estás mal…

Y tanto, pensé. Era la segunda vez que le veía arreglado para salir y aquella noche no podía haber elegido un atuendo más favorecedor. La camisa negra que llevaba mostraba el cuello y parte del pecho y se le ajustaba sobre las caderas. Tenía las mangas recogidas a la altura de los codos y una fina capa de vello masculino se asomaba a medias por debajo de la tela.

Alzó las cejas y sonrió con timidez.

—Ven, vamos a tomar algo.

Me condujo de la mano hacia otra barra en un lateral que estaba menos concurrida. De camino, pude deleitarme con la imagen que me ofrecía de espaldas. El vaquero se le ajustaba como un guante y evidenciaba unos glúteos fuertes y bien formados. Suspiré.

—¿Qué quieres beber?

Le pedí el mismo cóctel que había bebido anteriormente para no hacer

mezclas raras que pudiesen arruinarme la noche. Lo pidió y me lo entregó.

—Toma, no lo sueltes. Cuando no quieras más, nos vamos.

Dibujé una sonrisa de agradecimiento por el detalle que acababa de mostrar.

Bebimos e intentamos charlar, pero la cantidad de gente que había acudido hacía imposible mantener una conversación en el interior. Me hizo un gesto para que le siguiese al exterior.

Fuera el ambiente era mucho más tranquilo y la brisa del mar muy agradable. Seguía cogida de su mano mientras caminábamos en dirección a la playa.

—¿Dónde vamos?

Se detuvo y se giró para mirarme.

—A caminar un poco y respirar aire fresco. Ahí dentro hace un calor de mil demonios y es imposible hablar. ¿Te apetece? —Me miró dubitativo.

—Sí, sí.

Nos alejamos y antes de acceder a la playa me ayudó a quitarme las sandalias de tacón. Cuando estuvimos a unos metros del local, me soltó la mano, se puso a mi lado y seguimos paseando cerca de la orilla sin llegar a rozar el agua.

—Me gusta este sitio, pero hoy está demasiado lleno —dije para romper el silencio.

—Sí. Tanta gente tiende a agobiarme un poco. El verano es maravilloso, aunque para los que vivimos aquí supone un cambio importante. Todo está repleto de gente y es muy complicado poder acceder a los sitios y estar a gusto.

—Es verdad. Menudo cambio desde que llegué a ahora. ¿Qué tal tu curso? —Me adelanté unos pasos y me giré para verle de frente mientras caminaba.

—Bien… un poco aburrido.

Levanté las cejas, sorprendida, y él se rio.

—No me mires así… Era sobre platos salados. Sin embargo… en mi mente solo había sabores dulces…

—Vaya…

—Vaya… —repitió y me mostró una sonrisa divertida—. ¿Qué tal tú? ¿Has hecho algo interesante?

—Estoy muy contenta. He podido escribir mucho.

—Me alegro.

Cogió aire y lo soltó con fuerza.

—Hace una noche preciosa. —Elevó la cabeza hacia el cielo.

—Sí… Adoro caminar por la orilla del mar, sobre todo por la noche. A estas horas tiene una magia especial. ¿Te importa que me moje los pies? —le pregunté.

—Claro que no. ¿Por qué iba a importarme?

Pensé en Sergio y en cómo odiaba la sensación de estar manchado de

arena y, aunque pudiese parecer extraño, sonreí. Y lo hice agradecida por haber puesto final a una historia que no estaba predestinada para mí.

Chapoteé un poco en la orilla mientras me reía como una niña en su primer contacto con el mar.

—¿Sabes lo que me falta para hacer de este momento uno perfecto? —Me acerqué a él.

Negó con la cabeza.

—Escuchar la canción *O sole mio*. Bea, mi amiga, se burla de mí porque es mi canción favorita. Puedo pasar horas y horas escuchándola sin parar. Me transporta a lugares como este. Con ella de fondo este momento se convertiría en uno de esos que atesoras para siempre.

Me di media vuelta y caminé de nuevo hacia la orilla con timidez; estaba segura de que debía pensar que era una cursi. Preferí no mirarlo. Y fue justo en el momento en el que me mojé los pies de nuevo cuando oí la canción a mi espalda. Al volverme vi a Davide con el móvil en la mano y una enorme sonrisa en el rostro.

—Oh, gracias… Sé que suena cursi, pero es que… ¡me encanta!

Comencé a bailar sobre la arena al ritmo de la melodía que tantas veces me había hecho soñar mientras mantenía los ojos cerrados, dejando que la música me calase hasta muy dentro y cuando llegó el estribillo empecé a tararearla. Al terminar esa parte me sobresalté al sentir que cogía mi mano. La alzó en el aire y me hizo girar sobre mí misma. Me apoyé en él cuando me tambaleé por culpa de la arena. Davide sonrió y me abrazó para que siguiésemos bailando juntos.

—A mi padre también le gustaba mucho esta canción —murmuró pegado a mi cuello.

—Me alegra saber que tu padre tenía tan buen gusto musical. —Soltó una risita.

—Creo que le habrías gustado mucho…

Me separé unos centímetros y alcé la cabeza para mirarlo fijamente. Nuestros ojos se encontraron y a continuación deslizó la mirada hacia mis labios. Me levantó la barbilla con un dedo y me besó. Y ese beso me supo distinto. Fue más cálido, más profundo; con un sabor a algo desconocido que me embriagó los sentidos, a una mezcla de temor y adrenalina, entremezclados con serenidad. Era una locura que me arrastraba sin freno.

Cuando se detuvo me acarició la mejilla con suavidad y me colocó a su lado para continuar caminando, abrazados.

—Gracias por este momento. —No dijo nada, tan solo apretó la mano en mi cintura y me dio un beso en la sien.

Varios minutos después, en los que el único sonido que nos acompañó fue el de las olas chocando contra la orilla, me cogió de la mano y me preguntó si me apetecía sentarme. Accedí y nos alejamos un poco del agua.

—Si te molesta mancharte de arena seguimos caminando…

—En absoluto.

—Llevas un vestido espectacular. No querría que se ensuciase o se estropeara con la arena.

—El vestido es mi última preocupación esta noche.

Me regaló una sonrisa un tanto insinuante.

Nos sentamos bastante cerca. Él apoyó las manos en la arena y estiró las piernas.

—Me encanta sentarme frente al mar de noche. Hace mucho tiempo que no lo hacía.

—¿Por qué? Lo tienes a apenas unos minutos.

—Lo sé… el día a día, la rutina, ya sabes…

—Ya.

—Me recuerda a mi padre, pero no siempre tengo el mismo ánimo para enfrentarme a su pérdida. —Fruncí los labios con un mohín de pena.

—¿Hace mucho tiempo que murió?

—Hace cuatro años. Le echo mucho de menos. Fue un buen hombre, cariñoso, amable con todo el mundo… un padre maravilloso… aunque tuvo muy mala suerte en la vida y le tocó sufrir más de lo que se merecía.

—Lo siento.

—¿Sabes? Él también tenía una canción favorita que oía cada noche. Antes de acostarse, ya fuese en el jardín en verano o frente a la chimenea en invierno, se tomaba una copa de vino y se dejaba llevar por la música hasta algún momento feliz de su vida.

—Eso es algo bonito…

—Imagino que era feliz a su manera, pero la tristeza que bañaba sus ojos cuando se iba a la cama me rompía el corazón. Acabé por acostumbrarme a esa imagen de él antes de irme a dormir cada noche. A veces me unía a él, otras veces le dejaba en su mundo, ajeno a todo…

—¿Qué crees que recordaba?

—A mi madre… —Carraspeó nervioso.

—¿Incluso después de divorciarse?

—Sí… él nunca dejó de quererla. Solo asumió que ella no le amaba con la misma intensidad y que no podía darle lo que él anhelaba.

—El amor es complicado…

—¿Quieres escuchar la canción?

Asentí.

Se sacó el móvil del bolsillo y la buscó. Cuando la tuvo localizada, le dio al *play*, dejó el teléfono en su rodilla y se inclinó hacia detrás apoyado sobre las manos.

Reconocí la canción al instante y dibujé una sonrisa. *Il mondo* era una de mis canciones italianas favoritas junto con *O sole mio*, aunque era más triste y desgarrada.

—Estoy seguro de que para él esta canción definía su vida a la perfección. No conseguía olvidarla a pesar de intentarlo y estar sumido en un mundo ajeno a su dolor.

Se le humedecieron los ojos y vi que se le erizó el vello de los brazos mientras la escuchaba.

—Así es la vida… Somos insignificantes en el universo… —dije. Le acaricié el brazo y él cubrió mi mano con la suya.

—Lo sé y por eso me asusta. No hay nada que podamos hacer para cambiar ciertas cosas… Solo queda asumirlas y seguir hacia delante… Hay gente que no puede y se queda anclado en ese lugar que aún no ha abandonado. Mi padre no se merecía tanta pena…

—¿No volvió a enamorarse después?

—No.

—Puede que él fuese feliz así… Si no rehízo su vida con otra mujer es porque quizás de alguna forma esos pequeños momentos le reconfortaban.

—Puede ser… El amor es igual de destructivo que sanador…

—El amor es lo que hace bombear nuestros corazones. —Apoyé la mano en su corazón—. No hay duda de que es así. No se puede controlar ni decidir cuándo sentirlo. Aparece de pronto y arrasa con todo.

Me acarició la mano y luego me apartó un mechón de cabello que la brisa había agitado. Lo pasó por detrás de mi oreja y en su regreso me acarició la mandíbula con delicadeza hasta llegar a los labios. Posó el dedo pulgar en ellos y los recorrió. Luego, cerró los ojos, suspiró hondo. Cuando los abrió me miró fijamente. En aquella ocasión fui yo la que acortó la escasa distancia que había entre nosotros, y le besé.

Se dejó besar unos segundos y enseguida recolocó su postura, hundió los dedos en mi pelo y me devolvió el beso con intensidad. Con suavidad me acomodó para que me recostase en la arena. Cubrió parte de mi cuerpo con el suyo, recorrió mi piel con sus besos y sentí que me derretía bajo el calor de su cuerpo. Sus manos se aferraron a mi cadera, que se agitaba sin control; las mías a su espalda y a sus hombros. Sentí que me perdía cuando me besó el cuello y bajó hasta mi escote y en ese momento maldije la barrera que la ropa levantaba entre nosotros. Con cuidado, le desabroché los botones de la camisa y él deslizó la mano por mi cadera hasta la rodilla para después agarrarse con fuerza a mi muslo y alzarlo hacia él. Cuando me perdí en la piel de su cuello y mis dedos acariciaban su pecho dejó escapar un gruñido y se detuvo.

—Aquí no. —Resopló—. Ven.

Se levantó y tras quitarse la arena y abrocharse la camisa me dio la mano para ayudarme a levantarme. Me agitó el pelo con delicadeza para eliminar la arena. Después me besó con ternura y me cogió de la mano hacia el paseo marítimo. Una vez allí, me ayudó a ponerme las sandalias y unos minutos más tarde llegamos a un hotel. Tras una breve charla con el muchacho de la recepción, le entregó una tarjeta y subimos a la sexta planta.

La habitación del hotel era moderna, bastante grande y acogedora a pesar del escaso mobiliario.

Al entrar me giré y le miré divertida.

—¿Aquí es donde traes a tus conquistas? El de la recepción parecía

conocerte…

Sonrió de forma traviesa.

—Me temo que hace demasiado tiempo que no conquisto a nadie y este hotel se inauguró hace solo un año… El de la recepción es un conocido.

Me dirigí a la terraza y salí al exterior. Las vistas al mar eran espectaculares porque, aunque la oscuridad de la noche no permitía poder disfrutar del maravilloso color del mar, las luces a lo largo del paseo marítimo y de los locales de la playa le conferían un encanto especial.

Me apoyé en la barandilla y respiré profundamente. Varios minutos más tarde, Davide apareció en la terraza con dos copas y una botella de vino.

—Creo que este vino es bastante bueno —dijo mostrándome la botella. Sonreí al ver que era de su bodega.

—Vaya, con que no eres un cliente habitual por aquí… —Cogí la copa.

—El dueño era amigo de mi padre.

Entrecerré los ojos fingiendo no creerme demasiado su explicación mientras él se mordía un labio y chocaba su copa contra la mía.

—*Cin cin*. —Me guiñó un ojo.

Brindamos y, cuando nos terminamos la copa, las dejó en una mesa en el interior y salió de nuevo a la terraza. Inspiró hondo y se abrazó a mi espalda. Yo suspiré con fuerza cuando le noté detrás de mí y mi piel volvió a erizarse cuando sentí sus labios recorriendo mi cuello. Me di la vuelta y le atraje hacia mí sin poder esperar más. Las ganas me quemaban la piel. Cuando hundí las manos en su pelo y le acaricié la nuca, dejó escapar un jadeo en mi boca. Me alzó en el aire y me llevó al borde de la cama, donde me hizo girar para deslizar con suavidad la cremallera de mi vestido, que cayó con soltura al suelo. Me besó los hombros y me apartó el pelo para avanzar con sus labios hacia mi mandíbula. El mundo había desaparecido a mis pies y sentía el suelo inestable. Las rodillas me temblaban ligeramente y la respiración se me agitaba por segundos.

Sentir su aliento en el cuello me abrasaba por dentro. Intenté darme la vuelta para besarle. No me lo permitió y noté cómo jugaba con el enganche de mi sujetador. Unos segundos después lo sentí totalmente flojo y se deslizó hasta caer al lado del vestido. Cuando sus dedos me rozaron la suave piel del pecho me di media vuelta y busqué sus labios con desesperación.

Le desabroché la camisa y se la quité. El maravilloso olor de su perfume estaba impregnado en su piel. Me acerqué a su cuello, inspiré con fuerza y volvió a jadear. La anticipación me estaba matando y lo acaricié con ganas, aferrándome con fuerza a sus musculosos brazos.

—Esther… —El susurro de su voz me dejaba sin aliento.

Sabía que a él le pasaba lo mismo. Tenía la piel de las mejillas ligeramente enrojecida y capturaba mis labios con intensidad, haciendo que sintiese tal hormigueo en ellos que, cuando me separé de él, no pude evitar mordérmelos. Se apartó para mirarme, a continuación, me sujetó por la espalda para que me dejase caer en la cama y se deshizo por fin de los

pantalones.

Noté su piel caliente cuando se apretó contra mí. Esa vez fui yo la que jadeó, y arqueé la espalda anhelando tener contacto total con su cuerpo. Él pareció darse cuenta de mi reacción, porque en ese momento alzó la vista y con una mirada juguetona descendió por mi pecho hasta el estómago, el vientre… y apenas unos segundos después estaba completamente desnuda bajo su cuerpo. Le exigí lo mismo cuando bajé la mano hasta su entrepierna y rio por lo bajo.

Alzó la cabeza para mirarme. Nos miramos en silencio. Sus ojos brillaban con deseo mientras su pecho subía y bajaba al ritmo de su respiración agitada. Enredé los dedos en su pelo con fuerza y lo atraje hacia mí para poder besarle de nuevo. Nuestras lenguas se enredaron y jugaron a aumentar nuestro deseo con cada roce. Sin poder soportar más las ganas de sentirle, arqueé las caderas y le busqué con ansia. Le oí resoplar y se detuvo.

Mientras buscaba un preservativo me fijé en su cuerpo musculado y brillante por el sudor y me llevé los dedos a los labios, que notaba inflamados. Cuando estuvo listo, me miró profundamente a los ojos y me besó con ternura. Yo me estremecí cuando le sentí en mi interior y me abandoné a las sensaciones que provocaba en mi cuerpo con cada movimiento.

—Davide…

Dejó escapar un gemido en mi oído. El movimiento acompasado de sus caderas, su olor, el tacto caliente de su piel despertaban en mí sensaciones desconocidas y me provocaban intensas descargas eléctricas por todo el cuerpo. Oír su voz ronca terminó de alzarme y una maravillosa sensación de placer recorrió todo mi cuerpo y me abandoné. Nos dejamos ir y viajamos juntos hacia un lugar del que no quería marcharme.

Agotados por la intensidad del momento, se dejó caer a mi lado y dio un sonoro suspiro.

—Esther Rubio… *Sei una delizia*.

Sonreí al escucharle, me abracé a su pecho y nos quedamos allí, abrazados, satisfechos, recuperando el latido normal del corazón acompañados por el sonido lejano de la música proveniente de algún local cercano. Nos quedamos dormidos poco después.

Me desperté varias horas más tarde. Cuando hice el intento de salir de la cama para ir al baño, me echó el brazo por la cintura y me retuvo contra su cuerpo.

—*Dove vai?* —me susurró con voz ronca.

—Necesito ir al baño…

Gruñó y apartó el brazo con el ceño fruncido. Sonreí.

Me levanté, me cubrí con el edredón que encontré tirado en el suelo y entré al baño. Cuando salí, vi su cuerpo desnudo boca abajo y volví a estremecerme. Antes de regresar a la cama fui hacia el balcón. Estaba a punto de amanecer, mi momento favorito del día. Me apoyé en la puerta esperando a disfrutar del maravilloso regalo que nos ofrece el universo cada mañana.

Apenas unos minutos más tarde, me abrazó por la espalda y dibujé una sonrisa en el rostro al imaginar que debía estar desnudo.

—¿Por qué no vuelves a la cama? —me susurró al oído.

—Solo quería ver amanecer. —Me besó el cuello.

—¿Puedo acompañarte?

—Por supuesto.

Me abrazó con más fuerza e inspiró hondo pegado a mi piel.

—Es el momento del día que más me gusta —comenté.

—A mí también. A veces salgo a pasear. A partir de hoy no me importaría despertarme así cada mañana. —Su aliento me erizó la piel.

Me giré hacia él y comprobé que estaba en lo correcto. Estaba desnudo, con una preciosa sonrisa en los labios, el pelo ligeramente revuelto, los ojos un poco achinados y a mí me dieron ganas de comérmelo a besos. Nuestras miradas se encontraron y se encendieron de nuevo. Dejé caer el edredón al suelo y me aferré a sus caderas con las piernas. Me llevó directamente a la cama y nuestros cuerpos se volvieron a encontrar, esa vez de forma más pausada pero igual de placentera.

Tenía a Davide abrazado a mi espalda. Mientras le acariciaba el brazo, él jugaba con los dedos deslizando las yemas sobre diferentes puntos en mi piel.

—No quiero que este momento acabe —me susurró.

—Yo tampoco…

—Podemos alargarlo todo lo que quieras… —Me dio un pequeño mordisco en el hombro y me estremecí—. Tu piel tiene algo adictivo… —Deslizó los labios por mis hombros.

—Como tus tartas… —Me giré para besarle.

—Podríamos hacer tartas con sabor a besos…

—Eso estaría muy bien. —Me reí.

—Creo que serías una fuente inagotable de inspiración para mí… De hecho, estoy seguro de que crearía un postre con tu nombre… —Empecé a juguetear con el vello de su brazo.

—Ya tenemos varios sabores que podemos patentar…

—Sin duda el de tu piel sería el más complicado de replicar… —Deslizó la lengua por mi cuello y me atrapó con los dientes el lóbulo de la oreja.

—Este lugar, Cagliari, también tiene algo mágico. No quiero marcharme.

—No lo hagas —le oí suspirar débilmente.

—No es tan fácil…

—¿Cómo imaginas tu vida de ahora en adelante, Esther Rubio?

—La imagino más relajada, cerca del mar…

—¿Y con amaneceres como este?

—Sobre todo como este… —Arqueé la espalda y me pegué más a su cuerpo.

—Entonces la decisión es fácil… ¿Nadie te los ha ofrecido antes?

Su pregunta me hizo pensar.

—No. Hasta ahora he sido yo la que lo ha dado todo a cambio de muy

poco. Me he sentido muy vacía… —Se me formó un nudo en la garganta.

—Hay quien dice que la riqueza del amor se obtiene al dar.

—Sí, pero debe haber un equilibrio entre dar y recibir… Si no la balanza se desequilibra y lo estropea todo.

—¿Así? —Me giró la cara con suavidad hacia él, me acarició la mandíbula. Hizo descender su mano por el contorno de mi cuerpo hasta llegar a mi vientre. Entreabrí los labios en anticipación—. ¿Este equilibrio en dar y recibir te parece correcto?

—Me parece perfecto… —susurré sin apenas voz. Me besó en el cuello. Después, soltó una pequeña risita, cogió aire, lo soltó de golpe y me abrazó con fuerza.

—Siento que te hayas sentido así. Eres una mujer especial. Lo supe nada más conocerte.

—Nuestro encuentro no fue muy agradable. Te di un buen golpe en el ascensor.

—Creo que ese golpe hizo estallar miles de moléculas a mi alrededor que se fusionaron con las tuyas. Desde ese día no he podido dejar de pensar en ti…

Me di la vuelta para ponerme frente a él y le miré extrañada.

—Vale, vale… te estoy asustando. —Se rio y percibí un atisbo de temor en su voz.

—No, no. Es solo que a veces te has mostrado un poco serio y distante.

—Lo sé —suspiró—. Esa fusión molecular no evitó que me sintiese vulnerable. Nunca había sentido algo igual y hasta hace poco pensaba que esas mariposas o lo que sean en el estómago no eran más que un mito literario.

—¿Y qué pasó para que hayas cambiado de opinión?

—Que te conocí…

El corazón me dio un vuelco. Entrelacé mis dedos con los suyos.

—¿Cuándo acabó tu última relación?

—Hace algo más de un año.

—¿Qué pasó?

—Lo de siempre; que no supe entregarme por miedo. Sé que la experiencia de mi padre me ha marcado más de lo que creo. Esa imagen de él por las noches me hizo coger miedo a enamorarme. Vi el dolor del amor cada día reflejado en sus ojos y eso me asusta. Sé que soy el responsable de todos mis fracasos en el amor…

—Cuando una relación fracasa no hay un solo culpable.

—La gente se cansa de que los quieras a medias…

—Dímelo a mí…

—Yo a ti te daría todo, Esther. Sé que son meras palabras, pero me haces sentir cosas que nunca antes he sentido. No quiero vivir esto que siento de esa manera tan fría.

—No lo hagas, entonces. —Me abracé a su pecho y le besé.

—Perdona… no suelo ser tan intenso…

—Me gusta que seas así. Yo también creo que tú eres diferente. Tus caricias y tus besos me saben distintos.

—¿Y a qué te saben? —Se frotó contra mí y me hizo reír.

—A amaneceres prometedores… ¿Y los míos?

—Umm, a esperanza e ilusión… —me susurró.

Cogí su cara entre mis manos y le besé con apremio. Cuando nos separamos, suspiré hondo, volví a acomodarme en su pecho y le dije:

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro —respondió con calma.

—¿Qué es lo que más valoras en la vida?

—La honestidad… aunque debo confesar que no siempre… —Se detuvo —. Hubo un tiempo en el que no la valoré suficiente.

—¿Y en el amor?

—Igual. Honestidad y respeto. ¿Y tú?

—Poder ser yo misma, no tener que fingir ser otra persona para ser aceptada. Una de las reglas del amor más importantes es aceptar a la otra persona tal y como es. Por desgracia, nadie lo hace y al final intenta cambiar al otro. Creo que esa es una de las causas por las que muchas parejas rompen.

Se mantuvo en silencio unos minutos como digiriendo la información que acababa de proporcionarle.

—¿Te hicieron sentirte así?

—Sí…

—A mí me encanta cómo eres… —Me dio un beso tierno en la sien—. ¿Cuándo fue la última vez que lloraste?

Su pregunta me dejó descolocada. Suspiré.

—Tras la última discusión con Sergio…

—¿Te das cuenta de que no me has contado ni un solo recuerdo bueno o alegre con ese hombre?

—Lo sé… ahora lo sé.

—Espero que le hayas mandado al carajo…

—Lo he hecho… —Nos reímos.

—Perdona por ser tan intenso… —me advirtió—, pero a mí también me apetece hacerte una pregunta…

Alcé la vista y le miré angustiada.

—Parece una pregunta de vida o muerte… —dije. Me acarició el hombro.

—Si fueses a morir en este instante, y no hubiese forma de poder avisar a nadie… ¿de qué te arrepentirías de no haber dicho en vida a alguien?

—Guau… —exclamé—, sí que es intensa, sí…

—Bah, déjalo. —Se separó de mí y se apoyó de espaldas en la cama.

De inmediato me aferré a él y le miré fijamente.

—No, no… quiero responder. Es solo que me ha pillado de improviso. No me esperaba una pregunta tan…

—¿Dramática? —rio.

—Sí, un poco… —Me apoyé en su pecho y él me abrazó por la cintura—. Creo que no sería algo positivo. —Me reí con cierta malicia—. Creo que les diría a mis dos ex que perdieron la oportunidad de estar con una gran mujer.

Intensificó su abrazo y me besó.

—Por supuesto… No saben lo que se pierden. Como te dije hace unas horas… *sei una delizia*. Pero por algo más que esto, ¿eh? Me pareces una mujer increíble, segura, sensata, inteligente, valiente…

—Gracias. ¿Y tú?

Se movió nervioso y cogió aire.

—No diría nada… tan solo preguntaría *por qué*.

Alcé la mirada y le observé extrañada. Al verle cerrar los ojos y suspirar de nuevo lo dejé estar y no traté de indagar más.

Le acaricié el pecho y la mejilla y volvimos a besarnos con intensidad. Nuestros cuerpos comenzaron de nuevo a despertar, pero mi estómago protestó y emitió un sonoro rugido que nos hizo reír.

—Creo que tu estómago tiene otros planes…

—Tus besos me dan hambre…

—Eso es maravilloso. Estoy dispuesto a darte todo lo que necesites para saciarlo.

—Joder, Davide… Luego me dice Bea, pero es que… vaya tela con los italianos.

—¡Y vaya con las españolas! —Me mordió el labio inferior después de besarle.

— ¿Quieres matarme o qué?

—No… solo colmarte de atenciones… llenarte de todo lo que necesites para hacerte feliz… ¿Qué te parece si comenzamos hoy este juego de dar y recibir? Yo te doy todo lo que anheles y tú te abres a recibirlo…

—Mmm, eso suena muy bien…

—Vale. Vamos a empezar yendo a desayunar a un sitio que te va a encantar. No quiero que tu estómago me odie. Le necesito para complacerte.

—Ya es todo tuyo.

—*Perfetto*. Venga, tenemos que llegar pronto. Luego se llena de gente.

—Estoy segura de que tus desayunos también deben ser adictivos.

—Te prometo miles de desayunos al amanecer. Hoy quiero que pruebes otro.

—Creo que una ducha antes nos vendría muy bien.

—Y si es compartida, más.

Juntos entramos en el baño y nos duchamos entre caricias y besos. Con esfuerzo logramos vestirnos y, cuando estuvimos listos, dejamos el hotel, dispuestos a recuperar la energía perdida durante la noche y, quién sabe, si a renovarla para un nuevo encuentro.

Ay, Esther. Definitivamente no había vuelta atrás. Estaba enamorada.

22

DAVIDE

Es extraña la capacidad que tienen algunas personas para hacerte sentir bien. Esther era una de esas personas que algunos denominan *persona hogar*. Con ella conseguía relajarme hasta el punto de no sentirme incómodo en los silencios y, lo que era aún más sorprendente en mí, lograba que me entregase, que viviese el momento sin miedo a lo que pudiese pasar después.

Caminamos agarrados de la mano por la ciudad mientras conversábamos sobre los lugares que recorríamos o sobre algunas calles de Madrid. La llevé a conocer mis rincones favoritos, e incluso fuimos a tomar un café a la cafetería de mi amigo Nico porque me apetecía que la conociese. Creo que con Andrea, mi anterior novia, me costó un par de meses poder sentirme tan a gusto.

Con Esther todo era distinto. Desde el primer día lo fue. La forma que tuvimos de conocernos, las conversaciones que habíamos mantenido, su manera peculiar de hablar o las veces que la veía asomada al balcón sin que ella me viese, bailando o haciendo cosas extrañas, pero que me parecían muy graciosas. Recuerdo en especial el día en el que me asomé a regar las plantas y me saludó. Un rato después volví a asomarme, no estaba. Sin embargo, unos minutos más tarde, la vi asomarse a través de las cortinas en dirección a mi ventana como si se tratase de una niña que intentaba no ser descubierta.

Mientras caminábamos hacia el lugar donde habíamos aparcado el coche, me sumergí en los recuerdos de la noche anterior. Para mi sorpresa, lo que llenaba mi mente era su sonrisa, sus preciosos ojos color miel, el olor a melocotón de su pelo…

—¿En qué piensas? Miedo me da saber qué está causando esa sonrisita…

Su pregunta me sacó del maravilloso mundo en el que estaba inmerso.

—Pensaba en que me prometiste sorprenderme con algo la noche en la que probaste la torta de *ricotta* y pistachos… —mentí. Me dio vergüenza reconocer que estaba pensando en ella. No podía exponerme tanto.

—Ah, es verdad…

—¿Y…?

—Aquella noche me refería a algo culinario…

—Por supuesto… no había pensado en otra cosa… —Apreté los labios para reprimir una carcajada.

Me gané un suave codazo en el brazo.

—Si quieres… podemos ir a mi casa y te preparo algo de comer. Estoy deseando cambiarme de ropa. Caminar con estos tacones no es demasiado agradable. Además, esta ropa de fiesta no pega mucho con el ambiente

playero por la mañana. —Reí mientras se señalaba el vestido que se había puesto la noche anterior—. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto, aunque creo que estás preciosa así, ¿eh?

Una sonrisa curvó sus labios y yo fui feliz de haberla hecho sonreír.

Nos despedimos con un beso en el portal y fui a casa a ponerme algo más cómodo. Me di una ducha rápida, me puse mis vaqueros favoritos, una camiseta y las deportivas y salí a la calle para comprarle unas flores antes de ir a su casa. Era un hombre detallista, pero me reiteré en mi pensamiento: Esther sacaba lo mejor de mí y a un ritmo frenético.

Suspiré, llamé a la puerta y me derretí ante la cara que puso al ver el ramo de flores. Saltó literalmente a mi cuello, se abrazó a mí con fuerza y me dio uno de los besos más tiernos que jamás me había dado nadie.

23

ESTHER

—¿Son para mí? —le pregunté sorprendida nada más abrir la puerta y ver el precioso ramo de fresias rosas.

—*Si, per te*.

Me abalancé hacia él sin mediar palabra y le abracé con fuerza tras besarle.

—Quizás no me creas… pero las fresias son mis flores favoritas —dije entusiasmada mientras caminaba hacia la cocina para buscar un jarrón.

—No sabía si eran tus favoritas, pero sí que te gustan.

Me giré extrañada para mirarle.

—Un día te vi regresar a casa con un ramo enorme.

—¿Me viste y no me saludaste? —Fruncí el ceño.

—Iba en coche y tú llevabas los auriculares puestos.

Entrecerré los ojos y luego sonreí.

—Sí, es posible. No vas a decirme que también tienes un invernadero, ¿verdad?

Rio con ganas.

—No, no.

—¿Entonces? ¿Cómo supiste que eran fresias?

—No entiendo mucho de flores. Era mi padre el que cultivaba muchas en el jardín. Reconozco algunas… me alegro de haber acertado.

—Muchas gracias. Me habrías sorprendido con cualquiera. Me encantan las flores en general.

—Bueno… ¿en qué va a consistir tu sorpresa? —Se apoyó en la encimera de la cocina y se cruzó de brazos con una sonrisa pícara.

—Había pensado preparar algo de comida típicamente española.

—Ah, ¿sí? Tortilla española, ¿quizás?

Le fulminé con la mirada.

—No se te ocurra infravalorar la tortilla.

—No me atrevería… —Las comisuras de sus labios se elevaron ligeramente.

—No te rías…

—No lo hago.

—¿La has comido alguna vez?

—Sí.

—¿La verdadera? —Arrugué el gesto.

—Sí. Mi abuela materna nos la hacía de pequeños.

—¿Y? —Le miré incrédula.

—Estaba muy buena…

—¿Solo *buena*? Mira, chaval —dije enfatizando mi acento madrileño—, mi tortilla, bueno, la de mi familia, es deliciosa. Te aseguro que no probarás una mejor en tu vida.

—Entonces no estoy solo deseando probarla, sino también aprender a hacerla.

Le miré dubitativa.

—Eh… es la receta de mi abuela Clara. No sé si ella me permitiría compartirla con cualquier persona…

—¿Ahora soy una persona cualquiera? —dijo con voz ronca mientras se acercaba a mí. Me rodeó por la cintura y me dio un beso en el cuello—. Yo compartí contigo la receta de la tarta de manzana de mi padre…

Comenzó a hacerme cosquillas en la cintura y yo me solté de golpe.

—Está bien, está bien. No intentes usar malas artes. Solo me ayudarás en lo que yo te diga… *Va bene?*

—*Va bene, chef.*

Suspiré y fui a la despensa. Me había ofrecido demasiado rápido a preparar la tortilla, sin haber comprobado por adelantado si tenía todos los ingredientes en casa. Por suerte, tenía todo lo necesario: lo dispuse en la encimera y me giré para mirarlo.

—Si quieres puedes ayudarme a pelar las patatas…

—*Perfetto*.

Cuando tuvimos las patatas peladas, se cruzó de nuevo de brazos esperando indicaciones. Verle en aquella actitud de aprendiz me hacía gracia, aunque reprimí la risa.

—Ahora, hay que cortar las patatas en rodajas de un tamaño medio. El truco está en no hacerlas ni demasiado gruesas ni demasiado finas… ¿Me entiendes?

—Sí, aunque entre *grueso* y *fino* puede haber un abismo… —rio.

Agité la cabeza a modo de burla.

—Mira cómo lo hago yo…

Se colocó detrás de mí, pegado a mi espalda, cuando comencé a cortar los primeros trozos. Carraspeé nerviosa.

—¿Ves? Pues así… —dije y me aparté un poco de él para evitar cortarme un dedo.

Con la emoción de las flores no me había dado cuenta de que olía a algo distinto, pero igual de seductor.

—Hueles distinto.

—¿Tienes fichado mi olor? —Me agarró de la cintura con fuerza, se hundió en mi cuello de nuevo y me dio un ligero mordisco en el lóbulo de la oreja.

—¿Podemos concentrarnos en cocinar? —me quejé fingiendo estar molesta—. La tortilla de mi abuela Clara no es cualquier cosa…

—*Mi dispiace*. —Se apartó con una mirada traviesa.

Pufff… menuda concentración iba a tener yo para hacer la tortilla.

Mientras freía las patatas y la cebolla le pedí que abriese una de las botellas de vino que me había regalado. Sirvió un poco en las copas y me ofreció una.

—¿Te gusta cocinar? —me preguntó.

—Sí. Por desgracia no tengo mucho tiempo… Bueno, no tenía… antes. Ahora sí. —Sonreí—. Me relaja, pero solía estar demasiado cansada para pasar tiempo en la cocina.

—Las prisas y la cocina no son compatibles.

—Lo sé. Aquí no percibo tanto estrés como en Madrid u otras ciudades de Europa.

—No, la vida en una isla es más tranquila. Aun así, las responsabilidades tienden a dejarnos poco tiempo para el disfrute personal.

—A veces tengo la sensación de que te sientes sobrepasado por el trabajo o las cosas de las que te ocupas…

—Lo hago con gusto, aunque hay veces que un poco de ayuda no me vendría mal… —Desvió la vista hacia la ventana.

—¿Tu otro hermano no te ayuda?

—Un poco, pero prefiero encargarme yo. ¿Qué viene ahora? —preguntó y me di cuenta de que lo hizo para desviar la conversación.

—Ahora hay que escurrir todo esto, batir los huevos y luego añadirle los dos ingredientes secretos de mi abuela.

Davide se ofreció a batirlos mientras yo rebuscaba por los armarios un poco de levadura y pimienta. Cuando encontré esos dos ingredientes me dispuse a mezclar los huevos con la fritura de patatas y cebolla y a continuación los agregué.

—Estas dos cosas hacen que la tortilla quede mucho más esponjosa y que tenga más sabor.

—Tu abuela Clara sabía de cocina…

Sonreí. Era cierto.

Intenté concentrarme mientras la cuajaba. Un paso en falso al darle la vuelta y me quedaría sin tortilla. Quería que, además de rica, estuviese bonita y presentable. Mientras tanto, le pedí que fuese poniendo la mesa para así no distraerme con nada.

Cuando la tuve lista me sentí muy orgullosa. No solo tenía un aspecto increíble, sino que desprendía un olor absolutamente delicioso. La llevé al salón con una sonrisa de oreja a oreja.

—Pues aquí está: la tortilla esponjosa de patatas de la abuela Clara —dije con orgullo.

Sonrió al verme llegar.

—Huele de maravilla.

—Mejor sabrá —dije parafraseando aquella mítica frase que mi abuela siempre decía cuando nos cocinaba algo.

Me sentía nerviosa ante su reacción, ya que no la había hecho en muchas ocasiones sin la ayuda de mi abuela. Cuando le vi partir un trozo y llevárselo a la boca me froté las manos, el cuello, me rasqué la nariz… hice mil cosas, presa de los nervios.

Davide cerró los ojos mientras masticaba y, cuando tragó, carraspeó. Le miré expectante.

—Creo que… me ha parecido que…

—¿Qué? —Notaba la respiración agitada.

Sonrió.

—En nuestra lengua sarda, cuando nos gusta algo mucho decimos *ta cosa bonna*, pues eso… está deliciosa.

—¿De verdad?

—De verdad. Es la mejor que he probado en mi vida.

—Te lo dije… —Chasqueé la lengua con suficiencia.

—¿No te apetece quedarte en Cerdeña y ayudarme con el restaurante?

—Puf, ya me ofrecieron algo parecido en el pasado y no salió bien… —dije con cierto resquemor.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—Es una historia un poco larga… Se resume en que durante unas vacaciones en Menorca conocí a un tipo interesante, me convenció para que me mudase con él y le ayudase con un pequeño hostal que regentaba, con el aliciente de poder escribir en mi tiempo libre, y al final no tuve tiempo de nada que no tuviese que ver con el trabajo.

—Vaya… Yo no te iba a hacer trabajar tanto… —Me regaló una de sus sonrisas encantadoras y se acercó a besarme.

—Ya tienes la receta… puedes hacerla cuando quieras. Mi abuela no se va a enterar —reí.

—Preferiría que me la hicieses tú. —Me miró con una mirada penetrante.

No pude añadir nada. Me limité a darle un beso.

Nos comimos la tortilla en un santiamén. La verdad es que me había salido muy rica a pesar del gran tamaño. El vino ayudó a que la disfrutásemos aún más.

Dejé que me ayudase a recoger y, a continuación, Davide preparó dos *cappuccinos* deliciosos y nos sentamos en el sofá a descansar. Las pocas horas de sueño de la noche anterior estaban empezando a pasarnos factura. Nada más bebernos el café, nos acomodamos para ver la tele y al final nos quedamos dormidos abrazados.

El sonido del móvil de Davide nos despertó varias horas más tarde. Nos desperezamos un poco entumecidos por la postura y nos sorprendimos al ver que estaba casi anocheciendo. ¿Habíamos dormido cerca de tres horas?

Nos separamos y Davide cogió el móvil que había dejado en la mesa. Nada más ver quién había llamado frunció el ceño.

—¿Algo importante?

—No.

Volvió a recostarse en el respaldo del sofá y me rodeó los hombros con los brazos para atraerme hacia él.

—Perdón. Con lo a gusto que estábamos —murmuró.

—No pasa nada. Nos ha venido bien cambiar de postura —apunté con humor para relajar la tensión que se le había instalado en el rostro.

Permanecimos abrazados un poco más, hasta que una media hora más tarde volvió a sonarle el teléfono.

Resopló con fuerza y alargó el brazo para coger el móvil. De nuevo, cuando vio de quién se trataba, ignoró la llamada y murmuró algo que no entendí.

—Si necesitas responder, hazlo. No me molesta.

—No me apetece responder… —dijo. Percibí cierta molestia en su voz.

—Quizás sea importante…

—No lo creo. Es mi madre. Lleva llamándome un par de días.

—Las madres pueden ser un poco pesadas a veces —afirmé para aliviar la tensión.

—No es cuestión de ser pesada o no… es lo que quiere conseguir con esa llamada. Ya le dije lo que pensaba el primer día que me llamó. No entiendo por qué insiste.

Estaba claro que la relación con su madre no era sencilla ni agradable.

Se movió para sentarse y se quedó con los brazos apoyados en las rodillas, claramente molesto. Yo preferí no añadir nada más y me limité a sentarme detrás de él y a acariciarle los hombros. Estaba realmente tenso. Mi masaje le relajó los músculos y le oí suspirar profundamente. Me daba pena verle así cada vez que hablaba de su madre.

Agradeció mi intento de calmarle y se inclinó hacia atrás para recostarse en el sofá. Me moví a un lado, me miró profundamente a los ojos y me cogió de la cintura para hacer que me sentase encima de él. Le enmarqué el rostro con las manos y le besé. Unos besos llevaron a otros y cuando nos dimos cuenta estábamos quitándonos la camiseta.

Era increíble la facilidad que tenían nuestros cuerpos para conectar y encenderse. Sus besos eran cada vez más intensos y la piel me ardía allí por donde pasaban sus labios. Arqueé la espalda mientras elevaba la cabeza para dejarle el cuello totalmente expuesto. Acababa de descender hacia mi escote cuando volvió a sonar el móvil.

—*Cazzo!* —bramó.

—Será mejor que lo cojas.

Me puse de pie y fui a la cocina para coger un poco de agua. Cuando regresé con dos vasos le vi pasarse las manos por el pelo con verdadera desesperación.

—Y ahora mi hermano… Lo que me faltaba —comentó.

—Puede que necesiten algo importante. Cógelo, no te preocupes. Iré al baño.

Me alejé con preocupación. El gesto que reflejaba su rostro no dejaba

dudas. Algo pasaba con su hermano y su madre que le enfadaba. Mientras me lavaba la cara para refrescar las mejillas, le oí hablar de forma un poco acalorada, aunque no entendía nada de lo que decía. Suspiré.

Cuando salí del baño acababa de colgar. Tiró el móvil al sofá y se bebió el vaso de agua que le dejé en la mesa.

—¿Todo bien? —Me acerqué a él y le acaricié el brazo. Cubrió mi mano con la suya y me miró con apuro.

—Lo siento, de verdad. No suelo perder los nervios así… Es que son dos personas que juntas consiguen desquiciarme.

—No te preocupes. Solo quiero que estés bien.

—No puedo estarlo si están todo el día molestándome con tonterías… No les voy a dar lo que quieren. No pienso vender la casa de mi padre.

Así que se trataba de eso. Mal asunto, entonces.

—Imagino que este tema será muy duro para ti. —Le acaricié la mejilla.

—No respetan nada… *niente, cazzo, niente*…

Le miré con pena.

—Si necesita dinero que se lo pida a su segundo marido, o al tercero… Ya no sé cuántos van —dijo de mal humor.

La verdad es que no sabía qué decir. Lo único que conocía del tema era lo que me había contado aquel día en casa de su padre. Era un tema muy delicado en el que no podía ni debía inmiscuirme.

—Sé que es difícil. Deberías intentar que al menos no te afectase tanto…

—Lo intento, de verdad que lo hago, pero… no me dejan. —Soltó el aire con fuerza.

Le giré el rostro hacia mí y le besé. Luego le abracé con fuerza intentando calmar su ansiedad. Agradeció el gesto y se abandonó entre mis brazos.

Unos segundos después se separó y me miró con ternura.

—No quiero amargarte la noche ni el recuerdo de este día tan maravilloso. Creo que será mejor que me marche ya.

Asentí con pena.

—Gracias por todo —le susurré pegada a su pecho.

—Gracias a ti, *bella*, por tanto… *Ci vediamo domani*.

—Sí, hasta mañana.

Esa noche me acosté temprano, aunque no podía dormir. Demasiadas emociones reunidas en apenas veinticuatro horas. A él debió pasarle lo mismo porque, un poco después de meterme en la cama, me llegó un mensaje suyo con una frase: «Cuando a pesar del vértigo sientas que no puedes dar un paso atrás, mira hacia delante. Ahí está tu felicidad. La valentía siempre trae recompensas». Lo acompañó con un «buona notte, bella» en un mensaje de voz.

Suspiré con fuerza. La noche y el día habían sido intensos. Sentí que el corazón se me aceleraba al recordar sus besos y sus caricias.

Todo lo vivido junto a él me hizo reflexionar sobre lo que era realmente el amor. ¿Era un instante, una caricia, una mirada? ¿O un cúmulo de sensaciones? ¿Era espontáneo o necesitaba tiempo para fraguar? ¿Funcionaba a primera vista o nacía poco a poco según ibas conociendo a la otra persona? ¿Era efímero o eterno?

¿Cómo podía saber si lo que sentía en mi interior era realmente amor? ¿Podíamos enamorarnos en un día, en una hora, en un minuto? ¿Eran la pasión y el deseo que había sentido en sus brazos parte del amor, el pistoletazo de salida, la primera chispa que provoca un incendio? ¿O por el contrario el amor era una sensación aislada, una explosión controlada que si se maneja con cautela va más allá?

Demasiadas preguntas sin respuestas. De lo único que podía estar segura era de que nunca había sentido nada parecido por nadie. Conocía la pasión entre dos personas, pero lo que sentí con Davide fue más allá del mero aspecto físico de la unión.

No fue un fuego que abrasaba, sino uno que me impulsó a querer beberme la vida a grandes sorbos, a sentir, a dejar la mente de lado, a ser yo misma…

Si eso no era amor… ¿qué otra cosa podía ser?

24

ESTHER

La verdad es lo que es, y sigue siendo verdad aunque se piense al revés.

ANTONIO MACHADO

Siempre me ha gustado la magia que tienen las mañanas porque nos ofrecen una nueva oportunidad para ser felices y hacer cosas increíbles. Ese instante en el que abrimos los ojos y nos desperezamos mientras pensamos en cómo vamos a afrontar el día; pensar en el rico desayuno que voy a tomar y el olor a café recién hecho y pan tostado han sido siempre suficiente motivación para levantarme con energía, a pesar del cansancio con el que solía acostarme en los últimos años.

Esa mañana Davide decidió añadir una más cuando me envió su mensaje.

Davide:
Hace apenas unas horas que
nos despedimos, y ya anhelo
regresar a tu piel.
Dime que nos veremos hoy.
Baci.

Nada más leerlo una oleada de calor me recorrió el cuerpo y una sonrisa enorme enmarcó mi rostro. Cogí aire para intentar controlar el torbellino de emociones que me hicieron sentir sus palabras, pero el corazón me latía a mil revoluciones por minuto. Salté de la cama feliz directa a la ducha. Yo también estaba deseando volver a verlo, así que después de desayunar iría a la playa donde solía encontrarlo poniendo a punto sus tablas de surf.

Una vez allí, me obligué a caminar despacio hacia la escuela. Me moría por verlo, aunque tampoco era necesario que se diese cuenta antes de tiempo. A unos escasos metros ya notaba un cosquilleo en la tripa y un calor incómodo en las mejillas.

En cuanto llegué, le vi de pie de espaldas limpiando una de las tablas de surf, me lancé hacia él y le abracé por detrás. Mi efusividad le sobresaltó y se giró para ver quién era la loca que se le había encaramado con aquel ímpetu. Nada más verme abrió los ojos como platos. Al cabo de un momento, las comisuras de sus labios se elevaron de forma pícara.

—Te has levantado contenta hoy, ¿no?

—Mucho, ¿tú no? —Enmarqué su cara con las manos y le besé.

—Sí, claro —respondió cuando nos separamos. Le vi fruncir el ceño y

mirar a su alrededor para comprobar que no había nadie cerca.

—Yo también te he echado de menos esta noche… Gracias por el mensaje —le dije y volví a besarle.

Cuando me detuve le miré extrañada: no parecía tan entusiasmado como me había parecido en su mensaje. Entrecerró los ojos unos instantes y me miró fijamente. A continuación, me cogió por la cintura, se acercó a mí y me susurró al oído:

—Conque has pensando en mí nada más despertarte…

Me tembló todo el cuerpo al oír su voz ronca pegada a mi cuello.

—Sí —susurré.

Sin mediar palabra posó la mano en mi cuello y me atrajo hacia él para besarme, mientras me guiaba caminando despacio hacia el interior de la caseta. Una vez dentro, cerró la puerta a su espalda con un pie y me apoyó en la pared.

Si antes tenía calor, lo que ahora sentía era un fuego abrasador que estaba a punto de hacer que me derritiese entera. Su forma de besarme y acariciarme era distinta, más apremiante y apasionada. Yo también le acariciaba con mayor deseo y menos timidez.

Cuando comenzó a desabrocharme los botones del vestido supe lo que iba a pasar. Me levantó la barbilla, me miró profundamente a los ojos como buscando una respuesta. El beso intenso que le di pareció bastarle; se quitó la camiseta y me recorrió el cuello con ansia. Mientras yo aferraba con fuerza las piernas a su cuerpo, él me elevó y comenzó a recorrer la piel de mis muslos hacia las caderas haciéndome perder la cordura.

No era capaz de controlar ni mi cuerpo ni mi mente, por lo que me dejé llevar. Le pasé las manos por el pelo y tiré de él hacia mi escote, obligándole a besarme en todos aquellos lugares donde mi cuerpo le reclamaba. Cuando elevó la vista subió hacia mis labios, los mordió con suavidad y yo sentí que no aguantaba más. Con bastante maestría se deshizo de las prendas que nos estorbaban, recolocó su postura y sin poder esperar más nos entregamos al deseo de sentirnos.

Una vez saciados y empapados de sudor, nos vestimos sin saber muy bien qué decir. Aquella experiencia había sido totalmente distinta a la anterior, más intensa, más brusca, aunque igual de placentera.

—*Wow* —dijo al fin, mientras sacudía la cabeza y se recolocaba los rizos.

—*Wow* —repetí y bajé la mirada un poco avergonzada.

—Eres intensa…

—Tú también… más que la otra noche… —Me mordí la parte izquierda del labio con picardía.

Reprimió una media sonrisa y se llevó la mano a la nuca. Cuando pensé que iba a decir algo, oímos a alguien hablando en el exterior. Sobresaltado, me hizo un gesto para indicarme que guardase silencio. Salió para ver de quién se trataba.

—*Ciao,* Giovanni, *come stai?* —Le oí decir.

Mientras los oía saludarse rebusqué en mi mochila un espejo que solía llevar. Lo saqué e intenté peinarme y retirar las manchas de rímel que tenía bajo los ojos. Sonreí ante la imagen que me devolvió el espejo. Nunca había tenido un encuentro semejante con nadie y la verdad es que no podía decir que no me hubiese gustado. Me recoloqué el vestido y, cuando los oí alejarse, salí con disimulo.

Una vez que se despidieron, Davide regresó a mi lado con una sonrisa juguetona en los labios.

—Estás muy guapa con las mejillas sonrojadas…

Me llevé las manos a la cara con apuro y sonreí.

—Sí, bueno… tengo la piel sensible y en momentos así…

—Claro… —Me dio un beso suave—. Me sabe mal, pero tengo que marcharme. Debo ir a otra escuela que hay en otra playa para llevar un equipo de buceo que me han pedido.

—No pasa nada… Disculpa por haberme presentando así, sin avisar…

Me miró y se lamió los labios.

—No, no… eh… gracias. —Sonrió—. ¿Te llevo a algún sitio?

—Ya que tienes que irte, prefiero irme a casa… Si quieres podemos quedar luego.

—*Perfetto*.

Una vez que cerró la escuela le seguí hasta el aparcamiento. Esta vez sí tenía un casco extra guardado debajo del asiento. Me lo ofreció y, en cuanto estuvimos listos, arrancó. Sin poder evitarlo, recordé nuestro primer paseo en moto y la vergüenza que me provocaba sentir su cuerpo musculado pegado al mío, separados tan solo por una fina camiseta. Esta vez la timidez se esfumó y no solo me aferré a su espalda con fuerza, sino que me permití el gesto de besarle en el hombro en alguna ocasión. Dibujé una sonrisa un poco maliciosa cuando noté que tensaba la espalda al contacto con mis labios. Definitivamente, ese hombre sacaba la versión pasional de mi personalidad, que llevaba demasiado tiempo dormida.

Me bajé de la moto en cuanto se detuvo en la puerta del portal de mi edificio. Quitarme el casco me estaba resultando un poco complicado. Mientras recibía su ayuda oí que alguien salía del portal. Cuando me giré no podía creer lo que veían mis ojos.

—*Ciao, bambina*… ¿no vas a saludar a tu amiga del alma? —dijo Bea con los brazos abiertos, esperando que corriese hacia ella.

—¿Bea? —fue lo único que logré decir.

—Pues claro… No te alegres tanto de verme… —comentó mientras bajaba los brazos y se los apoyaba en las caderas.

Corrí hacia ella y me fundí en un intenso abrazo. Unos segundos después comenzamos a dar saltitos de alegría mientras seguíamos aún abrazadas.

—¡No me lo puedo creer! ¿Por qué no me has dicho que venías? Pero si aún estamos a mediados de junio…

—Sorpresa, sorpresa… —comentó mientras dirigía la mirada hacia la moto.

Miré a Davide con una sonrisa tímida para pedirle que se acercase y así presentarle a Bea. Cuando volví la mirada hacia mi amiga, el corazón me dio un vuelco y comenzó a latir desenfrenado. Detrás de ella y saliendo del portal con un juego de llaves en la mano también estaba Davide, con otro atuendo. Me giré con brusquedad hacia la moto pensando que había perdido la cordura y allí estaba de nuevo, con el pelo revuelto después de haberse quitado el casco y recolocándolo en el asiento.

Desplacé la mirada de uno a otro y sentí que las piernas me fallaban. Todo me daba vueltas; necesité apoyarme en mi amiga.

—Aquí tienes las llaves, Beatriz —dijo el que salía del portal mientras guardaba un papel en un sobre. Cuando levantó la mirada, se sorprendió de encontrarme allí y nada más verme dibujó una sonrisa tierna en la cara.

—*Ciao, bella*, ¿dónde estabas? Quería llamarte, pero tu amiga deseaba darte una sorpresa y…

Dejó la frase a medias en cuanto vio a la persona que tenía a mi espalda y palideció.

—Aless*, cosa fai qui?* —preguntó con gesto serio y el ceño fruncido.

—¿Aless? —repetí sin apenas aire mientras sentía que estaba a punto de caerme redonda.

—*Ciao, fratello. Come va?* —Metió el casco que yo había usado en el compartimento debajo del asiento y lo cerró con llave. Luego se giró para enfrentar a su hermano.

Las piernas me fallaron y necesité aferrarme con más fuerza a mi amiga.

—Cariño, ¿estás bien? —me preguntó Bea sin entender el porqué de mi reacción.

No pude responder. Tan solo podía mantener la mirada fija en el suelo mientras la respiración se me aceleraba cada vez más y más.

—Alessandro*, cosa fai qui?* —repitió Davide al tiempo que se acercaba a mí con los ojos muy abiertos y gesto de preocupación.

Me aparté de él de golpe cuando sentí que me tocaba el brazo.

—Esther, ¿estás bien? ¿Ocurre algo que no sepa? —Alarmado, miró a su hermano, que estaba tranquilamente apoyado en la moto con los brazos cruzados a la altura del pecho.

—A mí también me gustaría saberlo… —comentó Bea.

En ese momento me separé de ella, me acerqué al que creía que era Davide y le di una bofetada.

—¿Qué pasa? —bramó aturdido por mi reacción.

—¿Quién es el verdadero Davide? —les grité enfurecida y sintiendo que de nuevo estaba a punto de desmayarme.

—Esther, ¿qué es todo esto? Yo soy Davide… —contestó cada vez más confuso.

—Así que tú eres su hermano Alessandro… —dirigí la mirada hacia el

de la moto—. ¿Qué clase de juego es este? —les grité—. ¿Quién os habéis creído que soy? —Necesité aferrarme a Bea de nuevo.

—Nena, ¿qué pasa? —preguntó Bea ya con verdadera preocupación.

—¿No tenéis nada que decir? —Los miré a los dos y apreté los dientes.

—*Cosa hai fatto,* Aless*?* —preguntó Davide con apenas voz mientras se inclinaba hacia delante y apoyaba las manos en las rodillas.

—Nada que no hayas hecho tú antes —dijo el otro en español para que todos lo entendiésemos, al tiempo que se ponía el casco.

—*Non è vero, non è vero…* —repitió Davide una y otra vez. A continuación, estiró la espalda y se giró hacia mí.

—Esther… por favor… ¿Qué ocurre? Me estás poniendo nervioso. No sé qué decir… Cuéntame qué ha pasado y qué tiene que ver mi hermano en todo esto.

—¿Que no sabes qué decir? —le grité furiosa—. Habéis jugado conmigo… como si fuese… —La voz me fallaba—. Me habéis engañado… os habéis aprovechado de mí… me habéis usado como a una… —No pude seguir y rompí a llorar presa de la ansiedad.

Bea me sujetó con fuerza y los miró con estupefacción.

—Tranquila, cielo… ¿Alguien puede explicarme qué coño está pasando aquí?

Alessandro se subió a la moto y, antes de arrancar, miró con fiereza a su hermano.

—*Touché*.

Sin darnos tiempo a reaccionar, arrancó y se alejó de allí a gran velocidad.

—Pero ¿qué es todo esto?… —preguntó Bea aturdida.

La pregunta de Bea sacó a Davide del estado de trance en el que estaba.

—Esther, por favor… —Intentó acercarse a mí, pero le indiqué con un gesto de la mano que no lo hiciese.

—Tú eres igual de sinvergüenza que él. Los dos habéis jugado conmigo —bramé.

—*No, no,* Esther*, per favore… Devi credermi*. —Se pasó las manos por el pelo con desesperación.

—Deja de hablar en italiano que no me entero. ¿Qué coño pasa? —Beatriz comenzaba a inquietarse de verdad.

—Por favor, explícamelo… —El rostro de Davide mostraba una profunda preocupación—. ¿Por qué estaba mi hermano Alessandro aquí? ¿De qué os conocéis? —Dio un par de pasos hacia mí.

—No te acerques a ella —le advirtió Bea, intuyendo que algo turbio estaba ocurriendo.

—Yo me acabo de… —Empezaba a faltarme el aire y apenas podía ver porque las lágrimas me brotaban a borbotones de los ojos—. Yo acabo de… con él… —Me llevé las manos a la cabeza.

—Esther, por favor. Dime qué ha hecho mi hermano —me rogó.

Las piernas me fallaron y, si no hubiese sido por Bea, me habría estampado contra el suelo.

—Vámonos, vámonos, vámonos —susurré sin apenas voz.

—Claro, cariño. Tranquila. Ven, vamos. —Bea me sujetó con fuerza y caminamos hacia el portal abrazadas mientras escuchábamos a Davide a nuestra espalda implorarnos un segundo para poder hablar.

—Déjala en paz, tío —le espetó Bea con furia—. Voy a dejarla en casa y cuando recabe toda la información de lo que ha pasado, tú y yo vamos a tener una conversación muy seria.

—Esther, no entiendo nada. No sabía que conocías a mi hermano. Debes creerme…

—¡Que te pires! No me hagas perder los nervios —le respondió Bea a la vez que entrábamos en el portal.

Nada más entrar en casa me desplomé en el sofá y estallé a llorar. Aquello no podía estar pasando. No, no, no. No podía ser cierto.

—Esther, cariño. Estoy muy preocupada. ¿Qué ocurre? —Se sentó a mi lado y me abrazó.

—Me han engañado… —Un nudo enorme me cerraba la garganta impidiéndome respirar con normalidad.

—Tranquila, tranquila… No hables ahora… —suspiró con angustia pegada a mí.

—Bea, él y yo… hace un rato… —Al escucharme me separé de ella y me llevé las manos a la cabeza con agobio—. El otro… no es Davide, no es Davide… y nosotros hace un momento hemos…

Bea me sujetó la barbilla y me miró horrorizada.

—Hace un rato ¿qué?

—Nos hemos acostado…

—Pero ¿quién es Davide? ¿Quién es tu vecino? No entiendo nada…

Cogí aire con fuerza y le pedí un vaso de agua para templar los nervios.

—Espera, iré a ver si tienes alguna infusión que pueda hacerte. Te vas a poner mala con esa ansiedad.

Mientras oía a Bea abrir y cerrar armarios me recosté en el sofá y volví a llorar sin consuelo. Eso no me podía estar pasando a mí. Golpeé el asiento con fuerza una y otra vez sintiéndome una idiota por haber dejado que jugasen conmigo de esa forma tan ridícula.

Bea regresó unos minutos después con un par de tazas.

—Toma, nos he hecho una tila a las dos. Estoy empezando a agobiarme de verdad.

Hice el esfuerzo de beber la infusión a pequeños sorbos al tiempo que luchaba por serenarme.

—He sido una imbécil. ¿Cómo no he podido darme cuenta? Claro… por eso el muy cabrón no quería nunca hablar de su hermano… han estado jugando conmigo —comenté mientras hacía un repaso mental de todos los momentos que había compartido con los dos—. Soy idiota, idiota… —Me

daba golpes en la cabeza.

—Son hermanos gemelos, ¿no?

—¿Acaso lo dudas? ¿Cómo pude no darme cuenta? Me habló muy escuetamente de él, pero nunca me dijo que fuesen gemelos…

—Madre mía —Bea se llevó las manos a la cara, claramente agobiada por la extraña situación.

—¿Cómo han podido usarme así? —dejé la taza en la mesa con las manos temblorosas.

—Pero vamos a ver… —Se rascó la frente, confusa—. ¿Me estás diciendo que ese tipo con el que has venido en moto se ha hecho pasar por su hermano gemelo? —me preguntó con los ojos abiertos como platos.

—Te estoy diciendo que los dos han jugado conmigo, se lo han pasado en grande mientras se pasaban a la española del uno al otro… —Sentí un fuerte pinchazo y me llevé la mano al pecho.

—¿Qué? —bramó—. No puede ser…

—Pues vaya que lo es… Al parecer, se han divertido conquistando a la tonta de la española que está sola en el barrio mientras se echaban unas risas a mi costa —dije con rabia.

—Todo esto es muy cruel y típico de niños pequeños que se hacen pasar por el otro gemelo en el colegio… —afirmó en un intento de poner un poco de cordura.

—¿No has oído lo que le ha dicho Alessandro? —le grité y me levanté del sofá.

Me miró y arrugó el entrecejo.

—«Nada que tú no hayas hecho antes», «Touché». ¡Está claro que no es la primera vez que lo hacen!

—¡Menudos cabrones! —exclamó Bea, que también se levantó del sofá de golpe—. ¿No ha habido nada que te extrañase en alguno de ellos?

Negué con la cabeza. ¿Cómo podía haber sospechado que eran dos personas? Eran absolutamente idénticos.

—No lo sé, Esther. Algo…

—Que no. Te digo que no he notado nada. Hasta tienen el mismo pelo, mismo color… con la única diferencia de que Davide lo lleva casi siempre recogido. El color de sus ojos es exactamente igual… —Me llevé las manos a la cabeza con absoluta desesperación.

Bea resopló e imitó mi gesto.

—Han jugado al despiste todo el tiempo —continué—. Yo siempre les he llamado Davide a los dos y ninguno me dijo nada… Le pregunté por su hermano y él nunca me daba datos… ¡ni siquiera me dijo que vivía aquí! Le hablé de la escuela de surf y siempre callaba… Me acabo de acostar con el otro y el muy cabrón se ha hecho el loco cuando le he hablado de lo que pasó anoche con…

Bea me miraba estupefacta. En mi mente no cesaban las imágenes de uno y del otro. Me senté de nuevo en el sofá, derrotada.

—Ya no sé quién es quién, Bea.
—Creo que el que me ha entregado las llaves es con quien he hablado todo este tiempo y ese mismo ha llamado al otro Alessandro.
—No me refiero al nombre… sino a que no sé con quién he estado en cada momento. ¡Han jugado a engañarme! ¿No lo ves? —le grité.
Los nervios estaban empezando a dominarme.
—Cálmate… Tienes demasiada ansiedad y cuando empiezas así me acojonas…
—¡No puedo calmarme, Bea! No puedo… en dos días me he acostado con los dos… —murmuré mientras cerraba los ojos con fuerza para contener el torrente de lágrimas que comenzaba a brotar de mis ojos de nuevo.
Bea arrugó los labios y suspiró.
—Joder… —fue todo lo que dijo.
—Sí, joder, joder, joder… ¿Qué he significado yo para ellos? ¿He sido una simple muñeca que se han pasado sin importarles mis sentimientos…? Lo de hoy ha sido distinto, pero lo de anoche… sus mensajes… sus besos… No puede ser cierto… dime que esto no es verdad, Bea, dímelo. —Se me quebró la voz.
Bea me abrazó con fuerza y comenzó a acariciarme el pelo.
—Tranquila, por favor. No pienses más en ello. Ya estoy aquí, no estás sola. Juntas solucionaremos esto… Ya lo verás.
—¡No quiero solucionar nada! ¡Solo quiero desaparecer!
—No digas bobadas.
—No son bobadas… Se han reído de mí, Bea… y mientras tanto yo sonriendo como una gilipollas… entregándome a ellos como nunca… Parece sacado de una película y yo he debido ser la protagonista tonta e infantil que no se da cuenta de nada.
Bea apretó su abrazo.
—Bueno, no pienses más en eso ahora. Descansa e intenta calmarte. Ya habrá tiempo para aclararlo todo. Esto no va a quedar así…
—Creo que me estaba enamorando de él… Me hacía sentir como siempre he anhelado —apenas podía hablar—, pero… todo era mentira…
Bea comenzó a acunarme como cuando éramos pequeñas y alguna de las dos lloraba asustada.
—Tranquila, ¿vale? Ya estoy aquí —dijo con un tono de voz relajado—. Estamos juntas.
Asentí con la cabeza mientras me refugiaba en ella como único consuelo.
Un poco más tarde me convenció para que me acostase. Un fuerte dolor de cabeza me martilleaba sin cesar. Tras tomar un analgésico, me metí en la cama con el deseo de poder dormirme y olvidar aquella horrible pesadilla en la que se había convertido mi cuento de hadas.
¡Ay, los cuentos de hadas! Esos con los que las niñas sueñan, pero que en cuanto crecen comprueban que nunca han existido. Crecemos con historias que nos hacen tener una idea equivocada de lo que es el amor, que nos hacen

suspirar por personas que no existen, que nos prometen siempre finales felices, aunque en origen tuvieron un lado mucho más macabro, más cruel que se acercaba sin duda mucho más a la realidad que aquellos de castillos, príncipes y princesas.

La vida siempre viene a recordarnos que la felicidad es un instante que se esfuma y se nos escapa de las manos a la mínima ocasión. Es como querer atrapar el humo de un cigarro con las manos.

Si era cierto que el destino es el que baraja las cartas y nosotros los que jugamos, aún no lo sabía. En ese momento yo me sentía como un simple peón al que habían derribado de golpe tras haberse creído la reina del tablero.

TERCERA PARTE

¿Perdidos en el paraíso?

25

DAVIDE

Hay momentos de mi vida que me gustaría poder borrar de un plumazo, hacer que desapareciesen sin dejar rastro, hacer borrón y cuenta nueva y olvidarme de que alguna vez ocurrieron. Ese día era uno de ellos. Ese día el dolor que sentía agarrado con fuerza al pecho volvía a estar unido a la persona que se supone debería ser mi otra mitad, en la que siempre debería apoyarme en los tiempos difíciles, la que mejor que conocía porque compartía conmigo el mismo genoma.

Alessandro y yo nacimos gemelos idénticos y, desde el principio, a excepción de nuestros padres, la gente solía tener una gran dificultad para diferenciarnos. De mi padre tan solo heredamos el cabello rizado. Salvo por ese rasgo, todo, absolutamente todo, era de nuestra madre: el color claro del pelo, el azul de los ojos, los labios gruesos y rosados… Éramos un calco de ella muy a mi pesar, y cada vez que me miraba en el espejo la veía reflejada en la imagen que este me devolvía. Mi madre se empeñaba en vestirnos igual y en cortarnos el pelo de la misma forma, aunque nuestras personalidades no podían ser más distintas. Ahí sí había una diferencia clara de la que siempre me había sentido muy orgulloso. Mi hermano Alessandro compartía con nuestra madre su forma de ser inconstante, alocada, irresponsable… mientras que yo siempre fui más sensato, tranquilo y responsable. Imagino que hacer que luciésemos igual era la manera en la que ella intentaba mostrar al mundo que no éramos tan distintos, a pesar de que yo siempre trataba de reafirmar mi propia personalidad.

Aquella no era la primera vez que me veía arrastrado por las locuras de mi hermano, pero sí la que más me dolió, pues era obvio que lo único que buscó fue dañarme de forma deliberada y vengarse de algo que pasó hacía un tiempo y que poco tuvo que ver con lo que él se empeñaba en creer.

Por supuesto que de niños jugamos al divertido juego de hacernos pasar el uno por el otro. Como era lógico, aquello quedó en la infancia, como muy tarde en la adolescencia, cuando en una ocasión Alessandro terció por mí con una chica que me gustaba y a la que era incapaz de pedir una cita por mi timidez.

Todo aquello no fue más que una etapa absurda de cambio y crecimiento, pero lo que sospechaba que había ocurrido con Esther iba más allá de lo que se espera de una persona sensata, respetuosa y adulta.

Pensar en ella hizo que el corazón se me encogiese. La mirada que me dirigió estaba llena de rabia y frustración. Lo que más me martirizaba era la

decepción que mostraban sus ojos. Sus preciosos ojos color miel se habían transformado en un pozo oscuro y profundo del que me iba a costar olvidarme.

Cogí las llaves de mi coche y arranqué a toda prisa en dirección a la casa de Alessandro. Notaba las manos temblorosas cuando me aferré al volante y pisaba el acelerador. Salí del barrio de forma acelerada y conduje a mayor velocidad de la permitida todo el trayecto. Necesitaba llegar cuanto antes para averiguarlo todo.

Mientras mantenía la mirada fija en la carretera, me martirizaba con preguntas para las que no hallaba respuestas. ¿Cuándo se habían conocido? ¿Dónde se habían visto? ¿A quién habría conocido primero? Y lo que hacía que se me acelerase el pulso: ¿en cuántas ocasiones? ¿Habría pasado algo entre ellos?

«Alessandro, ¿qué has hecho?, ¿qué has hecho?», me repetía una y otra vez sintiendo que la desesperación recorría mi cuerpo de arriba abajo. Aquello no podía estar pasando. La rabia que sentía en mi interior aumentaba por momentos. Golpeé con fuerza el volante con las manos al tiempo que negaba con la cabeza. Hubo un momento en el que tuve que frenar de golpe; estuve a punto de empotrarme con el coche de delante.

No podía ser cierto.

Alessandro no habría llegado tan lejos.

Seguro que tan solo había sido un juego sin mayor implicación, a través del cual intentaba vengarse a su manera de lo que ocurrió entre él, Andrea y yo.

Touché.

Aless había dicho *touché*… y eso solo podía significar una cosa… que entre ellos…

«No, no, no…», grité en el coche.

El intenso tráfico a esas horas comenzaba a desesperarme. Alessandro vivía en otro barrio más al este de la ciudad, en quartu Sant'Elena. Normalmente, se llegaba en apenas un cuarto de hora, pero llevaba casi treinta minutos intentando llegar y mi paciencia se estaba agotando.

Una vez allí, aparqué como pude en una calle aledaña y corrí hasta el edificio en el que vivía. No estaba del todo seguro de si estaría en casa. Fui precavido y cogí una copia del juego de llaves que tenía en mi casa. Me daba igual esperar horas hasta su regreso; no me movería de allí hasta aclararlo todo.

Tras llamar y comprobar que no había nadie, metí la llave en la cerradura, al tiempo que la tensión se aferraba a mis hombros. Nada más entrar, deambulé por la casa para comprobar que no estaba en alguna de las habitaciones. No, no estaba allí. Me senté nervioso en el sofá a esperar, mientras le enviaba un mensaje exigiéndole una conversación urgente. Obvié la información de que estaba en su casa porque le conocía y sabía que, de saberlo, no acudiría. No podía saber cuándo regresaría, pero al menos jugaba

con esa pequeña ventaja.

Los nervios podían conmigo y me impedían mantenerme quieto. Me levanté y me asomé a la ventana; unos minutos más tarde volví a recorrer el salón y, a continuación, aun sabiendo que podría encontrar algo que me destrozase, entré en su habitación. A pesar de mirar con atención, no vi nada que me resultase conocido que pudiese ser de Esther. Sin embargo, lo que sí vi fue un pañuelo de mujer apoyado en una silla y una profunda inquietud se apoderó de mí. Era imposible saber si pertenecía a ella o no. No nos conocíamos tanto. No pude evitar pasarme la mano por el pelo con verdadera desesperación y me dejé caer en el sofá.

Estaba a punto de largarme de allí, después de dejarle un mensaje de voz en el móvil del que sabía me arrepentiría durante mucho tiempo, cuando escuché unas llaves en la puerta. La entrada al piso daba directamente al salón, que a su vez tenía incorporada una cocina de estilo americano. Alessandro se quedó de piedra cuando me vio allí.

Me puse de pie de inmediato y le fulminé con la mirada.

—Imaginé que te plantarías aquí para darme la charla, pero no que te atreverías a entrar en mi casa sin mi permiso —afirmó mientras dejaba el casco de la moto y la mochila que portaba encima de una mesa.

—¿Te parece que lo que ha pasado no es lo suficientemente serio? —Me giré hacia él. La parsimonia con la que colocaba sus cosas sin tan siquiera dignarse a mirarme me desesperaba.

—¿Qué ha pasado, según tú? —dijo al fin, al tiempo que caminaba hacia el frigorífico para coger una botella de agua que abrió con absoluta tranquilidad.

—¿Que qué ha pasado? —repetí hecho una furia.

—Yo no he hecho nada malo.

—Define *malo* —le espeté.

—Defínelo tú. —Me miró por primera vez.

—¿Qué ha pasado entre Esther y tú? ¿De qué la conoces? ¿Por qué se ha puesto así?

—Pufff, esas son demasiadas preguntas y no tengo ninguna intención de darte tantas explicaciones, ni a ti ni a nadie. —Se tiró en el sofá y cogió el mando de la televisión, aunque le duró apenas unos segundos en la mano. Se lo quité y lo lancé al otro sofá que había enfrente.

—¿Por qué Esther ha reaccionado de esa forma? ¿Qué le has hecho? —volví a preguntarle intentando controlar el torrente de rabia que sentía en mi interior y que estaba a punto de estallar.

—Yo no le he hecho nada… Ella es mayorcita para saber lo que quiere o no…

Resoplé con fuerza.

—Te has hecho pasar por mí, ¿verdad? La has engañado. Has jugado con ella y sus sentimientos. Eres un…

—Dilo, tranquilo, puedes llamarme lo que quieras. Ya sabes que no me

afecta. —Dio un trago a la botella.

—Te has aprovechado de ella…

Alessandro negó con un gesto mientras reprimía una sonrisa.

—No te equivoques. Yo no me he hecho pasar por ti. No tengo tan mal gusto. Simplemente… no le he dicho quién soy.

—¡Es lo mismo! —bramé con desesperación.

—No. Ocultar información no es engañar. Ella ha sido la que siempre ha venido a mí. Creo que es más bien al revés… Me da la impresión de que yo le gusté desde el primer momento en el que nos conocimos en la playa.

¿Qué día era ese?, pensé.

—Lo noté ese día y en todos los demás en los que nos hemos visto. Creo que siempre ha creído que estaba conmigo en vez de contigo.

Fui hacia él, le agarré de la camiseta y le levanté del sofá.

—¿Qué ha pasado entre vosotros? Dime la verdad… —le grité harto de su actitud chulesca.

—¿Y a ti qué te importa? ¿Desde cuándo tengo que darte explicaciones sobre mi vida? —Se zafó de mi agarre y se dirigió hacia la ventana.

—Por supuesto que me importa, porque Esther no se merece esto. ¿No has visto el dolor en sus ojos?

Alessandro chascó la lengua y la paseó por el interior de la mejilla. Luego levantó la cabeza, cogió aire y soltó lo que sospechaba llevaba deseando decirme desde hacía mucho tiempo.

—Lo que ha pasado es que Esther vino a verme, se acercó a mí y me dejó muy clarito lo que quería, yo me puse tierno… y se lo di. ¿Te suena de algo?

Corrí hacia él y sin pensar le di un fuerte empujón que le hizo tambalearse.

—Eres un bastardo… —escupí con rabia.

—Nos parecemos bastante, ¿no crees?

—Te has aprovechado de ella…

Me llevé las manos a la cabeza con verdadera angustia. Las palabras de Esther cobraron vida en mi cabeza, al igual que el dolor en sus ojos.

—¿Te martiriza pensar que ella vino a buscarme?

Cogí aire y cerré los ojos con fuerza.

—Pues lo siento, no es la primera vez…

Los abrí de golpe.

—Ni la única vez que he visto deseo en sus ojos. Hace un tiempo estuvo a punto de besarme en la playa.

Me miró de reojo buscando una reacción por mi parte, pero apreté los músculos de la mandíbula con toda la fuerza de la que fui capaz e inspiré hondo.

—¿Cuántas veces os habéis visto a solas? —quise saber, aunque sospechaba que la respuesta iba a destrozarme.

—Unas cuantas. Aunque te repito, siempre ha sido ella la que me ha buscado… bueno, a excepción de algún que otro encuentro espontáneo en un

local nocturno.

Apoyé las manos en las caderas y eché la cabeza hacia atrás. ¿Cómo podía ser cierto todo lo que estaba oyendo? ¿Con quién pensaba entonces Esther que había estado? ¿Quién de los dos le gustaba realmente? ¿Era verdad o mentira todo lo que había vivido con ella los días anteriores?

Tuve que parpadear con rapidez al sentir los ojos acuosos.

—Quizás con quien deberías hablar es con ella. Puede que hayas estado intentando conquistarla en balde todo este tiempo… —me remató.

—¿Todo esto te hace gracia? —le espeté mientras una oleada de indignación recorría mi cuerpo—. Esto no es un juego. Hay una tercera persona a la que has hecho daño, que está sufriendo por tu culpa. Hay sentimientos entre… —No pude continuar, porque el *nosotros* que iba a pronunciar ya no estaba seguro de si existía o no.

—Ah, ¿sí? —preguntó con jactancia—. También los hubo en el pasado, pero te dieron igual…

—¡Esto no es lo mismo! —le grité.

—¡Por supuesto que sí!

—¡Andrea no te quería! —exclamé hecho una furia—. Te empeñaste en creer que sí. Ella no te quería como tú deseabas que lo hiciese…

—¡Yo a ella sí! —bufó y esa vez fue él quien me dio un fuerte empujón que me hizo golpearme la espalda contra la pared—. Era la primera vez que me enamoré de verdad… ¡y tú lo sabías! Te importó muy poco destrozar el corazón de tu hermano. Ahora soy yo el bastardo, ¿no es así?

Ambos nos desafiamos con la mirada.

—Podrías haberte retirado —continuó—, ¡pero no lo hiciste! Claro… qué buena es la sensación de ser el hermano bueno, el perfecto… el que siempre gusta, ¿verdad?

—Lo de Andrea surgió solo —le corregí lleno de rabia—. Yo no lo busqué. Surgió sin más. Hablé con ella, intenté explicarle que no estábamos obrando bien, pero ella insistió en que lo intentásemos. Nos enamoramos…

Soltó una risita irónica.

—Nos enamoramos… —repitió mis palabras. Aunque percibí que el dolor impregnaba su voz, yo no me sentía responsable de aquel sentimiento amargo.

—No puedes obligar a la gente a que te quiera, Aless. Andrea no te quería —afirmé en un intento de hacerle comprender que el pasado no tenía relación con el presente.

—A ti sí, claro. ¡Cómo no hacerlo! ¡Cómo no amar al perfecto Davide Miscali! ¿Para qué ibas a pensar en tu hermano?

—Las cosas no fueron como tú piensas…

—¡Me da igual cómo pasase! —exclamó con la voz desgarrada—. Lo doloroso fue que te dio igual lo que yo sentía, porque ella te escogió a ti y eso fue lo único que te importó. Una vez más, Davide demostraba al mundo que su forma de ser era la correcta y la que todo el mundo adora.

—Eso no es verdad. Nunca compartiste conmigo tus sentimientos hacia ella. No soy adivino… —Desvié la mirada hacia la ventana.

Me dirigió una mirada llena de odio. Sí, odio. Una palabra que no debería tener cabida entre dos hermanos, mucho menos siendo gemelos, pero que entre nosotros había ido creciendo desde que nuestra madre decidió separarnos cuando regresó a Ibiza con él para empezar una nueva vida, mientras yo me quedaba con mi padre. No era que me arrepintiese de aquella decisión ni mucho menos. Nunca me había llevado bien con mi madre, simplemente no nos entendíamos. Alessandro y yo chocábamos a todas horas. Él me recordaba demasiado a ella y yo a él demasiado a nuestro padre… La guerra siempre estaba activa entre los dos, incluso de pequeños.

—¡Mentira! Te lo conté… te dije que sentía cosas por ella que no había sentido nunca antes… No me creíste.

—¿Cómo iba a hacerlo? ¿Tengo que recordarte la fama que tienes en toda la isla? Nunca has tenido una relación seria con nadie. Siempre te cansas incluso antes de empezar. Las mujeres nunca te han interesado más allá de lo que te ofrecen sus cuerpos… —le recriminé sabiendo que aquello iba a hacerle saltar como un resorte.

—¿Cuántas relaciones serias has tenido tú, imbécil? Yo no habré sido muy constante, pero al menos he vivido… No como tú, todo el día con el miedo en el cuerpo, con esa triste sensación que te inculcó nuestro padre sobre el amor y las relaciones.

—No metas a papá en esto. Respeta su memoria —bramé—. Lo único que estoy diciendo es que el amor nace, no se puede controlar. Andrea no logró sentirlo hacia ti... Yo no lo busqué, surgió sin más. Siento si te hice daño.

—¡No me hables de amor! Eres un hipócrita. —Dio un manotazo a la botella de agua que había dejado encima de una mesa—. ¡Tú no sabes lo que es eso! No te has enamorado en la puta vida. Le tienes pánico a sentir. Eres igual que papá, siempre comedido, siempre sufriendo…

—¿Y dices que tú sí? Tú que vas de una mujer a otra, al que conocen en la playa como Miscali *Il casanova*…

—Quizás no me conozcas tanto como crees… —Apretó la mandíbula de forma clara.

—Lo mismo digo. Me dais igual tú y tus desvaríos… Lo único que te estoy exigiendo es que me cuentes qué ha pasado con Esther. Ella no se merece esto. Habla con ella y acláralo todo.

—No pienso aclarar nada. Ella sabrá lo que le interesa. Se acostó conmigo de forma voluntaria… más que eso diría… vino a buscarme y me lo pidió a gritos.

Tuve que apretar los puños con fuerza para controlar el instinto de plantarle un puñetazo en toda la cara.

—¡Tienes que hablar con ella! —le urgí.

—No tengo nada que hablar con ella ni con nadie. Si ella quiere hablar

conmigo ya sabe dónde encontrarme, como ha hecho en otras ocasiones. Vete ya de mi casa. Estás empezando a ponerme de muy mal humor y no quiero que esto se nos vaya de las manos —me dijo mientras regresaba al frigorífico, esta vez para coger una cerveza.

Intenté respirar profundamente, pero el aire se me escapaba de los pulmones.

¿Qué iba a hacer?

¿Cómo podía convencer a Esther de que aquello no tenía nada que ver conmigo?

—Le debes una explicación. ¡Te has acostado con ella fingiendo ser yo! —le grité de nuevo, desesperado y sin poder creer lo que acababa de decir—. Me echas en cara lo que ocurrió con Andrea, pero no tiene nada que ver.

—Si ella me pide alguna, se la daré, pero te puedo asegurar que esta tarde estaba muy segura de lo que hacía. De hecho, creo que le sorprendió lo que sintió… Aunque no me extraña, porque si tú y ella antes…

Ya está. Se lo di.

Un puñetazo en toda la cara.

Se lo había ganado por cabrón.

No me sentí aliviado tras golpearle. En realidad, diría que me sentí peor, más cabreado, en ese instante conmigo mismo, más ruin, menos yo. Más él.

Me senté en el sofá y apoyé las manos en la cabeza. ¿Por qué tenía que estar pasando eso? ¿Por qué si todo iba bien?

—Joder, joder, joder —repetí en bucle—. No puedo creer que me hayas hecho esto. No ahora, no con Esther.

Alessandro no dijo nada. Ni una sola palabra.

Levanté la vista y le dirigí una mirada llena de frustración.

—¿Ya estás contento? ¿Ya te sientes satisfecho por haberme jodido? —dije con voz queda.

No le dio tiempo a contestar. En ese momento alguien abrió la puerta. Cuando vi de quién se trataba quise morirme allí mismo. Abrí los ojos como platos y le miré exigiéndole una explicación.

—Hola, hijo. —La oí decir a mi espalda al tiempo que notaba que un escalofrío me recorría en todas las direcciones.

Clavé la vista en el suelo mientras intentaba controlar la angustia que se me había agarrado al pecho.

—No sabía que vendrías a vernos.

—¡No he venido a ver a nadie! —Me di la vuelta para enfrentarla.

—Me alegro mucho de verte. Llegué hace unas semanas. Te he estado llamando…

Alcé una mano para pedirle que se callase. No podía más. Lo que menos necesitaba en ese momento era aquella versión de una madre perfecta, cariñosa y atenta con sus hijos.

—Había pensado en ir a comer juntos los tres. Tenemos unas cosas que…

—¡Cállate! —le pedí—. No quiero escucharos más a ninguno de los dos.

Me levanté del sofá y comencé a buscar las llaves de mi coche. Juraría que las había metido en el bolsillo del vaquero, pero no estaban ahí. Nervioso y harto de aquella situación empecé a impacientarme mientras movía los cojines del sofá.

¿Dónde coño las había puesto?

Resoplé con fuerza.

—Veo que tienes prisa. Llámanos, por favor. Tengo ganas de comer con mis…

—¡No lo digas! ¡Ni se te ocurra decir esa palabra! —le espeté. Encontré las llaves en un lateral del sofá.

—Davide, por favor… deja ya ese rencor que solo te hace daño. Vivamos en paz y amor…

La taladré con la mirada y a continuación me dirigí a la salida.

—Davide, hijo…

—Dejadme en paz.

Y cerré la puerta de un portazo.

Estaba harto, hastiado de aquel discurso falso de amor y armonía, de su pacifismo impostado, de su hipocresía.

Me subí en el coche y volví a dar otro golpetazo con la mano en el volante, que me dolió de verdad. Cerré los ojos, suspiré y eché la cabeza hacia atrás para apoyarla en el reposacabezas.

Estaba muy cabreado, mucho. Más de lo que había estado en mucho tiempo. Y me arrepentí con toda el alma de no haberle hablado a Esther de él cuando había surgido la oportunidad, cuando ella me había preguntado algún detalle más de mi familia. Había provocado justo lo que intentaba evitar. Quise protegerla de Alessandro, pero la llevé directa hacia él con mi estupidez.

¿Cómo pude errar de aquella forma?

¿Cómo no se me ocurrió pensar que quizás pudiesen conocerse?

¿Cómo fui tan inocente de no creer que Alessandro aprovecharía la más mínima oportunidad para darme donde más me doliese?

Arranqué el motor y, en esa ocasión, conduje a casa con lentitud. Me notaba nervioso y algo distraído, por lo que intenté poner atención en la carretera, no fuese a empeorar aún más las cosas.

Cuando pasé por la calle en la que vivía Esther no pude evitar detenerme unos segundos para observar su balcón.

Suspiré.

Necesitaba encontrar la forma de acercarme a ella, de explicarle que yo no había tenido nada que ver. De nuevo, la expresión en sus ojos me recordó que no iba a ser una tarea fácil. Conocía muy bien el poso amargo que deja la decepción y lo difícil que era desprenderse de él.

De forma automática, recordé su libro y las verdades del amor sobre las que estaba escribiendo y una de ellas, quizás la más dolorosa de todas, pero

una de las más certeras, se me clavó en lo más profundo del corazón, escociendo como lo hace una herida recién desinfectada: *del amor al odio tan solo hay un paso*.

Por desgracia, aquella herida que había surgido entre los dos era profunda y sangrante y no iba a curar fácilmente.

26

ESTHER

—No me vengas con esas, Esther. No nos vamos a ir a ningún sitio —dijo Bea mientras iba detrás de mí con una taza de café en la mano.

Cerré la puerta de mi habitación de un portazo. Sin embargo, Bea volvió a abrirla en apenas un par de segundos.

—No quiero quedarme aquí. ¿Tan difícil es entenderlo? —Suspiré y me derrumbé en la cama.

—Por supuesto que no. Entiendo que estés triste, defraudada… y que no te apetezca cruzarte con él ahora mismo…

—Con ellos, querrás decir —la corregí.

—Bueno… sí, con ellos… pero ¿desde cuándo nos hemos rendido ante un problema? —Se sentó a mi lado en la cama.

—Esto no es un problema, Bea. Es un engaño. Se han reído de mí en mi propia cara y me han usado como a una idiota que se deja enamorar con cuatro palabras bonitas. No quiero seguir viviendo aquí. ¡Son los dueños del piso!

Bea resopló, se levantó de la cama y se puso frente a mí.

—Esther, no quiero que lo que voy a decirte suene mal, pero… ¿podrías por una vez dejar de pensar solo en ti? Sé que esto es duro. Te he oído llorar durante toda la noche, no te creas. Entiendo que haya sido un golpe fuerte, porque, como imaginaba, te has enamorado del vecino…

—¿Qué vecino? —grité malhumorada—. Ahora mismo no tengo ni idea de quién es quién.

—Eso lo vamos a averiguar enseguida. Lo que quiero decir es que… —cogió aire y lo soltó muy despacio— no quiero marcharme ni regresar a Madrid. Acabo de llegar y todo esto ha estallado apenas un par de horas después de poner el pie aquí. Llevo todo el año trabajando muy duro… yo también me merezco un descanso.

La miré con gesto apesadumbrado y, tras hacer un puchero, me puse de pie y la abracé. Tenía razón, claro que la tenía. Como siempre. Pobrecita. Ya me había aguantado suficiente durante mis broncas con Sergio y los consiguientes bajones, cuando estaba de mal humor porque, a pesar del duro trabajo, me costaba horrores entregar a tiempo los proyectos en el trabajo, cuando me llevó al hospital… y ahora esto.

—Lo siento. Soy una egoísta. Siempre con problemas, siempre amargándote la vida —dije sollozando.

—No seas tonta. No lo digo por eso. Las dos nos merecemos pasar un

tiempo juntas, de vacaciones.

—Sí.

—Iremos donde tú quieras, recorreremos la isla hasta que nos apetezca… y nos olvidaremos de esos dos gilipollas hasta que nos apetezca. Por favor, no me hagas volver a Madrid.

—¿Cómo voy a gestionar asomarme al balcón y verle, Bea? —Sentí un pinchazo agudo en el pecho.

—Levantando la cabeza bien alta y demostrándole que no te dejas hundir por nadie.

—Eso es muy fácil decirlo…

—¿No decías que no quieres ver a ninguno de los dos?

—Y no quiero… pero ¿cómo lo voy a evitar? Vive enfrente. Además, lo que ha pasado entre nosotros me pareció tan real, tan distinto a lo que he vivido hasta ahora que… —No pude terminar porque el nudo en la garganta se me hizo una bola enorme.

Bea me apretujó entre sus brazos con fuerza. Luego nos sentamos en la cama y me dejó llorar mientras me acariciaba el pelo.

—Mira, vamos a hacer una cosa. Lo primero es averiguar con quién has estado en cada momento, porque si no lo hacemos vas a vivir en una eterna confusión. Y después vamos a hablar con ellos. Se van a enterar. Si piensan que esto va a quedar así, es que no me conocen. Tienen suerte de que ayer no tenía muy claro lo que estaba pasando, que si no…

Reí al escuchar su tono de voz indignado.

—¿Por qué han hecho esto? Es que no lo entiendo… Davide me pareció una buena persona. ¿Tan inocente parezco?

—No creo que tenga que ver contigo. Me da la sensación de que es algo entre ellos; una especie de jueguecito entre gemelos que quizás se les haya ido de las manos…

—Me da igual. El daño está hecho. Me he acostado con los dos, Bea —mascullé y me llevé las manos a la cara, avergonzada.

—Lo sé y les vamos a exigir una explicación. Tú no tienes por qué avergonzarte de nada. Siempre creíste estar con la misma persona. Y aunque hubieses querido estar con los dos… ¡solo me faltaba que una mujer libre no pudiese acostarse con quien quiera! —bramó indignada.

—Nunca me había sentido tan bien con alguien… aunque, mira, todo ha sido mentira… —murmuré y sentí los ojos de mi querida amiga clavados en mi rostro.

—Ven, vamos a hacernos otro café para despejarnos y me cuentas todo lo que has vivido con ellos.

Tras varios cafés, alguna que otra lágrima y muchos suspiros, llegamos a la convicción de que los dos eran unos auténticos cabrones que habían jugado conmigo. Aunque con la ayuda de Bea logré tener más o menos claro los distintos momentos que había compartido con cada uno de ellos, sin que tal

hallazgo restase un ápice de dolor a mi corazón.

—Lo dicho, no quiero saber nada de ninguno de los dos —sentencié mientras me levantaba del sofá en dirección al baño.

—Al menos debes dejar que ambos se expliquen —me pidió Bea desde el sofá.

—¿Para qué? ¿Para que me mientan de nuevo y se inventen una excusa estúpida que justifique todo? —gruñí—. De eso nada. Se acabó. Estoy harta de ser la tonta que siempre sufre por amor.

Entré en el baño de nuevo dando un portazo.

Tras una ducha muy caliente sentía los músculos menos tensos. Entré en mi habitación dispuesta a ponerme un pijama para tirarme de nuevo en la cama. Bea irrumpió con mi móvil en la mano.

—Tienes un mensaje. —Me lo dejó encima de la cama.

Yo lo miré de soslayo sin saber si debía molestarme en cogerlo.

—No pienso mirarlo.

—Pues deberías… No sabes de quién es.

—Del Papa, no te jode… ¿de quién va a ser? —le espeté de mal genio.

—Vale, Esther, haz lo que quieras… —dijo y se marchó.

Me senté en la cama muy cabreada. Me enfadaba estar de tan mal humor, Bea no se lo merecía, pero es que la rabia que sentía en mi interior era tan grande que era incapaz de manejarla. Me sentía una tonta… una tonta integral que se había dejado engañar por dos tipos de la forma más absurda. ¿Cómo no me pude percatar en ningún momento de que eran dos personas distintas? Es que Bea estaba en lo cierto. Mi cerebro no procesaba cuando se trataba de Italia y de los italianos. «Seguro que esto no me habría pasado en otro sitio», me dije en voz alta en un intento de engañarme a mí misma. En el fondo de mi corazón sabía que no había sido mi amor hacia un país o su gente, sino su sonrisa, sus preciosos ojos color del mar… sus besos.

El teléfono volvió a vibrar y emitir un tono de mensaje. Lo miré con desgana durante unos segundos y, al final, decidí cogerlo. Solo iba a ver de quién se trataba, no a leerlo. Y ahí estaba, Davide con dos mensajitos.

Me llevé las manos a la nuca y me tamborileé el cuello con los dedos. No iba a abrirlos, no podía, no debía. El corazón me latía a mil revoluciones. Al final abrí la conversación y los vi.

Davide:
Llámame, por favor

Un minuto más tarde había otro.

Davide:
Siento que te hayas visto
inmersa en esto. Por favor,
déjame explicártelo.

Y, como si mis dedos tuviesen vida propia, antes de que me diese cuenta

estaba tecleando un mensaje y dando a la tecla de enviar.

Yo:
Que te den.

Sí, lo sé. Fue un mensaje muy maleducado y duro, pero ¿qué podía hacer? Se lo merecía por mezquino.

Tiré el móvil encima de la cama y salí de la habitación. Me encontré a Bea revisando algo en su portátil.

—¿Qué buscas?

—Los correos electrónicos que he intercambiado con Davide desde el principio. Siempre me ha parecido un tipo muy educado y cordial.

—Una cosa no quita la otra… —Me senté a su lado en una silla—. Yo también soy educada y le acabo de mandar a la mierda.

Bea se giró para mirarme.

—¿Qué te ha dicho en el mensaje?

—Lo que ya esperaba… que lo siente, bla, bla, bla…

—¿Miraste si tenía redes sociales? —Volvió a fijar la vista en la pantalla del ordenador.

—Sí, no encontré nada.

—Eso es porque no buscaste a Alessandro Miscali… —Nos miramos y en un instante ya estábamos abriendo varias redes sociales.

—Hay un montón de personas que se llaman así… —afirmó Bea tras un suspiro lleno de frustración.

—Me da igual que tengan redes o no. Ya no hay vuelta atrás. ¿Podemos comer algo e irnos lejos a pasar el día? Lo que menos me apetece es estar en el barrio…

Comimos unas tostadas y poco después encaminamos nuestros pasos hacia la parada del autobús. Pablo y Lucca me habían hablado de un anfiteatro muy bonito en el centro y todavía no lo había visitado. Fuimos hasta allí para hacer un poco de turismo.

Pasamos el día entre edificios históricos, museos y tiendas de moda en las que Bea se compró un montón de ropa.

Cuando regresamos a casa ya había anochecido. Nada más llegar y mientras me estaba cambiando de ropa, sonó el timbre.

—Voy yo —gritó Bea.

Llegué al salón al tiempo que me metía por la cabeza la camiseta del pijama y allí me encontré con un enorme ramo de flores.

—¿Qué es eso? —pregunté mientras sentía que la bilis del estómago se me revolvía.

—Un ramo de rosas.

—¿Quién lo ha traído?

No la dejé terminar, corrí al balcón y me asomé.

—*Ehi, tu. Qui sopra* —le grité al chaval que acababa de salir del portal.

El muchacho miró hacia arriba y me vio hacerle un gesto para que

subiese. Cerré la puerta del balcón, cogí el ramo y me dirigí a la entrada del piso.

—¿Qué haces? —preguntó Bea extrañada.

—¿Que qué hago? Devolverle esto.

—¡Pero si no has visto de quién es!

—Puedo imaginarlo…

Nada más oír el timbre abrí y le puse en la cara el ramo de flores.

—*Qui c'è questo… per te*. No lo quiero.

—*Ma è per lei, signora* —comentó el chico con apuro al tiempo que lo cogía como podía.

—Ni *signora* ni nada. No lo quiero. Se lo dices al que te lo ha encargado.

—*Ma il signor* Davide *si arrabbierà*.

—Pues me da igual que se enfade. Se lo dices de mi parte. Que se meta las flores por donde le…

—¡Esther! —Oí a Bea detrás de mí.

Me giré hacia ella con rabia. Solo me faltaba que mi propia amiga pretendiese que me quedase las flores.

—*Mi dispiace* —le dijo Bea y cerró la puerta con cuidado después de dedicarle una sonrisita de disculpa al chaval.

—¿Te has vuelto loca o qué?

—¿Encima tengo que aceptar sus regalos?

—Por supuesto que no… pero, joder, Esther, ese pobre chico no tiene la culpa.

Sintiéndome la peor persona del mundo fui al salón y me senté.

—Esther, debes tranquilizarte, te lo pido por favor. Así no puedes estar. Entiendo tu rabia, pero estos arrebatos no te hacen bien. Luego te da el bajón y te sientes peor.

—Es que todo esto me supera, Bea. Me siento muy mal. La sensación de fracaso que noto en mi interior es horrible. —Me llevé las manos al pecho con angustia.

—Lo puedo imaginar, pero debes pensar en ti y en tu salud. No gestionas bien la angustia.

—Ya… —dije con un puchero y voz infantil.

—Tranquila. Además, ¿qué has conseguido haciendo eso?

—Dejarle muy claro que no me interesa nada que venga de él —dije con toda la dignidad de la que era capaz.

—¿Y si contenían una disculpa sincera? —Me miró preocupada.

—¡Me da igual! —exclamé con hartazgo.

—La tarjeta se ha caído. —Me la entregó.

—No pienso leerla.

—Vale, ¿te importa que lo haga yo? No es por cotillear, es por ir aclarando las cosas…

—Haz lo que quieras… —Encendí la televisión y me crucé de brazos.

Bea abrió el pequeño sobre que contenía la tarjeta y la leyó. Después la

dejó encima de la mesita que teníamos enfrente y fue a la cocina.

A pesar de que intenté reprimir el impulso de mirar lo que ponía, no pude y sus palabras me partieron el corazón en mil pedazos.

Sé que soy de alguna forma responsable de esto. No puedo más que decirte que lamento mucho lo sucedido. Por favor, no creas que lo que hemos vivido no ha sido cierto, porque para mí ha sido lo más real que he vivido nunca.
Mi dispiace, bella.
Davide

Rompí a llorar sin consuelo mientras los recuerdos inundaban mi mente y ahogaban mi alma. Nada más regresar al salón, Bea corrió a abrazarme. Una vez más, me llevó a la cama con toda la paciencia del mundo y nos tumbamos juntas sin decir nada. Casi estaba quedándome dormida a su lado cuando oímos sonar mi móvil. En esa ocasión fue ella quien lo cogió al instante.

—Es un mensaje de un número que no tienes añadido en contactos. —Me apoyé sobre los codos para cogerlo.

Debajo del número de teléfono aparecía el mensaje: «Ciao. Soy Aless. Mi dispiace, bella. Lamento mucho lo sucedido. Me gustaría hablar contigo».

Y esa vez fue Bea la que tras leerlo soltó un taco y lo tiró a la cama.

—¿Pero serán cabrones? Casi había conseguido conmoverme con el mensajito en la tarjeta y ahora el otro te deja un mensaje casi idéntico. ¿A qué juegan estos dos? —Resopló con fuerza y emitiendo un ligero pitido y yo supe que la guerra había estallado. Cuando Bea soplaba sonoramente, su paciencia se había agotado.

27

DAVIDE

Nada más salir de la ducha me miré en el espejo del baño y aborrecí la imagen que me devolvió. Me llevé las manos a la cabeza y revolví los rizos mojados. Me observé el rostro y me fijé en la mirada triste que mostraban mis ojos. Me los froté en un intento de borrar aquella pena acoplada en ellos, pero al abrirlos allí estaba de nuevo, recordándome lo sucedido, reflejando a mi madre y haciendo que el corazón me diese un vuelco.

Abrí el primer cajón que había debajo del lavabo y saqué una afeitadora que llevaba años sin usar. Sin pensarlo dos veces me la pasé por la cabeza. Y con cada mechón que caía sentía que iba liberando cargas que no eran mías.

Suspiré con fuerza cuando terminé y me apoyé en el lavabo con una inmensa sensación de frustración y de fracaso; paralizado y sin saber qué hacer. La noche anterior Esther me había devuelto el ramo de flores mandándome un mensaje aún más claro que el que recibí en el móvil.

Me revolví el pelo ahora mucho más corto para adecentarlo lo que pude, fui a vestirme y salí de casa en dirección al restaurante. Decidí desviarme un par de calles para caminar un poco; me sentía demasiado agobiado para ponerme al frente de todo el equipo.

Lo que no esperaba era que, al girar hacia la calle del restaurante, me encontraría de bruces con ella. Nuestros cuerpos colisionaron como lo hicieron la primera vez, en la que nos conocimos, y del impacto se me cayó el móvil que llevaba en la mano.

—Esther… espera —le dije en cuanto ella se percató de que se había chocado conmigo y comenzaba a caminar calle arriba.

—Déjame en paz. —La oí decir mientras seguía caminando a buen paso.

Me adelanté a ella y me puse de frente. En ese momento me di cuenta de que le extrañó mi nueva imagen, porque la vi fruncir el ceño. Me esquivó y continuó andando.

—Esther, *per favore*. Déjame que te explique… Hablemos, luego si ahora no te viene bien. —Volví a ponerme frente a ella.

—No quiero hablar contigo.

—*Per favore*, solo un minuto. No es lo que tú piensas…

Se detuvo un instante y se giró para mirarme.

—No, es mucho peor… digno de una película de serie b. ¡Los gemelos Miscali en acción y la española tonta! —Volvió a andar.

—No es nada de eso… pero es complejo. ¡Tienes que dejarme que te explique! —exclamé a gritos.

Se giró de nuevo.

—Yo a ti no te tengo por qué dejar hacer nada… eres un sinvergüenza, me has engañado, te has aprovechado de mí… eres un… —Se contuvo.

—Vale, llámame lo que quieras, me lo merezco… —La así del brazo con suavidad y ella se zafó de golpe.

—No se te ocurra tocarme. Tú y yo no tenemos nada más de lo que hablar.

—Esther… —Le supliqué con las manos.

—Ah, y de momento nos quedamos en el piso, aunque estoy intentando convencer a Bea para que nos mudemos a otra parte de la isla. No intentes acercarte más a mí. Olvídate de que me conoces.

Echó a correr hacia su calle y la dejé ir. No había nada que pudiese decir para hacerla cambiar de opinión. Me apoyé en las rodillas unos segundos para intentar calmarme y deshice mis pasos hacia el restaurante. Antes de llegar me encontré con la *nonna*, quien se extrañó de mi apariencia y del gesto de angustia que debía reflejar mi cara.

—*Tesoro mio, stai bene?*

—*No, nonna, non sto bene… Ho rovinato tutto, nonna, tutto* —le dije y me alejé de ella a paso lento tras darle un beso en la mejilla.

Y era cierto. Había estropeado todo con mi estúpido ego, lo más bonito que me había pasado en mucho tiempo, lo único que me hacía sentir seguro. Había dañado a la única persona que había conseguido que me abriese a sentir sin miedo.

Nada más entrar en el restaurante, Antonio, nuestro chef repostero, me informó de que había incluido en la carta del mes la *torta di ricotta e pistacchi*. Me rendí y le dije que necesitaba volver a casa porque no me encontraba bien.

El destino estaba apretando las cuerdas para ajustar cuentas conmigo, pero en ese momento no me sentía con fuerzas para lidiar aquella justa.

28

ESTHER

—¿Te puedes creer que se ha cortado el pelo? —dije nada más entrar en casa y mientras me dirigía a la cocina a dejar la bolsa de fruta que había comprado.

Bea me miró sin entender.

—¿Quién se ha cortado el pelo?

—¿Quién va a ser? El sinvergüenza de Davide. Resulta que ahora no le viene bien parecerse a su hermano.

—¿Le has visto?

—Sí, cuando regresaba. Me he chocado con él cuando giraba la esquina y el muy cabrón encima me dice que le tengo que dejar que se explique…

—Hombre… tampoco sería mala idea que te diese una explicación.

La fulminé con la mirada.

—Que te explique no quiere decir que le perdones, Esther.

—¿Qué me va a explicar? ¿Que se lo ha pasado bien mientras se pasaban a la española de uno a otro?

—Yo qué sé… Es un cabrón, de eso no hay duda, los dos lo son, pero… a lo mejor…

—¿A lo mejor qué?

—Quizás no es tan responsable como el otro… ¿Y si es algo que te ocultó Alessandro sin que Davide lo supiese?

—¿Te estás escuchando? —le pregunté indignada.

—Sí, lo sé. Suena muy raro todo esto…

—No suena raro… suena muy ofensivo. No soy una muñeca hinchable que se puedan pasar de uno a otro, Bea.

—Que ya lo sé… es solo que yo creo que no estaría de más que hablases con los dos. Yo me pongo muy nerviosa si no aclaro las cosas con la gente. No puedo hacer como si nada hubiese pasado. Si yo fuese tú los enfrentaría.

—No quiero verlos…

—Vale, respeto tu decisión, pero no estoy muy segura de si esto te va a hacer bien… La rabia se va anclando y luego…

—Bueno, luego ya veré lo que hago. Ahora no quiero ni verlos ni escuchar sus mentiras.

El encuentro con Davide me había agotado. La ansiedad se había apoderado de mi cuerpo y me había dejado para el arrastre. Tras una pequeña siesta, Bea consiguió que saliésemos a pasear esa tarde hasta la cafetería de Pablo y Lucca, quienes no dieron crédito a lo que les contamos.

—Esther, nena, si llego a saber que conocías a esos dos te habría advertido sobre Alessandro. No es mal tipo, aunque es muy mujeriego —dijo Pablo.

—¿Le conoces?

—Sí, de la playa… alguna vez hemos practicado deportes acuáticos en su escuela.

Fruncí los labios con disgusto.

—Pensé que conocía solo a Davide, pero… mira la sorpresa —dije con desgana.

—Davide es buena gente… me extraña que haya accedido a hacer algo así —comentó Pablo con extrañeza.

—No le conocemos tanto, *amore* —afirmó Lucca.

—*Certo*. ¡Qué fuerte!

—¿Qué explicación te han dado?

—Ninguna —respondió Bea a Pablo—. No deja que se expliquen…

La taladré con la mirada.

—Ya, es que… menuda situación…

—Deberías pedirles explicaciones —afirmó Pablo—. A mí me hacen eso y… —Cerró el puño indicando lo que haría en tal situación.

—Eso le digo yo… que los enfrente, pero no quiere.

—Bea. Parece que no estés de mi lado —le recriminé enfadada.

—*Bea ha ragione, amore* —comentó Lucca—. Tienen que decirte algo.

—Si me lo hubiesen hecho a mí, ya me habría plantado en su casa para decirles de todo. No me deja hacer nada…

—*Anche io* —comentó Lucca dando la razón a Bea.

—Necesito sentirme más fuerte para poder hacerlo. Ahora mismo verlos me afecta mucho. —Se me humedecieron los ojos.

—Pobrecita —dijo Pablo y me abrazó—. Yo la entiendo. ¿Te has enamorado?

Asentí con un ligero movimiento de cabeza y con la vista clavada en el suelo, sintiéndome una imbécil.

—*Si, ma… da chi?* —preguntó Lucca con gesto serio.

Aquella era la pregunta clave. ¿De quién me había enamorado realmente? ¿De Davide? ¿De Alessandro? ¿De una mezcla de los dos?

—¡Es que me parece increíble! —exclamó Pablo.

Y tenía razón. Aquella situación no solo parecía increíble, sino propia de una broma de muy mal gusto. Por desgracia, yo era la protagonista de una historia muy distinta a la que había soñado vivir allí. Desde luego que el destino tenía unos puntos de giro dignos del mejor escritor. El problema era que mi vida había vuelto a dar un vuelco dejándome con la sensación de estar bocabajo y sin saber cómo darme la vuelta.

29

DAVIDE

Frustración.

Aquella era la palabra que mejor definía mis sentimientos. Esther seguía sin responder a mis mensajes y ni tan siquiera había contestado a la infinidad de llamadas que le había hecho. Era obvio que no estaba dispuesta a darme una oportunidad y, por mucho que la presionase, no iba a conseguir nada.

Me pasaba las noches en vela intentando hallar la forma de hacer que me escuchase, de poder al menos contarle mi verdad y explicarle el porqué de aquella absurda situación. Sin embargo, sentía la mente tan embotada que me era imposible pensar con claridad.

Por las mañanas, cuando me miraba en el espejo después de lavarme la cara, veía reflejada la falta de sueño en las enormes ojeras que se habían instalado a vivir en mi rostro.

Con el segundo café en la mano mientras lo tomaba sorbo a sorbo sentado en el sofá con la mente en blanco, empecé a agobiarme. Me levanté al instante, dejé el café en la mesa y fui corriendo a vestirme. Necesitaba salir a pasear un poco o me volvería loco. El sol calentaba desde primera hora. Me puse unos pantalones de deporte cortos, una camiseta y las deportivas y me tiré literalmente a la calle.

Deambulé sin rumbo fijo durante un buen rato hasta que, agotado, decidí sentarme en una cafetería a tomarme otro café. Era consciente de que tanta cafeína no mejoraba el insomnio que sufría, pero sin tan necesaria sustancia no era capaz de levantarme de la cama. Esther me había calado muy hondo. Con su naturalidad y alegría consiguió que bajase la guardia que había levantado tiempo atrás. Estaba empezando a disfrutar lo que era enamorarse sin miedo al futuro cuando, de repente, todo giró y desapareció de un plumazo.

Zas.

Con la habilidad de un mago que chasquea los dedos, todo lo que había construido con ella se esfumó dejándome con una sensación de vacío que no había experimentado nunca.

Mentiría si dijese que no había pensado en mi padre y en su triste historia de amor desde que ocurrió el incidente, pero las palabras de mi hermano me hirieron como un cuchillo bien afilado y me hicieron pensar. Quizás era cierto que no me dejaba mecer por la vida, que siempre intentaba protegerme de cosas que aún no habían ocurrido, o que tenía miedo a amar porque estaba obsesionado con esa imagen de mi padre, con el corazón roto, resignado,

noche tras noche, mientras recordaba a su gran amor sin ser capaz de recomponer su vida de nuevo.

Escogí una de las mesas en el exterior y suspiré con fuerza nada más acomodarme en la silla. El camarero me dejó el café en la mesa y me preguntó si necesitaba algo más. Negué con un gesto y con una ligera sonrisa le agradecí su amabilidad.

Estaba demasiado caliente, me recosté en la silla y elevé la cabeza hacia el cielo para dejar que el sol bañase mi piel. Aunque hacía calor, lo agradecía. La temperatura del ambiente me ayudó a relajar un poco la ansiedad que sentía desde hacía días en los músculos. Me pasé una mano por la nuca y me froté el cuello, que notaba dolorido, y justo a continuación desvié la mirada hacia la derecha. Una pareja de veinteañeros no paraba de besarse y hacerse confesiones al oído. Me quedé mirándolos sin ser consciente de que estaba siendo un poco indiscreto hasta que el chico se giró hacia mí y me miró con cara de pocos amigos. Aparté la mirada de inmediato, apoyé los codos en la mesa y me llevé las manos a la cabeza.

Debía encontrar la manera de acercarme a ella. Tenía que existir alguna forma. Pensé en que Esther me parecía una persona razonable y sensata. No entendía cómo no me daba la más mínima oportunidad de explicarme. No obstante, era obvio que no todo el mundo se veía envuelto en un engaño semejante. Intenté ponerme en su lugar, entender cómo podría sentirse y comprendía su actitud, pero lo que nunca pensé es que desconfiaría tanto de mí, hasta el punto de ni siquiera querer escucharme. Mi palabra no tenía ningún valor para ella y eso me dolía, ya que siempre me había mostrado sincero. Aunque, claro, eso Esther no lo sabía. Lo único que poblaba su mente era que dos hijos de puta se habían reído de ella, la habían ofendido y usado como a un mero objeto que se pasa de mano en mano.

Cerré los ojos y me los froté con fuerza. Cuando los abrí, di un pequeño sorbo al café, que ya no me apetecía tanto, y volví a apoyar la espalda en el respaldo de la silla.

La pareja de enamorados se levantó y al pasar por mi lado el chico dio un ligero toque a una de las patas de la silla para dejarme claro que no le había gustado que mirase a su chica. Levanté la vista y le dirigí una mirada hostil.

—*Stronzo* —me dijo acercando su cara a la mía.

Cogí aire y me obligué a no responderle. Al fin y al cabo, había sido un poco insolente mirándolos de aquella forma y él era apenas un chaval.

Los vi alejarse abrazados por la cintura, mientras buscaba la cartera en uno de los bolsillos del pantalón. Me disponía a pagar cuando fijé la vista al frente. En el paso de cebra que había a unos metros me pareció reconocer a Beatriz, la amiga de Esther. No estaba seguro. Solo nos habíamos visto el día que llegó y durante el poco tiempo que coincidimos mientras le hacía entrega de una copia de las llaves del piso.

El corazón comenzó a latirme acelerado en cuanto el semáforo se puso en verde y ella comenzó a alejarse en dirección al barrio. Sin pensarlo, saqué de

la cartera un billete que ni tan siquiera miré, lo dejé encima de la mesa y corrí hacia ella. Cuando estaba a apenas un metro llamé su atención.

—Disculpa —le dije en español para comprobar con rapidez si era ella.

La chica se giró hacia mí, entrecerró los ojos y, tras juntar las cejas, le cambió el gesto. Me había reconocido. Suspiré aliviado. Sí, era ella. No obstante, quise asegurarme.

—¿Eres Beatriz?

Ella volvió a mirarme con un gesto de extrañeza.

—Sí —respondió con cautela.

—Hola, soy Davide, Davide Miscali —le aclaré.

—Te veo un poco distinto… —comentó mordaz.

Me llevé las manos a la cabeza y resoplé.

—Sí, bueno, el pelo… ¿Puedo hablar contigo?

—No creo que sea conmigo con quien tengas que hablar. —Se giró y comenzó a alejarse. Apuré el paso y me situé frente a ella.

—Por favor, es importante. Esther no me coge el teléfono ni responde a mis mensajes. Necesito…

—Normal —me cortó.

—Sí, lo sé, lo sé. Tengo que hablar con ella. ¿Podrías ayudarme?

—No quiere hablar contigo. Respeta su decisión al menos… ya que a ella no la has respetado lo más mínimo. —Comenzó a caminar de nuevo hacia un lado para esquivarme. De nuevo le corté el paso.

—Lo entiendo, de verdad… Por favor, te lo ruego… —Junté las manos a modo de súplica.

—No es algo en lo que yo pueda…

—Habla tú conmigo —le espeté dejándola con la palabra en la boca—. Dame cinco minutos, escucha lo que tengo que decir; dame una oportunidad.

La vi resoplar con fuerza mientras se debatía entre hacerlo o no. Se movía inquieta mientras sacaba el móvil del bolso. No sé si en algún momento tuvo la intención de llamarla. Lo sujetaba nerviosa al tiempo que lo encendía y lo apagaba.

—*Per favore* —le imploré.

—Conmigo no intentes ese jueguecito de italiano sexy porque no te va a funcionar —me advirtió—. Te doy cinco minutos. Esther me va a matar como se entere de que he hablado contigo… —Suspiró.

—*Grazie*… eh, gracias —me corregí y levanté las manos a modo de disculpa.

Le indiqué que me siguiese hasta la cafetería en la que había estado antes y nos sentamos en la misma mesa. El camarero aún no había ido a recoger el vaso ni el dinero. Me fijé en que había dejado un billete de veinte euros para un simple café. Lo cogí y lo coloqué debajo del servilletero para pagar lo que pidiésemos en ese momento.

—¿Quieres un café?

Bea me miró con desgana. Unos segundos más tarde, cuando el camarero

volvió a acercarse a la mesa, se giró hacia él y le pidió el café ella misma. A continuación, me miró un largo instante con gesto serio.

—Bueno, el tiempo se te agota. ¿Qué es lo que quieres? Tan solo he salido a comprar unas cosas y no me quiero retrasar.

—Pues yo… —No sabía cómo empezar a contarle todo lo que tenía en la cabeza. La sensación de culpa y vergüenza hacía que se me atascasen las palabras en la garganta.

—Más te vale que lo que tengas que decir sea convincente —se apresuró a decir—. No me van a valer excusas absurdas ni juegos de seducción. Le habéis hecho mucho daño y eso no lo voy a pasar por alto.

—Lo sé… y lo siento tanto. —Suspiré de golpe—. Yo no soy responsable de esto, debes creerme.

—¿Por qué debería hacerlo? Ahora mismo lo que tengo ganas de hacer es darte un buen tortazo por cabrón. Lo que habéis hecho es muy bajo, tío. Lo lleváis bien ensayado, por lo que veo…

Me miró fijamente y pude ver en sus ojos la rabia que sentía por el dolor de su amiga.

—Lo siento… —Me pasé la mano por el cuello. Estaba más nervioso de lo que pensé que estaría frente a ella y las palabras en español no fluían en mi mente.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —me inquirió molesta al tiempo que el camarero nos servía los cafés.

—*Cosa?* —preguntó el camarero extrañado.

—*Tutto bene, tutto bene*… esto no va con usted —dijo agitando las manos.

El hombre se encogió de hombros y siguió a lo suyo.

—Disculpa —dije para retomar la conversación—. Es que estoy un poco nervioso y no logro encontrar las palabras correctas en español.

—Yo no hablo italiano, así que…

Beatriz no me daba tregua y estaba empezando a arrepentirme de la decisión de hablar con ella.

—Verás… Yo tengo sentimientos hacia Esther —dije reuniendo el valor necesario. Ella chasqueó la lengua e hizo un mohín de enfado.

—Por eso la has jodido de esta forma y la has engañado, ¿no?

—No, yo… Yo no tengo nada que ver. Debes creerme. Ha sido mi hermano quien ha orquestado todo esto. Yo no sabía ni tan siquiera que se conocían.

—Delante de mí te dijo que él no había hecho nada que tú no hubieses hecho antes… ¿Cómo defines tú eso?

—Se refería a algo que pasó hace más de un año. No tiene nada que ver con Esther…

—Luego admites que ese jueguecito de gemelos lo habéis hecho más veces —me increpó.

—¡No! Nunca me he hecho pasar por mi hermano. No de adulto…

—Él sí por ti, al parecer…

—¿Y qué puedo hacer yo al respecto? No sabía que lo estaba haciendo.

—Podrías haber sido sincero con ella y haberle hablado de tu familia cuando surgió el tema, pero Esther dice que siempre evadías las respuestas. Ese tío es tu hermano gemelo, imagino que será una persona muy cercana a ti. ¿Por qué ocultarlo?

—No se lo oculté, le hablé de él… es solo que no le di demasiados detalles. No lo creí conveniente. —Me arrepentí en ese mismo instante de haber usado aquel adjetivo.

—¿Por qué? Tú mismo lo estás confirmando. Aquí hay un juego extraño que no cuadra y que ha arrastrado a mi amiga. Esther está mal, muy mal —afirmó con la voz impregnada de tristeza—. Estaba superfeliz cuando hablábamos por teléfono. Comenzaba a superar lo de Sergio, a ser ella misma otra vez… y vais tu hermano y tú y la hundís de nuevo. Menudos cabrones —susurró. La oí.

Beatriz hablaba sin mirarme, dejando que las palabras saliesen de su boca sin ningún filtro, con un claro gesto de preocupación. Me sentí morir allí mismo, ya que imaginaba que si Beatriz estaba diciendo todo aquello era porque veía a Esther mal.

—Si me lo hubieseis hecho a mí… —en ese momento me miró—, otro gallo cantaría… Esther es una tonta, siempre cediendo, siempre poniendo la otra mejilla.

Se quedó pensando unos instantes con la mirada fija en su taza y, a continuación, volvió a fijar la vista en mí.

—Si no tienes nada más que decir, me voy. —Hizo ademán de levantarse de la silla. La retuve apoyando la mano en su brazo.

—No, por favor, espera. Te lo contaré todo.

Inspiré hondo y, tras frotarme la cara con desesperación, comencé a hablar.

—Mi hermano Alessandro y yo apenas nos tratamos desde hace algo más de un año… Hemos tenido una infancia difícil y, aunque seamos gemelos idénticos, no podemos ser más distintos. Nuestros padres se separaron cuando éramos pequeños y durante varios años vivimos separados. Yo aquí con mi padre y él en Ibiza con nuestra madre. La relación con mi madre también es complicada… —Resoplé.

—¿Y eso qué tiene que ver con Esther?

—Nada y todo a la vez… Nunca hemos tenido buena relación a pesar de ser gemelos. Desde pequeños hemos chocado por nuestra forma de ser y porque él y mi madre siempre… Bueno, eso es otra historia que no viene al caso.

La pantalla de su móvil se iluminó y la vi mirar de reojo para luego volver a fijar la vista en mí mientras yo seguía hablando.

—Mi hermano se ha vengado de mí por un tema del pasado y ha escogido a Esther para hacerlo… —dije y sentí que las mejillas comenzaban a

arderme al ser consciente de lo terrible que sonaba aquello.

—Precioso… —Dio unas palmaditas—. Estáis picados entre vosotros y escogéis a una chica inocente que pasaba por ahí para resolver vuestras movidas con estúpidos engaños de gemelos.

—No…

—¡Estáis tratando con personas, no juguetes! —me gritó y dio una palmada en la mesa—. No podéis ir por ahí riéndoos de la gente de esta forma ni usando a las mujeres.

—Que yo no he hecho nada… —le respondí con frustración.

—No te creo. Esto no puede haber sido organizado por una única persona. Ha estado con los dos en muchas ocasiones y, ¡qué casualidad!, ninguno de los dos habló del otro. Aquí hay un juego muy sucio, por mucho que intentes negarlo ahora.

—El único motivo por el que le oculté la existencia de mi hermano en la isla era protegerla.

—¿Protegerla de qué? Ni que tu hermano fuese el coco… ¿No te das cuenta de que todo esto es absurdo? No hay explicación posible, Davide. Sería más honesto por tu parte aceptar lo que habéis hecho y ya está. Ella está mal, triste y decaída, pero no se va a morir. Lo superará y aprenderá la lección. Tiene mucha gente que la quiere en su vida.

Entre ellos, yo, pensé, aunque no pude pronunciar aquellas palabras. Tan solo nos conocíamos hacía tres meses, aunque ese tiempo fue suficiente para que despertase en mi interior sentimientos hasta entonces nuevos para mí.

—Yo… lo siento tanto, de verdad. —Parpadeé varias veces para contener las lágrimas y me llevé las manos a la cara intentando ocultar la vergüenza.

La oí suspirar.

—Mira, Davide, yo no soy con quien debes hablar… Siento que ella no quiera darte esa oportunidad. Debes respetarlo. Se siente muy ofendida y no le faltan motivos. De hecho, está intentando convencerme para que regresemos a Madrid, pero yo me niego, al menos de momento…

Me retiré las manos de la cara al escucharla decir aquello y la miré.

—Te he pagado hasta finales de noviembre…

—No hay problema con eso —me apresuré a decir—. Por favor, no os vayáis… no hasta que haya podido hablar con ella. Yo la… —dejé la siguiente palabra en el aire—. Sé que es una locura, que no me vas a creer, porque ni yo mismo sé cómo ha podido pasar tan rápido…

—Dime tan solo por qué, por qué la escogiste a ella; por qué seguiste con el juego aun sabiendo que ella se estaba enamorando de ti.

¿Estaba enamorada de mí? El corazón se me encogió con tal fuerza que me obligó a inclinarme hacia delante.

—Aunque claro… ya tengo dudas de que seas tú del que se ha enamorado… —comentó como si nada y dio un sorbo al café.

Sentí que me faltaba el aire y que un nudo del tamaño de una pelota de tenis se me formaba en la garganta cerrando mi laringe. ¿Cómo iba a

enamorarse de mi hermano?

—No me mires de esa forma —comentó—. ¿Acaso crees que puede tener claro algo así? Ella ha creído conocer a una sola persona, pero erais dos y con ambos ha tenido momentos… digamos que agradables… Te recuerdo que se ha acostado con los dos. —Apretó los labios con rabia.

Estaba empezando a preocuparme de verdad: apenas notaba un hilo de aire saliendo de mis pulmones. Ella pareció percatarse y pidió un poco de agua al camarero. Me bebí el vaso de un trago y me llevé la mano al pecho con angustia.

—Eso es lo que habéis conseguido con vuestro jueguecito… hacerle daño, minar su autoestima y confundirla.

—Te repito que yo no hice nada. Alessandro se hizo pasar por mí para…

—Sí, vengarse de un tema del pasado. Eso ya lo has dicho —replicó aburrida de la conversación.

—Sí… Sin embargo, no te he contado qué pasó. —Me miró con cierta intriga.

—Como no empieces en medio segundo me piro.

—Conocí a mi anterior novia, Andrea, gracias a mi hermano. Él nos presentó. Mi padre comenzó a tener problemas de corazón un año antes de morir. Cuando empeoró su estado, Aless regresó de un viaje para estar con él y trabajaba en el restaurante conmigo. Nada más morir, los dos nos hicimos cargo de sus negocios. Andrea empezó a trabajar allí de camarera. Y pues… se fijó en mí y yo en ella…

Beatriz frunció el ceño.

—También en Aless. Ellos dos mantenían un rollo, nada serio, me dijo ella. Yo al principio pasé de meterme en líos. Me llamaba a todas horas e insistía en que nos viésemos fuera del restaurante y muchas noches se quedaba hasta tarde para cerrar conmigo… No voy a excusarme. Fui libre para tomar la decisión de dar un paso más con ella… Simplemente surgió, sin más.

—Te liaste con la chica de tu hermano… muy respetuoso todo lo que hacéis… —comentó indignada.

—Actué mal, lo reconozco. Sabía que habían estado juntos, pero imaginé que era una aventura más de mi hermano. Es un mujeriego sin ninguna intención de sentar cabeza. Las relaciones nunca le han durado más de unos meses… intenté pararlo, hablé con ella y…

—No pudiste, claro… la tentación era muy grande.

La miré frustrado y solté el aire que sin querer retenía cada vez que acababa de hablar.

—Sé cómo suena, sé que no estuvo bien, pero nunca imaginé que Alessandro estuviese enamorado de ella… pensé que era una aventura más.

—Fuera como fuese esa chica estaba con tu hermano… esas cosas no se hacen, joder.

—Lo sé, asumo mi parte de culpa… no sabía que él la quería de verdad.

—Vaya, así que entiendo que Alessandro ha aprovechado la oportunidad de vengarse este verano, con tan mala suerte de que le haya tocado a mi amiga. Lo que no entiendo es cómo supo él quién era Esther.

—Yo le informé de que había vuelto a alquilar el piso a una chica de España. No sé más. Ignoro todo lo demás, créeme.

—Esto no va de que te crea o no, Davide. Va de que habéis jodido a una pobre chica que no tiene nada que ver en toda esta movida. Ella ya no puede confiar en vosotros, porque seguís actuando de forma extraña.

La miré sorprendido.

—¿A qué te refieres?

—El día que le enviaste el primer mensaje disculpándote, Esther recibió otro de tu hermano casi con las mismas palabras. ¿Vosotros de qué vais?

—No lo sabía… —dije con verdadera angustia.

—Yo no tengo nada claro las intenciones de tu hermano…

Aquello no podía ser cierto. Alessandro no podía estar interesado en Esther. ¿Acaso estaba dispuesto a llevar su venganza hasta el final? ¿Y si era de él de quien Esther se había enamorado? Desconocía por completo lo que ellos dos habían vivido juntos y conocía de sobra a mi hermano para saber que era un conquistador nato. ¿Y si Esther pensó que estaba con Alessandro cuando estaba conmigo? ¿Y si todo lo que habíamos compartido era una quimera? ¿Y si cuando me miraba estaba realmente viendo a mi hermano?

Me froté la frente notando que la respiración se me aceleraba a un ritmo preocupante.

—Beatriz, tienes que ayudarme, por favor. Tienes que conseguir que hable conmigo. Yo no sé lo que sentirá mi hermano o qué tendrá en la cabeza… solo puedo decirte que… —de nuevo el nudo en la garganta— que… creo que me he enamorado de ella —dije apenas sin voz.

—¿Lo crees, no lo sabes?

—Sí, lo sé… es solo que… me cuesta aceptarlo. Todo esto es muy difícil de explicar. —En esa ocasión no pude evitar que los ojos se me llenasen de lágrimas—. Mi vida familiar es un poco caótica; yo soy un poco complicado también, aunque… nunca le haría daño. Jamás. Esther es una mujer maravillosa, llena de luz y alegría, que no se merece esto. Siento mucho que se haya visto mezclada en algo que no tiene nada que ver con ella.

Pude notar que por primera vez me miraba con cierta empatía.

—Lo que va a ser complicado es que ella te crea y vuelva a confiar en ti. La conozco de sobra para saber que cuando se siente engañada… no hay marcha atrás. Lo siento.

—Ayúdame al menos a poder verla.

—No te va a servir de nada… está cerrada a todo.

—Lo entiendo, aunque quizás tú puedas convencerla.

—¿Y por qué debería hacerlo? Esther es como una hermana para mí y yo solo quiero lo mejor para ella y déjame decirte, amigo, que ninguno de los dos lo sois. Hacía tiempo que no la veía llorar tanto.

—¿De verdad crees que si no tuviese sentimientos reales hacia ella iba a estar aquí perdiendo el tiempo contigo, exponiéndome de esta forma, hablándote de mis mierdas familiares, de cosas personales? —le pregunté con la voz llena de rabia.

—No lo sé…

—¿Acaso piensas que tengo aspecto de estar pasándolo bien con esto? No me conoces apenas, pero creo que puedes ver reflejada la angustia que siento en mi cara.

—La angustia que sientes porque sabes que has causado dolor a una persona que no se lo merece.

—No, la angustia que me ahoga porque siento que la he perdido antes incluso de tenerla, antes incluso de haber podido demostrarle que me importa de verdad… Lo nuestro fue muy rápido, pero ha sido real… no puedes decirme que no lo ha sido. —Me eché hacia atrás con fuerza.

—Yo solo sé lo que ella dice… Ella ya no sabe qué fue real y qué no, quién era quién, de quién empezó a ilusionarse y sobre todo de cuál de vosotros se ha enamorado. Lo siento, todo esto es un disparate. Ya no puede estar segura de nada y quizás ya sea demasiado tarde para desmadejar semejante ovillo. Quizás lo mejor sea dejar las cosas como están y marcharnos. Si no a Madrid, a cualquier otro sitio que la aleje de este dolor y de los recuerdos dolorosos.

—No, por favor… No os vayáis. Déjame intentarlo. Habla con ella, cuéntale lo que te he explicado y trata de convencerla para que podamos vernos. Solo te pido eso, una única vez para hablar, para disculparme, para confesarle lo que siento…

Los dos suspiramos a la vez.

—No puedo quedarme más o sospechará. Me voy. No te prometo nada, Davide.

—Gracias.

Se levantó y la vi alejarse a paso lento, a pesar de la prisa que tenía por regresar. Era obvio que la conversación le había afectado tanto como a mí y que sentía verdadera preocupación por el estado de su amiga.

Yo permanecí allí, paralizado, desorientado y sin rumbo. Por primera vez en mi vida había perdido la brújula interna que siempre me había guiado por el que creía había sido el camino correcto. Quizás había llegado el momento de tomar una ruta alternativa aun desconociendo lo que habría al final del camino.

30

ESTHER

Bea acababa de marcharse para hacer unas compras y traer unos bollos de la cafetería de Pablo y Lucca. Yo me había levantado con un intenso dolor de cabeza: la noche anterior los recuerdos me mantuvieron despierta hasta bien entrada la madrugada.

Mientras ella regresaba con los dulces, me preparé un café bien cargado y me tomé un analgésico. Lo que menos necesitaba era una de las jaquecas que de vez en cuando sufría y que me obligaban a pasar el día metida en la cama a oscuras.

Hacía apenas diez minutos que se había marchado cuando llamaron a la puerta. Me extrañó que fuese capaz de regresar tan pronto, pero, la verdad, no estaba para pensar mucho. Mientras me masajeaba el cuello, me dirigí a la puerta y, cuando abrí, sentí un fuerte pinchazo en la sien, que me obligó a apretar la mandíbula con fuerza.

—¿Qué haces aquí? —dije e intenté cerrar la puerta.

—Necesito hablar contigo. Solo serán unos minutos.

—No quiero hablar con ninguno de los dos. Dejadme en paz. —Estuve a punto de cerrar cuando Alessandro apoyó la mano con fuerza y me obligó a apartarme.

—Por favor… —Me miró fijamente.

Me aparté de mala gana y fui al salón mientras tiraba del pantalón corto que llevaba puesto y que apenas me cubría los glúteos. Cuando se puso frente a mí, sentí tanta vergüenza que le pedí que me diese un minuto y fui a cambiarme.

Con un pantalón más largo y una camiseta más amplia regresé al salón y lo encontré mirando a través de la ventana.

—No puedes presentarte en mi casa así, sin avisar —protesté, aunque en ese momento pensé que aquella casa era más suya que mía.

—No quiero molestarte. Solo pedirte disculpas.

—No quiero vuestras disculpas —gruñí y me crucé de brazos.

—No hables en plural. —Alzó una ceja—. Estoy aquí por iniciativa propia. No tengo nada que ver con mi hermano…

—Ah, ¿no? Pues para divertiros conmigo sí que os habéis puesto de acuerdo —le grité.

—Mira… mi hermano y yo tenemos una relación complicada… No sé qué es lo que habrás vivido con él, solo puedo hablar por lo que tú y yo…

Me balanceé de un pie a otro, incómoda.

—El día que te vi por primera vez hablé con él, le dije que había conocido a la chica española que había alquilado el piso, que me habías parecido muy… guapa y amable. Él no se mostró demasiado interesado en el tema. Sin embargo, ahora me sorprende todo esto… No sabía que estabais juntos…

—¿No te dijo que me conocía? ¿Ni tampoco que hace poco me llevó a vuestra casa en el campo para enseñarme vuestro viñedo?

—No. De hecho, un par de días más tarde yo mismo fui a la casa a por unas cosas y Vicenzo me lo contó.

—¿No os habláis o qué?

—Poco, la verdad. No como dos hermanos lo harían… —Desvió la mirada hacia la ventana—. Yo le hablo más que él a mí… De hecho, mi madre está aquí, en casa conmigo, y se niega a quedar con nosotros para vernos y hablar.

Aquella afirmación me sorprendió. Sabía que la relación con ella no era fácil. Opté por no juzgarlo.

—Mira… Yo no sé qué es lo que pasa entre vosotros ni me importa. Lo único que sé es que habéis jugado conmigo. Me habéis ofendido y usado vilmente. No quiero más mentiras ni tampoco veros. Dejadme tranquila. —Parpadeé un par de veces intentando no llorar delante de él.

—Lo entiendo y no te juzgo. Solo quería disculparme y recordarte que siempre que nos hemos visto ha sido circunstancial o cuando tú has venido a verme a la escuela. Siempre has sido tú la que ha venido a mí libremente… Yo te conocí y me gustaste, mucho. Lo comenté con mi hermano y él se calló… Después descubro que habéis estado viéndoos y que te ha llevado aquí y allí… Solo quiero que pienses quién ha podido ser el que ha actuado de mala fe.

Abrí la boca para decir algo, pero la volví a cerrar porque, en realidad, no sabía ni qué decir. Aquello era una locura.

—Siento haberte disgustado. Mi rabia no iba dirigida a ti… Mi intención fue otra, aunque es verdad que no me detuve demasiado a pensar en las consecuencias, pero… llegaste a la escuela el otro día tan dispuesta… que no me dio tiempo a pensar. Lamento que te hayas visto afectada. Que tengas un buen día. *Ciao*.

Dio media vuelta y salió de la casa sin decir más. ¿Eso era todo?

Aquella breve conversación me había dejado todavía más confundida. ¿Qué era todo eso de que Davide no le contó nada sobre mí o que se mostró desinteresado? Cada día que pasaba la madeja se iba haciendo más y más grande enredándolo todo y yo tenía menos capacidad para ni tan siquiera tirar del hilo.

—Ya estoy aquí. —Oí a mi espalda un rato más tarde, mientras recogía la habitación—. Pablo y Lucca me han enviado un beso enorme para ti y un recordatorio de que vayas a visitarlos.

Sonreí con ternura.

—Tengo *croissants* recién horneados, así que venga, vamos a comerlos antes de que se enfríen del todo.

La seguí hasta la cocina a paso lento en busca de otro café.

—Tomas demasiado café, nena. Normal que luego no puedas pegar ojo por la noche. Entre el estado de nervios que tienes y la cafeína…

—Lo sé. Quizás debería tomarme mejor una tila.

Mi comentario hizo que Bea se girase de golpe.

—¿Y eso? ¿Ha pasado algo? —Me miró con extrañeza.

Dejé la taza de café en la encimera y me apoyé con la cadera.

—Justo después de irte ha venido Alessandro.

—¿Qué? —Soltó el plato que había cogido de un armario con lentitud en la mesa.

—Lo que oyes. Se ha presentado aquí para pedirme disculpas, con toda su cara.

—¿Y le has dejado pasar? —Bea levantó las cejas.

—¿Y qué iba a hacer? Intenté que se marchase. No cedió. Insistió en que no se iría sin hablar conmigo.

—¿A él si le permites hablar y a Davide no? —comentó con cierto tono de indignación.

—A ver… No me apetecía escucharlo, pero yo qué sé… me he despertado con un dolor de cabeza horroroso y no quería más problemas —dije intentando justificarme.

—Pues no me parece bien, Esther. Si le das la oportunidad a uno, se la debes dar al otro.

—No veo por qué. No les he pedido explicaciones. Ha venido sin que lo supiese. Si me llego a enterar de sus intenciones, me habría ido contigo…

Bea me miró un largo segundo y luego suspiró. Movió el plato de sitio sin mucho sentido y comenzó a colocar los *croissants* en silencio.

—¿Te has enfadado conmigo? —le pregunté, estupefacta por su reacción.

—Esther, tía… es que lo pones todo muy difícil.

—Pero ¿qué he hecho yo ahora? Vale, dejarle entrar no fue una buena idea… aunque tan solo estuvo unos minutos. Tenía bastante claro lo que quería decirme.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que lo siente y…

—¿Y?

—Y que él no me ha engañado nunca.

—¡Venga, Esther, no me jodas! —Movió una silla con rapidez y se sentó —. ¿Y tú le crees?

—No, aunque me ha fastidiado bastante lo que me ha dicho lanzando la pelota de la responsabilidad a mi tejado, es cierto que tiene algo de razón.

—¿En qué?

—En que casi siempre fui yo quien fue a buscarlo. Si hubiese querido

engatusarme habría intentado acercarse a mí más a menudo o me habría pedido el teléfono… yo qué sé. Se habría comportado como… —Guardé silencio.

—Como Davide, ¿no?

—¿Qué coño te pasa hoy con Davide? Parece que te hubieses levantado como su fiel defensora —le espeté molesta.

—No me pasa nada —afirmó mientras removía su café de forma enérgica.

—Pues eso no es lo que parece.

La vi cerrar los ojos, coger aire y luego soltarlo con fuerza.

—No me pasa nada, es solo que creo que estás siendo un poco injusta con él.

—¿Injusta? ¿Yo? —repetí sin creer lo que acababa de escuchar.

—Sí… A las pruebas me remito. —Se cruzó de brazos—. A él no le das opción; sin embargo, a Alessandro le dejas pasar. ¿Qué pasaría si Davide decide presentarse aquí para hablar contigo? ¿Se lo permitirías? Le devolviste las flores sin pestañear.

—No lo sé…

—¿Lo ves? —Abrió los brazos y elevó las manos—. Estoy empezando a pensar que quien te gusta de verdad es Alessandro.

Aquella afirmación me provocó un vértigo enorme en el estómago.

—Dices que no lo tienes claro, que no sabes quién es el responsable de tus sentimientos. Sin embargo, no te importa lo que Davide tenga que decirte. Mayor prueba que esa…

Me apreté el puente de la nariz y resoplé.

—¿Por qué no le das una oportunidad a él, Esther?

Comencé a sentir una presión en el pecho y a respirar con algo de dificultad.

—Escúchame. Sé que lo que te voy a contar te va a enfadar. Por favor, déjame que te explique.

La miré confundida y ella me cogió las manos.

—Antes, cuando he salido, me he encontrado con Davide en la calle.

Moví las manos para separarme, pero Bea me las agarró con fuerza.

—Fue él quien se acercó a mí y me pidió poder hablar conmigo un minuto. Al principio me negué, le dije que no, que yo no era con quien debía hablar… Insistió e insistió y al final accedí. Hemos hablado unos minutos y necesito compartir contigo todo lo que me ha contado.

Conseguí soltarme, me puse de pie y fui al salón seguida por Bea.

—Esther, no te cierres en banda, por favor. No te estoy pidiendo que le perdones. Ni a él ni al otro. Sigo pensando que son unos cabronazos que te han engañado de una forma muy fea e infantil. Solo escúchame.

—Ha conseguido convencerte con su bonita sonrisa y encanto personal, ¿verdad?

—No, conmigo ese rollo no funciona. He sido muy dura con él y muy

directa. No obstante, debo reconocer que me ha dado un poco de pena.

—¡Lo que me faltaba por escuchar! —bramé mientras me levantaba para abrir un poco más las puertas del balcón. Ese día hacía un calor sofocante y estaba empezando a ahogarme allí dentro.

—Esther, me pones de muy mal humor cuando entras en ese bucle de cerrazón. Déjame hablar y luego me dices lo que opinas.

Chasqueé la lengua, regresé al sofá y me senté enfrente de ella.

—¿Qué aspecto tenía Alessandro?

—¿Y eso a qué viene ahora? —dije alzando la voz.

—¿Puedes contestar a mi pregunta?

—Yo qué sé… Como siempre. Aunque me pareció que tenía la mejilla enrojecida.

—¿Crees que se habrán peleado?

—No tengo ni idea… Podría ser… Aunque si es así, no me comentó nada y actuó de lo más normal. Iba vestido como siempre, con una camiseta de tirantes y unos collares…

—¿Tenía buena cara?

—Diría que sí… Me daba vergüenza mirarle por lo que pasó entre nosotros… pero sí, me ha parecido que estaba guapo… como siempre —dije con la voz un poco cortada—. ¿Contenta?

—Sí, porque, aunque apenas los conozco, Davide tenía una mala cara increíble. Tenía unas ojeras… Los tíos no suelen tenerlas tan profundas a no ser que hayan pasado una mala noche… o varias.

—Habrá trasnochado por ahí… —dije en tono mordaz.

—Esther, de verdad… Creo que me quedé corta cuando le dije que no tenía nada que hacer contigo.

—¿Y por qué le dijiste eso?

—Porque quiere hablar contigo. Porque me ha suplicado que te convenza para que le dejes explicarse y pedirte perdón.

Aparté la vista de ella y comencé a frotarme las manos con angustia.

—¿Y si Alessandro tiene razón y el que me ha engañado de verdad ha sido Davide?

—¿Y si Alessandro está jugando sus cartas y solo pretende confundirte más?

—No lo sé. Estoy aburrida ya de esto. No quiero saber más de ninguno de los dos. Cada día que pasa se me hace más difícil permanecer aquí. A lo mejor la que debería irse soy yo. Quédate tú si quieres.

—No vas a ir a ninguna parte, Esther. ¿Puedo contarte de una vez lo que me ha dicho?

Asentí con la cabeza.

—Me ha contado que todo esto viene de una disputa que tuvieron hace un tiempo, cuando Davide comenzó una relación con una tal Andrea que había estado previamente liada con Alessandro. Él pensó que para su hermano era un lío más. Al parecer no fue así y estaba enamorado de esa chica.

Recordé que en una ocasión Davide nombró a esa chica como su exnovia.

—Y todo indica que Alessandro se ha vengado de él contigo.

—Todo esto no tiene ningún sentido. Alessandro me ha asegurado que cuando me conoció se lo contó a su hermano… incluso le hizo algún comentario sobre que yo era agradable y guapa y que Davide no mostró ningún interés, como si yo no le importase lo más mínimo, aunque él y yo ya nos habíamos conocido.

—No lo sé… lo único que puedo decirte es que a mí me ha parecido una historia bastante convincente y que su aspecto era el de una persona que lo está pasando mal.

—Porque se arrepiente de lo que ha hecho —le aclaré con vehemencia.

—Y porque te quiere.

Abrí los ojos como platos al escucharla.

—He visto verdad en sus ojos, Esther. Con independencia de lo que ha pasado, Davide tiene sentimientos hacia ti.

—Lo sabía, sabía que si hablabas con él iba a terminar convenciéndote. Los dos son unos embaucadores, con su sonrisa perfecta, su bonito acento, su encanto personal… Has caído de la misma forma que caí yo.

—¡De eso nada! —protestó.

—¡Vaya que no! Has hablado con él unos minutos y ya te ha convencido de que él no es el responsable y de que tiene sentimientos hacia mí. Muy fuerte.

—Mira, yo no digo más. Solo quería decirte lo que he hablado con él. Haz lo que quieras —sentenció malhumorada.

El encuentro con Davide y nuestra conversación posterior le habían cambiado el humor. Se metió en su habitación y cerró la puerta de un golpe, mientras yo permanecía en el salón totalmente confundida. En mi cabeza retumbaban las palabras de Bea acerca del mal aspecto de Davide y la seguridad aplastante con la que Alessandro había aparecido, así como la posibilidad de que fuese este último el que decía la verdad, convirtiendo a Davide en el verdadero artífice del engaño y de la traición a su hermano como ya hizo en el pasado. Si fue capaz de robarle a su novia sin importarle el vínculo que los unía, ¿por qué no iba a intentar seducirme a mí y continuar así con aquel juego peligroso de conquistas?

El dolor de cabeza se intensificó, por lo que decidí acostarme para descansar. De nuevo los recuerdos de los bonitos días vividos en aquella maravillosa isla llenaron mi mente e inundaron mis ojos de lágrimas. Con el corazón encogido cogí el móvil y abrí la única fotografía que tenía de Davide y yo juntos. Nos la hicimos la mañana después de pasar la noche juntos, mientras desayunábamos frente al mar. Nuestras cabezas unidas, apoyadas una en la del otro, sonrientes y con los ojos llenos de luz.

Lloré y lloré intentando diluir el intenso dolor que se me había instalado en la boca del estómago. Volví a pensar en la palabra *amor* y en la crueldad

que ocultaban aquellas cuatro letras. En el poder que tiene para cambiar nuestras vidas de forma imparable e inevitable. En cómo, una vez más, a mí se me vetaba poder vivirlo como ansiaba desde niña, a pesar de que me había arriesgado, había dado el paso en su busca y… me había estrellado con fuerza contra uno de los muros más difíciles de derribar: el de la desilusión.

31

DAVIDE

Habían pasado varios días desde que hablé con Beatriz y aún no tenía noticias de ella. No sabía ni tan siquiera si había intentado convencer a Esther para poder verla. A pesar de que era casi medianoche, le mandé un mensaje. No podía acostarme una noche más con esa angustia.

Yo:
Perdona las horas. ¿Has hablado con Esther?

Tardó un tiempo en contestar. Cuando lo hizo me dejó aún más angustiado.

Bea:
Sí, pero como te dije… nada que hacer. Lo siento

Yo:
Joder, Beatriz. No me digas eso

Me senté en la cama con brusquedad y marqué su teléfono. Necesitaba hablar con ella de viva voz.

—¿Qué haces? Esther no puede enterarse de que hablo contigo o si no…

—Dile que es otra persona.

—Te lo advertí —afirmó en voz baja—. Está muy cabreada y tu hermano ha terminado de confundirla más.

—¿Ha hablado con mi hermano?

— Sí. Se presentó en casa el mismo día que tú y yo nos vimos.

—*Cazzo!* —No me lo podía creer—. ¿Y qué le ha dicho?

—Seguro no lo sé. No me ha contado la conversación íntegra. En resumen, creo que te ha echado la culpa a ti.

—*Che bastardo!* —Resoplé de forma sonora.

—Mira, yo no quiero más líos. Cuando ella quiera hablar contigo…

—No, no, no, por favor, Beatriz, no me digas eso. Ayúdame. ¿Ha dejado entrar en casa a mi hermano?

—Sí. —Fue su lacónica respuesta y el miedo a que las palabras de Beatriz sobre que Esther podría haberse enamorado de mi hermano fueran ciertas me revolvió el estómago.

—Mañana iré a hablar con ella.

—No, no… no la líes más.

—¿Cómo que no? ¿Quieres que deje a mi hermano actuar libremente

mientras yo me quedo parado observando?

—Ahora mismo está muy cerrada, Davide. Dale un poco de tiempo. Será mejor si no la atosigas…

—Y mientras tanto dejo que mi hermano le llene la cabeza de mentiras, ¿no? ¿Me estás pidiendo eso?

—No… no tengo ni idea de si tu hermano volverá a aparecer o no. Quizás vino a disculparse y ya está.

—Tú no conoces a Alessandro…

—No, eso es cierto. No os conozco a ninguno de los dos —me recriminó con la voz acalorada—. Lo único que sé es que los dos nos habéis complicado la vida con vuestro estúpido juego. Estoy empezando a creer que es mejor que nos vayamos. Así yo no voy a poder descansar ni ella recuperarse.

—Por favor, no os marchéis —le rogué con voz ronca. De nuevo un nudo me atoraba la garganta.

—No sé qué decirte, de verdad. Inténtalo tú de nuevo, a ver si tienes suerte.

—No contesta a mis mensajes… Debes creer en mi palabra, no te mentí. La quiero… —Noté que la piel se me erizaba.

—Yo qué sé… dile algo que le llegue… Todo esto es muy complicado para mí, Davide. El otro día vi algo de verdad en ti… —Guardó silencio unos instantes y la oí exhalar con angustia—. Esther es mi mejor amiga, es como mi hermana y si ella no quiere estar contigo no puedo obligarla. Solo quiero lo mejor para ella y que sea feliz.

—Lo sé, lo entiendo y te agradezco que al menos tú me hayas dado la oportunidad de explicarme.

La oí suspirar al otro lado de la línea. Sentía pena por ella, por verse involucrada en aquella incómoda situación, pero la necesitaba. Algo en mi interior me decía que Esther solo escuchaba a su mejor amiga, de modo que Beatriz era la llave para acceder a ella.

—Escucha. Intenta mandarle un nuevo mensaje. Dile cómo te sientes. Aunque no te conteste… los lee.

Cogí aire y le agradecí la confesión.

—Gracias, Beatriz, de corazón, por todo lo que estás haciendo, por cuidarla y quererla tanto. Esther tiene mucha suerte de tenerte en su vida.

—Buenas noches.

Aunque no podría asegurarlo, me dio la impresión de que mis últimas palabras la conmovieron. No eran palabras huecas, sentía cada una de ellas porque eran ciertas. De alguna forma, envidiaba su relación y cómo cuidaban la una de la otra. Pensé en mi hermano, en todo el dolor enquistado entre nosotros, en nuestra infancia, en los buenos y malos momentos y llegué a la triste conclusión de que nuestra dolorosa relación no tenía sanación posible. Entonces sentí que una nueva grieta se abría en mi corazón.

Fui al baño, me lavé la cara para aclarar las ideas y me senté de nuevo en la

cama tratando de hallar las palabras correctas que incluir en el mensaje. Siempre había sido muy malo con ellas, el conquistador que conseguía embaucar a las chicas con tan solo dos frases era Alessandro. A mí me costaba expresarme con tanta soltura, me avergonzaba reconocer mis sentimientos y siempre acababa arrepintiéndome por no haber hablado a tiempo.

Suspiré, desbloqueé la pantalla del móvil y me quedé observando la imagen que tenía de fondo: un amanecer que había capturado la mañana en la que habíamos desayunado juntos. En ese momento pensé que no se la había enseñado y que quizás podría enviársela junto con un texto que le recordase aquel bonito día.

Pasó más de media hora en la que apagué y encendí la pantalla en varias ocasiones con desesperación. Estaba a punto de desistir en el intento cuando me vino a la cabeza una frase que había leído una vez no recordaba dónde y que reflejaba cómo me sentía en ese momento. Con dedos trémulos cogí el móvil y comencé a teclear prestando especial atención a no equivocarme y cambiar alguna palabra que pudiese complicarlo todo más. En situaciones de estrés los móviles parecían estar cargados por el mismísimo diablo.

Yo:
El amor no necesita ser
perfecto, solo verdadero

Nada más enviarle el mensaje y la fotografía dejé el móvil encima de la cama. Sin embargo, apenas unos segundos después volví a cogerlo y tecleé un nuevo mensaje.

Yo:
Cuando quieras hablar conmigo
estaré aquí, siempre estaré
para ti. Mientras tanto trataré de
contener el inmenso dolor que
me producen tus recuerdos y tu
silencio. Ti amo, bella♥

Con un enorme nudo en la garganta lo envié y me recosté en la cama. Y, cuando no esperaba nada, simplemente ocurrió. La pantalla del móvil se encendió y en ella apareció un emoticono mostrando una lágrima. Lo que menos pretendía era hacerla llorar, pero por primera vez Esther me mostraba que había leído mi mensaje y una mínima reacción, insignificante para muchos aunque suficiente para que me acostase con el corazón palpitante y los ojos llenos de lágrimas.

32

ESTHER

Pablo y Lucca se presentaron en casa nada más comer. Llevaban varios días intentando convencerme para acudir esa noche a la fiesta de cumpleaños de Pablo. Yo solo les daba evasivas y excusas. El último mensaje de Davide me había dejado tocada y mi ánimo no estaba para celebraciones. Por una parte, me daba pena no acompañarlos ese día. Pablo se había portado muy bien conmigo desde mi llegada, pero la idea de tener que arreglarme y verme rodeada de gente me agobiaba.

—No me vale ninguna excusa, nena. Por favor, metida en casa no vas a solucionar nada —me dijo Pablo mientras me acariciaba la mano.

—Es que no me encuentro bien…

—Salir te irá bien, *amore* —comentó Lucca.

—¿De verdad prefieres estar todo el día compadeciéndote de ti misma en vez de salir y demostrarle a todo el mundo lo maravillosa que eres? Que les den a esos dos. Hay más peces en el mar. Si yo fuese hetero… —El comentario de Pablo me hizo reír.

Bea me miraba en silencio. Imaginé que prefería dejarme la decisión a mí para no presionarme más de lo que ya estaba.

—*Sei una diva, tesoro* —dijo Lucca, me cogió de la mano para que me levantase del sofá y me hizo girar sobre mí misma.

—Sí, una diva en pijama y con ojeras… —repliqué.

—Eso tiene fácil remedio —afirmó Bea.

Los miré a los tres con ternura. Tenerlos en mi vida en ese momento me pareció una suerte. Dibujé una pequeña sonrisa y accedí.

—No prometo nada. Si empiezo a agobiarme me iré. Hace días que estoy con jaqueca y cuando siento el dolor me pongo nerviosa.

—Sí, tranquila. Lo que te apetezca. Iremos a cenar a un restaurante tranquilo y luego a tomar algo a un club que tampoco es demasiado ruidoso. Gracias, cariño. Me hace mucha ilusión que celebres este día conmigo. —Pablo me dio un cálido beso en la mejilla que me hizo llorar.

—Jooo, ¿ves lo sensible que estoy?

—Enséñame tus vestidos… *stasera sarai una regina* —comentó Lucca con entusiasmo mientras nos dirigíamos a mi habitación.

—Las mujeres son todas reinas, no necesitan corona, *amore* —sentenció Pablo ganándose un achuchón de las dos.

Pasamos la tarde entre pruebas de vestuario, mascarillas y, por primera vez en muchos días, risas. Los esfuerzos que hicieron los tres por animarme

me calentaron el corazón y consiguieron alegrarme un poco.

Pablo y Lucca se marcharon para arreglarse. En dos horas volveríamos a encontrarnos en el restaurante donde acudirían otros invitados a la fiesta.

Antes de salir de casa Bea me obligó a mirarme una vez más al espejo.

—¿Ves eso, no?

—Sí —afirmé con timidez.

—Esa es Esther Rubio, una mujer fuerte, atractiva, capaz de comerse el mundo a bocados. No bajes la mirada. Levanta la cabeza bien alto y sal pisando fuerte. Quien no quiera seguir tu paso no te merece.

—Ya —respondí observando mi propia imagen una vez más.

Inhalé hondo, me coloqué el escote del vestido negro que me había puesto y solté el aire con fuerza.

—Estás guapísima. Hacía mucho tiempo que no te veía llevar algo así y no sabes lo feliz que me haces.

Había comprado aquel vestido negro corto a mi llegada a la isla, aunque no lo recordaba. Lo metí en el fondo del armario sin intención de usarlo hasta más adelante, pero había llegado el momento de lucirlo. No tenía mangas y el escote en uve era muy pronunciado. Aunque no era ajustado a las caderas, se ceñía a mi cintura con un fino cinturón haciendo resaltar la silueta de forma muy favorecedora. Era bastante corto, pero, como tenía las piernas morenas del sol, no me importó demasiado enseñar un poco más de la cuenta.

—Prométeme que vas a relajarte y a pasarlo bien —me pidió Bea mientras me abrazaba por la cintura y me daba un beso en la mejilla.

—Lo intentaré.

Cuando llegamos al restaurante Pablo y Lucca ya estaban allí con otros amigos. Me alegró ver de nuevo a Ana y a su novio. Les presenté a Bea y nos sentamos juntos para disfrutar de la agradable velada.

La cena fue maravillosa, repleta de una exquisita comida y buenos vinos. También de momentos divertidos y anécdotas entrañables entre Pablo, Lucca y su divertida forma de conocerse en un supermercado. Debía reconocer que me sentía a gusto, relajada y de buen humor.

A las once nos marchamos rumbo al club en el coche de Ana. Su novio era un chico bastante agradable con el que congeniamos con rapidez y que no paraba de hablarnos de la isla y de sus maravillas. Aquella información me llevó inevitablemente a Davide. Cogí aire, sacudí la cabeza y me propuse no arruinar la noche a nadie con ningún bajón de ánimo.

Como Pablo me aseguró, el club era un lugar agradable e íntimo a pesar de estar lleno de gente. El interior era muy espacioso, con una iluminación cálida y muchos apartados para sentarse a hablar y pasarlo bien con amigos. Elegimos uno en un lateral y, nada más tomar asiento, Guido, el dueño del local y amigo personal de Pablo y Lucca, se acercó a saludarnos y nos invitó a los primeros tragos.

Una hora más tarde llegó un DJ que nos deleitó a todos con una magnífica sesión *chill out* del mejor *house* que hizo que mi ánimo mejorase

aún más, ya que incluyó varias de mis canciones favoritas.

—*Vuoi ballare con me?* —me preguntó Lucca que, como siempre, estaba deseando salir a bailar.

No me sentía con ánimo. El puchero que dibujó en su cara me impidió negarme. Miré a Bea para invitarla a que se uniese. La vi respondiendo a un mensaje en el móvil.

—¿Con quién hablas?

—Con una compañera de trabajo. Me ha mandado una foto de sus vacaciones y le estaba enviando un beso.

—¿Vienes?

—Clarooo —afirmó sonriente y los tres nos dirigimos a la pequeña pista de baile.

Mientras bailábamos al ritmo de *Tonight* de DJ Goja sentí la mirada intensa de un chico que estaba detrás de Lucca. Le vi acercarse con lentitud y situarse a mi izquierda al tiempo que me regalaba una sonrisa de infarto. Alcé la mirada hacia Bea y ella me hizo un gesto para indicarme que se había percatado del interés de aquel tío. Abrumada por la cercanía que había entre los dos intenté apartarme un poco; sin embargo, él se colocó delante y tras mirarme fijamente a los ojos siguió bailando sin apartar la mirada de mí.

—*Come ti chiami?* —me preguntó pegado al oído.

—Esther.

—*Ciao,* Esther —respondió y se mordió el labio.

Madre mía. Aquel tipo iba directo y yo no sabía si aquello me gustaba o me incomodaba. Era atractivo, mucho. Alto, moreno, con una sonrisa de infarto y una camisa gris que se le ajustaba a los pectorales de forma bastante pecaminosa.

Miré a Bea de reojo para pedirle consejo. De nuevo estaba distraída con el móvil en la mano y mirando hacia los lados.

Lucca se puso detrás de mí, espalda con espalda y me dio un ligero empujón con el trasero para hacer que me acercase a aquel tipo, invitándome a no perder la oportunidad. Reí para mí misma. Estaba segura de que le había gustado y que él no lo dudaría si estuviese soltero y aquel tipo fuese gay.

—*Di dove sei?* —Volvió a pegarse a mi oído.

—*Sono spagnola* —afirmé.

Abrió los ojos como platos y volvió a morderse el labio. Yo le imité sin darme cuenta. Las copas de más me hacían mostrarme un poco más desinhibida de lo habitual.

—*Sono* Marco —dijo y me cogió la mano para besármela.

Buf, estaba tremendo y yo demasiado vulnerable. Me aparté un poco, tragué saliva y volví a buscar a Bea. La vi de espaldas. Unos minutos después, el tal Marco se acercó para invitarme a una copa y lo hizo tanto que me rozó la oreja con la punta de la nariz.

—*Un secondo* —le dije mientras me acercaba a mi amiga.

—Bea, ese tipo me ha invitado a beber algo en la barra. No sé qué

hacer… Está buenísimo y yo un poco suelta después de tanto champán.

—¿Qué? —respondió metiéndose el móvil en el bolso—. No, no, no… no la líes. Tiene pinta de…

—¿De qué?

—No te vayas con él.

—¿Por qué? ¿No me has pedido que lo pase bien?

—Sí, pero no de esta forma.

—¿Tú le has visto bien? —dije girándome un poco para mirarlo.

—Por eso. Está muy bueno y te va a nublar la mente más de lo que ya la tienes y luego, llorarás. Dile que no puedes.

—¿Qué? ¡No! —protesté a la vez que Bea me cogía de la mano y me obligaba a seguirla.

—Lo siento, colega —le dijo al tipo cuando pasamos por su lado.

Seguí sus pasos a la fuerza hasta que llegamos al baño.

—¿Qué haces, Esther?

—¿Qué estás haciendo tú? Me has dejado fatal delante de ese tío —dije con enfado.

—Esther, por favor. No compliques más las cosas. Sé que estaba buenísimo, tengo ojos en la cara, pero eso no es lo que necesitas ahora mismo.

Resoplé con un mohín de disgusto.

—Refréscate un poco, anda. Estás demasiado sofocada —me dijo mientras entraba en uno de los aseos.

Me miré en el espejo y con reticencia reconocí que tenía razón. La cercanía de ese tipo me había encendido las mejillas y una fina capa de sudor me cubría la frente. Me mojé la cara un poco y la sequé con cuidado de no arruinarme el maquillaje.

—¿Mejor? —me preguntó.

—De verdad que no te entiendo —le recriminé—. Tan pronto me dices que me divierta y que me olvide de todo como que no haga nada.

—¿Tú has visto cómo te miraba ese tío?

—Sí…

—¿Quieres acabar en su cama esta noche? Porque si me dices que sí me doy media vuelta y te dejo con él.

Apreté los dientes tras su pregunta. No, no me apetecía acostarme con ningún otro tío, aunque tampoco me parecía mala idea jugar un poco.

—No.

—Pues no juegues con fuego, porque él iba con las ideas muy claras.

Asentí y le di la razón. De haber seguido con el juego de seducción me habría sido muy difícil librarme de él.

Imité a Bea y me retoqué el maquillaje y el pintalabios mientras respiraba despacio para serenarme. La verdad es que la intensidad de ese hombre, su mirada felina y su sonrisa me habían acelerado el corazón en apenas unos minutos.

—Venga, vayamos fuera. Será mejor que te sientes un poco.

Nada más salir del baño su móvil volvió a vibrar. Bea lo cogió con cuidado, miró la pantalla y comenzó a rebuscar en su bolso.

—¿Qué buscas?

—Creo que he perdido una cosa…

—¿El qué?

—No encuentro un espray de perfume pequeño que eché en el bolso antes de salir.

Resoplé y apoyé las manos en las caderas mientras la observaba sacar y meter cosas.

—¿Uno de esos de muestra? —quise saber—. Tampoco es tan importante… Venga, vamos a sentarnos.

—No, espera. Era de Chanel. Voy a mirar en el baño, un segundo.

Un suspiro profundo y sonoro se me escapó de los pulmones. Estaba empezando a ponerme de mal humor.

—Esther. —Oí a mi espalda.

Me quedé clavada en el suelo, sin poder moverme, con los músculos de las piernas y de los brazos rígidos mientras el corazón me latía descontrolado. No podía ser. Reconocía perfectamente aquella voz profunda y cálida, aunque de lo que no estaba segura era de quién de los dos provenía, pues no había notado diferencia entre ellos al hablar.

—Esther, ¿podemos hablar, por favor?

Apreté la mandíbula con todas mis fuerzas y maldije a Bea por el juego sucio al que se había prestado. ¿Así que hablaba con una compañera de trabajo?

Llena de rabia entré en el baño sin girarme y nada más ver a Bea fui hacia ella.

—¡No me puedo creer que me hagas esto!

Ella se limitó a mirarme un largo instante y luego afirmó:

—No puedes seguir así. No vas a superar esto hasta que no habléis.

—¿Quién de los dos es? Le he oído a mi espalda y no he querido ni mirar.

—Davide. —Maldije en voz baja.

—Habla con él de una vez y luego mándale a la mierda, dile todo lo que quieras, pero haz algo. Actúa, por Dios. Si quieres dejar esto atrás tienes que cerrarlo y evitándole no vas a lograrlo.

Me llevé las manos a la cabeza con desesperación. Acababan de fastidiarme la noche.

—No va a parar hasta que hable contigo… Sé valiente y enfréntalo.

Le dirigí una mirada llena de ira y después fui al lavabo a dar un sorbo de agua. Notaba la boca seca y la garganta atorada.

Antes de salir, Bea me sorprendió con un abrazo.

—Es lo mejor para ti, cariño. Por favor, deja que se explique y luego haz lo que creas conveniente. Es tu vida. No alargues más esto, Esther. No te hace bien. No tengas miedo, no te voy a juzgar.

Me aferré a ella y tuve que tragar saliva con fuerza para tragarme el enorme nudo que notaba en la garganta. Inspiré, me llevé las manos al cuello y tiré con fuerza hacia abajo para relajar la tensión que notaba en los trapecios, y salí con la esperanza de que se hubiese marchado. Pero no. Allí estaba, apoyado en la pared con un brazo cruzado sobre el otro y rascándose la barbilla con la mano.

¿Por qué es tan condenadamente guapo? Pensé con frustración. La camisa blanca y los vaqueros que llevaba me hacían muy complicada la tarea de evitar mirarlo. Esta vez también me fijé en su nuevo peinado cuando al verme se llevó la mano a la cabeza y se la pasó por el pelo hasta apoyarla en la nuca.

Se acercó a mí con cautela manteniendo la distancia. Me dijo algo, pero la música me impidió entender lo que decía. Cuando se acercó a mi cuello sentí que las rodillas me temblaban.

—¿Podemos hablar en un sitio más tranquilo? —me repitió.

Asentí con la cabeza y lo seguí hacia el exterior, no sin antes dedicarle una nueva mirada asesina a Bea, quien me respondió lanzándome un beso.

Una vez fuera, se pasó las manos por el vaquero, claramente nervioso, y me miró.

—¿Quieres que nos tomemos un café allí? —preguntó indicando con el dedo una tranquila cafetería que había justo enfrente y que tenía una terraza en el exterior.

—Vale.

—¿Dentro o fuera? —Se giró hacia mí.

—Fuera.

Nos sentamos en una mesa cerca de la entrada en completo silencio. Una camarera llegó enseguida y, tras pedirnos un café, me miró y suspiró.

—¿Cómo estás?

Yo seguía sin mirarle, con la vista clavada en la calle y en las personas que iban y venían.

—He estado mejor —fue mi única respuesta.

—Imagino… —Le miré de reojo y le vi acariciarse el cuello.

Volvieron a pasar varios minutos sin que ninguno de los dos hablase, aunque ambos podíamos oír la respiración acelerada del otro y los pequeños suspiros que no éramos capaces de reprimir.

Cuando la camarera nos sirvió el café, Davide lo apartó hacia el centro de la mesa. Parecía obvio que no le apetecía y que lo había pedido para poder sentarnos a hablar en aquel lugar.

—Esther, yo… Lo siento. De verdad. No sabes cuánto.

—Eso ya lo he oído antes, por partida doble, como es habitual entre vosotros.

Directa y sin anestesia. Así pretendía mostrarme con él.

Davide carraspeó.

—No voy a intentar justificar lo que ha pasado porque entiendo tu

enfado. Tan solo quería pedirte perdón en persona, mirándote a la cara, aunque ya veo que tú no tienes ninguna intención de mirarme.

Clavé la mirada en él por primera vez y me arrepentí al instante; el corazón me dio un vuelco tan grande que me hizo coger aire sin poder disimularlo.

Davide me regaló una leve sonrisa y una mirada llena de tristeza. Recordé las palabras de Bea: «He visto cierta verdad en sus ojos», y aparté la mirada de él de golpe.

—Vale, ya lo has hecho. No tenemos nada más de lo que hablar —dije apoyando las manos en la mesa con la intención de levantarme. Davide se apresuró a cubrir una de mis manos con la suya. Yo la aparté al instante.

—Soy responsable hasta cierto punto de lo que ha pasado, no de haberte engañado —afirmó con vehemencia.

—Tu hermano dice lo contrario… —Volví a mirarle, esa vez con mayor seguridad.

—Mi hermano… —Suspiró—. No te voy a hablar mal de él. No he venido para eso. Tan solo quiero que me dejes explicarte algo.

—¿Por qué le ocultaste que nos conocíamos?

—No lo sé con exactitud… Creo que fue un acto de protección. De algún modo intuía que tarde o temprano iba a devolverme el golpe. Aunque nunca pensé que sería de esta forma y mucho menos contigo.

—¿Te das cuenta de lo cruel que es lo que acabas de decir?

—Sí, sé lo mal que suena que esperase algo así de mi hermano.

—Jugáis con la gente para resolver vuestras mierdas… No he visto nada más mezquino.

Le vi bajar la cabeza, avergonzado.

—Tienes toda la razón. Es algo de lo que me avergüenzo muchísimo. Debes creerme, yo no tuve nada que ver en esto. Jamás te he engañado. Estuve contigo porque me gustabas de verdad. Ni siquiera pensé en mi hermano. Si no te hablé más de él es porque no me apetecía compartir mi caótica vida familiar, no todavía. No por nada, sino porque lo que quería hacer contigo era disfrutar y verte sonreír.

—¿Entiendes que no puedo creeros a ninguno de los dos? Apenas os conozco y no puedo confiar en vuestra palabra. Cada uno me dice algo distinto. Vuestras disculpas no sirven de nada porque solo logran confundirme más.

—Lo sé. Solo te pido que me mires a los ojos y dejes que sean ellos los que te hablen.

Apreté los labios cuando los sentí temblorosos y parpadeé varias veces seguidas porque estaba empezando a notar los ojos húmedos.

—Davide, estoy muy confundida. No sé qué ha sido real y qué no. Mis sentimientos hacia… —No pude seguir debido al nudo que sentía en la garganta.

Davide se giró hacia la camarera y le pidió un poco de agua.

—Yo solo puedo hablar por mí. Entiendo que quizás tú te hayas dado cuenta de que… —Se detuvo y dio un sorbo de agua a una de las botellas de agua que nos acababan de servir—. Quiero decir que… quizás tú y mi hermano…

—Si me estás preguntando si estoy enamorada de tu hermano… No, no lo estoy —dije mirándole a los ojos—. Aunque tampoco tengo claro que sienta algo de verdad por ninguno de los dos.

De nuevo, otro jeringazo sin anestesia. Necesitaba soltar la rabia que sentía aferrada en mi interior, aunque sabía que estaba siendo demasiado dura.

—Comprendo… —Volvió a beber—. No pretendo convencerte de lo contrario. Sin embargo… yo sí tengo sentimientos hacia ti. Me he dado cuenta de lo importante que eres para mí y lo mucho que te echo de menos.

Ahogué una sonrisa irónica.

—Sé que es difícil de creer, pero es la verdad. Nunca había sentido una conexión tan especial con nadie.

—Pues te la has cargado de un plumazo.

—No soy el culpable de todo esto, aunque sí me siento responsable en parte. Esto no habría ocurrido si no hubiese estado con Andrea. No puedo cambiar el pasado por mucho que lo desee. Lo único que siento es que tú te hayas visto perjudicada. Lo último que querría es hacerte daño.

—El daño ya está hecho… —dije con la voz ligeramente quebrada.

—Lo sé y no duermo pensando en cómo poder sanarlo.

—No puedes… Lo que había entre nosotros ya no existe. Nunca ocurrió. Fue una mentira.

—¡No! —protestó—. Me niego a que pienses esto. Por supuesto que fue real. Tú lo sabes igual que yo, porque solo tienes que cerrar los ojos y recordar todo lo que hemos vivido para sentirlo.

—También viví momentos bonitos con tu hermano…

—Vale, lo acepto… —Carraspeó—. No obstante, aunque seamos gemelos, no somos la misma persona. No puedes haber sentido lo mismo con los dos. Por si te queda alguna duda, mi hermano es el que se ocupa de la escuela de surf, yo nunca paso por allí. Ya tengo bastante con llevar el restaurante, el alquiler de los pisos y la finca familiar… Yo vivo en tu misma calle y él en otro barrio… —Se detuvo.

Arrugué la frente y le miré, angustiada.

—Mejor me callo. Acabo de darme cuenta de lo absurdo y pueril que suenan todas estas explicaciones.

Me moví en la silla, nerviosa, porque sabía que lo que acababa de decir era cierto. Había pensado mucho desde el día en el que todo se descubrió, intentando buscar señales que identificasen a cada uno de ellos y ya tenía claro quién era quién. El único problema y el más angustioso era que sospechaba que lo que sentía era consecuencia de lo que había vivido con ambos, como si mi corazón hubiese creado a medida al hombre perfecto con las mejores cualidades de varias personas. Aquel pensamiento me aterraba. De

ser así tendría que reconocer que estaba enamorada de los dos.

—Sé que no me conoces bien aún y que no tengo ningún derecho a decir esto… pero me duele que no me creas.

Solté un jadeo incontrolado a modo de respuesta.

—¡Si quieres te doy las gracias! —Me crucé de brazos, indignada.

—No. Me refiero a que siempre he sido honesto contigo y…

—¿Y yo cómo puedo saber eso? ¿Cómo puedo saber que no mentías? ¿No te das cuenta de que nada de lo que digas tiene sentido? ¡Me habéis mentido los dos! Cada uno a su manera. Te hablé de la escuela de surf muchas veces y jamás me dijiste que era tu hermano el que se ocupaba de ella. Podrías haber evitado todo esto si lo hubieses hecho. Y no me digas que no lo hiciste con un propósito, porque no me lo creo.

—¿Cuándo te he mentido? Dime solo una cosa que te haya dicho que no fuese cierta.

—No se trata de mentiras y más mentiras, sino de ocultarme información para que no me enterase de vuestro juego.

—¡Yo no sabía que te veías con mi hermano! —protestó alzando por primera vez la voz.

—¡Eso mismo dice tu hermano de ti! ¿A quién creo? —Me recosté en el respaldo de la silla con brusquedad.

Davide tomó una bocanada de aire y se frotó la frente.

—Alessandro me dijo que te había conocido poco después de tu llegada. Me comentó que te había visto en la playa y que le pareciste muy guapa y encantadora. Enseguida supe que trataba de sonsacarme información sobre mi impresión sobre ti.

Cerré los ojos e inspiré.

—Por ese mismo motivo me mostré indiferente. Fue un acto intuitivo, yo qué sé. Quizás sentí que si notaba en mí cierto interés hacia ti no dudaría en fastidiarme. Tuvimos una fuerte discusión unos días antes por un tema relacionado con Andrea. Preferí no darle importancia al hecho de que nuestra nueva inquilina fuese una chica joven y guapa… Pero por mucho que me joda, mi hermano me conoce bien y enseguida nota qué me ocurre.

—No lo entiendo… —Solté el aire con fuerza.

—Traté de ignorarlo porque no paraba de hacer insinuaciones sobre lo atractiva que le habías parecido… Me equivoqué pensando que no se daría cuenta. Creo que logré el efecto opuesto y mi silencio le dejó claro que a mí también me habías parecido muy guapa. Se lo puse en bandeja y pensó que quizás había llegado el momento que llevaba esperando desde hacía tiempo.

—No me lo creo. No entiendo por qué era tan relevante que pensase que yo te había gustado. Hacía apenas unos días que nos conocíamos; tampoco implicaba nada.

—Alessandro se la jugó a una carta y acertó. Podría no haber pasado nada entre nosotros, pero ocurrió. Su instinto no le suele fallar y aprovechó la oportunidad. Imagino que te sonsacó información sin que te dieses cuenta y al

enterarse de que nos veíamos decidió seguir con el juego.

—Se hizo pasar por ti desde el primer día. Cuando le llamé por tu nombre no me corrigió.

—No tengo la respuesta a eso.

—Todo esto es una maldita locura. —Suspiré angustiada.

—Yo también lo creo y me cuesta entender cómo ha sido capaz de hacer algo así. No logro entender por qué no te dijo su nombre el día que os conocisteis. Sospecho que nada más saber que eras nuestra nueva inquilina y, siendo yo el que siempre se hace cargo de todo lo relacionado con los alquileres, tomó la extraña decisión de hacerte creer que era yo… —Arrugué el entrecejo y le miré, contrariada—. Vale, lo admito, no hay quien lo entienda.

—Pues no. Creo que todo empezó como un jueguecito vuestro… Sí, ya sé que tú no tuviste nada que ver —dije al ver su intento de corregirme— y al final le vino de maravilla para su venganza personal.

—Yo sé que le fallé cuando empecé a salir con Andrea, pero te juro que no sabía que tenía sentimientos hacia ella y nunca se lo oculté. Hablé con los dos. Ella me aseguró que no habían tenido más que un rollo informal y él no me confesó sus sentimientos. No le pedí permiso para salir con ella. Tampoco se lo oculté.

—Quizás esperaba que, como él, tú hubieses sido capaz de interpretar sus silencios.

—Puede ser… Estaba superado por todo lo que estaba ocurriendo en mi vida y me dejé arrastrar. Hasta hace poco intenté justificarlo pensando que lo hice porque me enamoré de ella… ahora lo veo distinto. No sé la razón, la verdad, pero el amor no tuvo nada que ver.

Le miré de reojo y vi que tenía la frente arrugada y un claro gesto de sufrimiento. Me dio pena; sin embargo, no cedí en mi embestida.

—Si no fuese porque yo misma he sufrido las consecuencias, te diría que te lo mereces por desleal.

Cuando percibí que había bajado la cabeza y clavado la mirada en la mesa, alcé la vista y le observé suspirar con un deje de derrota. Me sentí mal por haber sido tan cruel.

—Quizás tengas razón y me merezco todo esto —afirmó con voz trémula —. No obstante, lo que más me duele en este momento es haberte perdido. —Me miró con los ojos llenos de arrepentimiento y yo quise que la tierra se abriese y me tragase.

—Yo también lo siento… mucho. Fue bonito mientras duró, aunque demasiado breve —dije con severidad, a pesar de que mi corazón me gritaba otras palabras que me negaba a pronunciar.

—Esther, perdóname, por favor. Te juro que yo no… —Cubrió otra vez mis manos, apoyadas en la mesa, con las suyas.

—Yo tampoco quiero hacerte daño. Si necesitas que pronuncie las palabras, lo haré. Te perdono.

Davide ladeó la cabeza hacia un lado con frustración.

—Si no lo sientes no me valen.

—Las siento, de verdad. Te perdono… Ya está, pero no puedo volver a fiarme de ti y sin confianza no puedo estar con una persona. La desconfianza es mi bandera roja. No puedo, es imposible, lo siento.

Aparté las manos y me las puse en el regazo.

—Déjame demostrarte que no miento. Que me importas de verdad.

—No. Tienes demasiadas movidas a tu alrededor y no quiero verme involucrada en ellas de nuevo. Te recomiendo que intentes solucionarlas o nunca podrás ser feliz.

En esa ocasión no pretendí ser tan dura. Las palabras me salieron solas.

Davide permaneció en silencio un largo segundo y después inhaló profundamente y soltó el aire con fuerza.

—Tienes razón.

De repente, se levantó para marcharse. Yo hice lo mismo, un poco extrañada por su reacción.

—Gracias por haberme escuchado y haberme permitido disculparme.

Asentí y nos miramos sin decirnos nada, perdidos en los ojos del otro, transportados a otro lugar y otro momento.

Sin darme tiempo a reaccionar se acercó a mí, me puso la mano en la cintura y me dio un beso en la mejilla, tras el cual me susurró que me quería.

Si hubiese hecho caso a mi corazón, le habría atraído hacia mí y le habría besado. Por fortuna, mi mente tomó el control de la situación y tan solo me obligó a cerrar los ojos, saboreando aquel instante. Cuando los abrí le vi alejarse caminando cabizbajo.

El cuerpo me temblaba como una gelatina y un calor intenso me recorría de pies a cabeza. Entré al local en busca de Bea para indicarle que me marchaba. La noche había acabado para mí. Lo único que deseaba era tirarme en la cama a llorar desconsolada.

No tuve que decirle nada porque, en cuanto me vio llegar, me abrazó e informó a los demás que nos íbamos a casa. Hicimos el trayecto en taxi en silencio, tan solo acariciándonos las manos. Nada más llegar, fui directa a mi habitación y me derrumbé en la cama. Bea se tumbó a mi lado y mientras me acariciaba la cabeza yo lloraba.

—¿De qué ha servido hablar con él? —dije sollozando.

—Al menos habéis podido aclarar las cosas… —dijo con la voz impregnada de ternura.

—¿Aclarar qué? Ahora estoy más confundida aún.

—¿Te ha pedido perdón?

—Sí.

—Es lo que más deseaba hacer. Quizás ahora te deje en paz… siempre que eso sea lo que tú quieras.

—Me ha dicho que me quiere —murmuré rompiendo a llorar con ganas.

Bea me abrazó con fuerza.

—¿Y cómo te has sentido al oírlo?
—Mal, muy mal.
—¿Por qué?
Me tomé un tiempo para responder.
—Porque me he dado cuenta de que yo también le quiero… Apenas podía mirarlo. Se supone que debería estar muy enfadada con él… y de hecho lo estaba. Sin embargo, a la vez deseaba besarle… Soy una imbécil sin remedio —declaré con rabia.
—Esta conversación te ha hecho darte cuenta de lo más importante, Esther. Necesitabas saber por quién de ellos dos tenías sentimientos verdaderos. Y con verdaderos me refiero a amor. Puede que Alessandro te hiciese sentir otras cosas… Estoy convencida de que fue con Davide con quien te sentiste plena. Recuerdo tus mensajes, tu tono de voz cuando me contabas lo que habíais hecho juntos.
—Eso también lo hacía cuando regresaba de ver a Alessandro.
—No. He pensado mucho en ello. Recuerdo días en los que me hablabas de la playa y, aunque tu voz sonaba alegre, no tenía nada que ver con cuando me hablaste de tu viaje al viñedo, cuando dormiste en su casa o el día en el que te hizo esa tarta tan rica y te pidió que fueses a probarla al restaurante.
—No puedo perdonarlo, Bea. No puedo hacerme eso. Sería traicionarme a mí misma. Me han engañado, se han reído de mí… No debo tolerar semejante trato.
—No lo hagas. Nadie te va a obligar a hacer nada que no quieras. Deja pasar el tiempo y ya veremos. A partir de ahora nos vamos a centrar en disfrutar juntas y en pasarlo bien. Yo necesito descansar y tú tienes que recuperarte para terminar esa novela de una vez. A este paso la vas a acabar en el geriátrico. No puedo esperar más. Necesito saber qué pasa entre los protagonistas.
Me reí.
—Si crees que tengo ganas de escribir cosas románticas, es que no me conoces suficiente.
—Apenas… te conozco mejor que nadie en este mundo y por eso sé que te recuperarás y lo harás. Escribirás una preciosa historia de amor, porque eres una romántica empedernida que necesita soñar con ese tipo de amor.
—No me hace ningún bien creer en esas cosas —protesté con un puchero.
—Puede… pero con ese libro vas a callar muchas bocas y demostrarle a mucha gente que nunca creyó en ti y que se tomó tu afición a la escritura como una bobada que puedes hacerlo. Venga, vamos a desmaquillarnos, a ponernos el pijama y a comer un poquito de helado mientras vemos algo en la tele.
—Son casi las tres de la mañana.
—¿Y? ¿Tienes sueño?
—No.

—Deja ya de quejarte, que pareces una vieja gruñona.

Nos levantamos de la cama y Bea me dio una fuerte palmada en el culo que me hizo reír. Ella era lo mejor de mi vida y daba las gracias por tenerla como amiga. Debía agradecerle su apoyo y paciencia, así que la obedecí, preparé dos cuencos de helado y me senté a su lado para disfrutar de aquel momento juntas, porque amigos como ella son los que dan forma a tu mundo y te convierten en la persona que eres.

33

DAVIDE

La conversación con Esther me había dejado jodido porque, a pesar de haber abierto mi corazón y de estar dispuesto a aceptar sus reproches sin protestar, no logré acceder a ella. El muro que había levantado entre los dos era muy grueso y difícil de derribar.

Rumié sus palabras durante varios días, me las tragué y las asumí sin más. Sin embargo, una frase suya me agitó con fuerza. «Tienes demasiadas movidas a tu alrededor y no quiero verme involucrada en ellas de nuevo». Tenía razón. No podía seguir viviendo inmerso en el caos familiar en el que me hallaba desde hacía años, porque era obvio que me afectaba en mi vida personal. Lo ocurrido tenía una conexión directa conmigo y eso me hacía igual de responsable que Alessandro.

A lo largo de los años traté de ignorar el dolor que me provocaba el distanciamiento con mi hermano. A veces me parecía casi antinatural que, siendo dos personas con una conexión tan fuerte como la nuestra, estuviésemos tan alejados. En numerosas ocasiones luché por mantener nuestro vínculo a pesar de las circunstancias a nuestro alrededor. Tristemente, aquello quedó muy atrás y en los últimos años, sobre todo a raíz de lo ocurrido con Andrea, nuestra relación se había enfriado aún más.

Mi madre tampoco nos facilitó la tarea. Ella se empeñaba en seguir adelante con su vida sin tenernos en cuenta y, lo que era peor, tratando de demostrar que su forma de querernos y cuidarnos era la correcta, menospreciando todo el esfuerzo y dedicación que mi padre puso a lo largo de su vida para educarnos sin apenas ayuda.

Durante mi infancia, la desconexión que sentía entre mi madre y yo me parecía tan enorme como el universo. Recuerdo que solía tumbarme en el porche de nuestra casa en Ibiza mientras contemplaba el cielo nocturno plagado de estrellas titilantes ajenas a mi pena. Me sentía diminuto bajo aquel manto inmenso lleno de vida. Apenas una mota de polvo, un punto insignificante flotando en la nada. Según Carl Sagan, para criaturas tan pequeñas como nosotros, la inmensidad es solo soportable a través del amor. Creo que por ese motivo me sentí tan perdido cuando murió mi padre, porque él era mi guía, el faro alrededor del cual navegaba, la única persona que me ayudaba a soportar mi universo de soledad, reproches y amargura.

Las palabras de Esther volvieron a retumbar en mi cabeza. ¿Y si tenía razón y había llegado el momento de perdonar o, al menos, de dejar atrás todo el dolor y empezar un nuevo capítulo desde cero? La idea me pareció del todo

utópica, pues la herida era muy profunda. La sentía arraigada en mí, con raíces fuertes que llegaban a los rincones más recónditos de mi corazón y que se extendían más y más cada vez que mi hermano o mi madre aparecían en mi vida con una nueva situación estresante. No obstante, puede que con un poco de esfuerzo y determinación lograse al menos desarraigarla un poco y respirar.

Me levanté de la cama, en la que llevaba un par de horas tumbado sin poder dormir, y tomé una decisión.

Una semana más tarde envié un mensaje a Beatriz para que se reuniese conmigo en el restaurante antes del turno de noche y, para mi sorpresa, ella accedió de inmediato.

—Gracias por venir —le dije mientras la invitaba a sentarse y le ofrecía un café.

—Si te estás preguntando si Esther sabe que he venido… No, no lo sabe. Sé que va a enfadarse por haber quedado contigo sin su consentimiento, pero ha ocurrido algo y yo necesito contártelo.

Aquella información me provocó un escalofrío.

—Tú primero —le indiqué. Necesitaba saber qué pasaba antes de dar un paso más.

—Sergio, el exnovio de Esther, ha vuelto a ponerse en contacto con ella.

Noté un fuerte calor recorriéndome el cuerpo.

—¿Y por qué necesitabas hablar conmigo al respecto? —pregunté a pesar de no querer oír su respuesta.

Beatriz soltó un sonoro suspiro y luego me miró directamente a los ojos.

—¿Tú quieres de verdad a mi amiga?

Su pregunta me sorprendió por la rotundidad con la que la formuló.

—Sí.

—Ayúdame a evitar que vuelva con ese imbécil. —Su voz sonó a súplica. Me preocupé.

Solté el aire que llevaba varios segundos conteniendo y me froté los labios, nervioso.

—¿Por qué crees que va a volver con él? —Apreté los labios.

—Porque él se lo ha pedido. Ha vuelto a llamarla hace un par de días. Ha regresado a Madrid y quiere verla, hablar, intentar solucionarlo… —afirmó al tiempo que apoyaba los codos en la mesa claramente tensa.

—Me temo que no estoy en posición de poder evitarlo. Te recuerdo que no quiere ni verme. Si estuviese en mi mano, te juro que iría y le pediría que no lo hiciese. Por desgracia, no me puedo permitir semejante osadía.

Beatriz se agitó en su asiento.

—¿De qué querías hablar, entonces? Te aseguro que, si no me ayudas a evitarlo, Esther va a volver con Sergio y a ser infeliz de nuevo.

—¿Crees que yo la haría más feliz?

Mi pregunta le hizo abrir los ojos como platos. Sí, fui consciente de que estaba echando piedras sobre mi propio tejado, pero por primera vez estaba decidido a asumir que había cosas imperfectas en mí, heridas que sanar para

convertirme en un mejor hombre, en una mejor persona.

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? —Se apoyó en el respaldo de la silla con fuerza y se pasó una mano por el pelo.

Imité su gesto y me recoloqué en la silla.

—Quiero estar con ella… de verdad. Es lo que más deseo, pero no de esta manera; no lleno de rabia y dolor.

—¿Para qué me has hecho venir? No te entiendo, Davide, de verdad. He accedido a venir porque pensaba que me ibas a pedir ayuda para acercarte de nuevo a ella.

—No has contestado a mi pregunta.

Beatriz se giró hacia la puerta cuando sintió que alguien llegaba y volvió a mirarme cuando comprobó que se trataba de uno de los camareros.

—¿Que si creo que sería más feliz contigo? —repitió.

—Sí.

—Sinceramente, creo que, a pesar de todo lo que está ocurriendo, sí, lo sería. Al menos en el poco tiempo que os conocéis me has devuelto a mi amiga.

—Ahora es infeliz por mi culpa.

—Lo sé, aunque al menos puedo decir que su tristeza es debida a haberse sentido viva. Sergio es una de esas personas que opacan su brillo. La adormece y la moldea a su gusto.

La miré con el ceño fruncido sin entender.

—No estoy diciendo que apruebe lo que habéis hecho. Me sigue pareciendo muy mal que hayáis jugado con los sentimientos de una persona, pero, no sé por qué, siento que tú no eres el responsable de todo esto y que de verdad albergas sentimientos en tu corazón hacia ella. Espero no estar equivocada…

—No lo estás. Pase lo que pase no dudes de que jamás intenté hacerle daño.

—Entonces, ayúdame.

—No puedo —dije sintiendo cómo esas dos simples palabras me abrasaban las entrañas.

—¿Por qué no?

Podía ver su frustración. Sin embargo, no podía darle lo que había venido buscando. No estaría siendo fiel a mi decisión ni sería justo con Esther.

—Necesito resolver unas cosas… sanar algunas heridas. No quiero volver a dañarla por algo que nada tiene que ver con ella. Me he dado cuenta de que el dolor que siento hacia mi hermano y mi madre es demasiado profundo. Es una herida fea y sangrante que necesito curar para poder ofrecerle lo mejor de mí mismo. No quiero convertirme en su exnovio…

—No tan *ex*, me temo…

Beatriz permaneció un largo instante en silencio, evitando mirarme a los ojos, mientras yo notaba que el nudo que se me estaba formando en la garganta se hacía cada vez más grande.

—¿Sabes que quizás cuando quieras acercarte a ella sea demasiado tarde?

Me tragué con fuerza el nudo y cogí aire antes de responder.

—Sí. Sé que es un riesgo demasiado real que no me queda más remedio que asumir. No quiero que ame a este Davide. No quiero entregarme a ella a medias ni sentirme culpable cada vez que la mire. Si quiero mostrarle al verdadero Davide, debo dejar atrás al hombre que vive anclado en el pasado, sumido en el dolor y en el resentimiento.

—¿Para qué me has llamado? —Su voz estaba teñida de amargura—. ¿Puedes aclararme la duda de una vez?

—Para darte algo.

Me excusé unos minutos en los que aproveché para dar un par de indicaciones a uno de los camareros y regresé con una caja que puse encima de la mesa.

—¿Qué es eso?

—Es un regalo para Esther. Quiero que se lo des de mi parte.

—¿Por qué no organizamos una quedada y se lo das tú mismo?

—No. No deseo obligarla a verme si no quiere.

—Eso me ha sonado demasiado cobarde —me reprochó.

—Puede ser, aunque no es la cobardía la que me impide hacerlo. El otro día me di cuenta de que verme le hace daño. No quiero seguir haciendo que se sienta mal. No se lo merece.

Beatriz se cruzó de brazos a la espera de que le explicase de qué se trataba.

—Quiero que le des esto a partir de mañana por la noche. No antes.

—¿Por qué? —preguntó arrugando la frente.

—Porque ya me habré ido.

—¿Te vas? ¿Dónde? —Me miró de hito en hito.

—Sí.

—¿Cuánto tiempo?

—Aún no lo sé.

—¿Y si cuando regreses ya no estamos aquí?

Su pregunta me inquietó. No contaba con esa posibilidad.

—¿Pensáis marcharos en serio?

—No lo sé, pero que Sergio ande detrás de ella no es bueno, como tampoco lo es que esté de regreso en Madrid. Con todo esto… siento que Esther quiere alejarse. A veces creo que ya ha perdido las ganas de estar aquí y no quiero obligarla a permanecer en un sitio en el que no quiere estar.

—Entiendo… Sabéis que podéis quedaros todo el tiempo que queráis. No hace falta que me abonéis más dinero.

—Gracias. Ese no es el motivo.

—No, claro que no… —murmuré sintiéndome un idiota por haber sugerido que el motivo por el que quería apartarse de mí pudiese ser económico—. ¿Te das cuenta de que no le hago bien ahora mismo? —dije con

la voz cargada de pena.

—Irte no va a solucionarlo. Tenéis que hablar… Aclararlo todo.

—No hay nada más que aclarar, Bea. Ella ya no cree en mí.

—¿Te estás rindiendo tan fácilmente? No me lo puedo creer. Estaba confundida contigo… —Se levantó de la silla con intención de marcharse. Antes de hacerlo pude cogerle la mano y detenerla.

—No. No pienses eso. No estoy renunciando a ella. Estoy intentando ofrecerle mi mejor yo y empezar desde cero.

—Es que ese plan solo está en tu mente, Davide. ¿No lo ves? ¿Crees que será fácil regresar cuando a ti te venga bien y que ella te estará esperando? ¡Te estoy diciendo que su exnovio quiere volver con ella!

Por su gesto de angustia era obvio que Sergio era una persona que Beatriz deseaba mantener alejada de Esther.

—¿Qué quieres que haga? ¿No entiendes que no puedo ponerme delante de ella y pedirle que no vuelva con ese hombre? No tengo ningún derecho después de lo que ha pasado.

—No te estoy pidiendo que hagas eso. Solo que me ayudes a…

—¿A qué?

—¡Yo qué sé! —exclamó y apoyó las manos en las caderas, derrotada.

—Bea, entiendo tu frustración y te juro que lo haría si pudiese, pero ahora mismo debo solucionar unos asuntos. Si no lo hago, no podré ser feliz y mucho menos hacerla feliz a ella. No me estoy rindiendo, solo pidiendo un poco de tiempo.

—El tiempo corre en tu contra, Davide.

—Soy consciente de ello. Aun así, tengo que arriesgarme.

—¿Y si no logras sanar? ¿Y si te lleva más tiempo del que esperas?

—Sé que te angustia que pueda volver con Sergio. No le conozco demasiado y lo poco que sé de él a mí tampoco me gusta, aunque, por mucho que me duela, ahora mismo no soy mejor que él, Bea. Los dos le hemos hecho daño. Te agradezco que creas lo contrario, de verdad. Espero poder resolverlo todo en el menor tiempo posible y regresar. Prométeme que estaremos en contacto.

—No sé —dijo con los ojos húmedos—. Ya no estoy segura de qué es lo mejor para ella. Pensé que tú…

—¿Que yo la quería? La quiero, Bea, créeme. Como no he querido nunca… Por eso me voy. Cuando regrese, te prometo que lucharé por ella con uñas y dientes.

—Si no es demasiado tarde…

Ella apartó las manos y se las llevó a los bolsillos de la chaqueta que llevaba.

—¿Le darás esto? —Le ofrecí la caja. Ella la cogió con algo de desconfianza.

—Sí. Aunque no sé cómo voy a hacer para ocultársela.

—Espera un momento.

Unos minutos más tarde regresé con otra caja similar en tamaño.

—Toma. Dile que has comprado unos dulces de camino. Coloca mi caja debajo de esta.

Me miró y, tras suspirar, cogió las cajas y encaminó sus pasos hacia la salida.

—Gracias por todo. —Le acaricié el hombro con suavidad.

—Espero no estar equivocándome contigo, porque ahora mismo estoy un poco enfadada y defraudada.

La miré con ternura y le agradecí su confianza con un breve abrazo.

—Necesito hacer esto. Cuida de ella en mi ausencia.

—¿Qué harás si no estamos cuando regreses?

Buena pregunta, la más paralizante y la que más miedo me daba plantearme. Cerré los ojos, inspiré hondo y, a continuación, fui soltando el aire muy lentamente.

—En ese caso… os buscaré. Te lo prometo. Confía en mí.

Beatriz me miró con los ojos llenos de una mezcla de esperanza y desconfianza. Abrió la puerta y salió caminando despacio mientras la observaba dirigirse hacia su portal.

Lo había hecho. Había logrado ser valiente. Por fin me había hecho responsable de mis errores y tomado acción en busca de una solución. Solo esperaba que el proceso de alquimia que requería la sanación de mi corazón fuese lo suficientemente rápido como para no arrepentirme de haberme alejado de la única fuente de amor que, con su intensidad y calor, había penetrado en mi corazón, en silencio y casi a hurtadillas, dispuesta a cauterizar sus heridas.

34

ESTHER

Las cenas con Bea eran la mejor parte del día porque, tras comer lo que habíamos preparado juntas, pasábamos un buen rato viendo series y películas. Esa cotidianidad me estaba ayudando a recomponerme, aunque por las noches, cuando me quedaba a solas en mi habitación, la ansiedad regresaba con fuerza.

Aquella noche, justo antes de empezar una de las series a las que nos habíamos enganchado, Bea me anunció que tenía algo para mí.

La vi sentarse a mi lado con cierto aire de misterio. Sonreí.

—Toma, esto es para ti.

Cogí la caja que me puso en las manos y la miré sorprendida.

—¿Me has comprado un regalo?

—No es mío… —Carraspeó.

La miré confundida.

—Es de… Davide —dijo al fin y yo abrí los ojos como platos.

—¿Le has visto?

—Sí, ayer.

Intenté levantarme del sofá. Ella me retuvo.

—Por favor, deja que me explique.

—Es que no entiendo por qué te empeñas en quedar con él sin decírmelo —le recriminé.

—Me llamó ayer y no pude negarme. Necesitaba darme esto antes de… Bueno, toma, es para ti. Yo no quiero saber nada más.

—¿Qué es? —Quise saber sin mucha intención de abrirlo.

—¿Quieres hacer el favor de abrirlo? ¡Yo qué sé! No voy abriendo por ahí regalos que no son para mí.

Exhalé un suspiro.

—¿Quieres que te deje sola?

—No.

Observé unos instantes la bonita caja de color granate y la cuidada lazada con la que la había cerrado. Tras deshacer el nudo, retiré la cinta plateada y destapé la caja. Dejé la tapa a un lado y sentí que el corazón me daba un vuelco. Con cuidado, saqué el cuaderno que contenía y que llevaba como título *Nuestro pequeño mundo*.

Permanecí un tiempo observando la portada en silencio a la vez que notaba cómo se me humedecían los ojos.

—¿Por qué te ha dado esto? —dije al fin con la voz quebrada.

Bea tardó unos segundos en contestar.

—Creo que deberías abrirlo —respondió ignorando mi pregunta.

Con manos temblorosas deslicé la portada y me encontré con la primera página. En ella me invitaba a recorrer, a través de fotografías, dibujos y reflexiones, los lugares que habíamos visitado y los mejores momentos juntos. Aquel precioso cuaderno estaba lleno de recuerdos felices que me hicieron llorar y sonreír a partes iguales. Bea me observaba también emocionada mientras le explicaba a qué se refería cada reflexión o imagen. La segunda hoja contenía una foto del ascensor en el que nos conocimos y una reflexión sobre la colisión de los átomos. Dibujé una pequeña sonrisa.

Davide logró sorprenderme, ya que incluía fotografías mías que no sabía que existían. Como en la página cuatro, en la que aparecía una imagen nuestra, abrazados, pisando las uvas en su casa familiar. Imaginé que fue Vicenzo quien retrató aquel instante, mientras nosotros disfrutábamos de la experiencia. O en la seis, hecha la mañana siguiente después de pasar la noche juntos, donde yo aparecía mientras tomaba distraída un café mirando al mar. Aunque la que más me sorprendió fue en la que yo estaba asomada al balcón en un día soleado. ¿Cómo no podía haberme percatado de que me había estado fotografiando?

El cuaderno también incluía las recetas de la torta de ricota y pistachos que elaboró para mí y gracias a la cual nos besamos por primera vez, y la maravillosa tarta de manzana de su padre. Aquel precioso detalle me hizo romper a llorar. ¿Por qué todo tenía que haber acabado así?

Me apoyé en Bea en busca de consuelo mientras ella me acariciaba el pelo con ternura.

—¿Por qué me da esto ahora, Bea? ¿Para qué? —dije apenas sin voz.

—Para que le perdones.

—Nada cambiará lo que ha pasado ni la desconfianza que se ha instalado en mi corazón.

—Puede que ahora no, pero en un tiempo es posible. Es su forma de volver a pedirte perdón y de demostrarte que te quiere.

Me aparté de ella de golpe y la miré angustiada.

—¿Cómo puedes afirmar algo así después de todo?

Bea inspiró y exhaló de golpe.

—Esther, no podemos cambiar el pasado, lo sé. Aunque sé que estuvo mal, me reitero: Davide no es responsable, a pesar de que él se empeñe en culparse.

—Si te hacen daño no te quieren —le recordé.

—Estoy de acuerdo, pero este no es el caso. Él no te ha hecho esto. Es una víctima más de todo ese embrollo familiar que tiene.

Aparté la mirada de ella con cierta incomodidad. A pesar de que ya no me sentía tan rabiosa cuando pensaba en él, no podía evitar seguir culpándole por mi dolor.

—¿Qué quiere que haga con esto? —Levanté la barbilla con altivez.

—No lo sé.

—No entiendo. ¿Por qué te lo ha dado, entonces?

—No tengo la respuesta a eso. Tan solo me pidió que te lo diese con una condición.

Le dirigí una mirada aún más confusa.

—Me pidió que te lo entregase hoy por la noche. No antes.

—¿Por qué?

—Porque se ha marchado.

El corazón me dio un salto en el pecho.

—¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Por qué?

—Lo único que sé es que se ha marchado una temporada para solucionar unos problemas personales. Creo que quiere arreglar la situación con su familia.

—¿Dónde ha ido?

—No me lo dijo… Le noté un poco dudoso. No sé más.

—¿Y cuándo vuelve?

Mi voz reflejaba la angustia que sentía dentro de mí. No me había planteado que algo así pudiese ocurrir y me sorprendió ver la profundidad con la que me había afectado la noticia.

—No lo sé. Él tampoco parecía tenerlo claro…

Me levanté de golpe y me asomé al balcón. Sin poder evitarlo dirigí la mirada hacia su piso y comprobé que estaba apagado y con las persianas echadas. Sentí una fuerte presión en el pecho y una intensa necesidad de llorar.

Hasta ese momento había sido yo la que había pensado en marcharse, alejarme de todos los recuerdos que hacían más profunda la herida en mi corazón. Sin embargo, nunca pensé que podría ser él quien se fuese y aquella decisión me partió el alma en dos.

La ansiedad que sentía hizo que me fallasen las rodillas, por lo que Bea me acompañó hasta mi habitación. Me tumbé en la cama y, tras pedirle que me dejase sola, lloré con rabia, con pena, con frustración, sintiendo que mi llanto se rompía cada vez más.

¿Qué sentido tenía entonces permanecer en la isla? En mi interior sabía que el perdón ya había tenido lugar en mi corazón, aunque sospechaba que la tarea más ardua sería poder volver a confiar en él. No estaba dispuesta a hacerlo, al menos no de momento. No sin dejar que pasase el tiempo, sin permitir que el dolor se aplacase hasta casi extinguirse, no antes de que me demostrase que realmente yo le importaba de verdad.

Reí para mí misma con amargura. Ya nada de aquello era posible. Se había marchado. Se había alejado de mí en un intento de sanar su propio corazón. No podía culparlo. Era consciente de que aquella situación también le hacía sufrir. No obstante, una profunda pena me invadió. ¿Significaba aquello que se había rendido y que daba por terminada nuestra breve historia?

Cogí de nuevo el cuaderno y, de forma casi instintiva, fui a la única

página que aún me quedaba por ver. Aquella última hoja contenía dos fotografías: una desde el balcón del hotel en el que pasamos la noche juntos y otra de la cama en la que habíamos hecho el amor, acompañadas por un mensaje que me cortó la respiración.

Gracias por aparecer en mi vida, por haberme regalado los momentos más felices, por tu sonrisa, por tu luz, por tus preciosos ojos, los únicos que han sabido ver en mí quien verdaderamente soy. Me has devuelto la fe en el amor, desterrado mis miedos y ayudado a entender que, a pesar de que el amor es algo incontrolable que nos asusta, merece la pena vivirlo. Pero, sobre todo, te agradezco que me hayas abierto los ojos. Gracias a ti podré decir que me convertí en mejor persona. Espero que pronto podamos dejar todo el dolor atrás y volver a encontrarnos, a colisionar de nuevo, como aquel día en el ascensor, y empezar de cero. Mientras tanto, hazme un favor: sé feliz, ríe y disfruta de la vida. Exprime cada momento. Vive.
Ti amo, bella. Ci vediamo presto.
Davide

El amor es así. Llega y se marcha sin avisar, sin tan siquiera despedirse. Y cuando lo hace nos deja vacíos, pero nunca indiferentes. Unas veces paralizados, otras con ganas de salir corriendo y gritar. Gritar muy alto para intentar que la rabia y el dolor se desvanezcan a través de nuestra voz. El problema es que rara vez lo hace. Y, mientras tanto, el mundo se empeña en girar y girar a nuestro alrededor, ignorando nuestro corazón partido en mil pedazos, para recordarnos que nuestra historia de amor fue meramente casual, incontrolable y movida por los lazos caprichosos del destino.

35

DAVIDE

Los recuerdos. Esos pedacitos de los que está formado nuestro corazón y que nos hacen reír o llorar con la misma intensidad. Los hay de todas clases: alegres, tristes, nostálgicos... Los que surgen a partir de un olor, del suave tacto de un abrazo o una caricia, de un sonido o una imagen. Los que te dibujan una sonrisa o te roban una lágrima.

Para mí, todos ellos se aunaron en uno en cuanto me bajé del taxi.

Aquella casa, rodeada del mismo jardín que con tanto amor había construido mi padre, lleno de limoneros que aún seguían en pie, aunque con peor aspecto; el sonido de los pájaros y el olor a mar, tan similar y tan distinto al que olía cada mañana al salir de casa en Cagliari. Todas aquellas sensaciones me transportaron por un largo instante a unos años en los que podría decir que fui feliz, en los que me iba a la cama sin la sensación de que algo me faltaba.

No recuerdo si había cumplido aún los seis o siete años cuando oí sin pretenderlo una fuerte discusión entre mis padres, tras haber salido de noche a hurtadillas de mi habitación de camino al baño. Lo que oí me asustó tanto que corrí a mi habitación, me metí en la cama y me tapé la cabeza con la sábana. Aún no sabía lo que significaban los términos separación y adulterio, pero algo en mi interior me dijo que no eran buenos.

Apenas un año después, cuando empecé a ser consciente de todo a mi alrededor, me topé de bruces con la realidad. Me di cuenta de que, por muy bonito que fuese nuestro entorno, aunque viviésemos bien, sin los problemas económicos que tenían algunos de nuestros vecinos, a los que mi padre siempre echaba una mano; a pesar de que nuestra casa era una de las más bonitas de la calle, mi familia no era real, mi hogar no era como el de otros niños del barrio, ya que cada noche terminaba yéndome a la cama sin el beso de mi madre. Mi padre suplía con creces esa ausencia. Sin embargo, hasta él sabía que no era suficiente, por mucho que se esforzase por ayudarnos a dormir contándonos cuentos hasta asegurarse de que caíamos profundamente dormidos sin pensar en nada más.

Sacudí la cabeza para desprenderme de todos aquellos recuerdos y, en ese momento, me percaté de que una señora me miraba extrañada desde la acera de enfrente.

Me quité las gafas de sol y fijé la vista en ella. La reconocí de inmediato. Ella hizo lo mismo y me sonrió.

—Buenos días —dije acercándome a ella.

—Buenos días. —Entrecerró los ojos y volvió a observarme.

—¿Cómo está, señora Carmen? La veo muy bien.

—David, ¿eres tú? —preguntó vacilante.

Sonreí al volver a escuchar mi nombre en español. Era así como me llamaban los vecinos durante mi infancia. Ella era de las pocas vecinas que conseguía diferenciarnos. Sin embargo, hacía demasiado tiempo desde aquellos días.

—Sí, soy yo.

—Hijo, ¡qué alegría verte! —Me dio un fuerte abrazo que agradecí. Llevaba un rato notando las piernas un poco inestables—. Es que no estaba muy segura. Llevas el pelo muy corto… No hace mucho me pareció verte por aquí, pero… estabas distinto. Imagino que sería tu hermano.

—Sí, sería él…

—Es que sois tan iguales… —Asentí con la cabeza y gesto de amargura —. Aunque tú hablas diferente… Eres tan educado… —sonreí con cariño.

—¿Cómo van las cosas?

—Bien, hijo, bien. Aquí todo sigue igual, Tranquilos. ¿Y tú? Hace tantos años que no te veíamos por aquí…

—Bien… —mentí.

—¿Has venido a ver a tu madre?

Suspiré con fuerza.

—Eh… bueno, podría decirse que sí…

—No creo que esté en casa. Hace unos días que no la veo…

Vaya, pensé. No había contado con la posibilidad de que no hubiese regresado a Ibiza aún, aunque mi hermano me dijo que sí, que los dos habían viajado juntos hasta allí.

—No se preocupe. Llamaré a Alessandro.

—Puede que hayan ido a hacer unas compras. La verdad es que estos días no he salido mucho. Hace un calor de mil demonios.

—Puede… —Miré a mi alrededor para ver si podía esperar en algún sitio. El calor apretaba con fuerza, a pesar de no ser ni las diez de la mañana.

Me miró con un poco de extrañeza.

—¿Quieres venir a tomar un café a casa?

—No, no quiero molestarla. Buscaré una cafetería.

—Anda, anda. —No me dejó terminar y me cogió del brazo—. No digas bobadas. Ven, vamos. Te prepararé un café o uno de esos zumos tan ricos que te gustaban de pequeño, ¿te acuerdas?

María. La bondad hecha mujer. La persona que tantas veces se encargaba de nosotros cuando mis padres no podían, la que nos dejaba jugar horas y horas en su jardín con sus dos hijos, siempre atenta, siempre cariñosa… simplemente siendo una madre para todos.

—¡Cómo olvidarme! —Sonreí.

—Venga. Vamos al jardín, que se está más fresquito. Además, mi marido se alegrará mucho de verte.

La seguí con paso lento y una tierna sonrisa dibujada en el rostro.

—Joaquín, ¡mira quién ha venido! —anunció nada más salir al jardín.

El hombre, que en ese momento estaba cortando unas hierbas de su pequeño huerto, se irguió y se giró para mirarnos. A continuación, se quitó los guantes que llevaba, dejó las tijeras de podar encima de una mesa y se acercó a nosotros.

—Es David, el hijo de Pedro. Ha venido a ver a su madre.

De nuevo aquellas palabras tan cotidianas para un hijo se clavaban en mi pecho como agujas.

El hombre dio unos pasos hacia mí y me abrazó con cariño, mientras me daba unas palmaditas en la espalda.

—David, ¿cómo estás? Madre mía. Hace muchísimos años que no te veíamos.

—Sí… he estado muy ocupado estos años desde que mi padre…

—Sí, lo sé, lo imagino, hijo —dijo Joaquín con pena. Él fue el mejor amigo de mi padre mientras vivíamos allí y un gran apoyo cuando las cosas entre mi padre y mi madre se agravaron—. Siento mucho no haber podido ir a su entierro, acababan de operarme de esta maldita rodilla y… —Se llevó la mano a la pierna.

—No se preocupe. Recibí su mensaje y el ramo de flores que enviaron. —Le apreté la mano en agradecimiento.

—Sí, bueno… fue nuestro hijo Luis el que lo hizo por internet… Nosotros no entendemos de esas cosas.

Sonreí y asentí.

—Ven, siéntate y cuéntame un poco qué es de tu vida.

Caminamos hasta un pequeño cenador y nos sentamos. Enseguida apareció María con una bandeja portando una gran jarra con el delicioso zumo de naranja y limón que preparaba de toda la vida.

—Toma, seguro que tienes sed. A ver si te sigue gustando.

Cerré los ojos y lo saboreé despacio, dejando que el recuerdo de las tardes de verano y las risas llenase mi corazón.

—¡Qué rico! El mejor zumo del mundo.

María me dio una palmadita en el hombro y rio.

—Tú siempre tan adulador. Eres un encanto. Toma, come un poquito de este bizcocho de limón. Lo devorabas cuando eras pequeño.

Di un mordisco a la porción que me puso en un plato y no pude evitar relamerme los labios.

—No, de verdad, se lo digo en serio. Es una cocinera fantástica. Está buenísimo.

María negó con un gesto mientras en su cara asomaba una sonrisa afectuosa.

—Ahora sé de lo que hablo… Soy chef —dije con timidez.

—Ah, ¿sí? ¿Seguiste los pasos de tu padre? —me preguntó Joaquín.

—Bueno… fui a la universidad y estudié otras cosas, pero al final

siempre terminaba el día en la cocina con mi padre. Hice algunos cursos, me formé… y cuando murió, pues… decidí hacerme cargo del restaurante.

—Muy bien, hijo. Tu padre estaría muy orgulloso de ti —afirmó con rotundidad María y a mí se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Gracias… Aunque mi padre era mejor cocinero. Él ponía el alma en cada plato y las cosas hechas con amor… ya sabe…

—Estoy seguro de que tú también cocinas muy bien. Te pareces mucho a él. Más que tu hermano. Él es como… —señaló Joaquín y carraspeó. Estaba seguro de que ese hombre sabía muchas cosas que los demás desconocíamos, gracias a su amistad con mi padre.

—Y aparte de ser chef… ¿Estás casado? ¿Tienes niños? —preguntó María con curiosidad.

—No, no… estoy soltero.

—¿De verdad? ¡Con lo guapo que eres! ¿Cómo puede ser? —exclamó mientras elevaba las manos y las posaba a continuación en la mesa con un ligero golpe. Reí.

—Pues… no sé. La vida es así… —respondí sin saber muy bien qué decir.

—Que sea tu hermano el que esté soltero… lo entiendo, pero tú, con lo responsable que eras, lo buen niño… Aless es más alocado —añadió la mujer.

Encogí los hombros.

—El muchacho no habrá encontrado la mujer adecuada, María —dijo Joaquín y la miró en un intento de dejar la conversación.

Cogí aire y lo solté muy despacio mientras cogía el vaso para dar otro sorbo.

—A veces no es fácil, aunque la encuentres… —murmuré.

Los dos me miraron con ternura y María, siempre tan cariñosa, cubrió mi mano con la suya.

—No te preocupes, hijo. Ya llegará la mujer perfecta para ti. No te angusties. Mejor esperar que elegir mal, ¿verdad?

Asentí con la cabeza sabiendo que aquellas palabras no eran causales.

—Bueno, y… ¿qué te trae por aquí? ¿Has venido a ver a tu madre? Creo que viajó a Cerdeña hace unas semanas, ¿no? —preguntó Joaquín.

—Sí. Ha surgido algo importante que debo hablar con ella.

—Tu hermano viene más a menudo que tú… ¿sigue fría vuestra relación? —Me lo quedé mirando unos segundos.

—Es complicada, ya lo sabe… —dije y tragué saliva.

—Lo sé, hijo, lo sé. Ella es complicada… ¿Cuánto tiempo has venido?

—Apenas un par de días.

—¿Te quedarás en la casa?

—No. Estoy en un hotel.

—Mejor.

Fruncí el ceño y miré a Joaquín, extrañado.

—Esta casa ha cambiado mucho y… bueno, ahora vive más gente…

—Algún novio nuevo, ¿no? —pregunté sin necesidad de saber la respuesta.

—Debe ser… Ella no habla mucho de su vida. Tampoco se esconde —respondió María con cierto retintín.

Desvié la mirada hacia el fondo del jardín y suspiré.

—Si quieres quedarte a comer, nosotros encantados. Mi hijo Luis viene con sus niños —dijo María.

—No, muchas gracias. Se lo agradezco de corazón, pero tengo que hacer unas cosas. Voy a llamar a mi hermano Jaume. También necesito hablar con él.

—Buen muchacho, Jaume. El pobre huyó de aquí en cuanto pudo. —María le dio un codazo para indicarle que no debía haber hecho aquel comentario. Reprimí la risa.

—Bueno, muchas gracias por todo. Si puedo, volveré a hacerles otra visita antes de marcharme.

—De nada, hijo, de nada. Aquí estamos para lo que necesites —afirmaron los dos casi al mismo tiempo.

Les di un fuerte abrazo agradeciéndoles su cariño.

—Cuídense.

—Igualmente.

Salí de la casa con el corazón templado gracias al afecto y ternura con los que aquellas maravillosas personas siempre nos trataban.

Dirigí mis pasos hacia la playa que se encontraba a escasos quinientos metros. Bajé a la arena y me senté en un pequeño espacio a la sombra de una palmera. Me quité las deportivas, los calcetines y me remangué un poco los pantalones. Cogí aire y suspiré con fuerza.

Tras varios minutos observando el mar, cogí la mochila que llevaba conmigo y saqué el móvil. Busqué el número de Jaume y me alegré de escuchar su voz. Nuestra relación no era demasiado íntima, aunque sí agradable y honesta.

—Davide, ¿cómo estás? —Noté la sorpresa por mi llamada en su voz y me sentí mal.

—Hola, Jaume. Bien, bien.

Jaume era diez años más pequeño que nosotros. Nació de una relación posterior de mi madre y, a pesar de que nunca convivimos, mi padre no tuvo ningún reparo en que nos viésemos. Él siempre tan generoso, tan empático. Ella tan egoísta y despreocupada.

—He llegado a la isla para solucionar un asunto y me gustaría poder verte antes de irme. Hace mucho que no nos vemos.

—Claro, claro, tío. Cuando quieras. —Me emocionó percibir alegría en su voz.

—Vale. Esta tarde te llamo y concretamos la hora para cenar juntos. ¿Te va bien?

—Perfecto.

—*Ciao*.

—*Ciao*, hermano —repitió.

«Hermano». Qué palabra tan bonita y tan dolorosa al mismo tiempo; tan distinta en la voz de Jaume y tan cálida. Los ojos se me humedecieron sin poder evitarlo, a la vez que pintaba una amplia sonrisa en los labios.

Me quedé allí un largo tiempo hasta que el calor empezó a ser molesto. Después decidí sentarme en un bar del paseo marítimo y, mientras me bebía una cerveza, le envié un mensaje a Alessandro para informarle que estaba en la isla. Esperaba no haber hecho el viaje en balde porque tanto él como mi madre eran las dos personas más imprevisibles que había conocido nunca. Un poco angustiado, me recosté en la silla y fijé de nuevo la mirada hacia el mar esperando un mensaje de vuelta. Estaba tan bonito a esa hora, en una tonalidad aguamarina, tranquilo, sin apenas olas, bañando los cuerpos de las personas que se habían metido y bailando junto con ellos con su eterno movimiento.

Sin poder evitarlo mi menté viajó hasta Esther. ¿Qué estaría haciendo en ese instante? ¿Habría visto mi cuaderno? ¿Qué habría pensado? Me moría por enviarle un mensaje y salir de dudas. Reprimí las ganas: no era lo correcto. Necesitaba darle su espacio, dejarla digerir todo lo ocurrido para que, con calma, quizás pudiese ver las cosas desde otro prisma.

El sonido al entrar un mensaje en el teléfono me sacó de mis pensamientos. Lo miré y con alivio vi que era de Alessandro. En una media hora estarían en casa. Cogí aire, saqué de la mochila los papeles que llevaba y los repasé una última vez. Necesitaba tener claro lo que iba a hacer para evitar malentendidos. Pero, ante todo, necesitaba acabar con aquello cuanto antes para poder descansar tranquilo y olvidarme de aquella historia de una vez por todas.

36

DAVIDE

Por mucho que intenté que nos encontrásemos en un lugar neutral, mi madre insistió en que lo hiciésemos en casa. Quería evitar verme sobrepasado de nuevo por los recuerdos, pero había ido hasta allí para intentar solucionar lo que nos distanciaba desde hacía tanto tiempo. Hice un esfuerzo y accedí.

Para mi sorpresa, el interior no se parecía en nada a la última vez que había estado allí. Habían cambiado los muebles, el sofá e incluso las cortinas. Resoplé tranquilo. Al menos, la visión que pensaba encontrar no existía y mi miedo a no ser capaz de permanecer allí más que unos minutos se esfumó rápidamente.

Me senté en el sofá, incómodo, deseando poder acabar con lo que había ido a hacer lo antes posible. Sin embargo, mi madre pretendía hacer de aquel encuentro una reunión familiar y se empeñó en servir café y unas porciones de *flaó*, el pastel de queso y hierbabuena que siempre compraba por nuestros cumpleaños.

Carraspeé nervioso. Encontrarme de nuevo con mi hermano cara a cara me aceleraba el pulso. No nos habíamos visto desde el día en el que discutimos, tan solo habíamos hablado en un par de ocasiones por teléfono de forma fría y distante. Alessandro, al contrario, se recostó en el sofá con comodidad, con esa familiaridad que te hace sentirte en casa.

—Hijo, me alegro mucho de verte aquí —comentó mi madre para romper el hielo. Me moví inquieto intentando buscar las palabras adecuadas para no sonar desagradable.

—No es una visita de cortesía. He venido para hablar con vosotros de algo importante. —Me aclaré la garganta de nuevo.

—¿Has entrado en razón con lo de la casa de papá? —preguntó Alessandro.

Le fulminé con la mirada.

—No. Esa casa no se va a vender.

—¿Entonces?

Alessandro era experto en desquiciarme, por lo que inspiré un par de veces y traté de mostrarme calmado.

—Hijo, sé que es difícil para ti, pero esa casa también es mía…

Me levanté de golpe del sofá.

—¡No he venido a hablar de eso! —dije alzando la voz—. No te pertenece nada de esa casa. Es de mi padre, no tuya.

—Yo puse una parte del dinero cuando compramos los terrenos…

—¡Mentira! He visitado a mis tíos, y ellos y el albacea que estuvieron presentes aquel día aseguran que no aportaste ningún capital.

—Eso es lo que ellos dicen…

—Eso es lo que atestigua el albacea. Esos terrenos los compró mi padre con anterioridad a la construcción de la casa con la intención de plantar un viñedo y hacer su sueño realidad. Además, jamás dudaría de su palabra… La tuya, en cambio, no tiene demasiado valor para mí.

Resoplé con fuerza y di unos pasos por el salón. Solo les bastaban un par de minutos para sacar lo peor de mí. Intenté serenarme. No había ido allí para enfrentarme a ellos una vez más. Me senté de nuevo y cogí los papeles.

—¿Te has planteado los motivos por los que mamá nos está pidiendo ayuda? —dijo Alessandro con inquina.

—No lo sé, tampoco me interesa mucho —contesté en tono cortante.

—Perfecto. No sé qué coño haces aquí entonces… Coge tus cosas y vete. —Los ojos de Alessandro me atravesaron.

—Desconozco los motivos que tienes para exigir la parte que según dices te corresponde de la casa de mi padre. No obstante —suspiré—, veo que te urge coger dinero…

—Tengo problemas desde hace algún tiempo, hijo… —me interrumpió.

—El único documento en el que aparece tu nombre es en la compra de uno de los terrenos adyacentes a la bodega. No sé si aportaste capital o no… Lo importante es que tu nombre aparece junto al de mi padre, por lo cual te corresponde una parte.

—Gracias —afirmó con apuro.

—No me las des. No hago esto por… —Dejé la frase a medias. Me froté la frente con los dedos.

—¿Qué cantidad le corresponde? —intervino Alessandro.

Cogí uno de los documentos y se lo entregué.

—Como he dicho, nada de esa finca se va a vender. —Me miraron sin comprender—. Sin embargo, hay un pequeño terreno en Bossa, de mayor valor, que pertenecía a él y que ahora está a nuestro nombre. —Me giré para mirar a mi hermano—. Si estás de acuerdo, se puede vender y darle ese dinero. Calculo que podrían ser unos veinticinco mil euros —afirmé sin mirarla.

Alessandro revisó la documentación con calma y luego se la entregó a ella.

—Por mí, perfecto. No dará para mucho, pero al menos es algo —murmuró—. ¿Y qué hay de nuestros pisos? —Le miré boquiabierto.

—¿Quieres vender los pisos? ¿Por qué? ¿Qué está pasando para que necesite tanto dinero? —Mis ojos vagaron por sus rostros uno a uno. Ella bajó la cabeza, avergonzada.

—Está a punto de perder esta casa —indicó Alessandro—. Hace unos años adquirió una deuda al abrir una tienda de productos veganos y no ha sido capaz de saldarla.

Me llevé las manos a la cabeza. A pesar de los años, seguía siendo la misma persona irresponsable de siempre.

—¡Esta casa también es nuestra! —le informé, enfadado.

—Lo sé, y de ella, en usufructo… hasta que muera…

—¡No puedo creerlo! ¿Usaste una casa que no es tuya como aval para un negocio?

—No podía hacer otra cosa. Creía que iba a funcionar. Andreu me aseguró que…

—¿Andreu? —repetí—. ¿Ese quién es? ¿Otro novio nuevo? —Mi incredulidad iba en aumento por momentos.

—Era mi pareja entonces, sí. Un buen hombre… pero enfermó, no pudo ayudarme y yo sola no pude con toda la responsabilidad…

Reí con amargura. Responsabilidad. Un término que no tenía cabida en su vida.

Ella se frotó las manos, nerviosa, y a continuación rompió a llorar desconsolada.

—Lo sé, soy un desastre de mujer. No sé hacerme cargo de nada. No sabía que intentarían quitarme esta casa.

—¡La pusiste como aval! —le grité.

—No exactamente —me corrigió Alessandro—. Aunque no usó la casa, las deudas son demasiado grandes para asumirlas. Andreu no pudo ayudarla y sus hijos le reclaman una parte de la deuda. De no aportar el dinero requerido, el embargo de la casa se hará efectivo en unos meses.

—¡No me lo puedo creer! ¿Tú no pudiste hacer nada para evitar llegar a esto? —le recriminé a mi hermano.

—¡Yo la he ayudado todo este tiempo, algo que tú no has hecho! Pero no es suficiente. Por eso intentamos hacerte entrar en razón respecto a la venta de la casa. No la usamos. Podríamos vendérsela a alguno de los tíos. Ellos seguro que se harían cargo del viñedo y…

—¡Cállate!

—¡Estás obsesionado con esa casa! Padre ya no está allí.

Nuestras miradas se encontraron de nuevo. Apreté los puños con fuerza.

—No vamos a solucionar nada discutiendo —dijo mi madre, intentando mediar—. Entiendo que Davide no quiera venderla. Es importante para él. Yo solo pretendía intentar llegar a algún acuerdo para evitar este desastre.

La vi levantarse del sofá y coger un paquete de tabaco. Sacó un cigarro y lo encendió con las manos temblorosas.

—No quiero perjudicaros a ninguno de los dos. Intentaré solucionarlo de alguna otra manera…

—No hay otra forma, mamá —indicó Alessandro.

Los miré de hito en hito. No podía creer lo que estaba escuchando.

—Yo, por mi parte, estoy decidido a vender mi apartamento. No lo necesito. Puedo vivir tranquilamente de alquiler. Ya sabes que no me gusta estar demasiado tiempo en el mismo sitio. Por desgracia, necesito tu

conformidad porque nuestros pisos están a nombre de los dos.

Permanecí un largo minuto con la vista perdida en el suelo. Alessandro se levantó y salió del salón al tiempo que ella se paseaba visiblemente nerviosa. Se movía de un lado a otro mientras fumaba de forma compulsiva. La observé unos instantes con atención. Por primera vez me percaté de las arrugas profundas que marcaban su rostro, de la sombra oscura bajo sus ojos. Pude ver que su pelo había encanecido en algunas partes, aunque lo llevaba recogido en una coleta. Se veía desmejorada y con un aspecto muy distinto al que solía mostrar, siempre coqueta y arreglada. Sin poder evitarlo, un atisbo de preocupación cruzó mi mente y noté un ligero pinchazo en el corazón.

Alessandro regresó y volvió a sentarse.

—Bueno, tenemos que decidir algo. No podemos alargar esto eternamente —dijo.

Tardé unos segundos en contestar mientras me acariciaba la barbilla, pensativo.

—Mamá, siéntate. Haz el favor de calmarte —le ordenó Alessandro.

—Voy a mi habitación. Ahora vengo. —Solo pudo dar un par de pasos porque Alessandro se levantó como un resorte del sofá y la agarró del brazo.

—No vas a ir a ningún sitio. Siéntate, por favor —resopló.

Yo observaba la escena en silencio.

—Es que me está entrando mucha ansiedad… —protestó ella mientras se sentaba al lado de mi hermano.

—Pues tranquilízate.

Alessandro se acercó a su oído y le dijo algo que no pude llegar a oír. Tras tomar una bocanada de aire, me aclaré la garganta y dije:

—Está bien. Si es lo que quieres, no me opondré a que vendas tu piso.

—Gracias —respondió mirándome fijamente.

—Todo está claro entonces. En cuanto llegue a Cagliari pondré a la venta el terreno y haré lo mismo con tu apartamento. En cuanto tenga noticias os las haré saber. Necesito que firméis estos papeles.

Mientras añadían su firma, me froté los ojos con fuerza. Cuando terminaron, los recogí y me puse de pie.

—Bueno… esto es todo. Me voy.

No me dio tiempo a reaccionar. Sin esperarlo, mi madre se abalanzó sobre mí y me dio un fuerte abrazo.

—Gracias, hijo. Siento ser una fuente constante de problemas para vosotros —dijo sollozando.

Permanecí inmóvil sin saber qué hacer, aturdido por aquel contacto que no esperaba.

—Venga, mamá. Necesitas descansar. Échate un poco a dormir —terció Alessandro al ver mi gesto de incomodidad.

La agarró del brazo y la separó de mí mientras intentaba conducirla hacia su cuarto. Sentí la mirada de ella clavada en mí, llena de pena y remordimiento. Yo aparté la mía.

Un par de minutos más tarde apareció Alessandro.

—¿Está bien? —le pregunté.

—No, no está bien desde hace muchos años… tú no tienes ni idea de nada… —Su voz sonó apagada.

—Si necesitas ayuda yo puedo…

—¿Regresas hoy a Cagliari? —me cortó arisco.

—No. He quedado con Jaume para cenar —le informé.

—Vale.

—Vale.

Me di media vuelta y, cuando estaba a punto de salir por la puerta, me detuve y me giré hacia él.

—¿Quieres venir?

Tenía la intención de recuperar parte del tiempo perdido con nuestro hermano pequeño, lograr la paz mental que necesitaba para poder vivir tranquilo, sanar las heridas de mi corazón. Con mi madre todo era más complicado, pero con ellos… con ellos debía intentarlo. De nada serviría el esfuerzo si me acercaba a uno de ellos y mantenía la distancia con la persona con la que tenía el mayor vínculo.

Alessandro dudó unos segundos.

—No, déjalo. Seguro que tenéis muchas cosas de las que hablar. —Se alejó de la puerta y encaminó sus pasos hacia el jardín.

—Está bien —susurré y cerré la puerta con cuidado, cabizbajo.

Quince minutos. Un simple cuarto de hora nos separaba al nacer. Un pequeño espacio de tiempo suficiente para hacerme sentir el mayor, el que debía cuidar del hermano pequeño, el responsable… Suspiré con pena y salí a la calle en busca de un lugar para comer. Después iría al hotel a descansar un poco para luego encontrarme con Jaume para la cena.

Saqué el móvil para enviarle un mensaje y el corazón me dio un brinco. Esther me había escrito: «Gracias por el cuaderno. Lo guardaré con cariño. Cuídate».

Nueve palabras. Las conté una a una y las releí varias veces. No podría decirse que estuviesen cargadas de amor, pero al menos era más de lo que ya tenía. Le agradecí al universo aquella pequeña bocanada de aire fresco en un día tan denso. Dibujé una pequeña sonrisa. Quizás no todo estaba perdido, aunque era consciente de que el camino a recorrer podría llegar a ser muy largo y pedregoso.

37

DAVIDE

Nada más entrar en el restaurante donde habíamos quedado, vi a Jaume sentado en una mesa mientras tecleaba algo en el móvil. Había crecido mucho desde la última vez que nos vimos. Estaba más hombre, más maduro. Unos músculos fuertes se asomaban por las mangas de la camiseta blanca que llevaba, sobre la que destacaba un colgante de madera. Me gustaba su nueva imagen. Sonreí. Llevaba una barba de varios días y lucía un bonito bronceado. Los tres hermanos compartíamos el color del cabello y el de los ojos, aunque él no tenía el pelo rizado como Alessandro y yo, sino que lo llevaba corto y peinado hacia un lado con un flequillo un poco más largo.

Levantó un segundo la vista y me vio. Me hizo un gesto con la mano. Me acerqué a él y nos fundimos en un cariñoso abrazo. Me sorprendió sentir la fuerza con la que se aferró a mí.

—¡Qué alegría verte! —me dijo mientras nos sentábamos.

—Igualmente.

—No esperaba verte por aquí. Hace ya casi… dos años que no nos veíamos.

—Sí. —Bajé la cabeza, avergonzado.

—Demasiado tiempo… Supongo que los dos hemos estado muy ocupados.

—Sí —respondí de nuevo con el mismo monosílabo sin saber cómo justificarme.

—Me viene genial que hayas venido porque quería hablar contigo. No me apetecía nada decírtelo por teléfono.

Levanté la mirada y le observé. Estaba feliz. Los ojos le brillaban y tenía una enorme sonrisa en el rostro. Las comisuras de mis labios se elevaron.

Un camarero se acercó a nosotros para apuntar nuestro pedido. Nos miramos de forma cohibida.

—Aquí estoy. ¿Qué es eso tan importante que tienes que decirme? —dije para romper el hielo.

—¿Por qué sabes que es importante? —preguntó con gesto burlón.

—Porque te veo muy bien. Tienes buen aspecto. Y algo me dice que lo que vas a contarme tiene que ver con una chica… ¿me equivoco?

Rio con ganas medio avergonzado, medio sorprendido por ser tan transparente ante mis ojos.

—Sí, tío, sí. Tiene que ver con una chica. ¡El verano que viene me caso! —exclamó con entusiasmo.

—¿Qué me dices? ¡Cuánto me alegro! —Le di una palmadita en el brazo.

—Gracias, gracias. No pensaba pasar por el altar aún en la veintena, pero el amor es así, impredecible. La conocí hace un año y fue amor a primera vista. Hace dos meses fuimos a Venecia y no pude contenerme. Se lo pedí y dijo que sí.

—¡Menos mal! —afirmé con sorna.

—Sí, sí, menos mal —resopló—. Si me llega a decir que no me hubiese muerto allí mismo. —Soltó una carcajada.

Me gustaba verle así. Las pocas veces que nos habíamos visto siempre se mostraba un poco taciturno y cohibido.

—Me alegro mucho de verte tan feliz.

—Gracias. Quería llamarte para invitarte a la boda. Me parecía muy frío hacerlo por teléfono. Si te apetece venir, pues…

—Por supuesto que sí. ¿Lo celebrarás aquí?

—No lo tenemos muy claro aún. Ella es de Mallorca, así que estamos decidiendo el mejor lugar.

—Si necesitas ayuda con el menú o los preparativos, no dudes en decírmelo.

—Gracias. De eso se está encargando su familia, aunque sí, agradecería algo de ayuda para la luna de miel. Me encantaría ir a Cerdeña con ella.

—Cuenta con ello.

— Y tú, ¿qué tal? ¿Cómo te va todo?

—Bueno, más o menos… Ocupado con el restaurante y lo demás.

—¿Por qué has venido? Imagino que te habrá traído algo importante.

Algo importante. ¿Qué podría haber más importante que ver a mi hermano? Sentí una pena infinita al escucharle preguntarse qué motivo, más allá de él, me habría arrastrado hasta allí.

—Nuestra madre ha estado pidiéndonos dinero desde hace tiempo y al final hemos decidido vender un terreno que le pertenece para ayudarla. He venido a entregarle la documentación que debía firmar.

—Yo la ayudo en lo que puedo, pero con la boda y demás estoy hasta arriba de gastos…

—¿A ti también te lo ha pedido? —Le miré alarmado.

—Sí, claro. Creo que antes que a vosotros. Luego recurrió a Aless y, por lo que veo, después a ti. Es desesperante. —Desvió la mirada hacia la ventana que teníamos a nuestra izquierda al tiempo que nos servían la comida.

—Me he reunido con ellos esta mañana y me han contado más o menos lo que pasa. Con la venta del terreno y un poco más que yo aporte espero que haya suficiente dinero para cubrir la deuda, aunque desconozco a cuánto alcanza. Alessandro quiere vender su piso… Intentaré evitarlo si es posible.

—El problema no es ese… El problema es que debemos ser nosotros quienes liquidemos esa deuda. Aless y yo la hemos ayudado en varias ocasiones, pero al final termina gastando el dinero en tonterías y vuelta a empezar.

Cogí aire y lo solté de golpe. Me desesperaba su irresponsabilidad.

—La he visto muy desmejorada —comenté con el ceño fruncido.

—No está bien. Bebe y fuma demasiado desde hace tiempo. Yo intento cuidar de ella, pero me supera. Hay veces en las que ya no sé qué hacer. Aless me ayuda un poco cuando está por aquí, aunque…

Carraspeé, incómodo, y me ayudé a tragar el bocado que estaba masticando con un poco de vino.

—Lo siento… yo… no sabía nada. Apenas tengo contacto con ella.

—No te preocupes. Lo sé. Y lo entiendo. Cada vez es más difícil. No es una persona fácil y cuando bebe pierde los nervios.

—¿Desde cuándo está así? —No recordaba haberla visto bebida jamás.

—Sobre todo desde que los hijos de Andreu la presionan con los pagos. No sabe lidiar con la presión y las cargas…

Asentí con la cabeza.

—Jaume, hasta ahora he estado muy ausente de vuestras vidas. Me refiero a la tuya y la de Aless —me corregí—. Quiero decir, a la de todos…

—No te preocupes. Sé lo difícil que es para ti todo esto.

—También es mi madre —afirmé con cierto pesar—. No puedo aseguraros una relación con ella como la vuestra, pero me gustaría poder ayudaros de alguna forma. Ha pasado una cosa en mi vida que me ha hecho replantearme mi relación con vosotros. Por eso te he llamado. Me gustaría poder vernos más a menudo, saber de ti, estar presente en tu vida como tu hermano mayor.

Jaume dibujó una sonrisa tierna en los labios.

—A mí también me gustaría. A Aless le veo más… A ti… te echo de menos a veces —bajó la voz—. No hemos tenido demasiada relación, aunque nos parecemos bastante. A veces he querido llamarte, aunque me daba apuro molestarte.

—No, por favor. Llámame siempre que quieras. De verdad.

—Vale —sonrió.

Permanecimos en silencio unos instantes hasta que vimos llegar a Alessandro. Sonreí para mí mismo. Sabía que vendría. Lo vi en sus ojos, por mucho que sus palabras indicasen lo contrario.

—Ey, ¿te has enterado de que había una reunión de hermanos y te has puesto pelusón? —preguntó Jaume en tono burlón. Alessandro se sentó a su lado y le dio un pequeño golpe en el brazo. Me gustó ver esa camaradería entre ellos y anhelé poder sentirla dentro de un tiempo, cuando las cosas fuesen colocándose solas en su sitio.

Aless se pidió algo para picar y a continuación me miró muy serio, lo que hizo que me moviese inquieto en la silla.

—Gracias por haberte mostrado conciliador y por tu ayuda —dijo.

—Desconocía la gravedad de los hechos. Aun así, no me parece bien que me hayas mantenido al margen. Podríamos haber perdido esta casa.

—No sueles escucharme demasiado…

Suspiré y tuve que darle la razón.

—Lo siento. Voy a intentar que no vuelva a pasar. Me gustaría que este momento sirviese para enterrar el hacha de guerra entre nosotros. No estoy diciendo que se me haya olvidado lo que ocurrió —apostillé—, pero… en parte, creo que yo también he sido responsable.

Jaume nos miraba sin entender qué pasaba entre nosotros; sin embargo, se mantuvo en silencio.

—Siento lo que pasó —afirmó Aless—. Como te dije, me pudo la rabia y el rencor. No debí hacerlo. Esther no se lo merece. Es buena chica.

—¿Esther? —preguntó Jaume con el rostro lleno de curiosidad.

—Ha pasado algo entre nosotros que espero no vuelva a repetirse —repuse.

—Me acosté con la chica con la que Davide estaba empezando a salir.

Abrí los ojos como platos al escuchar la confesión de Alessandro y al comprobar la cara de espanto de Jaume.

—¿Qué? No me mires así —me recriminó—. Estamos en confianza. Pensé que me sentiría mejor haciéndolo, pero no fue así. Al principio sí, aunque enseguida fui consciente del daño que había provocado en ella y me dio pena. El rencor se me fue de las manos.

—Joder, tío —fue todo lo que Jaume logró decir.

—Lo sé, estuvo mal. Además, Esther ha demostrado una generosidad enorme que me hace sentir peor aún.

Arrugué la frente y clavé la mirada en él en busca de un poco más de información.

—La última vez que hablé con ella me dijo que me perdonaba. Que no me guardaba rencor. No quería saber nada más de mí, pero entendió que me equivoqué y me instó a que solucionase el problema con mi hermano. —Me miró.

—¡Qué maja! Cualquier otra te habría partido la cara —comentó Jaume.

—Su amiga lo tiene más difícil para perdonarme —añadió Alessandro—. Cuando nos hemos encontrado por la calle me ha asesinado con la mirada.

—¿Tú y ella estáis bien? —Jaume me miró con preocupación.

—Bueno… hemos hablado… muy poco. No quiere saber nada de ninguno de los dos. Piensa que fue un juego entre nosotros y que la hemos engañado haciéndonos pasar el uno por el otro…

—Joder —Jaume no daba crédito.

—Lo siento. —Alessandro fijó la mirada en el plato que tenía delante—. Si puedo ayudarte a recuperarla, cuenta conmigo.

—Prefiero encargarme yo… Yo también lo siento. No debí salir con Andrea. Estaba superado por todo y por primera vez sentía que le importaba a alguien y me dejé llevar sin pensar en que tú podrías estar enamorado. —Fijé la vista en el vaso de agua que tenía enfrente. No me resultaba sencillo hablar de aquel tema y menos en presencia de Jaume, quien nos miraba de hito en hito sin entender absolutamente nada—. Es un tema muy largo y complejo —

le expliqué.

—No pasa nada. Entiendo que es algo entre vosotros, aunque sí me temo que el asunto es feo cuando hay dos chicas de por medio.

—Bastante —contestó Alessandro sin añadir más detalles.

—Por mi parte… —me detuve un instante— estoy dispuesto a dejarlo atrás. Si yo no me hubiese equivocado con Andrea, lo de Esther no habría ocurrido. Asumo mi parte de culpa. Lección aprendida —afirmé mientras esperaba la respuesta de Alessandro con cierto temor.

—Lo mismo digo. Lección aprendida. —Me miró fijamente como queriendo sentenciar aquel momento.

—Creo que me necesitáis en vuestra vida para poner un poco de cordura, a pesar de ser el más pequeño —afirmó Jaume con cierto tono burlón.

Los dos le miramos y, a continuación, sonreímos. No le faltaba razón.

Continuamos comiendo mientras conversábamos sobre otros temas más alegres, riéndonos, compartiendo experiencias y anécdotas sobre nuestra vida. Organizándole la luna de miel a Jaume en Cerdeña. Como hermanos. Como familia.

Mientras tomábamos un café tras la cena, sentí tener que regresar al único tema que había comprobado nos borraba la sonrisa del rostro a los tres. Nuestra madre.

—He visto a mamá mal. ¿Qué es lo que realmente le ocurre?

—Lo de siempre. Que los nervios la controlan, bebe, fuma sin control y luego se pone enferma —respondió Alessandro.

—¿Cómo podemos ayudarla?

—No se deja ayudar. Se empeña en seguir igual, en que lo tiene todo controlado. Cada vez está peor. Lo que has visto antes es algo demasiado habitual últimamente. —Alessandro frunció el ceño.

—Yo intento estar pendiente. A veces me desespera tanto que no sé qué hacer —confesó Jaume con pesar.

—¿Sigue algún tratamiento? —quise saber.

—Sí, pero se lo salta cada dos por tres. Es incorregible. No se puede con ella. Cuando se pone mal te promete que va a seguir a rajatabla el tratamiento… después vuelve a lo mismo. Estoy muy cansado de todo.

Aquellas palabras de Alessandro cargadas de hastío y desesperación me dejaron sin saber qué decir. Nunca habría imaginado que él pudiese sentirse así con relación a nuestra madre. Su relación era distinta a la mía. Mucho más cercana, más familiar.

—No hace caso a nadie —apostilló Jaume.

—No. Vive su vida a la suya, sin pensar en nadie más y luego corre para pedir ayuda… —añadió Alessandro.

—No sé qué decir, la verdad. Pensé que vuestra relación con ella era distinta —dije al fin.

—Nuestra madre no puede mantener una relación sana y tranquila con nadie, Davide. Parece tener un imán para los problemas. —La voz de Jaume

sonaba aburrida de aquel tema.

—Y para los malos tíos… Lo deja todo por ellos, como una adolescente, y luego termina engañada y defraudada una vez tras otra —apostilló Alessandro.

—Yo le advertí sobre ese tal Andreu, pero no quiso escucharme —comentó Jaume.

Yo seguía escuchando sus confesiones sin dar crédito. Por primera vez fui consciente de una realidad que desconocía. La relación idílica que pensé que nuestra madre mantenía con mis hermanos no existía. Ella no se comportaba con ellos de forma distinta. Ella era así con todos. Irresponsable, alocada, agotadora.

Me sentí mal por haberme creído el único con motivos para mantenerla alejada de mi vida. Quizás ellos no habían tenido esa oportunidad. Me sentí egoísta por haberlos dejado solos.

—Desconocía todo lo que me estáis contando. A partir de ahora intentaré ayudaros con ella, en la medida que pueda. Estar cerca de ella me revuelve y despierta sentimientos y recuerdos en mí que prefiero no reavivar…

—Lo entendemos —dijo Jaume.

—Bueno… dejémonos de penas y, por un día que estamos los tres juntos, vayámonos a tomar algo a un sitio más animado. Acaban de abrir un pub que es la caña.

Alessandro se puso de pie y nos invitó a seguirle. Jaume y yo nos miramos y esbozamos una sonrisa. Cada uno de los tres poseía una forma de ser distinta, única. Me alegré de que así fuese. Tan distintos, tan iguales… y esperaba que más unidos a partir de ese día.

Eran más de las tres de la mañana cuando regresé a mi hotel. Alessandro no nos dio tregua y nos arrastró a varios locales en busca de una última copa que nunca llegaba.

Me acosté cansado, aunque satisfecho de haber logrado arreglar las cosas con ellos. No podía negar que aún sentía cierto pesar hacia mi hermano gemelo, aunque confiaba en que, con el tiempo, esa barrera que habíamos levantado hacía ya muchos años fuese resquebrajándose poco a poco. Con respecto a Jaume, estaba feliz de haberme puesto al día sobre su vida. Le prometí hablar con él más a menudo y estar pendiente de su boda.

Mi vuelo salía a primera hora de la tarde con destino a Roma. Necesitaba volver a pasar unos días con mi familia para poner en claro las acciones que íbamos a llevar a cabo y confiaba en que ellos me ayudasen y facilitasen la tarea. No quería retrasar demasiado mi regreso a Cagliari, aunque era inevitable tener que demorarlo unos días más.

Esperaba poder dormir tranquilo, porque me sentía agotado de tantas emociones. Sin embargo, algo dentro de mí me inquietaba. Me levanté y abrí un poco la puerta que daba a la terraza, ya que notaba un calor sofocante que creo se debía más al alcohol de más que a la temperatura real del ambiente. Tras unos minutos asomado, entré y me tumbé en la cama de nuevo. Antes de

cerrar los ojos cogí el móvil. Encendí la pantalla y medité sobre si sería buena idea enviarle un mensaje a mi madre o no. No tenía claro si quería restablecer la relación con ella. No obstante, lo que vi no me gustó. Su imagen me descolocó por completo, ya que no estaba acostumbrado a verla tan desmejorada. Suspiré.

Unos diez minutos más tarde, me decidí y se lo envié. Fue corto y sencillo pero suficiente para hacerle entender que estaba al corriente sobre su situación y pedirle que se cuidase. Ella me contestó enseguida y yo me alarmé al comprobar que estaba despierta a esas horas. Un simple «Gracias, hijo. Tú también» fue su respuesta. Di una bocanada de aire y lo solté después de golpe. Aquel día en Ibiza cargado de emociones me hizo replantearme cuánto control podemos tener sobre los lazos familiares que nos unen. Al fin y al cabo, aquella mujer a la que en muchas ocasiones sentí como una extraña en mi vida era mi madre. Una parte de mí. Un pedacito de mi ser que siempre estaría ahí, que siempre sentiría dentro de mí latiendo, aunque fuese en la vibración más baja.

Dejé el móvil en la mesilla, apagué la luz y me recosté de lado mientras contemplaba la luna a través de la ventana, que brillaba con fuerza en un cielo cargado de estrellas. Si era verdad que escuchaba nuestros deseos, esperaba que hubiese recogido el mío.

Que lo hiciese suyo.

Que lo pusiese entre los preferentes.

Que lo iluminase con su halo de luz y su magia.

Porque no había nadie que alumbrase mi vida y mis sombras mejor que Esther.

38

ESTHER

Escribir el capítulo final de un libro es el momento más mágico y vertiginoso de todo el proceso creativo. Es el que te hace recordar esa obra para siempre, amarla u odiarla. Escrito con maestría nos hace sonreír satisfechos, con la maravillosa sensación de que el viaje ha merecido la pena, dejando una huella en nosotros para siempre.

A pesar de que nos adentramos en una historia confiados y dispuestos a disfrutar de lo que se esconde entre sus páginas, cuando empezamos a leer nada nos asegura que vaya a acabar bien.

Como en la vida.

Como en el amor.

Habían pasado casi dos semanas desde que Davide se marchó y, aunque los primeros días me sentía defraudada, con la ayuda de Bea resolví que debía centrarme en mí, en disfrutar de mi día a día con ella y, sobre todo, en terminar mi novela. Eso fue a lo que más me aferré, ya que mi ánimo no era demasiado festivo. Muchas noches, mientras Bea salía con Lucca, Pablo y sus amigos, yo prefería quedarme en casa escribiendo. Terminar mi historia era algo prioritario en ese momento de mi vida para poder volver a Madrid.

Nuestro regreso me había costado más de una discusión con ella porque se empeñaba en permanecer más tiempo en la isla. Acabábamos de dar comienzo a la tercera semana de agosto y mi intención era estar de vuelta la primera de septiembre para reunirme con una editorial con la que había contactado a través de una antigua compañera de trabajo. Además, estaba Sergio. En los últimos días habíamos hablado en alguna ocasión y necesitábamos vernos para aclarar muchas cosas en persona.

Trataba de no hablar demasiado del tema con Bea, ya que le cambiaba el humor en cuanto le mencionaba su nombre. Era consciente del daño que me había provocado, pero era cierto que no habíamos tenido una conversación formal en la que diésemos por terminada nuestra relación, lo que implicaba que, de algún modo, aún éramos pareja. Sergio parecía más conciliador y cariñoso de lo que se había mostrado hasta entonces. Al menos le debía un encuentro.

Volví a releer el último párrafo de mi libro. La historia de mis protagonistas tenía un final feliz, cargado de emotividad y romanticismo. Llené los pulmones y solté el aire con una profunda sensación de pena. Ojalá mi relación con Davide hubiese podido asemejarse. Por desgracia, era mucho más realista y había acabado nada más arrancar. Nuestra historia también

tenía una playa y un cielo lleno de estrellas, pero parecía como si unas nubes densas y oscuras se hubiesen cernido sobre nosotros con la intención de recordarnos que la vida no es como la literatura, donde podemos alterar los acontecimientos a nuestro antojo con un propósito. La vida es impredecible, dura, en muchas ocasiones inalterable y no nos permite saltarnos páginas para alcanzar el final y comprobar si todo lo vivido nos compensa, así que no nos queda más remedio que intentar rellenar cada página con momentos memorables y cerrar subtramas. Solo así somos capaces de avanzar.

39

DAVIDE

Aquella noche, tras regresar a casa después de una semana en Roma, agradecí poder adentrarme en la tranquilidad de mi hogar con la agradable sensación de haber hecho lo correcto. No pensaba demorar la vuelta tanto tiempo. Sin embargo, los trámites se alargaron y al final me vi enredado en un montón de documentación, firmas y reuniones con un abogado con el fin de poner a la venta el terreno de Bossa y otro más pequeño que también nos pertenecía a mi hermano y a mí y del que no se sacaba ningún beneficio.

Cada día que pasaba me agobiaba un poco más por llevar tanto tiempo alejado de Esther. Por desgracia, no había forma de acelerarlo si quería hacer las cosas bien y olvidarme del tema de una vez por todas para así poder centrarme en ella.

Entré en el salón y abrí las ventanas. Suspiré con cierto alivio. Había luz en su piso. A continuación, puse la televisión, más por tener compañía que por sentir algún interés en ver algo, y me senté en el sofá con un vaso enorme de agua con hielo. El calor apretaba y la casa mantenía una temperatura demasiado alta al haber estado cerrada tantos días. Encendí el aire acondicionado sin molestarme en volver a cerrar las ventanas y cogí el móvil.

Me hubiese gustado poder informarla de que ya estaba de vuelta. No obstante, como no estaba seguro de si estaría interesada en saberlo, abrí la conversación con Bea y le envié un mensaje. Al menos, esperaba que ella me proporcionase algo de información.

Bea:
¿Ya estás de vuelta? Madre
mía…
¿Dónde has estado?

Yo:
Sí. No he podido regresar
antes. ¿Qué tal estáis?

Bea:
Bien…

Aquella frase a medias me provocó un pellizco en el estómago.

Yo:
¿Ha pasado algo?

Contuve el aire.

Bea:
Nos vamos en unos días a Madrid.

Yo:
¿Qué? ¿Te puedo llamar?

El corazón me latía a mil revoluciones esperando su respuesta.

Bea:
Espera

¿Cómo era posible que se marchasen ya? ¡Aún no había finalizado agosto! Dejé el móvil en la mesa y me llevé las manos a la cabeza sin saber qué hacer. Una llamada entró. Era Bea. Lo cogí de inmediato.

—¿Cómo que os marcháis ya, Bea? —pregunté con la toz teñida de verdadera desesperación.

—Te lo advertí. Nos vamos en unos días. Esther ya ha terminado su novela y tiene una reunión importante en Madrid el cinco de septiembre.

—Así, ¿sin más?

Bea guardó silencio un largo instante y en ese momento fui consciente de que la pregunta había sido de lo más absurda.

—Sin más. No hay forma de convencerla de lo contrario —dijo en tono seco.

—¿Y ahora qué hago yo?

—No lo sé. No parece que hayas tenido mucha prisa por regresar… —Su reproche me hizo cerrar los ojos con fuerza.

—De verdad que no he podido volver antes. Había un asunto importante que resolver sobre la venta de unos terrenos y no ha sido sencillo. He tenido que ir a Roma dos veces.

—No hace falta que me des explicaciones. Yo solo te informo de lo que hay…

No contaba con este giro de los acontecimientos ni con el tono seco de Bea, mi única aliada.

—Bea, por favor. Créeme.

—Vale, que sí, que te creo. Es solo que, al demorarlo tanto, el otro ha aprovechado el hueco que has dejado y…

—¿Qué otro? —pregunté sospechando la respuesta.

—Sergio. No ha parado de llamarla. Se cree que no me he dado cuenta, pero sé que han estado hablando. Él no es el motivo principal por el que quiere volver, aunque sospecho que es el segundo.

Me apreté el puente de la nariz con fuerza.

—¿Qué puedo hacer?

—Me temo que nada.

—¿Cómo? ¿Tan claro lo tiene?

—Mucho.

—Bea, tienes que ayudarme.

—¿Y qué quieres que haga yo? No puedo sacarle el tema de quedarnos un poco más porque se pone de muy mal humor.

—No podéis iros así. No sin haber intentado…

¿Intentado el qué?, me dije a mí mismo sintiéndome ridículo. ¿Qué podía hacer yo para evitar que ella siguiese su vida?

—Tienes que ayudarme —le rogué.

La oí resoplar al otro lado del teléfono.

—No veo cómo hacerlo. Ya os facilité un encuentro. Está centrada en su vida y no creo que quiera volver a reunirse contigo.

—¡¿Piensa irse sin despedirse?!

—No lo sé. ¡No estoy en su mente! No te debe nada, Davide.

Me tragué aquellas duras palabras. Eran ciertas.

—Por supuesto que no…

—Tú tampoco te despediste de ella cuando te fuiste.

—¡Yo no me iba para siempre! —repliqué nervioso—. Necesito que me perdone.

—Creo que ya lo ha hecho. No quiere sumirse en el rencor.

—No de esa forma. Necesito que me crea, que vuelva a confiar en mí… que me dé una segunda oportunidad —añadí sin apenas voz.

—No creo que sea sencillo. No por ahora. Quizás más adelante, cuando…

—El futuro no existe, Bea. Solo tenemos el aquí y el ahora. Si se va no podré recuperarla.

Me hundí en el sofá mientras notaba un incipiente dolor de cabeza martilleándome las sienes.

—Me gustaría poder ayudarte. De verdad. Lo que menos quiero es que regrese con Sergio, aunque no sé cómo lograrlo, la verdad. No tenemos mucho tiempo.

—Ayúdame a hacer algo que sacuda el muro que ha levantado entre los dos.

—¡Ni que fuera tan fácil! —protestó en un susurró.

—Debe existir alguna manera.

—Déjame pensar un poco. Si se me ocurre algo te llamo.

—Gracias.

Colgué con el estómago encogido. Sabía que el tiempo que había permanecido de viaje jugaba en mi contra. Mi error fue no ser capaz de prever cuánto.

Me paseé por la casa sin un rumbo fijo. Entraba en la habitación en busca de algo que no sabía ni lo que era. Iba de acá para allá con el corazón latiendo como loco. Abrí el frigorífico y saqué una botella de agua; luego me acordé del vaso con hielo y fui al salón. Una vez allí, me tiré en el sofá, lancé con energía un cojín al otro sofá, harto de todo. Me bebí el vaso de agua tan deprisa que me hizo toser una y otra vez. Me lloraban los ojos y apenas podía ver la pantalla del móvil cuando entró un mensaje. Me froté los ojos con un

pañuelo de papel y por fin pude comprobar que se trataba de Bea. Me informaba de que se le había ocurrido una buena idea. A continuación, me adjuntó varias fotos.

Las abrí de inmediato y fruncí el ceño extrañado. Cuando me percaté de lo que era, abrí los ojos como platos y comencé a leerlo con avidez. Cuando acabé, sonreí. Bea era increíble.

Yo:
Gracias, gracias, gracias

Bea:
¿Tendremos tiempo?

Yo:
Eso espero.

Me levanté a coger un cuaderno para poder leerlo de nuevo y tomar notas. Necesitaba tenerlo todo claro para comenzar a organizarlo lo antes posible.

La vida es imprevisible. Cambia en un segundo. Lo pone todo patas arriba. Aunque creamos que no, la rueda de la vida sigue girando sin detenerse un instante. A veces solo hace falta saltar, agarrarse a ella con fuerza, y yo estaba dispuesto a dar el salto más grande de mi vida, de cabeza y sin protección.

40

ESTHER

Nunca pensé que mi último día en Cagliari estaría tan cargado de emociones. Nada más abrir los ojos aquella mañana y ver las maletas a los pies de la cama, sentí una fuerte presión en el pecho que me obligó a aspirar hondo.

Llegué a la isla con la intención de refugiarme en su calma para poder escribir la novela con la que soñaba desde mi adolescencia. No esperé hacer lazos con nadie, pero allí estaba yo llorando por las nuevas personas que habían aparecido en mi vida y con las que había formado un vínculo de amistad increíble. Sabía que iba a extrañar mucho los abrazos de Pablo, los tiernos consejos de Lucca. Dos extraños que ahora formaban parte de mi vida y cuyo afecto y cariño habían arraigado en mi corazón para siempre.

Giré la cabeza hacia la ventana para evitar la dolorosa visión que me devolvía el equipaje ya hecho y en ese momento vi el cuaderno de Davide. Un pellizco me arrugó el corazón. Davide… La persona que me devolvió la fe en el amor verdadero y que a la vez me la arrebató de un plumazo. ¿Sería capaz de retomar mi vida en Madrid sin acordarme de él a cada instante, sin preguntarme qué estaría haciendo o si de alguna forma pensaba en mí?

Me levanté a coger el cuaderno y me senté en la cama a mirarlo una vez más. Cada página que giraba me robaba una lágrima, pues suponía ir cerrando recuerdos para dejarlos atrás. Cuando llegué a la última sentí que quizás me había equivocado con él. Las palabras de su carta me conmovieron más incluso que la primera vez: «Espero que pronto podamos dejar todo el dolor atrás y volver a encontrarnos, a colisionar de nuevo, como aquel día en el ascensor, y empezar de cero».

¿Sería eso posible? ¿Existiría la más remota posibilidad de que dentro de un tiempo nos volviésemos a encontrar? Lo dudaba mucho. «Sé feliz, ríe y disfruta de la vida. Exprime cada momento. Vive». Ojalá pudiese prometerle que seguiría sus consejos. Ojalá todo fuese tan fácil…

Bea entró en la habitación con una taza de café. Dejé el cuaderno en la mesilla y dibujé una pequeña sonrisa, a pesar de que la melancolía parecía haber congelado en mi rostro un gesto de tristeza.

Ella miró a su alrededor y reparó en las maletas.

—¿Ya has hecho el equipaje? —preguntó incrédula.

—Sí, más o menos. Me quedan algunas cosas por meter…

—Vaya, pues sí que tienes ganas de irte, sí…

Su comentario me molestó. Por supuesto que no deseaba marcharme, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Nuestra estancia allí era temporal. Siempre

habría un último día que dolería igual… O no. Si las cosas hubiesen sido distintas, aún nos quedarían varios meses para seguir disfrutando de la isla y de… Dejé el pensamiento a medias y le di un sorbo al café.

—¿Tú no has recogido nada aún?

—Bueno… sí, algunas cosas, pero no he hecho las maletas. No quiero marcharme… —Se sentó en la cama con un puchero infantil.

—Bea, ya hemos hablado de esto. Yo necesito regresar a Madrid. Puedes quedarte si quieres. Yo me iré sola.

—No quiero dejarte sola.

—No me vas a dejar sola. Puedo volver a casa y ocuparme de mi vida. Soy mayorcita.

Bea me miró no del todo convencida.

—¿No me crees capaz de hacerlo? —La miré, molesta.

—Que sí… Es solo que sé que no estás bien. No tengo ninguna intención de dejarte en manos del cretino de Sergio…

—Ya estamos otra vez con el tema. Regreso a Madrid para reunirme con la editorial y ver qué pasa. No puedo paralizar mi vida por más tiempo. Necesito saber si van a confiar en mí y buscar un nuevo trabajo. Sergio es pasado…

—¿Estás segura?

Puse los ojos en blanco y me levanté de la cama en dirección a la ventana. La abrí de par en par y me asomé a coger aire. Bea caminó hacia mí y me apoyó la mano en el hombro.

—Esther, no te enfades. Es que creo que no estás siendo sincera conmigo con respecto a Sergio.

Suspiré.

—¿Por qué no me has contado que llevas días hablando con él?

—Porque son conversaciones muy cortas que tampoco significan nada…

—Lo suficiente para confundirte.

Me aparté de ella y volví a sentarme en la cama.

—Esther, no pretendo dirigir tu vida ni decirte lo que debes o no hacer. Sin embargo, te conozco lo suficiente para saber que te estás dejando enredar de nuevo por Sergio. Sus palabras te confunden y te llenan de esperanza, pero después sus gestos te decepcionan y vuelves a sufrir. ¿De verdad quieres sentirte así de nuevo? ¿Deseas pasar por lo mismo una y otra vez?

Negué con la cabeza. Los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Entonces, ¿por qué no acabas con esto de una vez?

—Necesitamos hablar, Bea. Hay cosas que debemos aclarar. Han sido muchos años con él…

—Lo sé y lo entiendo. Hasta que llegaste aquí pensabas que estabas enamorada de él y que te hacía feliz… ¿Después de conocer a Davide piensas lo mismo?

Me restregué los ojos con fuerza en un intento de eliminar las lágrimas, pero fue inútil. Escuchar su nombre hizo que un torrente de emociones me

recorriese el cuerpo.

—Davide me ha fallado, igual que él…

—En el fondo de tu corazón le has perdonado. Sabes que él no fue el responsable… ¿Por qué te sigues castigando así? ¿Por qué te empeñas en mantenerlo apartado de tu vida?

—No puedo construir una relación en base a un engaño, Bea. ¿Tan difícil es de entender?

—¿No vas a despedirte de él?

Su pregunta me descolocó. Hacía varios días que aquella idea rondaba mi mente. No obstante, y por muy doloroso que fuese, había llegado a la conclusión de que sería mejor no hacerlo. Verle de nuevo supondría reavivar la herida y escocería tanto como si le echase encima un buen puñado de sal gorda. No. No pasaría por un momento tan doloroso y triste. No me gustaban las despedidas y aquella iba a ser demasiado amarga.

—No.

Bea me miró boquiabierta.

—¿Y si te digo que Davide me ha pedido ayuda para que te reúnas con él esta noche?

Abrí los ojos como platos.

—¿Qué? ¡Ni hablar!

—¿Prefieres marcharte dejando la herida abierta?

—¡Odio las despedidas! No puedo…

—Esther, si no cierras este capítulo de tu vida, siempre estará ahí como un fantasma. Aparecerá cuando menos te lo esperes y, créeme, no va a ser agradable.

—¿Por qué tiene que ser esta noche? ¿No podemos quedar a lo largo del día para tomar un café y listo?

Bea sonrió.

—Es un hombre muy ocupado…

La fulminé con la mirada.

—No me engañes. Tú sabes algo…

—Yo solo te pido que, por favor, si me quieres, si realmente quieres hacerme feliz, acudas esta noche a donde él te diga.

—Pero ¡eso es chantaje emocional! —protesté con un mohín de enfado.

—Me lo debes. Además, te conozco y sé que cuando estemos en Madrid te arrepentirás de no haberlo hecho.

Me dio un beso en la mejilla y salió de la habitación con gesto sonriente.

¿Cómo podía negarme después de haberle amargado el verano con mis problemas? La odiaba por hacerme algo así. Bueno, en el fondo sabía que no era cierto, pero intenté convencerme de lo contrario. Solo así sería capaz de soportar la tensa espera hasta saber qué tenía planeado Davide para nuestra despedida.

41

ESTHER

No supe nada de él hasta casi las nueve de la noche. Cuando estaba empezando a creer que todo había sido una fantasía de mi amiga, recibí un mensaje de texto.

El móvil vibró mientras cenábamos en silencio. Bea alzó la mirada hacia mí y esbozó una sonrisita nerviosa.

—Por favor, reúnete conmigo en este lugar. Te dejo las coordenadas. —Leí en alto.

—Perfecto —respondió. La miré, confundida.

—¿Unas coordenadas? ¿Dónde quiere este hombre que nos veamos? Nuestro vuelo sale mañana a las…

—A las doce —me cortó—. No seas dramática. Hay tiempo de sobra…

Volví a mirar el móvil. Aquellas coordenadas no indicaban ningún lugar público. Comencé a inquietarme.

—Creo que será mejor que no vaya —dije con la voz cargada de incertidumbre.

—De eso nada. Vas a ir a arreglarte y yo misma te acompañaré.

— ¡No sabemos dónde es!

—Cogeremos un taxi. Estoy segura de que el conductor sabrá llegar. Esta ciudad no es tan grande…

—Ay, Bea, de verdad…

No me dejó seguir quejándome. Me cogió del brazo y me arrastró a la habitación para que me cambiase. Estábamos casi a finales de agosto y el calor, a pesar de haber descendido un poco, era aún fuerte.

Estuve a punto de sufrir un colapso al verla deshacer mi equipaje en busca de un vestido.

—¿Qué haces? Lo tenía todo guardado ya… —me quejé con gesto de enfado.

—Luego te hago la maleta de nuevo. Toma, ponte este vestido largo estampado. Aunque hace calor, quizás se levante algo de fresco.

—Cada vez tengo menos dudas de que estás metida en esto… ¿Por qué no me dices dónde vamos? Por favor, estoy muy nerviosa…

—Porque no lo sé. Te prometo que no tengo ni idea de nada. Solo sé que necesita despedirse de ti y que habrá escogido algún lugar tranquilo para hacerlo.

Entrecerré los ojos y la observé con desconfianza.

—No pienso arreglarme demasiado…

—Nadie te pide que lo hagas, pero desnuda no vas a ir, así que, venga, vístete y arréglate un poco el pelo. Un poquito de color en las mejillas y en los labios tampoco te vendría mal…

—Puf, ¡eres imposible!

Ya en el taxi no podía parar de frotarme las manos. El taxista resultó ser un tipo muy agradable que hablaba español, amigo de Lucca. Nos indicó que nuestro destino estaba a unos veinte minutos. Mientras Bea y él conversaban amigablemente, yo no paraba de pensar en posibles excusas para salir de allí corriendo. ¿Por qué había accedido a ir, si en lo que tendría que estar centrada era en terminar de recoger mis cosas y acostarme temprano? Habíamos quedado para desayunar al día siguiente con Pablo y Lucca en su cafetería, ya que serían ellos quienes nos llevarían al aeropuerto. Sin embargo, ahí estábamos, en un taxi a las diez y media de la noche de camino a un lugar desconocido. Confiaba en Davide, pero la incertidumbre de por qué había elegido un lugar tan apartado me consumía.

¿Por qué no podíamos encontrarnos en cualquier bar del barrio y decirnos adiós? Un simple «Fue bonito mientras duró. Cuídate» hubiese estado bien. El corazón me dio un brinco a modo de protesta. No, eso no sería suficiente para ninguno de los dos.

La cabeza me daba mil vueltas con posibles despedidas cuando por fin llegamos. Nos detuvimos frente a una bonita casa de piedra enmarcada por un gran número de pinos y delimitada por una larga valla también hecha de piedra. Los miré confundida.

—¿Qué es este lugar? —le pregunté al taxista.

—Una villa. El dueño es un hostelero famoso aquí en la isla… Menudas amistades tienes, *bella*. —Sonrió.

—¿Está seguro de que es aquí? —volví a preguntarle.

—Sí.

Me giré para mirar a Bea y la vi leyendo algo en el móvil.

—¿Me puedes decir, por favor, qué hacemos aquí? —Los nervios se me estaban empezando a agarrar con fuerza en el estómago.

—Debemos entrar en la casa y después acceder al exterior —dijo.

Fruncí el ceño, confusa. Bea se acercó al taxista y, tras una breve conversación, caminó hacia mí.

—Venga, vamos.

Bea pulsó un botón del videoportero que había en un lateral de la puerta y esta se abrió de forma automática.

Entramos con cautela y cruzamos el jardín en silencio, absortas en la belleza del lugar. Un camino de baldosas de pizarra negra rodeado de árboles y arbustos iluminados con luces blancas llevaba hasta la casa. La puerta principal era enorme y construida en madera de wengué. Bea iba a pulsar el timbre cuando se oyó un clic y esta se abrió sola.

—¡Qué moderno todo! —comentó sonriente.

Su entusiasmo contrastaba con mi angustia.

Cruzamos el salón en dirección al porche que se veía al fondo. Al llegar nos sorprendió comprobar su gran tamaño. Parecía una casa dentro de otra. Contaba con una cocina enorme y varias zonas de descanso con sofás y mesas. Todo decorado en tonos crudos y con madera de diferentes tipos.

—No me importaría ser amiga de los dueños de esta casa… —comentó Bea observándolo todo.

Yo permanecía callada tratando de atisbar algo que me diese la pista de qué hacía allí.

—Aquí no hay nadie… Será mejor que nos vayamos —dije.

—De eso nada. La que se va soy yo. —La miré horrorizada.

—¿No pensarás dejarme aquí sola?

—Sí. Yo aquí no pinto nada. Sigue caminando y baja a la arena por el acceso que encontrarás a la derecha. No tiene pérdida. La casa tiene acceso privado a la playa —comentó entusiasmada.

—¿Cómo lo sabes?

Ella se encogió de brazos y me mostró el móvil.

—Bea, no, por favor. Espera a que aparezca Davide. Me da miedo quedarme sola.

—Davide ya está aquí.

La miré extrañada. Por más que me afanaba en mirar en todas las direcciones, no había rastro de él.

—¿Y tú cómo vas a regresar? No quiero que andes por ahí a estas horas… Este lugar está muy apartado.

—Le he pedido a Ricardo que me espere para llevarme de vuelta. Es muy majo.

Hice un puchero. No me apetecía nada tanta parafernalia.

—¿Es necesario toda esta intriga para un simple adiós? —le pregunté harta de aquel jueguecito—. Quiero irme a casa.

Di media vuelta en dirección a la salida.

—¿Quieres hacer el favor de darle la oportunidad de demostrarte lo que siente por ti? Al menos déjale despedirse como desea. Luego toma tu propia decisión —me recriminó mientras me cogía del brazo.

—¡Es que esto es demasiado, Bea! No quiero volver a confundirme. Me voy dentro de unas horas… —gimoteé.

—Sí, nos vamos, pero no al fin del mundo. Quizás podáis seguir en contacto o veros de vez en cuando…

Resoplé con fuerza, arrepintiéndome de haberle hecho caso.

—Venga, ve y baja la guardia. Por favor, escúchale.

—Ten cuidado de regreso a casa. Déjame un mensaje cuando llegues.

Nos despedimos con un abrazo.

42

ESTHER

Mientras la veía marcharse empecé a sentir un calor sofocante. Busqué el acceso a la playa y, antes de bajar a la arena, me quité las sandalias. Cuando alcé la vista, lo que vi frente a mis ojos me dejó asombrada.

Me quedé clavada en la arena sin poder moverme. El corazón se saltó un latido y, a continuación, comenzó a latir de forma acelerada. ¿De verdad Davide había preparado algo tan bonito para mí?

Rodeado de farolillos, un dosel con cortinas blancas de tul y decorado con flores enmarcaba el espacio. Desde donde estaba no podía ver lo que había detrás: una cortinilla de lucecitas blancas me entorpecía la visión. Cogí aire y caminé hacia allí.

Miré en varias direcciones y Davide no estaba. ¿Qué era todo eso?

Al llegar comprobé que la decoración era aún más bonita. Tras la cortinilla encontré una mesita baja de mimbre, varios cojines perfectamente colocados a su alrededor y, a la izquierda, un telescopio.

Me adentré en el dosel y respiré hondo. El ambiente olía a flores blancas y vainilla. Sonreí. Miré hacia el mar, cerré los ojos e inhalé profundamente. Al abrirlos, me fijé en los detalles que había en la mesa: un jarroncito con flores amarillas, una vela aromática, un sobre y un libro.

De repente, comencé a escuchar los latidos de mi corazón. ¿Por qué me sonaban todas esas cosas? Miré a mi alrededor, prestando atención a todos los detalles, y me llevé las manos a la boca, sorprendida.

Carraspeé tratando de deshacer el nudo que se me estaba formando en la garganta y, en ese momento, una música suave comenzó a sonar. Fue en ese instante cuando no tuve dudas: Davide había reproducido el final de mi libro para mí.

No entendía nada. ¿Cómo era posible? Él no lo había leído. Pensé en Bea. Ella debió ayudarlo. Los ojos se me humedecieron y comencé a respirar de forma acelerada. Escuchar *Truly, Madly, Deeply* de Savage Garden acompañada por el sonido del mar me erizó la piel e hizo que una lágrima se deslizase por mi mejilla en dirección a mis labios. Inspiré hondo y espiré muy despacio. Estaba empezando a sentir que no iba a ser capaz de controlar el llanto.

Me sequé los ojos con cuidado y volví a fijar la vista en el sobre. Me acerqué con intriga y lo cogí. Al darle la vuelta vi que ponía mi nombre. Lo abrí. Era una carta. Las manos me temblaron en cuanto reconocí su letra.

Nietzsche dijo en una ocasión que siempre hay algo de locura en el amor. Pero también que siempre hay una cierta razón en la locura. Tú eres esa razón. El delirio que irrumpió en mi vida para sacudir mis miedos y hacerlos desaparecer. Tú me has enseñado la mayor de las verdades del amor. Que no se puede contener ni huir de él. Que es invisible como el viento y que llega sin avisar para que no nos dé tiempo a pensar.

Por eso, hoy, aquí, te doy las gracias por haberme ayudado a liberar mi corazón de la coraza en la que yo mismo lo atrapé hace años. Sin ti no lo habría conseguido.

Nadie dijo que el amor fuese fácil ni que naciese de las situaciones más simples, pero la única forma de alcanzar el trofeo que nos ofrece es luchando cada día y esforzándonos para entregarle a la otra persona la mejor versión de nosotros mismos.

Por favor, permítete al menos escuchar lo que te dicta tu corazón tras leer estas palabras. Solo así sabrás si debes dejarte arrastrar por la bella locura de este amor que surgió sin mayor pretensión que la de ayudarnos a crecer juntos para poder amarnos sin miedo.

Ti amo, bella.

Me aferré a aquel papel y me lo llevé al pecho. Estaba a punto de dejarme caer en la arena cuando la música se detuvo y sentí a alguien suspirar detrás de mí. Tragué saliva y con la respiración acelerada me di la vuelta.

Sus preciosos ojos azules me observaban vidriosos. Sonrió y me cogió una mano con delicadeza.

—Gracias por venir.

Yo solo pude asentir con la cabeza. Los labios me temblaban y era incapaz de articular palabra mientras hacía un enorme esfuerzo por contener el llanto.

Cuando conseguí serenarme mínimamente, me percaté de que iba vestido como Alberto, mi personaje, de blanco y descalzo. El corazón me brincaba sin control tratando de propulsar sangre a todas las partes de mi cuerpo en un intento de hacerme reaccionar, pero mi cuerpo solo podía temblar.

Creo que Davide se dio cuenta de mi nerviosismo cuando me quitó la carta, la dejó en la mesita y me agarró las manos para instarme a que nos sentásemos.

—Esto… ¿cómo? —fue lo único que pude decir.

—En tu libro. Alberto y Leyre se dan una segunda oportunidad en un lugar como este, amparados y protegidos bajo la constelación de Casiopea. Yo no puedo regalarte tanto, pero si miras hacia arriba, el cielo nos regala esta noche un precioso manto lleno de estrellas.

Alcé la vista y esbocé una sonrisa.

—Quizás podríamos dibujar nuestra propia constelación…

Bajé la cabeza y un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—¿No vas a mirarme? —El tono aterciopelado de su voz me provocó un suspiro involuntario.

Levanté la cabeza y por primera vez clavé los ojos en los suyos.

—Gracias por esto… No sé qué decir…

—No hay nada que agradecer… No podía dejar que te marchases sin decirnos adiós. —Se le quebró la voz.

—Todo esto es demasiado… Podríamos habernos visto en cualquier otro sitio. —Mi cuerpo protestó de nuevo ante aquellas palabras desconsideradas que salían de mi mente racional provocándome un molesto pinchazo en el

pecho.

—Me habría perdido tu reacción y no tendría un bello recuerdo de este momento…

—¿Quieres recordar una noche tan triste como esta? —le pregunté mientras me secaba una lágrima que se me escapó del ojo izquierdo.

—La noche aún no ha acabado…

Nos miramos fijamente. Entrelazó sus dedos con los míos.

—¿Qué te está diciendo el corazón en este mismo instante?

Aparté la mirada de sus ojos. La profundidad que me ofrecían era tan tentadora que me hubiese lanzado al vacío sin pensarlo.

—Me voy mañana, Davide…

—No te he preguntado eso…

Cogió una de mis manos y se la llevó al pecho. Me sorprendió notar el fuerte latido de su corazón. Sentí cómo los muros tras los que había escondido el mío se derrumbaban por minutos.

—Tú y yo podemos ser Alberto y Leyre…

Retiré la mano con suavidad y estiré la espalda un poco a la defensiva.

—Ellos no existen. Su amor tampoco…

—Su amor nació del tuyo mientras les dabas vida. Si fuiste capaz de hacer que ellos lo viviesen es porque lo sentiste en tu corazón. Crees en ese amor, aunque te lo niegas a ti misma.

—El amor en el que creo es honesto.

Le oí suspirar.

—El amor no es perfecto porque el ser humano tampoco lo es. ¿Necesitas que vuelva a disculparme? —dijo con voz seria y me miró fijamente.

—No, por favor.

Mi respuesta fue sincera. No pretendía forzarle a tener que disculparse una y otra vez. Eso sería mendigar un perdón que ya le había concedido hacía un tiempo.

—Mis protagonistas no tienen una vida real, obligaciones, compromisos… —dije—. Ellos pueden vivir su amor libremente… Yo me marcho en unas horas. Esto no es real, Davide… ¿no lo ves? —Noté unas fuertes ganas de llorar de nuevo.

—¿Qué no es real? Yo veo todo muy tangible. —Cogió un puñado de arena y la dejó caer con suavidad encima de mi mano—. Si tocas esa vela, te quemarás y si cierras los ojos percibirás el olor del mar…

—No me refiero a eso —protesté.

—Sé a lo que te refieres —comentó mientras se limpiaba las manos—, como también sé que te estás engañando a ti misma.

—No es verdad…

—Sí lo es…

Bajé la mirada y negué sin fuerzas. Él me levantó la barbilla con la yema de los dedos.

—Sé que tienes miedo, que no te fías de mi palabra porque te asusta

volver a sufrir, enfrentarte a una nueva decepción…

—Sé que no tuviste la culpa. Esto no tiene que ver contigo… Ahora soy yo la que debe tratar de sanar una parte de mí que me ancla al miedo y la desconfianza.

—Si lo que necesitas es tiempo, te lo daré. Respeto tu decisión. Súbete mañana a ese avión, pero no me saques de tu vida.

—Tengo que hacerlo. Necesito regresar a mi vida, centrarme en mí para…

—Aún no me has respondido a la pregunta más importante. Cierra los ojos. —Dudé si hacerle caso o no. En unas horas estaría lejos de allí...—. Por favor, ciérralos —me instó de nuevo.

Nada más hacerlo noté su olor tan intenso que supe que se había acercado. Sentirlo a unos escasos centímetros de mí me desbocó el corazón. El pecho me subía y bajaba acompasado por la respiración acelerada. Entreabrí los labios y me los humedecí. Necesitaba besarle, pero estaba paralizada. Incliné la cabeza hacia un lado dejándome llevar por las sensaciones que me recorrían el cuerpo y en ese instante, Davide posó la mano en mi rostro y comenzó a acariciarme la mandíbula. Solté un leve suspiro.

—Dime qué te dice tu corazón —susurró contra mi boca. Se me calentaron las mejillas.

Abrí los ojos y sin poder resistirme más, posé una mano en su cuello y le atraje hacia mí. Nuestros labios chocaron y permanecieron quietos unos segundos, tímidos, cautelosos. Los de Davide fueron más valientes y enseguida comenzaron a abrirse, a moverse despacio, capturando los míos de forma tortuosa. Me rendí y me entregué a las sensaciones hasta que él se detuvo.

Nos separamos unos centímetros para respirar. El aire a nuestro alrededor se había calentado de golpe. Davide aún mantenía la vista clavada en mis labios. Recorrí su mandíbula con la yema de los dedos y, al verle cerrar los ojos, me concentré en sus facciones. Tenía los labios ligeramente enrojecidos por el beso, jugosos y humedecidos. Una ligera barba de dos o tres días cubría su mandíbula. Me mordí el labio.

En unas horas estaría en un avión sin saber qué iba a hacer con mi vida. Tenía muchas cuestiones que resolver, pero la tentación era demasiado grande.

Ignorando lo que me decía la mente, me apoyé en sus brazos y le insté a agacharse para sentarse en la arena. Le pasé una mano por el pelo, me subí el vestido y me senté en su regazo. Él abrió los ojos de golpe al sentir el peso de mi cuerpo y dibujó una sonrisa pícara y tierna que me aceleró aún más. Le enmarqué el rostro con las manos y volví a besarle. Esta vez de forma más intensa y profunda, dejando que mi cuerpo tomase las riendas. Una noche más. Quizás la última. La más deseada.

Él intensificó sus besos y caricias. Sentir sus labios recorriéndome el

cuello, la forma en la que apartaba la tela de mi vestido para acariciarme los muslos y cómo deslizaba las manos por mi cintura me nublaron la poca razón que me quedaba. Estaba dispuesta a entregarme a él allí en plena playa sin importarme que alguien pudiese vernos. Noté que su cuerpo reaccionaba contra el mío.

Davide se percató de lo que estaba a punto de pasar y me susurró que era una playa privada a la que nadie podía acceder. Aquellas palabras traviesas pegadas a mi cuello me hicieron sonreír.

—¿Estás segura? —me preguntó con una sonrisa pícara.

—Es lo único que deseo ahora mismo… —Mis ojos reflejaban un brillo ardiente que viajó hasta los suyos.

Se mordió el labio y gruñó junto a mi boca. A continuación, me subió el vestido por la cintura y lo deslizó por encima de mis brazos. Lo dejó en la arena con suavidad y me hizo girar para tumbarnos. Cubrió mi cuerpo con el suyo y lo recorrió de arriba abajo con besos y caricias, dejando a su paso mil sensaciones: sus manos clavándose en mi piel con ansia, su aliento rozándome la piel y erizándola con cada beso. Poco a poco fuimos deshaciéndonos de todo lo que nos estorbaba hasta que nuestros cuerpos se fundieron en uno, acoplándose a la perfección, como dos engranajes que forman parte de la misma estructura, como dos átomos uniéndose para formar una molécula, la del amor. Sin decirnos nada y diciéndonos todo a través de la piel, nos dejamos llevar en un glorioso y placentero viaje, acompañados por la maravillosa melodía que componían nuestra respiración y las olas del mar y sintiendo una conexión especial, uniendo nuestras almas con un hilo invisible imposible de romper.

Permanecimos abrazados un largo rato, en silencio, dejando que nuestras manos hablasen por nosotros, hasta que la brisa del mar se hizo molesta.

Me ayudó a vestirme y entramos en la casa. De la mano fuimos hasta una de las habitaciones y allí, cobijados, sin temor a nada, volvimos a hacer el amor, conscientes de que el tictac del tiempo nos desafiaba silencioso pero implacable.

43

DAVIDE

Aún no había abierto los ojos cuando el perfume de Esther se me coló por la nariz. Respiré hondo y emití un sonido placentero antes de soltar el aire lentamente. Volví a inhalar y al exhalar dibujé una sonrisa. La luz que se colaba por el gran ventanal me impedía abrir los ojos. Me humedecí los labios y me moví hacia ella para abrazarla, pero lo único que sentí fue el frío tacto de las sábanas. Adormilado, me recosté sobre el codo y entreabrí los ojos. Esther no estaba en la cama.

Me dejé caer de espaldas mientras me desperezaba. Me froté los ojos con fuerza y volví a abrirlos. Miré a mi alrededor buscando su ropa. Nada.

Me levanté de la cama como un resorte, me puse los pantalones y salí de la habitación. Quizás estaría en la cocina o en el porche disfrutando de la mañana.

El alma se me cayó a los pies. No había rastro de ella en toda la casa.

No podía ser. El corazón me latía a mil revoluciones.

Bajé a la playa y lo único que encontré fue el recuerdo de lo vivido unas horas antes.

Corrí a la habitación buscando algo que no sabía qué era y lo encontré. En la mesilla había una nota. La cogí con miedo. Llené los pulmones de aire antes de leerla y con un ligero temblor en la mano desdoblé el papel.

Nunca imaginé tener que escribir una nota de despedida tan triste y amarga como esta. Pero aquí estoy, tratando de elegir las palabras adecuadas para decirte adiós antes de que te despiertes porque sé que si vuelvo a mirarte a los ojos no seré capaz de marcharme.

Me voy llena de ti y con la preciosa sensación de haber vivido más en estos meses junto a ti que en toda mi vida.

Gracias por tu amor y tu paciencia. Sé que, a pesar de lo ocurrido, mi orgullo y terquedad han supuesto un muro difícil de derribar entre los dos. Aunque debo admitir que hace unas horas has conseguido derrumbarlo con tus besos y caricias. No obstante, debo marcharme.

Hago mías tus palabras: mientras tanto sé feliz, ríe y disfruta de la vida. Exprime cada momento. Vive.

Confiemos en que la vida nos obligue a realizar un nuevo cambio de rumbo y nuestros caminos vuelvan a encontrarse. Por ahora, ha llegado el momento de comenzar un nuevo capítulo en nuestras vidas después de todo lo aprendido.

Te quiero,
Esther

Tras leerlo lo arrojé al suelo y me senté en el borde de la cama. Hundí la cabeza entre las manos y resoplé con fuerza.

Expectativas y decepción. Dos términos que siempre van de la mano y que, por desgracia, siempre suceden de forma sucesiva. Había cometido el

error de creer que mi intento por mantenerla a mi lado iba a bastar para evitar que se marchase. Llené cada rincón de mi corazón con esperanza, pero se quedó ahí, entre sus cavidades. No fui capaz de contagiar el suyo con la misma intensidad y me quedé vacío tras haber sentido cómo la ilusión se convertía en polvo entre mis dedos.

Me levanté de la cama y bajé a la playa. Una leve sonrisa irónica se me escapó de la nariz al ver que el sol de hacía unos minutos había decidido ocultarse tras unas oscuras nubes grises. Me senté en la arena durante un largo rato sumido en los recuerdos y, tras un trueno aún lejano, me sumergí en el mar intentando, en vano, hacer desaparecer su recuerdo de mi piel.

CUARTA PARTE

Gira el mundo gira

44

ESTHER

Madrid

Seis meses después

Cuando llegué noté que el corazón me daba un brinco de alegría. Me adentré en la librería y no pude evitar emocionarme al ver tantos ejemplares de mi novela distribuidos por diferentes mesas y estantes. Un gran cartel con la portada recibía en la entrada del local a los asistentes a la firma de libros.

—Espera un momento. Toca hacerse un *selfie* con la portada —comentó Bea con el rostro resplandeciente de felicidad.

Con una amplia sonrisa posamos para la foto mientras se acercaba a saludarnos Pilar, la dueña de la librería.

Unos minutos más tarde, me acomodé en la mesa que habían preparado para la firma, al tiempo que observaba a Bea y al marido de Pilar colocar varias filas de sillas para los asistentes.

Pilar y Gerardo no solo eran los propietarios de una modesta pero acogedora librería de Madrid, sino un matrimonio encantador que disfrutaba celebrando pequeñas charlas sobre literatura siempre que podían. En esa ocasión, pensaron que sería maravilloso poder conversar con los invitados antes de firmar su ejemplar y hacerles entrega de un regalo por su compra.

Mientras veía llegar a la gente, no pude evitar recordar el duro trabajo que había costado llegar hasta ese día. Desde nuestro regreso a Madrid había revisado y corregido el manuscrito decenas de veces antes de asistir a numerosas reuniones con varias editoriales interesadas en mi novela. No obstante, no fue hasta que conocí a Lucía, mi editora, casi dos meses después, cuando por fin logramos un contrato de distribución.

Me sentía muy satisfecha: la historia de Alberto y Leyre parecía calar en el corazón de los lectores y estaba recibiendo muy buenas críticas. No pude evitar pensar en Davide. Quizás él tenía razón. Su amor nació de lo más profundo de mi corazón y en muchos aspectos me recordaban a nosotros.

—Esther, ven, vamos a saludar a la gente —me pidió Pilar con una sonrisa.

Una vez saludados uno a uno todos los asistentes, tomé asiento y comenzamos a charlar sobre el libro y los personajes, al tiempo que iba respondiendo a sus preguntas. Tras casi una hora de preguntas y respuestas, y cuando ya pensaba que nadie más querría formular alguna, una mano se alzó

desde la última fila. Alcé la vista para ver de quién se trataba. No tuve que esforzarme demasiado. El dueño de aquella mano se puso de pie haciendo que el corazón me diese un brinco.

—¿Puedo hacer una última pregunta? —Su voz me erizó la piel.

Con las mejillas encendidas asentí con la cabeza.

—La historia de amor de los protagonistas es maravillosa y es verdad que tiene un final feliz y realista. Sin embargo, en tu última reflexión, el narrador se muestra pesimista. Da la sensación de que su amor no durará.

Tragué saliva tratando de encontrar las palabras para poder hablar tras su pregunta.

—Afirmas que la única y más certera verdad sobre el amor es que es efímero y más racional de lo que imaginamos. Me pregunto si por racional te refieres a no escuchar lo que nos grita el corazón e ignorar hacia dónde va nuestra mente cuando estamos despiertos.

Cogí aire y lo solté lentamente tratando de disimular el nudo que se me había formado en la garganta.

—Me refería a que nuestra idea del amor romántico no es del todo realista… —respondí, molesta—. El verdadero amor no tiene nada que ver con lo que se nos ha mostrado desde siempre en la literatura. Por eso decidí dar un final más veraz al amor de mis protagonistas.

—La mente de Alberto le lleva a Leyre cada mañana, nada más despertar —prosiguió—. Lo que le hace estar vivo y luchar por su amor es lo que siente cuando piensa en ella. Su mente y su corazón le dicen lo mismo…

Sentir la inmensidad de su mirada fija en mí hizo que me temblasen las manos. No sabía qué más añadir delante de todas aquellas personas que nos miraban con curiosidad.

—Hay tantas formas de amar como personas… —fue todo lo que conseguí decir.

—El amor verdadero es universal.

Me humedecí los labios y miré a Bea con cierta ansiedad, rogándole un poco de ayuda. Ella se percató enseguida.

—Lo más importante aquí es que su historia de amor nos provoca un maravilloso cosquilleo en el corazón, ¿no os parece? —dijo para aliviar la tensión que se había creado.

Los asistentes sonrieron y comenzaron a levantarse para acercarse a recibir su firma. Suspiré aliviada.

A pesar de la tensión que sentí durante los primeros minutos, conseguí centrarme en la maravillosa tarea que tenía por delante. Tras firmar el último ejemplar le vi acercarse y fijé la vista en la mesa. Volvía a tener la respiración agitada y, por primera vez, comencé a sentir cierto enfado por la encerrona en la que me había visto con sus preguntas.

—*Ciao* —dijo con timidez.

Suspiré y alcé la vista para enfrentarlo.

—Perdón por lo de antes…

—¿Qué haces aquí? —dije en un tono más frío del que pretendía usar.

—He venido a tu firma…

—¿Cómo sabías que firmaba aquí? Esta firma no formaba parte de la agenda oficial… —Guardé silencio y me giré hacia Bea. —Ella te lo ha dicho, ¿no? —dije mirándola.

—Sí.

Resoplé.

—¿Vas a firmarme el libro? —preguntó con su preciosa sonrisa, esa que llevaba echando de menos desde la última vez que la vi hacía ya muchos meses.

Tomé su libro y tras dedicárselo me levanté para recoger mis cosas. Davide se puso delante de mí y me cogió una mano.

—Aquí no —respondí apartándome.

—De acuerdo… ¿Podremos hablar más tarde?

No le respondí y fui a despedirme de Pilar y Gerardo. Tras agradecerles el trato, busqué mi abrigo y salí a la calle. Vi a Bea y a Davide charlando en la calle de enfrente.

—¿Qué es todo esto? ¿Por qué no me has avisado de que Davide iba a venir a la firma?

—No quería ponerte más nerviosa.

—Tu pregunta me ha puesto en un apuro… No sabía qué decir —dije con cierto fastidio.

—Lo siento. —Davide juntó las manos a modo de perdón.

—Será mejor que os deje solos —comentó Bea tratando de escabullirse.

—¿Cuándo supiste que venía? —le inquirí a Bea, molesta.

—Hace muchos días —declaró de mala gana—. Hablamos a menudo.

—¿Qué? —Abrí la boca, sorprendida ante aquella confesión—. No tenía ni idea de que manteníais el contacto…

—Bea es una buena amiga —afirmó Davide con una sonrisa de agradecimiento.

—No tienes ni idea de nada, Esther. Espabila de una vez. Me voy. Que lo paséis bien —afirmó y se despidió de nosotros con dos besos.

Una parte de mí se sentía pletórica por volver a ver a Davide, pero otra me decía que me mantuviese en alerta. Su visita sorpresa fue un bonito detalle. Sin embargo, mi vida era mucho más organizada en ese momento y no podía dejar que el impulso de mi corazón estropease todo lo que había conseguido con tanto esfuerzo.

—Davide, te agradezco que hayas venido. Sin embargo, me he sentido un poco incómoda. No era el momento ni el lugar para presentarte así…

—Lo entiendo —afirmó mientras clavaba la mirada en el suelo y se metía las manos en los bolsillos del vaquero—. Solo necesitaba verte una vez más y felicitarte por tu novela. Me hizo muy feliz saber que lograste publicarla.

—Gracias —contesté con honestidad.

—No pretendo molestarte. Tan solo poder hablar un poco contigo y saber

de ti. Si te apetece verme, estaré por aquí varios días.

—De acuerdo.

—*Perfetto. Ciao.* —Sentir su cálido beso en la mejilla me provocó un intenso escalofrío.

—*Ciao*.

Nada más abrir la puerta de casa se desató la tormenta.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —me recriminó Bea con el ceño fruncido.

—Es mi casa… ¿lo recuerdas?

—Dime que no le has dicho que se marche… —dijo con el rostro encendido.

—Bea, hoy no era el momento ni el lugar para hablar. Ya hablaremos… tengo que pensar.

—Pensar, pensar… No has hecho más que eso desde que llegamos y mírate, no tienes ni color en las mejillas. ¿Por qué te empeñas en negarte a ti misma lo que sientes hacia él?

—No me lo niego…

Bea me dirigió una mirada amenazante.

—Te empeñaste en volver con Sergio nada más regresar y un mes y medio después te diste cuenta de que escuchar a tu mente fue un error. Eres libre, él también, ¿a qué estás jugando?

—¿Desde cuándo hablas con él?

—Desde que regresamos… Es un buen tío y te quiere, mucho.

Abrí los ojos como platos al escucharla.

—¿Habéis estado hablando todos estos meses?

—Sí.

—¿No le habrás contado todo lo que he hablado contigo sobre Sergio?

—No, eso me lo he ahorrado. —Puso los ojos en blanco.

—Este gesto suyo no me lo esperaba, la verdad —comenté mientras me dejaba caer en el sofá.

—Porque nadie ha hecho algo así por ti. Y tú, en vez de mostrarte agradecida por este precioso detalle de amor, vas y le dices que ya hablaréis…

—Me ha dicho que va a estar varios días por la ciudad…

—Y conociendo chicas…

Nos miramos fijamente. Apreté los labios y resoplé con fuerza.

—Llámale ahora mismo.

—Voy a quedar fatal si lo hago…

—Déjate de historias. Por favor, no pierdas la nueva oportunidad que te está dando la vida. No has dejado de pensar en él ni un solo día. Sé honesta de una vez contigo misma.

Por mucho que me fastidiase reconocerlo, Bea tenía razón. Intenté reconstruir mi vida con Sergio, luego sin él, pero Davide siempre estuvo en mis pensamientos cada día, al despertar, al acostarme, cuando bebía un simple

cappuccino…

Me quedé mirando la pantalla del móvil un largo instante. A continuación, cogí aire y suspiré con fuerza. Mis dedos comenzaron a moverse y marcaron su teléfono. Uno, dos, tres, cuatro, cinco tonos…

—No me lo ha cogido —dije con ansiedad.

—Normal… le has mandado a freír espárragos después de plantarse en Madrid, pues qué quieres…

—Ay, Bea —exclamé agobiada.

Me tapé la cabeza con un cojín y ahogué un grito. Cuando más tranquila y ordenada pensaba que era mi vida, zas, de nuevo un vuelco que la ponía patas arriba. No tuve demasiado tiempo para lamentaciones. Unos diez minutos más tarde recibí un mensaje suyo. Bea se sentó a mi lado y echó un vistazo a la pantalla.

—¿Es él?

—Sí. Estaba en el metro. Por eso no lo ha cogido. —Sonreí al comprobar que no se trataba de nada más grave.

—Dile que quieres verle.

Una vez más, seguí el consejo de mi amiga sin poner objeción y al instante volví a recibir respuesta.

—Me dice que me reúna con él en este restaurante a las diez.

—Tenemos una hora para ponerte guapa. Vamos, no hay tiempo que perder.

El entusiasmo de Bea logró contagiarme y corrí hacia el baño para darme una ducha rápida.

45

ESTHER

La puerta del restaurante estaba cerrada y no parecía haber nadie en su interior. Comprobé la localización en el móvil para ver si me había equivocado de lugar, pero no, aquella era la dirección correcta.

Miré el cartel con el nombre: La Nuova Trattoría. Era la primera vez que oía hablar de aquel restaurante. Tenía aspecto de estar recién inaugurado, a juzgar por su reluciente fachada exterior.

Con cautela me acerqué a la puerta y traté de ver algo en el interior. Todo estaba a oscuras. Llamé con algo más de fuerza. Por fin, un minuto más tarde, las luces se encendieron y alguien abrió.

—*Ciao,* Esther.

Abrí los ojos como platos al ver a Alessandro delante de mí con una cálida sonrisa. Desde que Davide se había cortado el pelo era mucho más sencillo distinguirlos.

—*Ciao* —dije escuetamente.

—Te sorprenderá verme aquí…

Asentí con la cabeza.

–Ven, pasa. Te lo explicaré.

Caminamos hasta una mesa en un lateral. Me quité el abrigo y lo dejé encima de la mesa junto al bolso. Alessandro se colocó delante de mí.

—Sé que has venido a hablar con mi hermano. —Suspiró—. No pretendo inmiscuirme más en vuestras vidas, pero no quería dejar pasar la oportunidad para disculparme honestamente contigo. Lo que hice fue muy ruin. Lo supe nada más mirarte a los ojos… Me dejé llevar por la rabia y me equivoqué.

—Eso ya es pasado —afirmé con las palabras atascadas en la garganta.

—Eso no implica que no estuviese mal. Eres una mujer maravillosa que no se merecía lo que hice. Por favor, no renuncies al amor por gente como yo. Te mereces ser feliz. Mi hermano también. —Vi que se le humedecían los ojos.

Solo pude acercarme a él para fundirnos en un largo abrazo.

—Todo está olvidado. Lo pasé mal, no lo voy a negar. Sin embargo, ahora sé que tuviste un motivo para actuar así. A veces cometemos errores…

—Eres muy generosa.

Dibujé una pequeña sonrisa.

—¿Puedo hacerte una única pregunta? —Asintió con la cabeza—. ¿Por qué decidiste hacerte pasar por tu hermano el día que nos conocimos en la playa?

Bajó la mirada, avergonzado.

—Por inmadurez, supongo. Es algo que solía hacerme gracia… Lo he hecho muchas veces solo por fastidiarlo. Me daba rabia la fama de *niño bueno* que tiene en la isla y disfrutaba confundiendo a la gente. Es un poco chocante encontrarte con mi hermano y luego conocerme a mí. Somos idénticos físicamente, pero no podemos ser más distintos en personalidad.

—Comprendo. —Suspiré.

—Luego supe que él se sentía atraído por ti y… el resto ya lo conoces.

—Sí… —murmuré con cierta angustia al recordarlo todo.

—Te agradezco tu comprensión. Aprendí la lección. Ambos lo hicimos. Es triste, pero gracias a ti nos dimos cuenta del daño que nos estábamos haciendo y logramos recomponer nuestra relación. —Me cogió las manos con ternura y me las besó—. Me marcho. Mi labor aquí ya ha terminado. Te deseo toda la felicidad.

Me dio un beso en la mejilla y salió del restaurante con la cabeza baja.

Inspiré con fuerza. El reencuentro con Alessandro había sido muy emotivo y me notaba al borde de las lágrimas.

Deambulé por el local observando todo a mi alrededor. El restaurante había sido decorado con velas y flores. El ambiente no podía ser más romántico.

Tragué saliva.

Enseguida un maravilloso olor avainillado me transportó a la playa, a aquella noche llena de amor, dulce y amarga a partes iguales.

Estaba inmersa en localizar el origen de aquel delicioso aroma cuando una canción comenzó a sonar. *Il Mondo*. Su canción. Nuestra canción. Le vi aparecer con un ramo de rosas rojas en la mano. Se me iluminó la cara.

—Gracias por haber venido —dijo entregándome el ramo de flores.

Siempre tan educado, tan caballeroso, tan atento. Exhalé un suspiro.

—Gracias a ti por todo esto —dije mirando en varias direcciones.

Sonrió.

—No conocía este restaurante.

—Es de un amigo de Alessandro. Hace meses que se trasladó a vivir a Ibiza. Allí ha montado una escuela de surf y ha hecho nuevas amistades. Él me ha ayudado a prepararlo todo. Su propietario nos lo ha prestado para esta noche gracias a él.

Pude comprobar que hablaba de su hermano con cariño. Me alegré infinitamente.

—Me alegro de que hayáis retomado vuestra relación.

—Yo también.

—Es precioso. Las flores, la iluminación… todo.

Las comisuras de sus labios se elevaron ante mi entusiasmo.

—¿Bailamos?

Cogió el ramo de flores y lo depositó en una mesa para tomarme por la cintura. Juntamos los rostros mientras nos movíamos al ritmo de la música.

—Sabes… como en esta canción, es cierto que el mundo gira y gira cada día sin que le afecte lo que nos pase. —Sentir el susurro de su voz pegado al oído me erizó la piel de todo el cuerpo—. Sin embargo, a diferencia de la letra original, cada noche yo sí pensaba en ti. Tú eras la primera imagen en mi mente cada mañana al despertar. Dibujabas una sonrisa en mis labios al recordarte hasta que, un poco después, abría los ojos y me hundía al ver la realidad en torno a mí.

Noté que me temblaban las piernas y tuve serias dudas de que pudiesen sostenerme durante mucho más tiempo.

—El mundo ha girado como siempre, pero para mí nada ha sido igual porque no he sido capaz de borrar tu recuerdo.

No pude reprimirme más y rompí a llorar, embargada por la intensa emoción que sentía.

—Como mi padre hacía en el pasado —continuó—, me he quedado dormido cada noche escuchando esta canción, perdido en nuestro paraíso y en los momentos felices a tu lado.

El enorme nudo que tenía en la garganta me impedía hablar.

—Quizás hayas vuelto con Sergio y pienses que estoy perdiendo el tiempo, pero…

No le dejé acabar. Aunque no me salían las palabras, mi cuerpo decidió tomar el control. Enmarqué su rostro con las manos y le besé. Una y otra vez. Como no había hecho hasta entonces, porque en ese momento era mi corazón el que me susurraba que no parase. Me atrajo con fuerza hacia él para hacer desaparecer la distancia que nos separaba. Una distancia que, al parecer, estaba decidido a acortar para siempre.

—*Ti amo*, Esther Rubio —susurró contra mi boca.

—Yo también, Davide Miscali. Antes, ahora y siempre.

Nuestros labios volvieron a encontrarse en un beso largo y prolongado, ansiosos por recuperar el tiempo perdido, por mostrar lo que se habían echado de menos y por decirse todo lo que nuestras palabras habían callado.

—No he venido a desajustar tu vida. Solo a pedirte que me dejes ser parte de ella. Como sea, donde quieras… pero a tu lado.

Le recorrí el rostro con la mirada y sonreí pletórica.

—Por supuesto que sí. Buscaremos la forma de estar juntos.

—El amor lo puede todo, ¿no? —me susurró a escasos centímetros.

—Sí. Es la fuerza más poderosa…

—Conquistemos el mundo juntos —afirmó Davide con la voz impregnada de esperanza y fuerza.

—O también podríamos dejar que el mundo nos conquiste a nosotros… —comenté con aire juguetón. Las comisuras de sus labios se curvaron con una sonrisa pícara.

—A mí ya me tienes ganado… —Clavó la vista en mis ojos mientras me acariciaba la mejilla con el pulgar.

—¿Empezamos de nuevo?

—Empecemos de nuevo —repitió sonriendo.

—De momento, debo permanecer en Madrid al menos un par de meses. Debo estar disponible para acudir a firmas y algún evento literario.

—*Nessun problema* —me susurró junto a la boca.

—Después… creo que podría necesitar un nuevo retiro a un lugar maravilloso y tranquilo para comenzar mi próximo libro… —dije con la voz cargada de intenciones.

—Creo que conozco el lugar adecuado para ello… —El tono ronco de su voz me encendió las mejillas.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es ese lugar? —pregunté con voz melosa.

—Aquí, entre mis brazos —susurró.

Me refugié en su pecho y me aferré con fuerza a él y, desde ese momento, fuimos infinitos como las estrellas en el cielo, los granos de arena o las moléculas del universo. Apagué mi mente y le di pleno protagonismo a mi corazón: el único que realmente sabía lo que necesitaba para ser feliz.

Esther, el amor, elige siempre el amor, oía a mi corazón repetirme una y otra vez mientras nuestros labios volvían a explorarse.

Tras perderme en busca de las leyes que lo rigen, al final, la única que verdaderamente importa es que, si es real, honesto y sano, con el tiempo se fortalece y derriba montañas, sobre todo las de nuestro ego, que nos impide ver más allá limitando nuestra realidad a la visión más básica carente de lo imprevisto y lo espontáneo, sin chispa ni emoción.

Ay, el amor, la fuerza más poderosa, había llegado a mi vida para quedarse. No tenía intención de dejarlo escapar nunca más. Desde entonces hice mía la célebre frase de Albert Einstein: «Si un día tienes que elegir entre el mundo y el amor… recuerda: si eliges el mundo quedarás sin amor, pero si eliges el amor, con él conquistarás el mundo».

Y tú… ¿estarías dispuesto a conquistarlo?

EPÍLOGO

MAKTUB

Término árabe que significa que lo que está destinado a suceder siempre encontrará una forma mágica y maravillosa de manifestarse.

—¿Puedo verlo ya? —le dije mirando el cuaderno que trataba de esconder mientras hacía unas últimas anotaciones.

—Espera un momento. Necesito terminar una cosa.

Hacía más de una semana que habíamos regresado de un viaje por la costa amalfitana y aún no había podido ver el cuaderno de viaje en el que Davide había estado trabajando. Estaba ansiosa por saber qué recuerdos y fotografías habría incluido en él. Fue un viaje maravilloso donde no solo pudimos visitar pueblos de ensueño, sino que nos ayudó a conectar de un modo que jamás había experimentado con nadie.

Echó un último vistazo al contenido, página por página, tan minucioso como siempre. Le miré embobada. Estaba tan guapo con su camiseta gris y sus pantalones cortos de chándal; descalzo y un poco despeinado. Se había dejado crecer el pelo de nuevo y un mechón rubio le caía sobre la frente. Sencillo y natural como él era.

Recordé el día en el que me enseñó sus propios cuadernos de viaje. Creo que fue ese momento en el que me enamoré de él. Me acerqué a acariciarle el brazo.

—Por favor, no me hagas esperar más.

Se giró para mirarme y me regaló su mejor sonrisa.

—Vale, ten. Espero que te guste. He intentado recoger todo lo que hemos vivido, aunque no creo que sea sencillo. Los sentimientos son imposibles de plasmar. Se quedan guardados aquí —cogió mi mano y se la llevó al corazón — y de ahí no salen.

Cubrí sus mejillas con las manos y le di un beso tierno en los labios.

—¿Sabes qué es lo que pienso cuando te miro? —Frunció el ceño y a continuación alzó una ceja.

—Me das miedo… —Sonreí.

—Pienso que el día que decidí hacer caso a la loca de Bea para mudarme aquí tomé la mejor decisión de mi vida. Si no lo hubiese hecho, jamás habría conocido lo que se siente al ser amado de verdad.

Me refugié en su pecho. Davide me rodeó con los brazos.

—Y no sabes lo que yo agradezco a la vida o al destino que lo hicieses. Sin ti yo aún seguiría cautivo del resentimiento y me habría perdido la

oportunidad de recuperar a mis hermanos.

Nos miramos fijamente antes de fundirnos en un largo y cálido beso.

Había pasado un año y medio desde mi regreso a Cagliari y, aunque nada más llegar volví a instalarme en mi antiguo piso, a los dos meses terminamos viviendo juntos en el de Davide. No tenía sentido ocupar dos casas cuando me pasaba casi todo el día entre la suya y su restaurante.

—Venga, ábrelo. A ver si te gusta.

Lo cogí con las manos temblorosas. Era algo que me hacía especial ilusión. El misterio con el que lo había preparado ayudó a crear tanta expectación. Además, algo me decía que habría recogido fotografías de instantes en los que yo aparecía ajena a su cámara disfrutando del entorno.

Lo abrí con delicadeza y fui pasando página tras página con una eterna sonrisa instalada en los labios. Como sospechaba, Davide había inmortalizado momentos mágicos que reflejaban a la perfección nuestra felicidad. Nosotros riendo mientras intentábamos comernos un helado a medias, haciendo el tonto mirando a la cámara mientras caminábamos por Positano, brindando en un romántico restaurante de Sorrento, besándonos mientras caminábamos por la playa, yo recogiendo conchas y haciendo un corazón en la arena o dando de comer a un gatito que encontramos perdido en la calle e incluso durmiendo con toda la melena alborotada encima de la almohada.

—En esta estoy muy fea —protesté a modo infantil.

—*Sei bellissima*. —Me besó en el cuello.

Seguí avanzando hasta que llegué a la última página, donde encontré un pequeño sobre rojo pegado en la contracubierta. Lo miré sin entender.

—¿Qué es?

—Ábrelo y lo sabrás.

El corazón se saltó un latido y a continuación comenzó a latirme acelerado. Estaba segura de que se trataba de una invitación para hacer otro viaje. En ese momento, sentí que iría con él a cualquier sitio, hasta la luna si eso fuese posible. Sin embargo, lo que encontré me erizó la piel de todo el cuerpo. No creo que quedase ni un solo resquicio en ella que no hubiese reaccionado a lo que leí. Los ojos se me llenaron de lágrimas al instante y ya lo veía todo borroso. Me giré hacia él sin saber qué decir. Davide apretó los labios con fuerza y comprobé que él también tenía la respiración agitada.

—¿Y bien? ¿Te apetece?

Me llevé las manos a la boca. El nudo que tenía en la garganta me impedía hablar. Me abalancé sobre él, me senté en su regazo y comencé a besarle para compensar la falta de palabras. Le oí reírse. Entonces, sentí que se levantaba conmigo en brazos. Giró y giró sobre sí mismo hasta que, medio mareados, nos dejamos caer en el sofá muertos de la risa. Me atrajo hacia él y me abrazó con fuerza.

—Aún estoy esperando tu respuesta. *Amore*, no me hagas sufrir más. —Apoyó su frente en la mía.

Volví a sentarme en su regazo, le miré con tanta profundidad que creo

que mis ojos traspasaron su alma y le susurré un entregado sí.

—Sí, sí, y mil veces sí —le repetí.

—¿De verdad? *Mi vuoi sposare?* ¿Te casarás conmigo?

Me faltaban las palabras porque hay momentos en los que nada habla más que nuestra piel, hay sensaciones que solo hablan a través del corazón. Y aquel momento solo requería de besos y de caricias, de pieles erizadas por la emoción, de corazones latiendo a mil revoluciones recordándonos lo que es sentirse vivo.

Hay instantes que deberían ser eternos. Aquel día aprendí que, aunque la eternidad es algo muy difícil de abarcar, mi vida estaría unida por siempre a la del maravilloso hombre que tenía entre mis brazos.

Había ido a Cagliari para escribir sobre las verdades del amor, tratando de averiguar qué ocultaban esas cuatro letras para hacernos tan felices o desdichados. ¿Había conseguido averiguarlo? No estaba del todo segura. Había aprendido que en el amor no hay certezas, que hay que ser valiente para dejarle paso. Lo único que me importaba era lo que sentía latiendo dentro de mi corazón, ese sentimiento nuevo e inesperado que había nacido en aquel encuentro un tanto accidentado en un ascensor. Una sensación que solo podía demostrarse piel con piel.

La vida a veces nos hace regalos que no podemos desperdiciar y, cuando el amor verdadero llega, hay que atraparlo fuerte para que no se escape. También nos demuestra que, a veces, para hallar la felicidad hay que atreverse a aceptar los desafíos que la acompañen. Davide, sin pretenderlo, había girado la rueda de mi destino para mostrarme que otra forma de amar era posible. Por suerte, yo había encontrado a la persona con la que, de la mano, me lanzaría al vacío sin pensarlo. Porque el amor es un riesgo que merece la pena correr.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quiero dar las gracias a todos los lectores que, desde el primer día, les dieron una oportunidad a mis libros. Sin vuestro apoyo y ánimo este sueño no sería real.

A mi familia, en especial a mis padres, que siguen sorprendidos con esta nueva faceta en mi vida y que disfrutan con emoción libro tras libro.

A mis amigos y conocidos, a los que agradezco de corazón sus palabras de aliento y de cariño.

A mis mejores amigas: Silvia, Lorena, Irene y Laura, por vuestro apoyo incondicional, por las infinitas sesiones en las que me dais vuestra opinión siempre sincera y constructiva (perdón por haceros trabajar tanto) y por aguantar mi obsesión con los personajes y las tramas. Os quiero más de lo que puedo expresar con palabras.

A mi editora, Uxue, por tu profesionalidad, paciencia, respeto y cariño.

Y, cómo no, a mis queridos Olga y Nico, amigos desde hace tantos años que ya somos familia, por estar siempre ahí. Nico, gracias por tu ayuda con el italiano. Estoy deseando recorrer tu preciosa tierra con vosotros.

Gracias a todos.

SOBRE LA AUTORA



Laura M. Navarro es una escritora de género romántico, nacida en Madrid y dedicada a la enseñanza. Es licenciada en Filología inglesa y una apasionada de la literatura y del teatro. Además de escribir y leer, sus mayores pasiones son aprender idiomas, la música y el arte, elementos que siempre están presentes en sus obras. Aparte de *Las verdades del amor*, ha publicado las dos primeras novelas de la trilogía *Les Parisiens* en Amazon: *Donde resida tu alma* y *Antes de que me ames*. En la actualidad, está inmersa en la preparación de la tercera entrega.

Página de autora

Instagram

Correo electrónico

ediciondetextos.com

Edición 1.ª, 2023

Título: Las verdades del amor

OTROS LIBROS DE LA AUTORA



Sofía es todo lo que se espera de una dama de la alta sociedad parisina. Al llegar la noche, adopta una identidad desconocida que le permite luchar por la libertad de mujeres y niños desfavorecidos. Lo que jamás llegó a sospechar es que un amor igual de clandestino pondría en riesgo su vida.

Donde resida tu alma, primera novela de la trilogía *Les Parisiens*, es una trepidante aventura que nos lleva a romper todos los paradigmas e ideas preconcebidas sobre la encorsetada alta sociedad de París durante el siglo XIX.

LES PARISIENS II

Antes de que me ames



Laura M. Navarro

Adrien es un divertido, apuesto y codiciado soltero de oro que viaja a Nueva York en busca de nuevas aventuras.

Annette siempre ha creído en amores novelescos, pero su vida da un vuelco y su mundo se rompe en pedazos.

Dos amigos y una decisión inesperada que pondrá a prueba su lealtad, su confianza e incluso sus sentimientos.
Dulzura, pasión y sorpresas. Una fascinante historia que te devolverá la fe en el amor. Si te gustó *Donde resida tu alma*, la primera entrega de *Les Parisiens*, no te puedes perder *Antes de que me ames*.

PRÓXIMAMENTE…

LES

PARISIENS

III

Tercera y última entrega de *Les Parisiens*.

La vida de Sofía no deja de dar vueltas. Su vuelta a París supondrá no solo un fuerte impacto en su vida, sino en la de todos los miembros de la familia Dufour-Mathieu. Una ciudad en plena revolución social, dos familias que pueden romperse y una naciente lucha feminista que marcará el destino de los protagonistas.